EURÍPIDES

Tragedias

I

Edición de Juan Antonio López Férez



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Letras Universales

EURÍPIDES

Tragedias
I

Edición de Juan Antonio López Férez

Traducción de Juan Antonio López Férez

SÉPTIMA EDICIÓN

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Títulos originales de las tragedias
con traducción
Κύκλωψ (El Cíclope)
Ἄλκηστις (Alcestis)
Μήδεια (Medea)
Ἡρακλεῖδαι (Los Heraclidas)
Ἱππόλυτος (Hipólito)
Ἀνδρομάχη (Andrómaca)
Ἑκάβη (Hécuba)

1.ª edición, 1985
7.ª edición, 2003

Diseño de cubierta: Diego Lara

Ilustración de cubierta: Manuel Luca de Tena



Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

INTRODUCCIÓN



Eurípides. Museo Vaticano.

VIDA Y ENTORNO HISTÓRICO[1]

UN grave problema con que tropiezan los especialistas al estudiar a los autores más conspicuos de la literatura griega es precisamente el referente a la cronología absoluta de los mismos. Ello es debido al hecho de que, salvo contadísimas excepciones, si bien conocemos la fecha exacta o aproximada de la muerte de un escritor importante, ignoramos el momento de su nacimiento, pues en aquel entonces tal detalle no llamaba especialmente la atención. En realidad, hasta los peripatéticos del siglo III a.C. no se constituyen adecuadamente las líneas maestras de la biografía[2], que, a decir verdad, más bien debemos llamar doxografía, por el empeño que sus autores ponían en rodear a los personajes objeto de sus pesquisas de sentencias y juicios que estuvieran en consonancia con la opinión general que sobre ellos se tenía. Un lugar común en tales doxografías es que tanto la vida como la

---

[1] Sobre la vida de Eurípides véanse entre otros: G. Murray, *Eurípides y su tiempo*, trad. esp., México, 1966[4], págs. 1-46; A. Lesky, *La tragedia griega*, trad. esp., Barcelona, 1966, págs. 159 y ss.; *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968, págs. 389 y ss.; *Die tragische Dichtung der Hellenen*, Gotinga, 1972[2], págs. 275 y ss.; W. Schmid, *Geschichte der griechischen Literatur*, I, 3, Munich, 1961 (= 1940), págs. 308-328. Asimismo puede servir de provecho la Introducción a la traducción de *Eurípides, Tragedias*, I, Madrid, 1977, donde los capítulos de vida y época, creación artística y pensamiento son de A. Medina González; y de J. A. López Férez los referentes a tragedia y trasfondo mítico, personajes y temática, estructura y lengua del drama, influencia de Eurípides en la posteridad, historia de la transmisión del texto de Eurípides y lo pertinente a traducciones y bibliografía.

[2] Cfr. A. Westermann, *Biographoi*. Vitarum scriptores Graeci minores, Amsterdam (reimp.), 1964.

hora de la muerte de un hombre relevante han de ir acompañadas de una serie de hechos que dejen ver claramente cómo era en verdad la persona estudiada.

A lo dicho debe añadirse que, para los doxógrafos, el momento trascendental de la vida de un escritor es el situado en torno a los cuarenta años, fase de madurez conocida como periodo culminante o de florecimiento. Tan importante es este dato que terminó por imponerse a la hora de hacer la selección de las tragedias griegas, de tal suerte que no nos han llegado obras de juventud de ninguno de los tres grandes tragediógrafos.

Respecto a Eurípides tenemos varias noticias biográficas de contenido diverso y discutible[3]. Una genealogía, recogida en la mayor parte de los manuscritos más antiguos es de considerable extensión, pero muy poco de fiar; otra nota, un tanto amplia, procede de Aulo Gelio[4]; más información nos ha llegado en el léxico *Suda*, compuesto hacia el siglo X de nuestra era; finalmente, en 1911 apareció en las arenas de Egipto un papiro que conservaba una *Vida* escrita por el peripatético Sátiro en el siglo II a.C. en forma dialógica, y con un contenido que muestra a las claras una tendencia mucho mayor hacia la anécdota y el chisme que hacia la precisión histórica[5].

Gran parte de esas noticias biográficas bastante tardías, escritas más de dos siglos después de la muerte de nuestro autor, abiertas a todo género de datos novelescos, ha sufrido una influencia decisiva de las críticas vertidas por Aristófanes en varias de sus comedias. El gran comediógrafo del siglo V, en verdad, tenía en nuestro escritor un campo propicio donde descargar su saña poética; un filón inagotable para hacer reír a sus conciudadanos. Eurípides, en efecto, mantenía una actitud distante, ajena a la política, austera; vivía rodeado de unos pocos seres queridos, consagrado a la lectura y la meditación; conversaba con gentes ilustradas; trabajaba, según nos cuenta una noticia fiable, en una gruta, especialmente clara y acondicionada, con hermosas vistas al mar, lugar que era en-

[3] Recogida por E. Schwartz, *Scholia in Euripidem*, I, Berlín, 1887, págs. 1-6.
[4] *Noches Áticas*, XV, 20.
[5] Véase G. Arrighetti, *Satiro. Vita di Euripide*, Pisa, 1964.

señado con orgullo a los turistas hasta época romana. Otros puntos ferozmente atacados por Aristófanes son las teorías y especulaciones de nuestro trágico respecto a la religión y los mitos, el Estado, la costumbre y la ley, así como su preocupación permanente por ciertos temas siempre candentes, como la situación inhumana de los cautivos de guerra y el injusto trato dado a las mujeres. Por todo ello hemos de considerar que no pasan de ser meras ficciones literarias, achacables en buena medida a la libertad de expresión de la comedia aristofanesca, ciertas noticias tendenciosas, como que nuestro hombre era hijo de un tendero y una verdulera; que habló siempre pestes de las mujeres porque le salieron especialmente malas las dos que tuvo; que murió despedazado por unos perros en pago a su impiedad; que su cenotafio en Atenas fue destruido por un rayo divino en castigo por su incredulidad, etcétera.

Por otro lado, los antiguos biógrafos de que hemos hablado sentían un gusto especial en ligar a uno o varios personajes señeros en torno a un dato de singular trascendencia. Así, quieren las respectivas biografías que los tres grandes trágicos griegos guarden una curiosa relación cronológica con la batalla de Salamina, habida en el 480 a.C.: si Esquilo libró valiente pelea en la infantería durante tan señalado combate, Sófocles danzó en el coro de jóvenes que celebraron el triunfo, y, por último, Eurípides, dicen, vino al mundo el mismo día de la gesta bélica que tanto haría cambiar el curso de la historia griega.

Así pues, tratando con sumo cuidado todos esos datos tardíos, aparte de la estela marmórea llamada *Marmor Parium*, documento epigráfico de incalculable valor para la datación de autores trágicos y tragedias, pueden establecerse a grandes rasgos los detalles biográficos de nuestro poeta. Hijo de Mnesarco o Mnesárquides, rico terrateniente, y de Clito, de ilustre progenie, Eurípides nació en Salamina, isla situada a corta distancia de Atenas, precisamente en la hacienda que allí poseía su padre. Para la fecha de nacimiento contamos con dos datos muy próximos en el tiempo: según el *Marmor Parium*, habría nacido en el 484 a.C.; las biografías helenísticas sitúan el natalicio en el 480 a.C., según adelantábamos. Nosotros, si-

guiendo el criterio de muchos especialistas, nos inclinamos por la primera fecha.

Dando crédito a un oráculo con visos de verosímil, en donde se auguraban al niño victorias entre los atenienses, su padre lo habría encaminado hacia el pugilato y el pancracio, pero el joven se consagró desde muy pronto al estudio de la poesía. Cuadra bien con el sentir general y parece cierta la noticia según la cual Eurípides empezó dedicándose a la pintura en la que hizo notables progresos, demostrando singular sensibilidad hacia ella. Ciertamente, una afición especial por las descripciones pictóricas y un fino tacto respecto de colores y tonos cromáticos se percibe en sus obras durante toda su carrera literaria.

Eurípides recibió, además, una enseñanza tradicional en todos los aspectos, si bien esmerada y a tono con la desahogada situación económica de sus progenitores. Nos ha llegado la aceptable referencia de que participó, siendo jovencito, en una procesión con antorchas que acudía desde Atenas hasta el cabo Zoster, situado al sureste de la capital, para recibir allí a Apolo Delio.

Nuestro poeta creció, pues, en un ambiente acomodado, pudiendo dedicarse enseguida a sus aficiones eminentemente literarias. Sabemos que se casó dos veces; pero, sin duda, es falsa la especie de que repudió sucesivamente a sus dos esposas, Mélito y Quérila o Quérina, por incontinentes.

A diferencia de los otros dos trágicos, vivió siempre al margen de la política y los cargos públicos, y gustó de permanecer en su suelo patrio de la isla de Salamina, territorio ateniense, trasladándose a Atenas sólo en contadas ocasiones. Se entienden así los encendidos elogios que leemos en sus obras hacia los labradores humildes, pero honrados a carta cabal, y sobre los campesinos justos, por oposición a los demagogos de la plaza pública[6].

Recordemos brevemente unos pocos datos históricos que permitirán encuadrar mejor la fuerte personalidad de nuestro escritor. Efectivamente, a comienzos del siglo V a.C. Grecia

---

[6] Puede verse toda la tragedia *Electra;* también *Bacantes,* 717-721; *Orestes,* 902-930.

había librado dos grandes contiendas contra los persas invasores, las guerras médicas, que acabaron con sendas victorias para los griegos: en 490 a.C. vencieron en Maratón; en 480 triunfaron en la batalla naval de Salamina. Grecia, es cierto, no era entonces una nación, sino más bien un conjunto de pequeños estados independientes *(póleis)*, Atenas había desempeñado un papel importantísimo, frente a los persas, y a raíz de ello se fue convirtiendo en el centro político económico y cultural de Grecia. Además, se constituyó paulatinamente en un imperio que extendía su poder económico y militar por numerosas tierras e islas allende el Ática. La fuerza militar, naval, sobre todo, de la ciudad de la Acrópolis era enorme. En tales circunstancias Pericles fue el gran hombre político de Atenas y contribuyó en sumo grado a su poderío. Pero, como siempre, la acumulación excesiva de poder engendra violencia y desmesura; todo acabó en un terrible enfrentamiento entre Atenas y sus aliados contra Esparta y los suyos. Sería la guerra del Peloponeso, que duró veintisiete años, desde el 431 hasta el 404 a.C., terminando con la total derrota de Atenas.

Y bien, desde mediados del siglo V a.C. Atenas se convirtió en el foco cultural de la Hélade, y allí acudían quienes deseaban darse a conocer o los que eran reclamados por su singular prestigio. Así ocurrió con los sofistas, con algunos de los cuales mantuvo cordiales lazos nuestro poeta. En efecto, quiere la tradición que los maestros de Eurípides fueran Anaxágoras, Pródico y Protágoras, tres sabios extranjeros venidos a Atenas desde sus países respectivos. Amigo íntimo de nuestro escritor habría sido Sócrates, de quien se cuenta que sólo asistía a las representaciones teatrales cuando se escenificaban obras de nuestro trágico, por quien sentía afecto y simpatía profundos. Desde luego, Eurípides mostró siempre una evidente predilección por las corrientes culturales e ideológicas más avanzadas de su época. Mientras otros autores contemporáneos silenciaron o atacaron abiertamente los nuevos postulados sostenidos por los sofistas, tales teorías y lucubraciones hallan acogida, cuando no plausible elogio, en las tragedias euripídeas. Pero digamos alguna cosa sobre los que pasan por ser maestros de nuestro hombre, para así conocerlo mejor.

El sofista Protágoras de Abdera (aprox. 485-415 a.C.), amigo personal de Pericles, sostenía que «el hombre es la medida de todas las cosas; de las que son, por cuanto son, y de las que no son, por cuanto no son»[7]. Con ello se viene a negar abiertamente la existencia de valores absolutos más allá del mundo de nuestras impresiones. El mismo Protágoras, en su escrito *Acerca de los dioses* —que, según muchos, fue leído y comentado por primera vez en casa de Eurípides en el curso de una reunión de amigos— afirmaba que no podía saber si los dioses existen o no, ni cuál es su forma y naturaleza. Postula este sofista, además, que sobre cualquier asunto existen al menos dos discursos contrapuestos, uno a favor y otro en contra, de tal suerte que ha recibido numerosas críticas por hacer de la causa más débil la más fuerte. Pero junto a asertos tan audaces que, sin duda, debían dejar boquiabierto a más de un ateniense chapado a la antigua, recordemos que Protágoras fue, por así decirlo, el fundador de los estudios gramaticales y un celoso defensor de comenzar el aprendizaje desde la más temprana edad, en la feliz idea de que la instrucción necesita talento natural y ejercicio.

Por su parte, Pródico de Ceos, que dio conferencias en Atenas donde trató a los jóvenes más destacados, se ocupó de cuestiones de sinonimia y del origen de la religión, manteniendo una actitud pesimista ante los avatares de la existencia humana. Piénsese que, si bien muchas especulaciones y teorías de estos sofistas supusieron una enorme conmoción en una ciudad como Atenas, más bien conservadora y timorata a la sazón, pues veía cómo se venían por tierra costumbres y normas tenidas hasta entonces por intocables, como bien leemos en las comedias aristofánicas, el movimiento sofístico de primera hora, al postular que la naturaleza y la norma no están en contradicción, sino en armonía creadora, fue indudablemente constructivo y enriquecedor. Sería más tarde, en la segunda generación de sofistas como Calicles, Critias y Trasímaco, cuando se postularan ciertas teorías extremistas, cual la radical antítesis ley/naturaleza, lo que les llevó a defender a

[7] *Fr.* 80 1 B Diels-Kranz. El diálogo platónico *Protágoras* ayuda a entender la expectación que tal personaje despertaba en Atenas cuando allí iba de visita.

ultranza el derecho del más fuerte a imponer su voluntad, sin condiciones, sobre los débiles. El Discurso de los Melios[8] nos expone con meridiana crudeza las extremas consecuencias a que llevaron tales ideas imperialistas.

Anaxágoras de Clazómenas, unos quince años mayor que Eurípides, vivió en Atenas durante treinta años, protegido por Pericles y entregado a la meditación y al estudio. Atento a los fenómenos celestes, sostuvo el primero que los astros eran de la misma naturaleza que la tierra, y dijo, en otra ocasión, que el sol no era sino una masa de roca incandescente. Reparó en los eclipses y fases lunares y puso la inteligencia *(noûs)* en el centro de todo el acaecer físico y psíquico.

Vemos, pues, qué lejos quedan estas inquietudes de la postura habitual del ateniense medio, creyente en buena medida en los dioses homéricos, cuando no en ritos oscuros y supersticiosos, y sustentador de costumbres ancladas en el pasado. Botón de muestra de la profunda convulsión que aquellas avanzadas teorías despertaron entre los atenienses del momento es que tanto Protágoras como Anaxágoras se vieran forzados a huir de Atenas para salvar sus vidas y librarse de la acusación de impiedad que pendía sobre ellos. Si el segundo consiguió ponerse a salvo, el primero tuvo la desgracia de morir en la travesía hacia Sicilia, al hundirse el navío que lo transportaba. Recordemos asimismo que unos años más tarde, el 399 a.C., Sócrates se vio obligado a beber la cicuta, acusado de impiedad.

En la misma dirección racionalista e ilustrada de los sofistas más insignes se movían otros hombres destacados del momento. Tucídides, por ejemplo, logró dar rango científico a la Historia, y, por su parte, Hipócrates convirtió en ciencia la actividad médica. En ese ambiente ilustrado, preocupado por todas las innovaciones, se desenvolvió siempre nuestro poeta, estudiando, leyendo, charlando con los hombres más ilustres de su época, y dedicado a su actividad literaria. Sabemos por varias fuentes que tenía una buena biblioteca, cosa excepcional y casi única en Atenas. Dicho sea de paso, amén de preocuparse por las corrientes científicas más avanzadas, mostró

---

[8] Tucídides, V, 87 y ss.

una inquietud singular hacia las nuevas tendencias artísticas. Sabemos de su amistad con Timoteo, al que alentó a seguir con sus experimentos musicales y poéticos y de quien imitaría el ritmo en algunas de sus odas postreras. Los nuevos rumbos de la pintura también le eran familiares, y buena prueba de ello tenemos en su extrema sensibilidad hacia el cromatismo de las imágenes, especialmente en sus dramas tardíos.

Hasta el año 455 Eurípides no obtuvo su primer coro, y, con ello, la posibilidad de presentarse al anual certamen trágico. Si seguimos el unánime sentir de los comentaristas, presentó sus obras a concurso en veintidós ocasiones, lo que hace un total de sesenta y seis tragedias y un número incierto de dramas satíricos, toda vez que nuestro poeta introdujo en alguna ocasión una tragedia con final feliz, al modo de *Alcestis,* en vez del usual drama satírico que completaba las tetralogías. Con todo, sólo obtuvo el primer puesto en cuatro ocasiones; la primera en el año 441 a.C., según el *Marmor Parium.* A estas victorias hay que añadir otro éxito, pero ya póstumo, alcanzado en el 406 a.C. El número tan escaso de victorias y el gran retraso en conseguir la primera contrastan, en sumo grado, con lo acaecido a Sófocles, a quien acompañó siempre el éxito a lo largo de su dilatada carrera literaria.

Carecemos de datos fidedignos sobre la actitud adoptada por nuestro trágico durante la guerra del Peloponeso, que tanto le afectó al escribir sus tragedias. Quiere la tradición que los atenienses encargaran al poeta el epitafio por los caídos en la batalla de Siracusa (413 a.C.). Sabemos que en el 408 a.C., posiblemente entristecido ante el rumbo que iban tomando los acontecimientos, se marchó a Macedonia, invitado por el rey Arquelao, personaje singular que gustaba de rodearse de los talentos más destacados del momento. Allí encontró nuestro autor al también tragediógrafo Agatón; a Quérilo de Samos, escritor épico; a Timoteo, creador de nomos y ditirambos; a Zeuxis, el pintor, y a tantos otros.

A comienzos del 406 a.C. Eurípides murió en Macedonia, siendo enterrado en la capital, Pela, o, según otros, en Aretusa. Aquella primavera, al mostrarse los coros trágicos ante el público, Sófocles se presentó de luto; sus actores y coreutas iban sin corona, en señal de duelo, también.



Teatro de Dioniso. Atenas.

Atenas dedicó un cenotafio al poeta que tanto había arriado a su patria y que tan mal comprendido fuera por sus conciudadanos. En aquella ocasión, el jurado concedió el premio al trágico desaparecido, cuyas *Bacantes* impresionaron, sin duda, a los espectadores.

Obras conservadas

Un intento ciertamente interesante de estudiar las tragedias de nuestro autor es el de agruparlas por el contenido general o mítico[9]. No obstante, lo normal es exponerlas en orden cronológico[10]. Pero el principal escollo es que sólo unas pocas piezas son fechables con precisión a partir de los datos que tenemos; para las otras hay que acudir a criterios de contenido: métrica, alusiones, referencias, escolios, parodias de Aristófanes, citas diversas, etc.

Eurípides pudo presentarse a los anuales certámenes trágicos en el 455 por vez primera, precisamente con una tetralogía en la que figuraban las *Pelíades* (en donde Medea se venga de las hijas de Pelias que matan, descuartizan y hierven en una caldera a su propio padre engañadas por aquélla, que les había prometido devolverle así la juventud). Por lo demás, de las noventa obras que escribiera Eurípides, los alejandrinos conocieron setenta y cinco en los siglos III-II a.C. A nosotros nos han llegado diecisiete tragedias y un drama satírico. Aún así, conservamos más obras euripideas que de Esquilo y Sófocles juntos, pues sólo tenemos siete de cada uno de éstos, aparte de fragmentos.

---

[9] D. J. Conacher, *Euripidean Drama. Myth, Theme and Structure,* Toronto, 1967, habla de tragedias mitológicas *(Hipólito, Bacantes, Heracles);* tragedias políticas *(Suplicantes, Heraclidas);* tragedias sobre la guerra y sus consecuencias *(Troyanas, Hécuba, Andrómaca);* tragedias realistas *(Medea, Electra, Orestes);* tragedias fallidas *(Fenicias, Ifigenia en Áulide);* tragedias románticas *(Ión, Helena, Ifigenia entre los tauros);* y dramas satíricos *(Cíclope* y *Alcestis).*

[10] K. Matthiessen, «Euripides. Die Tragödien», en *Das griechische Drama,* Darmstadt, 1979, pág. 100, las divide en dramas tempranos, intermedios y tardíos.

Alcestis fue representada en el año 438 formando parte, como cuarta pieza, de una tetralogía[11]. En esta primera obra conservada nos llama la atención que Eurípides colocara una tragedia con final feliz en el lugar que tradicionalmente ocupaba el drama satírico. En *Alcestis* hallamos dos temas míticos de singular importancia: la mujer (Alcestis) que ofrece su vida para librar a su esposo (Admeto) de la muerte; y el varón esforzado (Heracles) que logra vencer a la muerte y devolver a la vida un cadáver. Interesante asimismo es la figura de Admeto, hombre hospitalario donde los haya, esposo amante, pero egoísta, ya que consiente que su mujer muera en su lugar. Llegado el caso, recrimina a su padre (Feres) por no haber querido morir en vez de él.

Es de notable belleza y maestría el agón oratorio entablado entre padre e hijo a este propósito. Es interesante hacer notar cómo, desde la primera obra que nos es dado leer en el drama euripideo, los hombres ocupan el lugar central de la acción. Es cierto que corresponden al mundo heroico, pero hablan, discuten, proyectan, sienten, en suma, de modo muy singular al de los atenienses del momento. Encontramos muy bien expresadas las reacciones íntimas, personales, ante la muerte; el dolor, la alegría, el amor y el odio, como sentimientos universales de la humanidad, tienen aquí un hermoso reflejo literario. No faltan elementos burlescos, como vemos en las palabras del sirviente que relata la insaciabilidad de Heracles en cuanto a comida y bebida; asimismo es graciosa la escena final, donde el glorioso héroe presenta ante Admeto a la ya liberada Alcestis como si fuera otra mujer ganada en un certamen.

Medea fue escenificada en el 431, año en que diera comienzo la guerra del Peloponeso. Aunque, como en tantas otras ocasiones nuestro autor no logró sino un tercer puesto en la clasificación final del certamen poético, la crítica ha sido siempre unánime en que nos hallamos ante una de las obras más perfectas y elaboradas por él.

Eurípides pone en escena a Medea, extranjera procedente de un país apartado y exótico, con usos y costumbres bien aje-

[11] *Las Cretenses, Alcmeón en Psófide, Télefo* y *Alcestis.*

nos a los usuales entre helenos, víctima del engaño del calculador y frío Jasón, su marido, que, luego de innúmeras y difíciles aventuras transcurridas en unión de la protagonista, no ha dudado un momento en dejarla abandonada para tomar nueva esposa: Glauce, hija de Creonte, rey de Corinto.

Medea se muestra incapaz de refrenar la cólera de su corazón; presa de profunda irritación concibe y planea con frialdad extrema la ruina de su esposo, de la recién desposada y del padre de ésta. Para ello recurre a la astucia de enviar a la reciente esposa de su marido unos funestos regalos que le ocasionarán la muerte al ponérselos y que acabarán también con la vida de Creonte cuando toque a su hija. Para humillar aún más a Jasón, Medea —y en este punto Eurípides innova en el tratamiento del mito— mata a sus propios hijos y escapa por los aires en dirección a Atenas, conduciendo un carro tirado por serpientes aladas.

En esta obra vemos que el odio profundo hacia el esposo prevalece sobre el tierno amor por los hijos; que la pasión triunfa sobre la razón. En los momentos en que Medea habla consigo misma, nuestro autor nos saca a la luz los últimos recovecos del alma de una mujer humillada, herida, frustrada a causa de la vil traición de su esposo, que ha violado todos los juramentos y promesas que le hiciera.

Los Heraclidas suele ser fechada en torno al 430, correspondiendo, pues, a los primeros momentos de la magna contienda bélica ya mencionada. El poeta trata el tema de los descendientes de Heracles, o Hércules, a quienes persigue con saña infinita Euristeo, que fue el principal enemigo de su ya extinto padre. Los hijos del héroe, capitaneados por Yolao y Alcmena, dos ancianos, se refugian en torno al altar de Zeus en Maratón, es decir, dentro de territorio ateniense, piden suplicantes que se les atienda y proteja y no se les deje caer en manos de sus enemigos. Les es otorgada la hospitalidad. Para conjurar la amenaza de Euristeo contra toda la ciudad de Atenas, Macaria, hija de Heracles, se ofrece voluntaria a morir en defensa de sus hermanos. Más tarde, Yolao aparece rejuvenecido de forma prodigiosa y consigue capturar a Euristeo, a quien, finalmente, Alcmena condena a muerte.

Temas como el respeto al suplicante, la atención debida a los prisioneros de guerra, Atenas como protectora sempiterna de desvalidos y suplicantes, la antítesis entre el poder despótico y el derecho de gentes, el héroe que se inmola de grado para salvar a los demás, aparecen claramente tratados en la obra.

Hipólito es del 428 a.C.; conquistó sin reservas la voluntad del jurado que otorgó el primer premio a nuestro tragediógrafo. Éste había escrito anteriormente otra versión distinta[12], en donde la propia Fedra se declaraba sin ambages a su hijastro Hipólito, lo que debió pasmar, sin duda, a más de un espectador gazmoño. Eurípides, en efecto, es un verdadero maestro en el arte de llevar a la escena temas de fuerte contenido erótico, sorprendiendo con ello a un público acostumbrado a que en las tragedias brillaran por su ausencia los temas eróticos y obscenos.

En la obra que conservamos, Fedra, aunque procura con todas sus fuerzas oponerse a la pasión amorosa que la corroe, comunica sus sentimientos a su nodriza; ésta, a su vez, se los hace saber a Hipólito que muestra su rechazo e indignación. Fedra se suicida, pero deja una tablilla en la que acusa a Hipólito de intento de seducción. Enterado de todo, Teseo, esposo de Fedra y padre de Hipólito, maldice a su hijo, que muere víctima de un prodigioso toro surgido repentinamente del mar según designios de Posidón.

Toda esta tragedia gira en torno a la desmesura y soberbia frente a los planes de la divinidad. Fedra, por una parte, no sabe contener su pasión erótica ni para mientes en los lazos de consanguinidad, ni en la casta vida de Hipólito, consagrado a Ártemis, virginal diosa de la caza. A su vez, Hipólito se muestra desmedido y arrogante ante la humana flaqueza de Fedra. Los dioses, defensores respectivamente del amor y la castidad, Afrodita y Ártemis, desempeñan un papel secundario en el curso de la acción dramática, si bien la primera pronuncia el prólogo y la segunda cierra la obra como *dea ex ma-*

---

[12] Conocido como *Hipólito velado*, ya que el protagonista se cubre con un velo, avergonzado ante las palabras de Fedra. Se diferencia del drama que conservamos, titulado por los escoliastas *Hipólito portador de una corona.*

china. A pesar de la intervención de los dioses, esta pieza ha de entenderse como presidida por los sentimientos humanos más profundos. Eurípides consigue hábilmente, mediante la oportuna caracterización de Hipólito y Fedra, convertir un mito de venganza divina en una tragedia de responsabilidad humana. En cierto modo, nuestro autor adopta una postura contraria a la de Sócrates, al demostrar que nada puede la razón humana cuando se desbocan las pasiones.

Andrómaca puede situarse cronológicamente en torno al 427 a.C., pero con ciertos reparos. Eurípides trata aquí las consecuencias de la guerra de Troya, vista siempre como fuente última de todas las desdichas. Ante nosotros aparece Andrómaca, esposa del en vida valiente Héctor; vive ahora en Ptía como esclava de Neoptólemo a quien ha dado un hijo. Pero Hermione, legítima esposa de Neoptólemo, ciega de rabia ante la esclava por no poder tener hijos ella misma, la amenaza de muerte; su padre Menelao la ayuda en sus planes. Ante tales asechanzas, Peleo, anciano abuelo de Neoptólemo, defiende valientemente a Andrómaca y a su tierno biznieto. Al final de la obra, luego del asesinato de Neoptólemo a manos de Orestes, Tetis aparece como *dea ex machina* resolviendo la situación.

En las amargas palabras pronunciadas por Peleo contra Esparta se ha querido ver un ataque del poeta a la mentalidad belicista de los espartanos, dominados por la arrogancia, la traición y la maldad. Tema permanente en este drama es la defensa y alabanza del esclavo prudente y virtuoso frente a la altanería y soberbia del amo.

Hécuba suele fecharse hacia el 424 a.C. Nuestro trágico elige y selecciona de entre el tema troyano un momento inmediato a la caída de Troya. Hécuba, la anciana reina de Troya, que ha de soportar la muerte de su hija Políxena como ofrenda otorgada a la tumba de Aquiles, reconoce, en medio de su dolor, el cadáver de su hijo menor Polidoro, que había sido impíamente asesinado por su propio defensor y huésped Poliméstor. Hécuba trama entonces el castigo de Poliméstor, contando con la aprobación de Agamenón.

Puede decirse que el drama se compone de dos partes, prevaleciendo en la primera la figura de Políxena, y en la segun-

da la muerte de Polidoro. Eurípides recoge, así, dentro de una misma tragedia, temas independientes del ciclo troyano, centrándolos en torno a un personaje, Hécuba en este caso, que va pasando desde el dolor y resignación por la muerte de su hija, hasta la irritación y el insaciable deseo de venganza ante el asesinato de su hijo. Nos encontramos en este drama con pasajes de elevado lirismo, principalmente en las monodias de Hécuba y Políxena, y, de otra parte, secuencias dominadas por puro racionalismo, aun en medio de la situación más angustiosa. Hécuba, a pesar de la terrible angustia que la embarga, se adentra en discusiones de acendrado tono dialéctico respecto de temas entonces tan en boga como si es más importante la educación o el nacimiento en noble cuna para el comportamiento de los hombres; la justicia, la ley; el agradecimiento, etc.

Las Suplicantes. Hacia el 423, sitúan este drama los últimos estudiosos de la cuestión, basándose especialmente en motivos de índole métrica. El tema central es el de las madres e hijos de los Siete contra Tebas que acuden ante Etra, madre de Teseo, para que convenza a su hijo de recobrar los cadáveres de los muertos a fin de darles honores y santa sepultura, de acuerdo con los ritos helenos. Tras algunas vacilaciones, Teseo, luego de fiera batalla, consigue rescatar los muertos y entregarlos a los argivos para que les den las honras fúnebres tradicionales.

Como en tantas ocasiones, Eurípides innova en el tratamiento del mito antiguo, para destacar sobre todo el humanitarismo ateniense ante desvalidos y agraviados. El derecho de los muertos a recibir paz definitiva en sus sepulcros era, por lo demás, ley no escrita aceptada unánimemente entre los griegos. Los personajes míticos, empero, aparecen desdibujados, mientras que cobran relieve los problemas humanos universales.

Teseo, mítico rey de Atenas, insiste en que habita una ciudad libre, dando motivo con ello a un debate con el heraldo tebano respecto a las ventajas de la democracia sobre el régimen tiránico.

Un aspecto innovador, entre otros, es el efectista suicidio de Evadne, que se arroja sobre la pira donde ardía el cadáver

de su esposo. Importante también es la oración fúnebre pronunciada por Adrasto, anciano rey de Argos, en honor de los muertos.

De algún modo, Teseo encarna la defensa de la piedad, de las costumbres veneradas por los helenos; representa asimismo el rechazo interno y visceral frente a todo poder tiránico que intente suprimir los derechos humanitarios de las ciudades griegas. Aun así, ver en la figura de Teseo un reflejo de Perícles, tal como han pretendido varios especialistas, nos parece exagerado.

Electra, representada quizá algunos años antes del 415, aunque otros la sitúan en el 413, es un buen ejemplo para comprobar cómo difieren en el tratamiento del mito y en la importancia concedida a la estructura dramática los tres grandes trágicos. Escrita aproximadamente por los mismos años que la homónima tragedia sofoclea, está a gran distancia de ésta, que gira en torno al restablecimiento de la justicia. En cambio, se halla más bien cerca del viejo Esquilo al situar en primer plano el matricidio cometido por Orestes y Electra. Precisamente, Eurípides rebaja mucho la importancia de los dioses, especialmente la de Apolo, en el curso de la acción, destacando, en cambio, la íntima decisión de los hermanos a fin de realizar el espantoso acto. Sitúa la acción en medio del campo, donde vive Electra, casada, por orden de Egisto, con un campesino pobre, pero honrado, compasivo y bueno, respetuoso de su doncellez. Además, el inhóspito lugar en donde ahora habita Electra es el apropiado para el reconocimiento de los hermanos y el curso de la intriga subsiguiente. Primero, Orestes elimina a Egisto en el curso de un sacrificio, y después, Electra, con el señuelo de que ha tenido un hijo, atrae a su madre hacia la casa de labor y allí tendrá lugar el crimen. Nuestro autor, aunque reconoce la infamia cometida por Clitemnestra al matar a su esposo Agamenón, afirma que también es condenable asesinar a una madre; censura, pues, la venganza decidida nada menos que por Apolo. Aunque al final de la obra los míticos personajes siguen por la senda tradicional (Electra se casa con Pílades; Orestes es perdonado por el Areópago), nuestro poeta critica el brutal motivo mítico: un hijo no ha de matar a su madre por muy mal que ella haya obrado.

Las Troyanas[13] aparecieron en escena en el 415 a.C. El tema esencial es poner de manifiesto, una vez más, los horrores de la guerra, referidos no sólo a la lejana y legendaria Troya, sino a todos los conflictos bélicos. Así se explica que los personajes estén un tanto difuminados; que la acción sea mínima; que aparezcan cuatro escenas sucesivas enfocando diversos aspectos del sufrimiento inhumano de las cautivas. Hécuba se nos muestra como el centro de la acción, pero con mucho menos garra dramática que en la obra homónima. Destaquemos por su efectismo el reparto de las cautivas entre los vencedores; el delirio profético de Casandra al ser asignada a Agamenón, con la premonición de que los más perjudicados por la guerra van a ser precisamente los vencedores; el asesinato impío del pequeño Astianacte y su entierro sobre el escudo de su valeroso padre. Interesante también es el agón entre Hécuba y Helena, donde se alude a la causa última que provocara la guerra troyana. El himno que Hécuba dirige a Zeus rezuma crítica e ironía. Puede servir para comprobar cómo usa nuestro poeta los elementos tradicionales con funciones distintas a las convencionales. Al final de la obra se hace a la mar la flota griega, con las cautivas a bordo, mientras en lontananza arde y se consume Troya.

Heracles es de difícil datación; motivos esencialmente métricos apuntan al 414 a.C. Al comienzo de la obra, mientras el famoso héroe se dirige a los infiernos, el usurpador Lico amenaza en Tebas con la muerte a los familiares de Heracles, o sea, a su anciano padre, a su esposa Mégara y a sus hijos. Todos ellos se acogen suplicantes en torno al altar de Zeus. Llega Heracles y libera a los suyos. Pero, a continuación, es presa de la locura enviada por Hera y da muerte a sus hijos y a su esposa. A la vista del espantoso crimen que ha cometido, Heracles determina acabar con su vida, pero su amigo Teseo le persuade a seguir en este mundo y a partir con él hacia Atenas.

Si, según el mito, Heracles había dado muerte a sus hijos antes de empezar sus laboriosos trabajos, Eurípides sitúa el horrendo acto al final de la fatigada vida del héroe. Éste, que en

---

[13] Formaban parte de una tetralogía: *Alejandro, Palamedes, Las Troyanas* y el drama satírico *Sísifo.*

la primera parte de la obra aparece como salvador de los suyos, es poseído en la segunda por la locura enviada por los dioses y se ve obligado a llevar en lo sucesivo una vida llena de aflicción.

Importante es la intervención de Teseo, que, como amigo verdadero, consuela, anima y salva a Heracles cuando todo parece estar perdido. Destaca también la humanidad de Heracles, que se nos muestra bien distinto tanto de su aspecto de semidiós como de los bastos modales que le caracterizan en otros dramas. Impresionante es la descripción, por boca del mensajero, respecto de la locura de Heracles. Sorprendentes son las críticas que el héroe dirige a los dioses. El amor de Heracles hacia los suyos y la leal amistad de Teseo son sentimientos puros y dignos que contrastan con la actitud rencorosa y hostil de los dioses.

Ifigenia entre los tauros, fechable aproximadamente en el 414 a.C., es buen exponente del consumado dominio de Eurípides en el uso de las escenas de reconocimiento y en el manejo de la intriga.

Ifigenia, luego de escapar del sacrificio de Áulide, habita la Táurica (actual Crimea), como sacerdotisa de una Ártemis bárbara que exige sacrificios humanos. Allí llega Orestes, pues para evitar la despiadada persecución de las Erinias, ha de transportar hasta el Ática la imagen de Ártemis táurica. Los hermanos no se reconocen al principio. Ifigenia está a punto de degollar a Orestes y a Pílades. Se libra Pílades tras un sorteo, y se decide que lleve un mensaje a Argos. Pero Ifigenia se resuelve a dárselo de palabra; así tiene lugar el reconocimiento entre los dos hermanos. Una vez acaecido esto, hay que escapar de la inhóspita región. Hacen creer al rey del país, Toante, que es menester purificar la estatua de la diosa y a los cautivos a bordo de una nave y a corta distancia de la costa. Emprenden la huida a toda vela, pero un golpe de mar los lleva de nuevo a tierra. Interviene como *dea ex machina* Atenea, que manda instaurar en el Ática un culto en honor de Ártemis.

En esta pieza, como en las dos siguientes, abundan los paisajes y costumbres exóticos; los cambios repentinos de la fortuna; las escenas de reconocimiento; la salvación en el último

momento. Todo ello ha permitido pensar a ciertos críticos que estamos ante un melodrama, una tragicomedia, o simplemente, una comedia, más bien que ante una verdadera tragedia. Pero, en verdad, lo que no hallamos de sentimiento trágico en los personajes, nos es compensado con creces a fuerza de ironía, suspense, gradación del interés y clímax final.

Helena es de las pocas obras euripideas de data conocida, el 412 a.C. Tiene muchos puntos comunes con la trama ya expuesta. Helena habría sido llevada milagrosamente a Egipto por Hermes, es decir, no habría ido a Troya, adonde sólo fue un simulacro de ella. En Egipto disfrutó de la protección del rey Proteo, pero una vez muerto éste, su hijo Teoclímeno requería en amores a Helena, que se nos muestra aquí como modelo de castidad. Tras la llegada por mar de Menelao, tiene lugar la escena de reconocimiento entre los esposos; ambos planean la huida, ayudados por la profetisa Teónoe, pues, como extranjero, Menelao debía ser inmolado de inmediato. Éste actúa como mensajero de su propia muerte; Helena consigue un barco para ofrecer un sacrificio en el mar en honor de su marido supuestamente muerto; finalmente, los dos esposos se escapan por mar y los Dioscuros intervienen en el último instante.

Encontramos lugares chocantes: Menelao dice haber puesto a salvo en una gruta a Helena, cuando el espectador sabe que se trata de la falsa, no la verdadera heroína; Menelao, cubierto sólo de míseros jirones, surge de una tumba en sus primeras palabras con Helena. Advertimos una permanente dicotomía entre apariencia y realidad. Por otra parte, los dioses son nombrados con frecuencia, pero están al margen de toda actividad, carecen de fuerza dramática. El azar *(týchē)* pasa a ocupar el lugar primordial en el curso de la acción, con lo que nos acercamos mucho a lo que será un motivo literario esencial en la comedia nueva, y, posteriormente, en la novela helenística e imperial. Con todo ello, Eurípides, más que poner punto final a la antigua concepción de lo trágico, está abriendo nuevas vías para la creación literaria.

Ión, obra del 412, quizá está dominada por la idea del azar, de la casualidad que domina no sólo a los mortales, sino también a los dioses. El piadoso Ión, ajeno a todos los excesos y

extravíos humanos y divinos, aparece limpiando graciosamente las luminosas estancias de Apolo en Delfos. El joven había nacido como fruto de una momentánea e irrefrenable pasión de Apolo por Creúsa. Ésta, casada posteriormente con Juto, rey de Atenas, llega precisamente a Delfos en demanda de descendencia, reclamando el hijo que otrora tuviera con el dios. Entretanto, Apolo convence a Juto de que tome por hijo al primero que encuentre al salir del templo; será Ión precisamente. Pero Creúsa se encoleriza y pretende envenenar a Ión, con tan mala fortuna que se descubre su aviesa intención al beber una paloma la letal poción y morir de inmediato. Cuando todo parece condenar a muerte a Creúsa, gracias a una cajita con objetos personales que portaba Ión cuando fue depositado en el templo por Hermes, tiene lugar el reconocimiento entre madre e hijo.

Pueden destacarse las primeras palabras que intercambian Ión y Creúsa sin conocerse todavía; la descripción de las obras de arte y riquezas del templo por obra de las acompañantes de Creúsa, motivo literario ya homérico, que gozará de singular fortuna en la literatura posterior. Se nos aparece un Apolo embustero y sometido a las inescrutables leyes del azar, pues aunque proyecta como dios, luego las cosas le salen al revés; el propio dios se reconoce culpable y teme los reproches de los hombres. Ha de ser Atenea quien lo explique todo. Son de singular belleza las monodias de Ión y Creúsa y la resis del mensajero con la puntual descripción de la tienda donde se celebra el banquete en honor de Ión.

Las Fenicias suelen datarse en torno al 410 a.C. En esta pieza el poeta acude a la acumulación de temas míticos a los que da un enfoque muy personal, innovando en no pocos sentidos. El motivo central es el de los Siete contra Tebas, pero recoge otros temas que Sófocles expusiera detenidamente en varias de sus tragedias.

Al comienzo de la obra sabemos por Yocasta, esposa de Edipo, que el ilustre rey de Tebas vive aún en palacio, reducido por sus hijos una vez enterados del origen paterno. Aunque Eteocles y Polinices acuerdan turnarse anualmente en el Gobierno de Tebas, el primero, una vez ha probado el poder no quiere soltarlo. El segundo ataca la ciudad al sentirse agra-

viado. Luchan el ejército defensor y el atacante; mueren los hermanos en lucha singular; la madre se atraviesa con una espada sobre ambos cadáveres. El planto corre a cargo de Edipo y Antígona. Creonte, dueño ahora de las riendas de poder, manda al exilio a Edipo y ordena dejar insepulto el cadáver de Polinices. Se rebela Antígona, pero ha de partir al destierro junto con su padre.

Destacan el prólogo de Yocasta que nos pone al corriente de la situación; el agón entre los hermanos; el exotismo del Coro, formado por mujeres fenicias que sirven en el templo de Apolo, en Delfos; la vida propia de ciertas odas, que son simplemente añadidos o elementos de separación entre episodios, con notable exceso de adjetivos ornamentales y pictóricos.

Frente a las preferencias de los trágicos anteriores por detenerse en unas escenas del pasado mítico, con unos personajes bien definidos que luchan por manifestar su identidad frente a las fuerzas divinas o irracionales, Eurípides opta en este caso por una trama abigarrada, extensa, casi épica. La antigüedad tuvo a *Las Fenicias* por una de las obras euripideas más de su agrado. Junto a *Hécuba* y *Orestes* constituyeron la llamada *Tríada bizantina*, tan leída y comentada.

Ifigenia en Áulide es del 409 a.C., si atendemos a las razones de orden métrico que se han manejado. Al mismo año corresponden *Las Bacantes*, que fueron representadas junto con nuestra pieza en el 406, una vez muerto el poeta.

Agamenón manda llamar a su hija Ifigenia con el pretexto de casarla con Aquiles, pero en verdad para inmolarla en honor de Ártemis, a fin de tener asegurada la travesía hacia Troya. El general del ejército aqueo vacila, duda, mantiene dentro de sí una dura batalla entre su deber de capitán de los griegos y sus sentimientos como padre. Manda una nota anulando la orden anterior, pero resulta interceptada por Menelao, que le increpa violentamente por su indecisión. Pero ante el inmenso dolor de Agamenón, Menelao se apiada y decide suprimir el cruento sacrificio. Ahora, en cambio, es el capitán de los helenos quien decide llevar a cabo la inmolación a instancias del ejército.

Tras llegar Ifigenia y su madre Clitemnestra, saludan ambas a Aquiles, en una escena en que los dos jóvenes son víctimas

de engaño sin percatarse de ello. Enterada Ifigenia de la fatal decisión de su padre, suplica a éste, que se muestra inflexible. Pero luego de profunda reflexión, Ifigenia decide ofrendar de grado su vida. El final de la obra nos ha llegado alterado.

La importancia dada a la psicología interna de los personajes, con un profundo examen de los cambios de opinión; el tema del sacrificio libremente arrostrado; el patetismo de las situaciones hacen de esta pieza una de las más interesantes de la última etapa de nuestro escritor. De enorme belleza y plasticidad es la escena inicial, donde en contraste con la paz del momento, subrayada por la calma del mar y el silencio de las aves, Agamenón se debate en una terrible lucha interna sobre la resolución que ha de tomar.

Las Bacantes, también del 409, es una de las obras maestras de nuestro poeta. Expone en ella cómo Penteo, rey de Tebas, que se opone a la introducción y difusión dentro de su país del culto orgiástico en honor de Dioniso, resulta finalmente despedazado por las ménades seguidoras del dios entre las que se encuentra su propia madre, Ágave.

Nuestro autor, que había criticado con afilado cálamo numerosos aspectos de la religión tradicional, sintiéndose enormemente atraído por el fenómeno religioso durante toda su larga existencia, observó quizá de cerca los ritos del culto dionisiaco tal como se practicaba a la sazón en Macedonia. También por otros cultos místicos mostró Eurípides especial predilección en los años finales de su vida. Por tanto, es exagerado, creemos, ver en *Las Bacantes* una conversión última del poeta a una religión que le diera respuesta válida en medio del terrible ambiente en que vivía. De sobra está también tomar esta tragedia por una última protesta de nuestro autor contra cultos en que tenían lugar extrañas prácticas como la omofagia, es decir, comer cruda la carne de un animal recién sacrificado en honor del dios.

El alto vuelo artístico y poético de *Las Bacantes* se muestra de manera especial en los dos relatos, referentes, uno al comportamiento y actitud de las plácidas ménades inmersas en una vida relajada y natural donde la miel, la leche y el vino surgen espontáneas a su paso; el otro, a la escena en que Penteo, seducido por Dioniso, espía travestido los movimientos

de las mujeres en trance, hasta que, una vez visto, resulta destrozado y degollado por ellas. Su propia madre será la que lleve la cabeza del decapitado encima de su tirso. Recobrada finalmente la conciencia, Ágave reconoce lo acaecido.

La tensión dramática, el ritmo ascendente hasta llegar a la explosión final, sitúan a *Las Bacantes* a la altura de los más altos exponentes de la tragedia griega. El Coro de esta obra está plenamente integrado en la acción dramática, es de notable profundidad lírica y comporta una ligazón formal a la manera arcaica; si, de una parte, celebra los gozos del culto dionisíaco y los detalles más significativos del ritual, expresa luego su unión íntima con el dios y su terrible deseo de venganza contra los incrédulos recalcitrantes.

El jurado entendió bien la enorme fuerza de esta obra tan atenta al culto a Dioniso, a quien en fin de cuentas iban dedicadas las representaciones trágicas, y no pudo por menos de conceder el primer premio a su autor.

Orestes, tragedia representada en el 408 a.C. nos muestra al protagonista ante el palacio paterno, enfermo, agotado, delirante a consecuencia del crimen horrendo cometido contra su madre. Le cuida su hermana Electra; ambos esperan la decisión de los argivos sobre el matricidio. Aparecen en escena una Helena coqueta y egoísta y un Menelao débil y deplorable que no presta ayuda alguna a sus sobrinos. Llega Pílades, que se reúne a los dos hermanos. Condenados éstos a muerte resuelven acabar con su vida; pero se arrepienten y deciden matar a la pérfida Helena. No pueden realizar sus planes, pero raptan a Hermíone. Al final de la obra aparece Menelao ante las cerradas puertas de palacio mientras Orestes y sus acompañantes se encuentran en la terraza; en el último momento interviene Apolo como *deus ex machina.*

En este drama observamos cómo influyen los vaivenes del azar en el modo de ser de los personajes, que van modificando su actitud según avanza el curso de la acción. Sus planes se ajustan sólo a una situación concreta. La escena del esclavo frigio es de gran efectismo, recargada y barroca; los cambios psicológicos de los personajes son constantes. Los héroes parecen demasiado humanos, dolientes y miserables, llenos de angustias, temores y vacilaciones. Ya no son lo que eran; sólo

conservan de heroico su nombre. Parece como si Eurípides se deleitara al presentarnos unos personajes ruines y mediocres: un Menelao cobarde y ambicioso; un Orestes acabado, deseoso sólo de venganza; un Tindáreo cruel, duro y resentido.

Quizá fueron la complicada técnica dramática y las escenas efectistas las que hicieron de *Orestes* pieza dilecta entre los bizantinos.

En cuanto al drama satírico *El Cíclope* es el único completo de su género que nos ha legado la antigüedad. De difícil datación, nos presenta a los sátiros, dirigidos por Sileno, sirviendo en Sicilia al Cíclope Polifemo. Allí llegan forzados por las tormentas Ulises y sus compañeros en demanda de víveres. La afición de Sileno por el vino; la cobarde actitud de los sátiros; la confianza del Cíclope en la fuerza bruta, son temas tradicionales. Pero Eurípides innova al presentarnos al descomunal personaje hablando sobre religión y política, dentro de una orientación mucho más intelectual que la que cabe advertir en otras piezas del mismo género, escritas por Esquilo o por Sófocles, muy fragmentarias, para nosotros.

Ojeada a los Fragmentos

Respecto a las tragedias que sólo conocemos fragmentariamente, las noticias indirectas ofrecidas por autores antiguos fueron bien recogidas por A. Nauck[14]. Pero los papiros hallados en Egipto en el último siglo han facilitado mucha información sobre obras de las que sólo el nombre sabíamos, por así decirlo[15].

[14] A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Leipzig, 1889² (reimp. Hildesheim, 1964, con *Supplementum*, de B. Snell). Véase al final de la bibliografía los trabajos de Mette, aparecidos en *Lustrum*.

[15] Recogidos sucesivamente por H. von Arnim, *Supplementum Euripideum*, Bonn, 1913; D. L. Page, *Select Papyri* III, *Literary Papyri, Poetry*, Londres, 1941; C. Austin, *Nova Fragmenta Euripidea in papyris reperta*, Berlín, 1968; *Euripides*, VI, *Fragmente*, con traducción de G. A. Seeck, Munich, 1981, que recoge 844 fragmentos de setenta y un dramas, más otros 262 de piezas no identificadas.

Mencionemos sólo los títulos más relevantes y mejor conocidos por los estudiosos. Así, *Télefo*[16], que muestra al rey de los misios revestido de andrajos, presentándose ante el campamento de los griegos en Argos y cogiendo como rehén a Orestes, aún niño.

Los Cretenses[17] recogen el amor monstruoso de Pasífae hacia el toro enviado por Posidón, así como el nacimiento del Minotauro.

Alejandro[18], expuesto por sus padres tras su nacimiento, había sido criado por unos pastores; se presenta a unas competiciones en Troya, donde derrota a sus propios hermanos. Tiene lugar el reconocimiento y la vuelta al hogar paterno.

Hipsípila[19], reina de las mujeres de Lesbos, ha tenido dos hijos fruto de sus íntimas relaciones con Jasón. Gracias a sus retoños se verá liberada cuando un día en su exilio de Nemea se vea comprometida en una difícil situación. El reconocimiento y el tema del castigo inmerecido dominaban la obra.

Faetón[20], que crece como hijo de Mérope, rey de los etíopes, es realmente hijo del Sol. Quiere casarse con la que resulta ser su hermana. Posteriormente es eliminado por el rayo de Zeus cuando conducía imprudentemente el carro de su padre.

En *Antíope*[21], Anfión y Zeto atan a los cuernos de un toro a quien es su propia madre, sin que ellos lo supieran. Hay reconocimiento e intriga. Antíope había engendrado para Zeus dos hijos que serían, respectivamente, Anfión, partidario de la vida contemplativa, y Zeto, celoso defensor de la acción.

En *Erecteo*[22], el mítico rey de Atenas, atendiendo a un oráculo, ofrece sus propias hijas al sacrificio, a fin de prevalecer sobre los enemigos de su ciudad.

---

16 E. W. Handley y J. Rea, *The Telephus of Euripides*, Londres, 1957.
17 *Euripide, I Cretensi*, edit. R. Cantarella, Milán, 1963.
18 B. Snell, *Euripides 'Alexandros*, Berlín, 1937.
19 *Euripides, Hipsipila*, ed. G. W. Bond, Oxford, 1963.
20 *Euripides, Phaeton*, ed. J. Diggle, Cambridge, 1970.
21 J. Kambitzis, *L'Antiope d'Euripide*, Atenas, 1972.
22 A. Martínez Díez, *Eurípides, Erecteo*, Granada, 1976.

Eurípides fue ante todo un gran poeta trágico que estuvo al tanto de las corrientes ideológicas y culturales de su tiempo. Pero es conveniente tener bien en cuenta que las ideas, así como el estilo, son en buena medida una elección personal, una muestra de la actitud vital del escritor. Sófocles era unos doce años mayor que nuestro trágico, diferencia cronológica escasa, y más aún en circunstancias históricas como las que les cupo en suerte vivir, caracterizadas por una rápida difusión de las teorías, y en una Atenas que era el centro cultural de la Hélade, el lugar donde se recogían, comentaban y expandían de inmediato las lucubraciones llegadas de fuera y las gestadas dentro de la luminosa ciudad.

Por todo lo dicho no deben buscarse etiquetas fáciles para definir el pluralismo ideológico que encontramos en las tragedias de nuestro autor; tampoco es buen método encasillarlo en una determinada línea de pensamiento, como si nuestro hombre se hubiera mantenido siempre dentro de unas coordenadas ideológicas bien delimitadas. Basta con repasar someramente los enfoques con que se ha examinado a Eurípides, en cuanto pensador, en los últimos cien años para hacerse una cabal idea de lo peligroso que resulta calificar a un poeta como si de un filósofo o pensador se tratara.

Se ha dicho, por ejemplo, que Eurípides es el típico representante de la crítica racionalista, un incansable debelador de los viejos mitos[23]. Se le ha llamado «poeta de la Ilustración griega»[24], en la idea de que situó a sus espectadores sobre la escena, los hizo parte integrante de la acción dramática, aburguesando la tragedia al poner en ella como héroes y personajes a los atenienses normales y corrientes de la segunda mitad

[23] A. W. Verrall, *Euripides the racionalist*, Cambridge, 1913². Posteriormente L. H. Greenwood, *Aspects of Euripidean Tragedy*, Cambridge, 1953, siguió la línea del anterior.

[24] W. Nestle, *Euripides, der Dichter der griechischen Aufklärung*, Stuttgart, 1901.

del siglo v a.C. Frente a la teoría del Eurípides racionalista, se esgrimió inmediatamente la tesis contraria[25], viendo en nuestro trágico al estudioso de lo irracional, del menadismo, la histeria colectiva, la omofagia, la oribasia. En los últimos años se viene estudiando qué profundamente relacionado está nuestro poeta con la actitud religiosa arcaica y la ética tradicional entre los griegos[26].

Como vemos, es difícil, si no imposible, abarcar con un simple rótulo el pensamiento de Eurípides, tan diverso, cambiante y rico en matices y contenidos. Nos resulta enigmático, paradójico, complejo. Refleja en sus dramas, de forma asistemática, dispersa, la profunda crisis de su época, lo que acabaría por romper la unidad tradicional del mundo clásico. En tal sentido, Eurípides es el representante de una época en crisis[27]. Esa crisis de valores estalla durante la guerra del Peloponeso, tal como fuera recogida magistralmente por la mano de Tucídides, quien sostuvo en varios pasajes de su obra que el hundimiento del Estado no era más que un síntoma de la descomposición interna de los individuos, de las luchas feroces en el seno de los partidos; de una vida planeada al margen de los dioses y la religión; de la absoluta preponderancia otorgada al partido sobre la amistad y la familia; de la ambición desmedida de poder.

Pero la crisis ideológica venía de mucho antes. La sofística no hizo otra cosa más que dar forma externa a algo que estaba fraguándose desde el siglo vi a.C. entre los jonios, habitantes de la costa oeste de lo que hoy es Turquía. Aquellos hombres, situados en situación privilegiada, a caballo entre dos culturas, la oriental y la helénica, no sólo abordaron sistemáticamente el estudio del universo o cosmos, sino también la estrecha relación del hombre con el mundo circundante. Por ello examinaron con espíritu crítico los mitos que

---

25 E. R. Dodds, «Euripides the irrationalist», *Classical Review*, 43, 1929, págs. 97-104. Recogido ahora en *The ancient concept of Progress and other essays*, Oxford, 1973.

26 H. Lloyd-Jones, *The Justice of Zeus*, Berkeley-Londres, 1971, págs. 144-155.

27 K. Reinhardt, «Die Sinneskrise bei Euripides», recogido en *Tradition und Geist*, Gotinga, 1960, págs. 227 y ss.

hablaban sobre el origen del mundo, los dioses y el hombre. Para ellos resultaba a todas luces arcaica y desfasada la explicación mitológica del universo. Es cierto que el mito había inspirado ya desde Homero a toda la poesía anterior en sus distintas manifestaciones y formas literarias. Eurípides no pudo sustraerse a la permanente presencia de los mitos en los dramas trágicos, de los que forman como su estructura profunda, pero luchó durante toda su vida, y ya desde las primeras obras que conservamos, por despojar el mito de su lejanía y vaciedad, acercándolo al mundo de cada día.

Cuando leemos las tragedias euripideas encontramos tres elementos innovadores dentro de tal género literario. Justamente, esos tres ingredientes (realismo burgués, retórica y filosofía) serán tres fuerzas decisivas en el panorama cultural del Helenismo y la época imperial[28].

Se ha calificado de realismo burgués el hecho de poner en escena a los atenienses de la época vistos con toda lucidez y crudeza. Los adversarios de nuestro autor le han tildado desde siempre de degradar el teatro griego con personajes tan estridentes como un rey, Télefo, cubierto de harapos, o un héroe como Menelao tan poco heroico en su actitud. Encontramos, de otra parte, temas entonces de actualidad que debían chocar fuertemente al hombre corriente, por cuanto que eran asuntos no pertinentes según la normativa del género trágico: los problemas matrimoniales, las relaciones sexuales, la situación postergada, cuando no humillante, de la mujer; el sentir de los esclavos. Ya en *Medea* nos hallamos ante un conflicto trágico, insoluble, entre un egoísmo calculador, frío, inmenso y un amor ilimitado, enloquecedor. Pero la protagonista echa por tierra muchos motivos míticos tradicionales tenidos por inmutables; prefiere tres veces más, nos dice, aguantar a pie firme con su escudo el embate del enemigo antes que tener un solo parto; demuestra la cobardía del perjuro Jasón, que nada tiene de heroico y todo lo ha conseguido gracias a ella.

Además, los héroes euripideos no son estables, inmutables a lo largo de toda una pieza; dudan, vacilan, cambian de acti-

---

[28] W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, trad. esp., México, 1968², págs. 313 y ss.

tud; avanzan y retroceden. En otros casos, como el de Orestes, en la tragedia homónima, el héroe pasa de un estado de locura a otro de odio; del deseo de venganza al amor. Cuando todo parece perdido las cosas vuelven a su cauce y llega la solución feliz. Estamos ante una mezcla deliberada de géneros, la tragicomedia, tan del gusto de los espectadores.

En segundo lugar, la retórica acaba por constituir un elemento esencial del lenguaje poético euripideo. Los personajes, incluso en las ocasiones más sorprendentes e inesperadas, se enzarzan en discusiones retóricas al modo de las que eran habituales en los procesos jurídicos y en la vida pública del momento. Los personajes intentan demostrar su inocencia y la culpabilidad del contrario. En la obra euripidea el acercamiento del lenguaje trágico a la lengua de la vida ordinaria es un hecho paralelo a la transformación burguesa del mito tradicional. El gusto por los agones retóricos es una muestra del subjetivismo creciente, pues así los héroes se exculpan a sí mismos, acusando, en cambio, al destino, a los dioses o al azar.

La presencia de temas filosóficos es la tercera constante del teatro euripideo. En verdad los poetas griegos anteriores se habían mostrado verdaderos filósofos por sus continuas preguntas sobre asuntos religiosos, míticos e ideológicos, pero en Eurípides los personajes se muestran ávidos de razonar, de sacar a la luz teorías filosóficas entonces en boga. A veces, sufridos personajes como Hécuba se dirigen a Zeus preguntándose si es realmente la ley que rige el mundo o simplemente es el entendimiento de los hombres[29]; otras veces se niega abiertamente la existencia de los dioses o, en el mejor de los casos, se rebaja mucho el rango de los mismos, aunque se les siga usando como fuerzas activas de la tragedia.

En este punto Eurípides resulta el portavoz de un mundo en crisis que se debatía entre unos esquemas antiguos basados en la moderación y el respeto a las normas tradicionales y

---

[29] *Troyanas*, 884 y ss., en donde hemos de ver un signo de profunda inseguridad y duda personal. Aparte de una posible influencia de Diógenes de Apolonia es una muestra de las preocupaciones del momento por descubrir la esencia de la divinidad.

unos postulados nuevos, creadores, abiertos hacia el futuro y críticos respecto de todo el acervo cultural recibido. Se trata de un momento histórico en que pugnan entre sí idearios contrapuestos en política, religión, moral y educación. Frente a un mundo aristocrático en que se tenía todo, riquezas, fama, saber y hermosura por simple razón de nacimiento, surge el vigoroso sistema democrático ilustrado que pretendía a la larga extender a todos los ciudadanos la educación y la cultura. Frente a la moderación y la noción de límite se yergue ahora la libertad de pensamiento y de palabra.

Nuestro escritor recoge muy bien, siquiera sea de forma difusa en su obra, las profundas contradicciones de su época. Se han estudiado las numerosas antinomias que aparecen en las tragedias conservadas y en los fragmentos. Es un reflejo poético de los discursos contrapuestos o antilogías, tal como aparecen en los fragmentos de Protágoras[30].

Eurípides defiende a veces el ideal de sabio, de hombre al corriente de las teorías contemporáneas[31], pero en otras ocasiones ataca a los sofistas que quieren aparentar saber lo que ciertamente ignoran[32].

En cuanto al tratamiento de los dioses observamos en ciertos contextos un sentimiento religioso en consonancia con las ideas tradicionales[33], pero otras secuencias indican que el poeta no puede por menos de criticar a unos dioses que actúan llevados por venganzas personales[34]. Leemos, también, que si los dioses hacen algo mal es que no son dioses[35]. Con todo, la actitud euripidea es bien distinta del agnosticismo radical de Protágoras, por cuanto que el poeta no duda propiamente de la existencia de los dioses, sino de que sean realmente éstos los responsables de las absurdas acciones que se les imputan.

---

[30] A. Lesky, *Die tragische...*, págs. 512-522.

[31] *Medea*, 665, 827 y 844.

[32] *Medea*, 1.225. Además, *Fr.* 913 y 924 Nauck.

[33] En *Ión*, por ejemplo, tanto el prólogo como el discurso de despedida.

[34] *Hipólito*, 117 y 1.420; *Andrómaca*, 1.161; *Bacantes* 1.348.

[35] *Fr.* 292 Nauck. Corresponde al drama perdido *Belerofonte*. Más radical es el *Fr.* 286 de la misma pieza: «Alguien sostiene que existen dioses en el cielo, pero no existen, no; de no ser que un loco pretenda utilizar la vieja leyenda.»

En cierta medida el activo papel que desempeñan los dioses en la tragedia tradicional viene sustituido en Eurípides por el azar, la fortuna *(týchē)*, ante la cual el hombre sólo puede adoptar una irónica serenidad[36]. Frente al azar, los humanos pueden usar la astucia y destreza, la intriga, en suma, para encontrar una salida. Éste es un rasgo precursor del Helenismo. Es un tema esencial en la comedia nueva.

Por último, un rasgo definidor de Eurípides es su preocupación constante por la actitud anímica de sus personajes, y eso ya desde *Alcestis*, o sea, desde la primera obra que conservamos. Se le ha llamado el primer psicólogo[37], y es en verdad un sagaz investigador del lábil mundo de los sentimientos y las pasiones. Examina y expone con buscada sencillez las emociones del alma: desde la incontrolable cólera de Medea, la locura de Orestes y los desvanecimientos amorosos de Fedra, pasando por la brutal e incoercible cólera de Hécuba, hasta la actitud, ora pacífica, ora irracional y desbordada, de las Bacantes.

Eurípides y los mitos griegos

Hemos adelantado algunos juicios sobre la pretendida actitud racionalista de nuestro autor y acerca de las críticas que se le han dirigido al entenderlo como pensador, moralista o filósofo más que como verdadero poeta creador[38]. En lo referente a la postura mantenida por Eurípides ante los mitos tradicionales ha pasado ya afortunadamente el momento en que

---

[36] En tragedias como *Ión*, *Ifigenia en Áulide* y *Helena*.

[37] Véase Jaeger, *Paideia...*, pág. 320. Ha sido un aspecto bien estudiado por A. Lesky, por ejemplo, en «Psychologie bei Euripides», en *Euripide, Entretiens sur l'antiquité classique*, VI, Vandoeuvres-Ginebra, 1960, págs. 125-160. Ahora en *Euripides*, ed. E. R. Schwinge, Darmstadt, 1968, págs. 79-101.

[38] La crítica procede de A. W. Schlegel, *Cours de littérature dramatique*, trad. fr., París, 1865, págs. 182-184, y de F. Nietzsche, que dedicó buena parte de *El nacimiento de la tragedia* (1870) a la cuestión. Ambos acusan abiertamente a Eurípides de ser el responsable de la decadencia y muerte de la tragedia. Contra ellos, Goethe ya vio en nuestro autor un gran poeta en sus *Conversaciones con Eckermann* (1825-1827).

se veía a nuestro trágico como defensor a ultranza de la racionalidad e ilustración[39], radicalmente opuesto a los mitos arcaicos hasta el punto de adoptar ante ellos una actitud irreligiosa. Sabemos nosotros que nuestro hombre no sólo estaba al tanto de las prácticas religiosas usuales en su época, sino que les siguió la pista en la poesía anterior, en las leyendas heroicas y épicas, y asimismo en los cuentos populares[40].

Eurípides es profundamente innovador, respecto a sus antecesores, en el tratamiento de los mitos, pues aunque sigue a Esquilo[41] en muchos aspectos, utilizando numerosos esquemas esquileos, siempre los renueva, concreta y ajusta a sus necesidades poéticas, bien dentro de la misma saga mítica, bien en otros contextos. Así, el conocido enfrentamiento entre Apolo y las Erinias de la *Orestía* esquilea, es aprovechado parcialmente por nuestro autor para la escena agonal de Apolo y la Muerte en *Alcestis.*

Pero el mito le sirve a Eurípides para reflejar diversos aspectos de la realidad de su época, especialmente cuando presenta a los héroes como si fueran sus conciudadanos del siglo V a.C. Asimismo se ha visto que en sus obras tardías surge una comparación entre la lejana guerra de Troya y la del Peloponeso, aunque, a nuestro entender, es exagerado ver en algunos personajes euripideos ciertas figuras políticas de la época[42].

Como buen observador, nuestro poeta advertía que la guerra iba corrompiendo a los hombres e impulsando sus bajas

---

[39] Nestle, *Euripides...;* Verrall, *Euripides...;* G. Norwood, *Essays on Euripidean Drama,* Cambridge, 1954; P. Masqueray, *Euripide et ses idées,* París, 1908.

[40] Cfr. E. Howalld, *Mythos und Tragödie,* Tubinga, 1927, págs. 45 y ss., y J. C. Kamerbeeck, «Mythe et réalité dans l'oeuvre d'Euripide», *Euripide, Entretiens...,* págs. 3-25.

[41] A la cuestión está dedicado el trabajo de R. Aélion, *Euripide héritier d'Eschyle,* I-II, París, 1983.

[42] E. Delebecque, *Euripide et la guerre du Péloponnèse,* París, 1951, ha querido ver en Menelao, Helena y Hermíone unos genuinos representantes espartanos; en Ulises, un modelo de corintio; en Orestes, un vivo reflejo de Argos. En cuanto a la relación de Eurípides con la política de su tiempo, R. Goossens, *Euripide et Athènes,* Bruselas, 1962.

pasiones: envidia, ambición, odio[43]. Si altera o recrea las versiones mitológicas usuales es que intentaba trasladar a los materiales míticos sus pacientes observaciones sobre sus conciudadanos. Precisamente presentar los personajes del mito como si fueran atenienses del momento es uno de los rasgos más originales del genio euripideo; lo que le convierte en el más moderno de los tres trágicos tanto para los espectadores de entonces como para el hombre actual. No es exagerado decir que Eurípides no pretende tanto interpretar los datos mitológicos como escribir tragedias sobre la realidad humana.

Ya en las primeras piezas euripideas cabe advertir el nuevo enfoque de los mitos. Ciertamente nuestro autor conocía bien las fuentes esenciales del mito: la epopeya homérica, la poesía lírica, la propia tragedia ática tan elaborada por Esquilo, las tradiciones culturales recogidas por los logógrafos y por Heródoto; aparte de otras informaciones recibidas por vía oral y que encuentran cierta correspondencia en el arte del siglo v a.C., principalmente en vasos, relieves y pinturas. Le era familiar el *Ciclo épico*[44] en toda su riqueza, sobre todo los Cantos chipriotas de que se sirvió con frecuencia[45].

Efectivamente, fuente obligada de nuestro trágico fue la poesía épica[46], en donde de forma cronológica, lineal, se pa-

---

[43] E. M. Blaicklock, *The male characters of Euripides*, Wellington, 1952, páginas 102 y ss.

[44] Cfr. P. G. Welcker, *Epische Kyklus*, I-II, Bonn, 1835-1849.

[45] Aspecto bien estudiado por F. Jouan, *Euripide et les légendes des Chants cypriens. Des origines de la guerre de Troie à l'Iliade*, París, 1966, págs. 420 y ss. Los principales temas recogidos por Eurípides de tal fuente son: las bodas de Peleo y Tetis, la saga de Paris, Helena y los Dioscuros, rapto de Helena, primera expedición contra Troya, concentración del ejército en Áulide y sacrificio de Ifigenia; sucesos anteriores y posteriores a la guerra de Troya, especialmente la muerte de Políxena y Polidoro, la suerte de las prisioneras de guerra y los regresos hacia la patria por mar.

[46] A. Rzach, «Kyklos», en *Real Encyclopaedie Pauly-Wissowa*, XI, 2, 1922, columnas 2.347-2.435. Véase *Homeri opera*, ed. T. W. Allen, Oxford, 1912, tomo V, y W. Kullman, *Die Quellen der Ilias* (Troischer Sagenkreis), Wiesbaden, 1960.

Recordemos que Esquilo dedicó al ciclo troyano tres tragedias, a más de 17 perdidas; Sófocles, tres, y 38 desaparecidas; Eurípides, nueve, aparte de ocho no conservadas.

saba revista a la legendaria historia del mundo desde la unión de Urano y Gea (Cielo y Tierra) hasta la muerte de Ulises. Conocemos seis poemas sucesivos: *Cantos chipriotas*, *Etiópida*, *Pequeña Ilíada*, *Iliupersis* (o toma de Troya), *Nostoi* (o regresos) y *Telegonía*. En los fragmentos que nos han sido transmitidos[47] encontramos muchos elementos fantásticos y novelescos, metamorfosis, viajes mágicos, amores divinos y humanos; asimismo destaca por doquier una visión pesimista de la guerra troyana con sus secuelas de exterminio, cautividad, hambre y miseria.

Eurípides ajusta todos esos materiales míticos a sus necesidades poéticas; bien acepta la versión más extendida de un mito, a lo que sabemos por otras fuentes, bien mezcla datos mitológicos procedentes de varias versiones, bien innova trastocando el orden cronológico o introduciendo variantes raras o inauditas[48].

Adelantábamos que Eurípides es un precursor del Helenismo por las profundas contradicciones y antinomias que presiden su obra poética. Nos sorprende, en verdad, el profundo contraste entre la actitud de nuestro poeta ante muchos mitos tradicionales a los que mira desde una postura crítica y severa[49], y la seriedad con que los trata en *Hipólito* y *Las Bacantes*. No obstante, en estas dos piezas, a pesar de la viva presencia de los dioses, son los hombres quienes se ven abocados a la perdición por culpa de sus insensatas o altaneras acciones.

En *Hipólito* dos diosas, representantes de fuerzas naturales contrapuestas, símbolos tomados de la creencia popular, llevan a los espectadores a la comprensión de los poderes so-

---

[47] Véase *Fragmentos de épica griega arcaica*, introducción, trad. y notas, A. Bernabé, Madrid, 1979.

[48] El ciclo épico constituye el tema central de *Ifigenia en Áulide* y de ciertas tragedias perdidas: *Alejandro, Los Escirios, Télefo, Protesilao, Palamedes;* formaba parte esencial de *Troyanas, Hécuba, Cíclope, Helena, Orestes, Andrómaca, Ifigenia entre los tauros*, y, además, en las desaparecidas, *Peleo, Filoctetes* y *Fénix*.

[49] Véase C. H. Whitman, *Euripides and the full circle of Myth*, Cambridge (Mass.), 1874, que ha seguido la presencia del mito en *Ifigenia entre los tauros, Helena* e *Ión*, advirtiendo que se emplea simplemente para dividir los personajes en «buenos» (Teseo, Andrómaca, Yolao, Peleo) y «malos» (Menelao y Ulises).

brehumanos que presiden el drama. Afrodita, en el prólogo, nos pone al corriente de lo que va a suceder; de que han de cumplirse los mandatos divinos para conseguir un equilibrio de poderes entre los dioses; decide castigar a Hipólito por su castidad, pero, a fin de cuentas, será Fedra quien, a través de la nodriza y luego mediante la carta acusatoria, desencadene la ruina del héroe. Éste, Hipólito, contribuye, empero, en gran parte a su propia destrucción, pues no comprende, no perdona el extravío amoroso de un ser humano; su insolencia y desmesura le acarrearán la perdición[50]. Sabe nuestro trágico que no hay frenos morales ni racionales capaces de contener las pasiones del alma humana. Con ello adopta una postura radicalmente contraria a la de Sócrates.

En *Las Bacantes* es la ceguera moral, la postura insolente del rey Penteo, la que ocasionará su exterminio. Dioniso trata de demostrarle al rey la equivocación que comete; se muestra pacífico, sereno, místico en la primera parte, pero terrible y vengativo en la segunda[51]. Lo dionisiaco supone aquí la suspensión de todas las limitaciones y trabas que nos vienen impuestas por la tradición; conlleva una ruptura violenta del orden y de la noción de límite; salta por encima de las vallas divisorias entre dios y bestia, razón y locura, individuo y colectividad, arte y vida. Dioniso aquí, Afrodita y Ártemis en *Hipólito,* resultan ser las terribles fuerzas naturales que cada día se ciernen sobre los hombres. Sólo mediante la cordura, la moderación, la razón y la sensatez puede el ser humano verse liberado de la angustia producida por esos poderes sobrehumanos.

En *Heracles,* el famoso héroe se nos presenta humanizado en grado sumo. Aparece afligido y turbado. No merece en absoluto la perdición. Defiende a los suyos al comienzo de la obra; los quiere muchísimo, ama a su mujer y es amigo fiel.

---

[50] Cfr. F. R. Adrados, *Eurípides, Hipólito,* trad., introducción y notas, Madrid, 1966, págs. 45-51.

[51] Cfr. Ch. Segal, *Dionysiac Poetics and Euripides' Bacchae,* Princeton University Press, 1982, estudia los rituales, la caza, el tema del doble, los papeles desempeñados por los diferentes sexos, los ritos de viaje. Todo ello desde una consideración estructuralista y psicológica.

En cambio, son los dioses quienes le hacen víctima de sus caprichosas insidias y odios mutuos. Hera le aborrece; Zeus se desentiende de él.

Otras veces el mito es algo lejano, difuso; sirve solamente para ofrecer ante los espectadores temas de actualidad revestidos someramente de colorido mítico. En *Las Troyanas,* ante un suave decorado mitológico, se sacan a la luz los sufrimientos de las cautivas; el feroz e injusto trato que los vencedores infligían a las prisioneras de guerra. En *Las Suplicantes* la trama mítica es más escasa todavía. La pretensión del poeta es subrayar la creencia del hombre griego en la bondad de un mundo presidido por la ley y el orden. A tal fin, la figura ideal es Teseo, buen ateniense.

En *Los Heraclidas* el mito queda también en segundo plano. La presencia en el Ática de los desterrados sirve para esclarecer las obligaciones que se tienen ante los suplicantes; el derecho de asilo; el respeto mutuo entre estados. Todo ello referido a las relaciones entre atenienses y espartanos durante los primeros años de la feroz guerra que estaba devastando a Grecia.

Mucho más diluido todavía es el mito en las piezas que tratan de la guerra troyana y de sus espantosas consecuencias *(Hécuba, Andrómaca, Troyanas);* en los dramas realistas[52], en los novelescos[53] y en las llamadas tragedias fallidas[54].

Si Eurípides adapta los mitos a sus conveniencias dramáticas, ello es posible porque los dioses y poderes sobrenaturales son postergados, reducidos. Son los héroes quienes se buscan la ruina o intentan salir de su desesperada situación. Efectivamente, muchas tragedias terminan con final feliz, lo cual no es inusual en tal género literario, pero sí resulta chocante que en la peripecia trágica de algunos dramas euripideos se mezclen continuamente elementos trágicos y cómicos en progresión creciente. *Helena y Orestes* sirven para ejemplificar lo que decimos.

---

[52] *Medea, Electra y Orestes,* cfr. Conacher, *Euripidean...,* págs. 183-225.

[53] *Ión, Helena, Ifigenia entre los tauros,* cfr. Conacher, *ibíd.,* págs. 267-315.

[54] *Fenicias, Ifigenia en Áulide;* véase Conacher, *ibíd.,* págs. 227-264.

Se ha comprobado, además, que en siete tragedias, al menos[55], la situación trágica en que se encuentra el héroe viene resuelta por un dios que convierte el desastre en felicidad.

Eurípides, pues, innova en el uso de los elementos míticos; ello puede explicarse por la necesidad del poeta de limitar en el espacio y el tiempo temas que carecían de límites cronológicos concretos. En unos casos, los dioses cumplen una función etiológica, justificando la existencia de algún culto o institución religiosa[56], mas, otras veces, son los hombres los que adivinan el porvenir y disponen el futuro[57].

Pero nuestro trágico sabe jugar hábilmente con las convenciones dramáticas, y es, en este aspecto, un moderno. Utiliza lo inesperado de forma gradual, diseminando por la pieza falsas pistas y haciendo pensar al público en desenlaces y finales que luego no se cumplen. Por ejemplo: era bien conocida por el público ateniense, que veía cada año muchas tragedias sobre la misma temática, la muerte de Egisto y Clitemnestra a manos de Orestes y Electra, pero se le escapaban los detalles concretos de sus últimos instantes. Pues bien, mientras que en la *Orestía* esquilea Egisto resulta asesinado fuera de la escena como un avance del matricidio posterior, y en la *Electra* sofoclea Clitemnestra muere antes, y luego, Orestes y Egisto salen de escena para el fatal desenlace, en la *Electra* euripidea el público no sabe ni cuándo ni dónde va a morir Egisto. No sólo eso, sino que el poeta deja perplejos a los espectadores en varias ocasiones. Hay, al menos, tres escenas[58] en que se demora tan crítico momento. Quizá la secuencia que más despista es aquella en que Orestes, con un cuchillo en la mano y a corta distancia de Egisto, lo descarga con violencia..., pero en la paletilla de un cordero.

---

[55] *Alcestis, Ifigenia entre los tauros, Ión, Andrómaca, Heracles y Orestes.* Ha sido estudiado por A. P. Burnett, *Catastrophe survived. Euripides'plays of mixed reversal,* Oxford, 1971.

[56] *Hipólito, Electra, Ifigenia entre los tauros, Orestes.*

[57] *Medea, Hécuba* (es Poliméstor), *Heracles* (Teseo), *Fenicias* (Edipo).

[58] Cfr. *Electra,* 762 y ss. Sobre el particular W. Geoffrey Arnott, «Euripide e l'inaspettato», en *Euripide. Letture critiche,* trad. it., ed. O. Longo, Milán, 1976, págs. 13-30.

Posiblemente la mayor originalidad del teatro euripideo consiste en la semejanza de los personajes con los hombres de la calle, tal como venimos diciendo. Pero hemos de tener en cuenta que, al menos hasta *Las Troyanas*, es decir, el 415 a.C., aparecen en escena unas figuras trágicas personales como Medea, Fedra, Andrómaca, Hécuba, bastante bien definidas dentro de cada drama. En cambio, a partir de la fecha indicada, predomina la disposición en episodios, algo que venía insinuándose ya desde antes, pero que ahora acontece en toda la extensión de las piezas, con lo que los personajes pasan a tener un papel secundario.

Indudablemente nuestro poeta está dentro de un género literario bien definido y tiene un considerable fondo común con sus antecesores. Pero la presencia de algunos personajes como Fedra, Pasífae, Aérope, Clitemnestra como madre amantísima, Helena cual esposa fiel y responsable, Teseo, Ión, Macaria, y tantos otros, es algo que compete exclusivamente a Eurípides[59].

Algunos personajes euripideos están caracterizados por la inestabilidad, el conflicto interior, el camino inesperado de conducta, y ello hasta tal punto que resultan, a veces, un tanto difíciles de comprender. Es ilustrador el testimonio de Aristóteles cuando recoge una sentencia en que Sófocles habría afirmado que «él representaba a los personajes como debían ser; Eurípides, tal y como son»[60].

Ciertos caracteres como Medea, Hipólito o Hécuba aparecen bien definidos, con rasgos propios y coherencia trágica. Pero en las obras tardías los personajes suelen estar marcados por la irracionalidad, la inestabilidad y la locura. Orestes puede ilustrar lo que afirmamos.

---

[59] Cfr. Schmid, *Geschichte...*, págs. 703 y ss. Véase también A. Rivier, *Essai sur le tragique d'Euripide*, París, 1975², págs. 129 y ss.

[60] *Poética*, 1.460 b 33.

Un punto interesante en el teatro euripideo es comprobar cómo seres aparentemente débiles sacan de su interior enormes fuerzas defensivas o destructoras: Alcmena y Yolao en *Los Heraclidas;* o gran fuerza moral, al modo de Peleo en *Andrómaca,* Feres en *Alcestis* y Cadmo en *Las Bacantes.*

Viene estudiándose últimamente la especial habilidad de Eurípides en presentar a sus personajes desde perspectivas que anticipan las utilizadas por el moderno psicoanálisis: son casos como la angustia de Medea, el narcisismo de Hipólito o la actitud reprimida de Penteo. Pero, a ojos vistas, resulta exagerado y fuera de lugar empeñarse en aplicar los métodos propios del psicoanálisis existencial, con todo lo de tortuoso y difícil que sus principios y terminología suponen, en tragedias como *Medea, Hipólito* o *Las Bacantes,* para concluir diciendo que los personajes centrales de tales dramas poseen un carácter neurótico, un fallo íntimo en su personalidad[61].

Adelantábamos algo sobre el gusto de nuestro autor por captar los cambios repentinos en la conducta de sus personajes, normalmente tras profunda lucha interior. El cambio psicológico incide posteriormente en el curso de la acción trágica, que toma caminos inesperados. Por ello se ha pensado que Eurípides se interesa más por la intriga que por la verdadera psicología de sus personajes[62]. Algunos han negado incluso verdadera profundidad psicológica a las figuras de sus dramas[63]. Más acertada nos parece la postura de quienes han estudiado cómo influyen los acontecimientos externos en el comportamiento y conducta de los personajes[64].

En cuanto a la temática de sus obras es bien sabido que nuestro autor dio forma dramática a múltiples aspectos de la realidad social de su época silenciados por otros escritores contemporáneos.

---

[61] Así lo hace W. Sale, *Existencialism and Euripides. Sickness, Tragedy and Divinity in the Medea, the Hippolytus and the Bacchae,* Berwick, 1977.

[62] F. Solmsen, «Das Intrigenmotiv in den Tragödien des Sofokles und Euripides», *Philologus,* 87, 1932, págs. 1 y ss.

[63] Así se manifestaba W. Zürcher, *Die Darstellung des Menschen im Drame des Euripides,* Basilea, 1947.

[64] A. Lesky, «Psychologie...»; F. Will, «Remarks on counterpoint characterization in Euripides», *Classical Journal,* 55, 1960, págs. 338-344.

El tema de la guerra estúpida, cruel, que a nada conduce, que acarrea la ruina de los vencedores lo encontramos en muchas tragedias. En *Los Heraclidas* se denuncia la ingratitud de los espartanos hacia Atenas y la invasión del Ática; en *Las Suplicantes* se condena abiertamente la guerra entablada entre los griegos; en *Las Troyanas*, escrita después del terrible invierno de 414 en que los atenienses mataron a sangre fría a los varones de Melos y vendieron como esclavos a mujeres y niños, se trasluce el repudio del poeta ante tan salvajes actuaciones incluso en tiempos de guerra; se censura el cruel reparto de las cautivas entre los vencedores y se augura que la victoria conseguida a tan alto coste será funesta también para los vencedores.

Otro motivo predilecto es el de las escenas de súplica, bien colectivas *(Los Heraclidas, Las Suplicantes, Heracles)*, bien individual *(Andrómaca)*, de gentes acogidas piadosamente en torno a un altar.

La venganza de quien sufre oprobios e injurias sin merecerlos es otro motivo bastante usado: *Medea, Electra, Las Bacantes, Los Heraclidas* y también *Hécuba* lo recogen con claridad.

La importancia de la fortuna *(týchē)* en la acción dramática es especialmente intensa en los dramas tardíos *(Ión, Helena, Ifigenia entre los tauros)*, pero no falta en otros más antiguos.

En las escenas de reconocimiento *(anagnōrisis)*[65], seguidas normalmente de la intriga *(mēchánēma)*, es donde Eurípides deja ver toda su inteligencia e ironía dramática. En ellas cobra enorme importancia lo inesperado y sorprendente. En el uso de la intriga, que puede definirse como una elección calculada y astuta de los medios suficientes para conseguir unos fines personales, privados y egoístas, en suma, hay una evidente evolución desde las primeras piezas *(Medea, Hipólito, Hécuba, Andrómaca)* en que tales recursos son producto de rebeldía interior y de la emoción violenta de los personajes, hasta obras tardías *(Electra, Helena, Ifigenia entre los tauros, Ión, Ifigenia en Áulide, Orestes)*, donde falta el impulso pasional, prevalecien-

[65] Aparecen en *Electra, Ión, Ifigenia entre los tauros* y *Helena*. Además, en algunas tragedias perdidas: *Hipsípila, Egeo, Cresfontes, Alejandro, Escirios* y *Télefo*.

do, en cambio, la búsqueda a todo trance de la salvación personal.

Tema singular y efectista es el de los héroes salvadores[66], que aparecen inesperadamente, casi siempre, y logran enderezar la situación. Así acontece en *Alcestis* (Heracles), *Andrómaca* (Peleo), *Medea* (Egeo), *Helena* (Teucro). En la misma línea se inscribe el vengador: *Hipólito* (Teseo), *Heracles* (el propio héroe). La llegada del salvador o vengador suele producirse en el tercer episodio, lo que confiere a tal punto dramático un efecto especial y lo convierte en el lugar de partida de la intriga.

Motivo predilecto de Eurípides es el erótico[67], presente en muchos de sus dramas, bien en contextos presididos por la ternura y la fidelidad *(Alcestis)*, bien en dramas caracterizados por un cierto alejamiento de la norma: sodomía (Layo en *Crisipo)*, incesto (los hijos de *Eolo)*, la mujer celosa en extremo (la protagonista en *Medea*, Hermíone en *Andrómaca)*, la mujer adúltera *(Fedra*, *Estenebea* y Astidamía en *Peleo)*; el bestialismo *(Los Cretenses*, Pasífae), la joven deshonrada *(Álope*, *Dánae*, *Antíope*, *La prudente Melanipa)*, la incontinencia sexual (Aérope en *Las Cretenses)*...

Es relevante el tema del esclavo[68], ora actuando como confidente de sus dueños, ora ayudándoles en sus momentos tristes o depresivos; o también actuando como mensajeros. Es cierto que los esclavos carecen casi siempre de personalidad dramática propia, pues su pensar y actuar está subordinado a las órdenes recibidas de parte de sus amos, pero tienen cierta iniciativa; no son simples figuras de relleno. A veces los esclavos adoptan posturas racionalistas ante una situación dada; la justicia, los dioses y el destino son sus temas predilectos. Pero en verdad, se preocupan más por sus amos que por sí mismos. En otros momentos, el esclavo critica a los libres con in-

[66] Véase J. de Romilly, *L'évolution du pathétique d'Eschyle à Euripide*, París, 1961.

[67] F. R. Adrados, «El amor en Eurípides», en *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966, págs. 458-468.

[68] H. Brandt, *Die Sklaven in den Rollen von Dienern und Vertrauten del Euripides*, Hildesheim, 1973. Además, H. Kuch, *Kriegsgefangenschaft und Sklaverei bei Euripides*. Untersuchungen zur Andromache zur Hekabe und zu den Troerinnen, Berlín, 1974.

domable energía y fuerza moral, mostrando un talante superior[69]. Los dramas euripideos muestran la influencia ejercida sobre nuestro autor por las teorías de Hipias y Antifonte que repararon en la injusta diferenciación entre libres y esclavos, griegos y bárbaros[70]. Eurípides, en efecto, confiere a los esclavos una importancia mucho mayor de la que tienen en el teatro esquileo y sofocleo. Pero, ante todo, no hemos de olvidar que nuestro autor es un poeta; sus piezas no deben tomarse al pie de la letra como si de documentos históricos se tratara.

Aludamos, por último, a la riquísima serie de motivos menores, de tipos, que tendrían decisiva importancia en la Comedia nueva y en la Novela helenística e imperial: viejos, como Feres, Peleo, Yolao, Hécuba, Yocasta; heroínas que arrostran de grado la muerte, como Macaria; niños expósitos como Ión o Alejandro; extranjeros crueles y brutales al modo del Cíclope, Poliméstor y Teoclímeno; maridos en extremo débiles a la manera de Menelao; tiranos perversos como Lico; madrastras sin corazón; profetas molestos tales como Tiresias y Calcante; enfermos mentales al estilo de Orestes, etc.

Técnica dramática

En cuatro tragedias euripideas *(Alcestis, Medea, Bacantes* y *Heracles)* hallamos la estructura siguiente: prólogo-párodo-cinco episodios, seguidos por cinco estásimos, uno para cada uno-éxodo[71]. Pero la mayor parte de las piezas no tienen quinto episodio, sino un éxodo, e incluso contamos con un caso *(Troyanas)* donde el cuarto episodio funciona como éxodo, a la manera de lo que encontramos en Esquilo, salvo en el *Agamenón.*

---

[69] Cfr. J. A. López Férez, «El tema del amo y el esclavo en la *Andrómaca* de Eurípides», *Cuadernos de Filología clásica*, 11, 1976, págs. 369-393.

[70] Cfr. E. Synodinou, *On the concept of slavery in Euripides*, Ioannina, 1977; nos parece un enfoque equivocado, empero, decir que toda palabra que aparece en boca de un esclavo responde a un pensamiento de nuestro poeta. Véase W. Gorek, *Herr und Sklave bei Euripides*, Munich, 1975, con otras perspectivas.

[71] Véase el importante trabajo de C. Collard, *Euripides*, Oxford, 1981, esp. págs. 14 y ss.

Puede decirse que, tal como en el tratamiento del contenido se muestra innovador nuestro poeta, así ocurre también en lo referente a la forma de sus obras.

El prólogo, elemento dramático convencional que puede definirse como lo que precede al primer canto coral, ocupa un puesto relevante en la estructura orgánica de las obras euripideas. Es un elemento tradicional en donde se resume esquemáticamente la situación dramática y se alude a lo que va a ocurrir en la obra. Se remonta sin duda hasta Tespis, el primer tragediógrafo de que tenemos noticia, cuando un solo actor se apartaba del coro para anunciar lo que acaecería en el argumento central.

Eurípides, gracias al prólogo, separa la acción dramática del presente inmediato y la traslada a un pasado legendario, mítico. Se ha dicho[72], que la función del prólogo era advertir al auditorio acerca de la versión mítica que seguía el poeta, tan innovador, por lo demás, en este aspecto. En realidad, solemos encontrar en las palabras del prólogo algún elemento clave para seguir el desarrollo del drama; se trata de anticipaciones, muchas veces difíciles de captar. En otras ocasiones el prólogo despista al auditorio, pues el desenlace va a ser distinto del que los primeros versos de presentación harían esperar[73]. Con todo, el prólogo termina por hacerse monótono y pesado. Para evitar esa sensación, nuestro poeta introduce ciertas novedades: lo escribe con una estudiada sencillez, en consonancia con el carácter arcaico del elemento, e introduce notas exóticas al modo de la *teichoscopía*, u observación desde la muralla, en *Las Fenicias*[74]. El diálogo que sigue al prólogo

---

[72] Así opina G. M. A. Grube, *The Drama of Euripides*, Londres, 1961[2], páginas 63-79.

[73] G. Dalmeyda, «Observations sur les prologues d'Euripide», *Revue Étud. Grec.*, 1919, págs. 121-131, quiso ver una evolución en los prólogos euripideos desde una fase previa en donde se comunica el desenlace *(Alcestis* e *Hipólito)*, pasando por otra en que se dan pocos detalles sobre el porvenir (hasta *Ión)*, y acabando en tragedias en que se impone un engaño deliberado *(Ión* y *Bacantes*, sobre todo).

[74] Versos 103-192. Este tipo de prólogo tuvo gran influencia en Séneca y en los dramas renacentistas del XVI: véase K. Anliker, *Prolog und Akteinteilung in Seneca Tragödien*, Berna, 1960; E. Schapira, *Der Einfluss des Euripides auf die Tragödie des Cinquecento*, Wurzburgo, 1935.

sirve para terminar de presentar la situación haciéndonos ver de modo dramático lo que antes se ha relatado. Ese diálogo, a veces en forma lírica, o alternando versos recitados con líricos, es esencial a fin de comprender el desarrollo de las escenas posteriores. Así, en seis ocasiones, esos prólogos contienen profecías que vendrán corroboradas por la aparición de un dios *(teofanía)*.

El prólogo, pronunciado por dioses (cinco veces), espíritus (una), el héroe de la pieza (ocho) o personajes importantes, sólo en una ocasión va seguido inmediatamente por la párodo o entrada del coro en la orquestra.

El coro euripideo, a diferencia del de Esquilo y Sófocles, tiene poco que ver con la trama de la acción dramática. Está formado generalmente por mujeres que mantienen alguna relación afectiva con el personaje principal[75]. Los coros de Eurípides se refieren casi siempre a temas y asuntos cercanos al auditorio, más que a las leyes universales que rigen las relaciones entre los dioses y los humanos, como acaece en los otros trágicos. Nuestro autor prefiere en tales secuencias motivos aparentemente triviales: la situación de la mujer en la sociedad, el valor del ilustre linaje; la inutilidad de la guerra, las penas de los humanos, las preocupaciones propias del matrimonio, etc. El poeta dispone aquí de gran libertad, pues no está limitado por razones lógicas ni cronológicas. Más que expresar ideas de contenido filosófico, los coros exponen sus sentimientos, su punto de vista sobre la realidad cotidiana. En tales pasajes Eurípides repara en detalles minuciosos, a la vez que consigue dar un nuevo vigor a escenas de perspectiva más amplia.

Los coros con contenido descriptivo tienen gran fuerza dramática, conseguida especialmente a fuerza de imágenes vi-

---

[75] El trabajo más importante sigue siendo de W. Kranz, *Stasimon. Untersuchungen zum Form und Gehalt der griechischen Tragödie*, Berlín, 1933. Hay varias obras posteriores: C. Möller, *Vom Chorlied bei Euripides*, tesis, Gotinga, 1933; H. Parry, *The choral odes of Euripides*, tesis, Berkeley, 1963; G. B. Walsh, *The relief odes of Euripides*, tesis, Yale, 1974; recientemente H. W. Nordheider, *Chorlieder des Euripides in ihrer dramatischen Funktion*, Frankfurt del M., 1980, que demuestra la importancia del coro en *Hécuba, Helena, Orestes* e *Ifigenia en Áulide*.

suales. En *Ifigenia entre los tauros* las sucesivas descripciones del mar[76] constituyen una recurrencia ligada a la acción principal. En *Las Troyanas* la repetición de la imagen sobre la ciudad capturada sirve para anticipar la acción y recoger, al tiempo, lo que se venía diciendo desde el principio[77].

Nuestro autor despierta la tensión emocional del espectador situando el coro idealmente en lugares exóticos, apartados forzosamente de su lugar de origen: griegos, en la Táurica o en Egipto; troyanos, en Grecia; cretenses, en Trecén; asiáticos, en Grecia, etc. Pero muchas veces los coros euripideos son simples añadidos *(embólima)*, interludios líricos para detener la acción, cumpliendo una función retardadora a la manera de los símiles homéricos. Así suele ocurrir en los dramas últimos, donde encontramos estásimos narrativos llamados ditirámbicos a causa de su dicción exuberante, estilo tortuoso y ritmos exóticos en que se buscaba una íntima relación entre música y letra[78]. Ya Aristóteles calificó de «añadidos» esos coros, pues, a su entender, no constituyen una parte del todo poético, ni intervienen en la acción dramática[79].

Pero nuestro poeta, uno de los grandes líricos de todos los tiempos[80], traslada parte de la fuerza lírica desde el coro a los actores, ya en intervenciones aisladas (monodias), ya en dúos *(amoibaîoi* y *kommoí)*.

La monodia es el vehículo apropiado para expresar la locura, el amor violento, el odio intenso, la desesperación. En los amebeos[81], cantos alternados entre el coro y los personajes o simplemente entre personajes, hay un gradual desplazamien-

---

[76] K. Pauer, *Die Bildersprache des Euripides*, Breslau, 1934; E. E. Pot, *De maritieme Beeldspraak bij Euripides*, tesis, Utrecht, 1943.

[77] Sobre la función dramática del Coro euripideo, H. Neitzel, *Die dramatische Funktion des Chorlieds in den Tragödien des Euripides*, Hamburgo, 1967; Nordheider, *Chorlieder...*

[78] Ha tratado la importancia e influencia del ditirambo en la obra de Eurípides, H. Schönewolf, *Der jungattischen Dithyrambos*, Giessen, 1938. Además, O. Panagl, *Die dithyrambischen Stasima des Euripides*, tesis, Viena, 1967.

[79] *Poética*, 1.456 a 27 y ss.

[80] Cfr. L. S. Stella, «Euripide lirico», *Atene e Roma* 42, 1940, págs. 3-34 y 69-96, y Jaeger, *Paideia...*, pág. 319.

[81] Hay más de cincuenta en Eurípides.

to desde las estructuras estróficas hacia formas estróficas en las que no hay responsión métrica. En estos contextos, ciertamente complicados desde el punto de vista métrico, abundan metros diversos (polimetría), según era habitual en la Lírica coral y en los ditirambos. Salvo tres dramas[82], todos los demás tienen monodias que suelen ser estróficas. En las monodias, las imágenes poéticas cumplen la misión de expresar las obsesiones de quien emite el canto; sirven para reflejar su situación y angustia[83]. En la famosa escena de *Las Fenicias* (103-192) a cargo de Antígona y el pedagogo, Eurípides expone un hábil cuadro de luces y sombras, dentro de un estudio impresionista del color, es decir, de la pintura de sombras *(skiagraphía)*, nueva técnica empleada a la sazón por los pintores de vanguardia: Parrasio, Apolodoro y Zeuxis. Eurípides, en tales secuencias, gusta de adjetivos compuestos y términos referentes a colores vivos (plata, oro, rojo), así como de sugerentes juegos de luces.

Nuestro autor se muestra especialmente experto en los discursos extensos de un personaje *(rhêsis)* y en el diálogo yámbico. Es un terreno donde Eurípides demuestra conocer a la perfección las técnicas oratorias empleadas por los sofistas[84] y asimismo los discursos antilógicos por los que se pirraban sus conciudadanos: lo bueno y lo malo, lo útil y lo justo, ley frente a naturaleza, democracia o tiranía, palabra y obra, educación y herencia. Los discursos contrapuestos se articulan, a veces, a modo de tesis y antítesis, de tal suerte que los personajes pronuncian un número similar o idéntico de versos[85]. Con frecuencia esas pugnas dialécticas acaban en una *estichomythía*, o pasaje en que cada actor replica a otro con un solo verso. Eurípides no crea la disputa *(agōn)* entre personajes, pero sí

[82] *Medea*, *Heracles* y *Bacantes*. Cfr. M. de Oliveira Pulquério, *Características métricas das monódias de Eurípides*, Coimbra, 1969.

[83] Cfr. S. A. Barlow, *The imagery of Euripides*, Londres, 1971, págs. 43-60.

[84] F. Tietze, *Die euripidischen Reden in ihre Bedeutung*, Breslau, 1933; Th. Miller, *Euripides Rhetoricus*, Gotinga, 1887; J. T. Lees, *Dikanikòs lógos in Euripides*, Lincoln, 1891.

[85] *Medea*, 465 y ss.: Medea-Jasón, 54 trímetros cada uno; *Hécuba*, 1.132 y ss.: Poliméstor-Hécuba, 51 versos cada uno.

perfecciona los primitivos enfrentamientos dialécticos entre coro y actor[86].

En el tragediógrafo que estudiamos se observa una evolución desde los primeros dramas centrados en torno a un personaje y dotados de abundantes resis con funciones diversas (disputas, preguntas), hasta las obras tardías en donde hay escenas de reconocimiento, mayor número de cuadros escénicos y abundante uso de la esticomitía. En las partes descriptivas se recurre con frecuencia a describir la apariencia personal (atuendo) y las marcas o detalles físicos (cabellos, manos), muy limitados siempre a causa de la máscara trágica. A veces surgen grandes paradojas. Así, en *Las Bacantes*, un ser afeminado y de aspecto débil, resulta luego de fuerza descomunal y poder sobrehumano.

El relato de los mensajeros[87], frente a su aparente sencillez y transparencia, es una buena muestra de la maestría poética de nuestro trágico. El pictórico lenguaje del mensajero, con fuertes notas épicas como la abundancia de arcaísmos[88] y el escaso uso del artículo, es de los elementos euripideos más pulidos y acabados. El relato guarda con los hechos una cuidada secuencia cronológica, con lo que el poeta despierta la ilusión de que se trata de una información auténtica sin manipulación alguna. Eurípides reduce al mínimo los elementos subjetivos en tales relatos, especialmente los adjetivos de colores y cualquier contraste de luces, para no dispersar la atención del oyente. Controla magistralmente los efectos espaciales gracias a diversos recursos visuales, referentes a grupos de gentes, movimientos, situaciones y actitudes; acude a expedientes lingüísticos como la anáfora, que sirve para subrayar los momentos importantes. La acción resulta concentrada a fuerza de amontonar dos o tres verbos en el mismo verso.

Eurípides innova profundamente en este recurso literario, dándole una importancia que no tenía en los otros trágicos

---

[86] Véase J. Duchemin, *L'agon dans la tragédie grecque*, París, 1968^2. Respecto a Eurípides, R. Senoner, *Der Redeagon im euripiaeschen Drama*, Viena, 1961. La esticomitía ha sido estudiada por E. R. Schwinge, *Die Verwendung der Stichomythie in den Dramen des Euripides*, Heidelberg, 1968.

[87] C. Erdmann, *Der Botenbericht bei Euripides*, tesis, Kiel, 1964.

[88] Véase H. Burckhardt, *Die Archaismen des Euripides*, Buckeburgo, 1906.

(mayor número de versos y más de un discurso por tragedia, en ocasiones), y dotándolo de ciertas imágenes descriptivas que pretenden producir la ilusión de que el relato es verídico. La técnica de contrastes es enormemente efectiva sobre el espectador: unas veces, el relato pasa desde un panorama amplio y general hasta detalles singulares bien definidos[89]; otras, al contrario, partiendo de puntos concretos examinados con minucia, se nos ofrece una visión general del conjunto[90].

Un rasgo notable del teatro euripideo es el *deus ex machina*, o sea, la figura divina o similar que aparece al final de una pieza suspendida sobre la escena merced a una grúa. En siete tragedias[91] encontramos tal recurso escénico de posible origen ritual, referente a la aparición de un ser divino (epifanía o teofanía) o a la resurrección de un héroe[92]. Se ha estudiado su función dentro de la estructura de las tragedias, viendo su íntima correspondencia con el prólogo, al que muchas veces viene a corroborar[93], y con la tercera obra de las trilogías; es decir, resulta ser el colofón que sirve de síntesis a toda la acción dramática. Pero en los últimos años se ha insistido en que la intervención de la divinidad al final de la obra no arregla nada, pues la intriga ha terminado y todo está solucionado[94]. El dios entonces aconseja, consuela, adivina el porvenir, o da ciertas explicaciones etiológicas sobre cultos o fiestas religiosas, motivo literario que será especialmente utilizado en época helenística. No es del todo claro que la divinidad apareciera siempre suspendida, pues en muchos casos podía estar simplemente de pie en alguna plataforma especial a cierta altura por encima de los actores[95]. Sea como fuere, Eurípides

---

89 Cfr. *Ión*, 1.207 y ss.; *Helena*, 1.569 y ss.

90 *Bacantes*, 726-727; 1.084-1.085; *Andrómaca*, 1.132 y ss.; *Fenicias*, 1.192 y ss.

91 *Hipólito*, *Andrómaca*, *Suplicantes*, *Electra*, *Ión*, *Ifigenia entre los tauros*, *Helena* y *Orestes*. Sófocles lo imitó en su *Filoctetes*.

92 W. Schmidt, *Der deus ex machina bei Euripides*, tesis, Tubinga, 1963.

93 A. Garzya, *Pensiero e tecnica dramatica*..., págs. 161-164; Schmid, *Geschichte*..., págs. 775-776.

94 Así lo interpreta A. Spira, *Untersuchungen zum Deus ex machina bei Sophokles und Euripides*, Kallmün, 1960.

95 Cfr. *Euripides, Hippolytos*, introd., texto y coment. W. S. Barret, Oxford, 1964, págs. 365-366.

usó con frecuencia tal artificio dramático, que, en resumidas cuentas, se remonta al culto, pues la teofanía tenía entonces amplia aceptación en la religión popular. Advertimos en su empleo una evidente evolución desde *Hipólito* hasta *Orestes;* en ese transcurso puede percibirse cómo desciende paulatinamente la función dramática y asciende, a la inversa, el efectismo visual, la sorpresa final, tan del gusto de los espectadores.

LENGUA Y ESTILO

Como en tantos otros aspectos, Eurípides es profundamente innovador en la lengua de sus tragedias. Tal género literario venía escribiéndose, en ático antiguo, impregnado de elementos jónicos y homéricos, en las partes narrativas; los coros y otros elementos cantados usaban un dorio literario teñido fuertemente de ático[96].

Ya los críticos antiguos repararon en la naturalidad y fluidez del verso euripideo. En los discursos la lengua es casi la usada por los espectadores cultos, un ático corriente con muchos elementos populares (genitivo exclamativo, infinitivo imperativo, *perí* con acusativo, interrogativos al modo popular, *án* con imperfecto de indicativo y valor iterativo, clichés exclamativos con *eîen,* etc.)[97]. Los pleonasmos, interjecciones, partículas y el uso peculiar de la sintaxis establecen una línea de unión entre la lengua euripidea y la propia de la comedia, los diálogos platónicos, la oratoria y la ofrecida por los papiros ptolemaicos de primera hora.

Los coloquialismos impregnan de fragancia popular a discursos y esticomitías; aparecen en boca de héroes y gentes humildes, buscando, a propósito, un lenguaje altamente igualitario, lejos de lo que acaece en los trágicos anteriores. Nuestro autor coincide, en alto grado, con el vocabulario de los prosistas de su época. Incluso en sus coros presenta abundantes

[96] G. Björck, *Das alpha impurum und die tragische Kunstsprache,* Uppsala, 1950.

[97] P. T. Stevens, *Colloquial expressions in Euripides,* Wiesbaden, 1976.

términos prosaicos[98]. Junto a eso, ofrece gran número de palabras que sólo él utiliza no más de una vez *(hápax legómenon)*[99].

En las partes líricas hallamos frecuentes adjetivos ornamentales cargados de exotismo, referidos muchas veces a detalles visuales o acústicos[100]. Abundan mucho en tales secuencias verbos recién acuñados cargados de significado y acompañados de cadenas de participios concertados.

Desde un punto de vista estilístico se ha dicho de nuestro poeta que posee poca inspiración y que sus metáforas son excesivamente cortas, carentes de originalidad, muy pocas en número y repetidas sin cuidado[101]. Se le atribuye falta de riqueza y de movimiento y se ha dicho que sus metáforas son elementos ornamentales, superfluos, sin función orgánica, contra lo que acontece en los otros dos grandes trágicos. Pero lo cierto es que nuestro escritor, incluso sin necesidad de símiles ni metáforas, sabe alcanzar un lenguaje pictórico, descriptivo, sensual, dotado de gran fuerza dramática[102]. Por otra parte, para hablar de habilidad en el uso de las metáforas hemos de fijarnos en el contexto en que aparecen, siguiendo las leyes del contraste —la metáfora aparece donde no la esperamos— y la concentración o acumulación de imágenes metafóricas. Además, es bien sabido hoy que en punto a metáforas la brevedad no es necesariamente sinónimo de inferioridad, sino que justamente algunas de las más breves son las que alcanzan las más altas cotas de originalidad y expresividad. Eurípides, aparte de lo dicho, se ve forzado a recurrir a imágenes tradicionales usadas por la poesía anterior, especialmente por otros autores trágicos, con el fin de traer a la memoria algún tema bien conocido entre un público acostumbrado a las representaciones trágicas.

---

[98] W. Breitenbach, *Untersuchungen zur Sprache der euripideischen Lyrik*, Stuttgart, 1934, ha comprobado que nuestro autor coincide en un 76 por 100 con Esquilo y Sófocles; en un 60 por 100 con los prosistas contemporáneos. En las partes corales se encuentra hasta un 41 por 100 de vocablos prosaicos.

[99] Hasta 585. Cfr. J. Smereka, *Studia euripidea*, Gwow, 1936-1937.

[100] Véase L. Bergson, *L'épithète ornamental dans Eschyle, Sophocle et Euripide*, Uppsala, 1956.

[101] Breitenbach, *Untersuchungen...*, págs. 164 y 284.

[102] Barlow, *The imagery...*, págs. 96-119.

Nunca se insistirá suficientemente en la importancia que tienen las imágenes visuales en las tragedias euripideas; muestran a la perfección la enorme sensibilidad del poeta de Salamina respecto del color, forma, efectos de luz, movimientos y distribución escénica. Los contrastes entre objetos inanimados (fuego-piedra; vientos-lonas; sol-rocas...) sirven a menudo para denotar estados de ánimo contrapuestos.

Eurípides innova, además, mediante el empleo de imágenes poéticas en las monodias y en los discursos de los mensajeros, o sea, en lugares donde sus predecesores no habían insistido apenas. Con buscada simplicidad, el relato de los mensajeros euripideos apunta a detalles y minucias aparentemente triviales, pero cuya función es recoger y adelantar puntos esenciales del drama. Así, elementos a primera vista no pertinentes se convierten en piezas esenciales de la acción dramática. Ciertas imágenes singulares dan luz abundante sobre el carácter o los sentimientos de un personaje. Otras veces se convierten en temáticas, esenciales para la comprensión del mensaje último de la pieza, como acaece en *Ifigenia entre los tauros* con la imagen del mar, y en *Las Bacantes* con la alusiva a las montañas.

En la última fase de la producción poética de nuestro escritor, precisamente a partir de *Las Troyanas* (415 a.C.), se ha constatado una búsqueda constante de imágenes espléndidas, grandiosas, que sólo pretenden expresar la belleza por sí misma[103]. Es lo que se ha denominado evasión del trágico hacia la poesía bella, en donde, al tiempo que desciende la tensión dramática, crece considerablemente el juego de las formas. En *Las Fenicias* y *Orestes,* por citar dos casos conspicuos, las figuras míticas, más que representar afectos y pasiones, se convierten en elementos de una representación decorativa, elegante. En esta fase el poeta gusta incesantemente de nombrar la belleza y de calificar de hermosas a las cosas. Puede que tratara de vencer, o contrarrestar al menos, la hostil realidad a fuerza de imágenes luminosas y rutilantes.

---

[103] V. di Benedetto, *Euripide: teatro e società*, Turín, 1971, págs. 239-272.

Influencia de Eurípides en la posteridad

Como suele ocurrir, nuestro escritor, que sólo logró cuatro victorias en el anual certamen trágico, empezó a triunfar ininterrumpidamente tras su muerte. Se le ha comparado con Homero en cuanto a decisiva presencia dentro del mundo literario griego, y se le ha visto un cierto parecido con Isócrates, gran artífice de la prosa clásica durante el siglo IV a.C.[104].

Buena cuenta de lo popular que era nuestro autor entre sus paisanos, aunque no consiguiera muchos premios oficiales, nos la ofrece Aristófanes, que en casi todas sus comedias, pero especialmente en *Las ranas, Las tesmoforias* y *Las asambleístas,* saca a relucir al trágico de Salamina, para imitarlo, parodiarlo, parafrasear sus versos y citar a sus personajes sin cesar.

Puede pasar por verosímil lo que nos relata Plutarco[105] sobre que, luego de la triste derrota de Siracusa, muchos atenienses consiguieron librarse de la esclavitud gracias a haberles recitado a los siracusanos, ávidos en extremo de conocer poemas de nuestro autor, los versos euripideos que recordaban de memoria.

También la comedia nueva, especialmente Menandro[106], imita temas y motivos literarios de Eurípides, aparte de su lenguaje claro y transparente. Para los oradores del siglo IV, Eurípides se convirtió en un auténtico filón literario, fuente permanentemente viva de citas y máximas. La claridad *(saphéneia)* proverbial de nuestro poeta pasó inmediatamente a convertirse en una constante literaria, una norma de buen estilo. Fue, con mucho, el poeta trágico más representado a partir del siglo IV a.C. Resulta sintomático que sea el autor griego, después de Homero, del que más fragmentos papiráceos nos han llegado, prueba irrefragable de su enorme po-

---

[104] Sobre el tema, F. L. Lucas, *Euripides and his influence,* Nueva York, 1963²; Schmid, *Geschichte...,* págs. 812 y ss.; C. Highet, *La tradición clásica,* trad. esp., México, 1954.

[105] *Vida de Nicias,* XXIX, 3.

[106] T. W. L. Webster, *Introduction to Menander,* Londres, 1974, págs. 56-67.

pularidad en el Egipto ptolemaico helenizado. Por su parte, los alejandrinos comentan y fijan el texto euripideo, como podemos comprobar en numerosos escolios que nos han sido transmitidos[107].

En Roma disfrutó Eurípides de singular aprecio: Ennio[108], Séneca[109], que recogió en cinco de sus tragedias temas tratados por Eurípides imitando singularmente ciertos aspectos del prólogo; Ovidio, en su *Medea*, especie de elegía erótica dramatizada; le imitan y citan después desde Quintiliano a Macrobio, desde Filón de Alejandría hasta Plutarco y Coricio de Gaza[110].

A partir del siglo IX d.C. se editaron y comentaron sus tragedias en Bizancio. Posteriormente, luego de los siglos oscuros, las obras euripideas figuran entre las primeras en ser llevadas a la imprenta[111] y en resultar vertidas al latín[112]. De inmediato fueron apareciendo traducciones a las lenguas modernas: francés (1507), italiano (1519), inglés (1566), alemán (1584)[113]. En castellano, la *Hécuba triste*, de Fernán Pérez de Oliva, terminada hacia 1528, tiene el mérito indudable de haber sido una de las primeras versiones (aunque mejor fuera llamarla «adaptación», por lo mucho que Pérez de Oliva añade de su cosecha) en lenguas romances. Publicada póstumamente (Córdoba, 1586), fue reimpresa en *Parnaso español, Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*, dir. J. J. López de Sedano, Madrid, 1772, tomo VI, págs. 251-311.

En el Clasicismo francés le imitaron parcialmente Corneille *(Médée)* y Racine *(Andromaque, Thébaide, Iphigénie en Aulide, Phèdre)*. Durante el siglo XVIII fue uno de los modelos predi-

[107] E. Schwartz, *Scholia...*

[108] A. Tuilier, «Euripide et Ennius. L'influence philosophique et politique de la tragédie grecque à Rome», *Bulletin Assoc. G. Budé*, 21, 1962, páginas 379- 398.

[109] S. Mariner, «Sentido de la tragedia griega en Roma», *Revista Univ. Madrid*, 13, 1964, págs. 463 y ss.

[110] Matthiessen, «Euripides...», págs. 107-109.

[111] Venecia, 1503. *Editio Aldina.*

[112] Erasmo tradujo *Hécuba*, en 1501; *Ifigenia en Áulide*, en 1506.

[113] Schmid, *Geschichte...*, pág. 833.

lectos del teatro alemán[114]. Goethe[115], gran defensor de la riqueza lírica de nuestro escritor, a quien considera altísimo trágico, compuso una *Iphigenie in Tauris.*

En el siglo pasado Grillparzer *(Medea),* Leconte de Lisle, Swinburne *(Erechtheus)* siguieron de cerca sus temas. Dentro de nuestra centuria Elliot, Gide, Giraudoux y tantos otros han seguido encontrando en Eurípides una inagotable fuente para sus creaciones literarias. Sería imposible, y quedaría fuera de lugar, dar aquí cuenta detallada de la presencia de nuestro poeta en prosistas y poetas, músicos y pintores de nuestro tiempo[116].

Transmisión de la obra euripidea

Las tragedias euripideas encontraron inmediata difusión en los círculos ilustrados de la época. Hemos dicho que nuestro autor fue el más leído y representado a partir del siglo IV a.C., hecho que dio lugar a múltiples copias de sus escritos, realizadas, sin duda, con poco respeto hacia el texto original. Además, los actores profesionales introducían sin empacho frecuentes añadidos de su propia cosecha durante las representaciones, al tiempo que cometían interpolaciones y alteraciones textuales de diversa longitud e importancia[117]. A fijar definitivamente el texto de los trágicos contribuyó notablemente la edición que Licurgo ordenara componer en el año 330 a.C., y a la cual debían atenerse en lo sucesivo las escenificaciones. Posteriormente, en Alejandría, Aristófanes de Bizancio

---

[114] O. Franke, *Euripides bei den deutschen Dramatiken des achtzehnten Jahrhunderts,* Leipzig, 1929.

[115] U. Petersen, *Goethe und Euripides.* Untersuchungen zur Euripides-Rezeption in der Goethzeit, Heidelberg, 1974.

[116] El lector interesado puede acudir a la sección específica dedicada al particular en *L'Année Philologique,* desde 1970. Como trabajos interesantes, K. von Fritz, *Antike und moderne Tragödie,* Berlín, 1962; L. Aylen, *Greek Tragedy and the modern World,* Londres, 1964; J. S. Lasso de la Vega, «Teatro griego y teatro contemporáneo», *Rev. Univ. Madrid,* 13, 1964, págs. 415-461.

[117] D. Page, *Actor's interpolations in Greek Tragedy,* Oxford, 1934. Véanse, asimismo, las interesantes páginas dedicadas al asunto por W. S. Barret, *Euripides, Hippolytos...,* págs. 45-84 («The history of the text»).

(aprox. 257-180 a.C.) comentó y editó a los tres trágicos a comienzos del siglo II a.C., a la vez que distribuía en *kôla* (miembros) las partes líricas[118]. Conoció todavía unas 75 tragedias euripideas. A él le debemos nueve hipótesis o argumentos de otras tantas piezas. Como es sabido, el texto básico seguido por él fue el de Licurgo: el que los Ptolomeos tomaron prestado de Atenas y jamás devolvieron.

Los papiros más antiguos, sobre todo los llamados de Estrasburgo, han puesto de manifiesto que la tarea de los alejandrinos fue definitiva para la conservación y transmisión en buen estado del texto canónico de los trágicos.

Después, en la Biblioteca de Alejandría, la magna creación de los Ptolomeos, se siguieron anotando y perfilando los autores trágicos. Como intermediario entre los alejandrinos y el periodo romano, descuella con mucho la actividad incansable de Dídimo (aprox. 65 a.C.-10 d.C.) que comentó tragedias, comedias, Lírica y Oradores. Los escollos euripideos lo citan no menos de dieciocho veces. Se interesaba más por las explicaciones literarias que en cuestiones de crítica textual.

El texto de Eurípides, junto al de los otros trágicos, fue copiado abundantemente durante seis siglos más, como nos atestiguan los papiros egipcios. Pero, si Alejandría conoció no menos de 300 tragedias de los grandes tragediógrafos, a los manuscristos medievales, transliterados de mayúscula a minúscula en el siglo IX d.C., sólo llegaron siete obras de Esquilo, otras tantas de Sófocles y diecinueve de Eurípides (contamos el *Reso,* dentro de este número, aunque hoy la crítica se inclina por considerarlo espúrio).

Nuestros manuscritos medievales se remontan a una selección de siete piezas euripideas *(Hécuba, Orestes, Fenicias, Hipólito, Medea, Alcestis* y *Andrómaca),* que se formó en torno a la Universidad de Constantinopla, creada en el 425 d.C. A este grupo de dramas, que venían siendo leídos y comentados en los círculos ilustrados bizantinos, se añadieron más tarde *Las Troyanas* y *Reso.* Son todas ellas las nueve tragedias dotadas de escollos de las que saldría el prototipo de la primera fa-

[118] G. Zuntz, *The political plays of Euripides,* Manchester, 1963², páginas 129-152.

milia de manuscritos euripideos en los primeros años del siglo VI d.C.[119]. Dentro de esas obras hay tres, *Hécuba*, *Fenicias* y *Orestes*, singularmente apreciadas en Bizancio por su contenido y forma dramática. Es la llamada *Tríada bizantina* que nos ha sido transmitida por más de doscientos códices. Esas tres tragedias tienen dos argumentos, al menos, y están dotadas de espléndidos comentarios[120].

Hay, además, otra familia: de mediados del siglo VI d.C. sería su prototipo, recogido a la larga por los códices L y P que abarcan esas tragedias bien provistas de escolios, más otras de las que sólo nos han llegado escasas notas marginales al texto: *Bacantes, Helena, Electra, Heraclidas, Heracles, Suplicantes, Ifigenia en Áulide, Ifigenia entre los tauros, Ión* y *Cíclope*. Salvo la primera, las otras nos han llegado por casualidad, pues proceden de una edición antigua en papiro, ordenada alfabéticamente, por grupos de cinco tragedias[121].

Los manuscritos euripideos han sido divididos por los estudiosos en dos familias. Los principales de entre ellos son: en la primera familia, M (Marcianus graecus 471), del siglo XII; B (Parisinus gr. 2713), del XII; A (Parisinus 2712), del XIII; V (Vaticanus 909), del XIII; H (Palimpsesto de Jerusalén), del X; O (Laurentianus 31, 10), del XIV. En la segunda, L (Laurentianus 32, 2), del XIV, y P (Palatinus 287 más Laurentianus 172), del XIV.

El estudio de los manuscritos euripideos a fin de establecer con precisión el texto de las tragedias no comienza hasta Lenting, quien al editar *Andrómaca* (1829) ordenó los códices por semejanzas, que no por familias. Sería Kirchhoff quien compusiera el primer árbol genealógico *(stemma)* de tales manuscritos al editar la *Medea* (1852), fijando en el siglo IX o X el arquetipo, es decir, el códice copiado cuando ya había corrupciones en la tradición textual. Vio la estrecha relación entre

---

[119] A. Tuilier, *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, París, 1968, págs. 281-285.

[120] K. Matthiessen, *Studien sur Textüberlieferung der Hekabe des Euripides*, Heidelberg, 1974, págs. 5 y ss.

[121] B. Snell, «Zwei Töpfe mit Euripides-Papyri», *Hermes*, 70, 1935, páginas 119-120. Serían, respectivamente, las letras EH *(Hécuba, Helena, Electra, Heracles, Heraclidas)* e IK *(Suplicantes, Hiketides), Ifigenia en Áulide Ifigenia entre los tauros, Ión* y *Cíclope (Kýklops)*.

los manuscritos V y A, y entre B y O; destacó el valor importantísimo de M[122]. Pero con Kirchhoff se inicia la llamada eliminación de códices recientes *(eliminatio recentiorum)*, según los postulados de su maestro Lachmann[123].

Posteriormente, Prinz[124] usó seis manuscritos (MABVLP), ofreciendo una colación de A y B. Importante fue la aportación de Wilamowitz[125], que estudió los códices M y V y constató que V está a caballo entre MAB y LP. Ya en nuestro siglo, Murray[126], además de los códices usados por Prinz, acudió a DFHNOHQ y otros más; diferencia entre dos familias: MAVB, y LP, pero repara en que estos dos últimos códices tienen con frecuencia lecciones distintas de los demás.

Méridier[127] prescinde de los manuscritos recientes, lo cual supone un cierto retroceso en crítica textual. Más tarde, Turyn[128] examinó todos los códices anteriores al 1600; valoró los códices recientes; comprobó que en L el corrector es Demetrio Triclinio y estudió además la crítica textual de Moscópulo y Tomás Magister. Distinguió cuatro ramas en la tradición: un hiperarquetipo del que proceden HMBVACO; *recentiores* RSSa; la rama del *Christus patiens;* y la que dio origen a L y P. Pero no tuvo en cuenta las lecciones de L y P para la Tríada bizantina, por lo que ha sido criticado[129], ya que se ha comprobado después[130] que, si bien P es un simple apógrafo o copia de L en las llamadas tragedias alfabéticas, en la Tríada tiene lecturas muy valiosas que deben proceder de un códice anterior que tuvieron a mano los respectivos escribas de L y P.

---

122 A. Kirchhoff, *Euripidis Tragoediae*, Berlín, 1867.

123 Sobre el particular, S. Timpanaro, *La genesi del metodo de Lachmann*, Florencia, 1963.

124 R. Prinz-N. Wecklein, *Euripidis Fabulae*, Leipzig, 1878-1902.

125 U. von Wilamowitz, *Einleitung in die griechische Tragödie*, Berlín, 1889 (reimp. Darmstadt, 1974).

126 G. Murray, *Euripidis Fabulae*, Oxford, 1902-1913.

127 L. Méridier, *Euripide*, París, 1923...

128 A. Turyn, *The byzantine manuscript Tradition of the Tragedies of Euripides*, Urbana, 1957, que estudió 268 códices.

129 V. di Benedetto, *La tradizione manoscritta euripidea*, Padua, 1965.

130 G. Zuntz, *An inquiry into the transmission of the plays of Euripides*, Cambridge, 1965, pág. 192.

Concretamente, respecto a la Tríada, Matthiessen[131] crítica a Turyn, pues siguiendo el hilo de las faltas que indican separación *(Trennfehler)* entre manuscritos y las que denotan vinculación *(Bindenfehler)* puede considerarse grupo familiar a HMC, mientras que O coincide unas veces con ese conjunto y otras con B; A se relaciona con HMC y con V; LP, o mantienen una postura independiente, o van con HMC; no puede hablarse, pues, de una situación especialmente desventajosa de los *recentiores.*

En cuanto al *stemma codicum* contamos con trabajos posteriores[132] en los que se viene a concluir que hay dos grandes familias de manuscritos: BOMHAV y QLP; el arquetipo sería del siglo V d.C., y no del IX ó X, como querían Turyn y Zuntz. Los manuscritos más antiguos son B (año 1150); H (1160), y M (1170-1200). El códice B sería un ejemplar no contaminado dentro de la primera familia; y P, respecto a la segunda. El manuscrito L tiene interpolaciones en consonancia con MHAV.

De los estudios más recientes[133] podemos concluir que, si se admite un arquetipo en la tradición manuscrita de Eurípides, tal ejemplar había de tener ya numerosas variantes, y, en tal caso, sólo en las piezas dotadas de escolios cabría aceptar que se hubiera dado de una vez la transliteración, es decir, el paso de los códices escritos con mayúsculas o unciales a otros con minúsculas.

Hoy día todo hace pensar que la transmisión de la obra euripidea ha sido abierta, o sea, ha aceptado desde muy pronto lecciones de diversas familias, pues ha habido una progresiva contaminación horizontal entre las distintas familias y códices.

---

131 Matthiessen, *Studien...*, págs. 54-88.

132 A. Tulier, *Recherches...* y *Étude comparée du texte et des scholies d'Euripide*, París, 1972, esp. págs. 281-285.

133 Matthiessen, *Studien...*, págs. 82-86.

BIBLIOGRAFÍA

1. En torno a la tragedia griega

Adrados, F. R., *Fiesta, comedia y tragedia (Sobre los orígenes griegos del teatro)*, Barcelona, 1972.

Alsina, J., *Tragedia, religión y mito entre los griegos*, Barcelona, 1970.

Bain, D., *Actors and audience: a Study of asides and related convections in Greek Drama*, Oxford, 1977.

Baldry, H. C., *The greek tragic Theatre*, Londres, 1971.

Beye, C. R., *La tragedia greca. Guida storica e critica*, Roma, 1976.

Blume, H. D., *Einführung in das antike Theaterwesen*, Darmstadt, 1978.

Ferguson, J., *A companion to greek Tragedy*, Texas, 1972.

Jaeger, W., *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, trad. esp., México, 1968².

Jens, W. (ed.), *Die Bauformen der griechischen Tragödie*, Munich, 1971.

Lesky, A., *La tragedia griega*, trad. esp., Barcelona, 1966.

— *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968.

— *Die tragische Dichtung der Hellenen*, Gotinga, 1972³.

Pickard-Cambridge, A. W., *The dramatic festivals of Athens*, Oxford, 1953.

Pohlenz, M., *Die griechische Tragödie*, Leipzig-Berlín, 1930.

Rachet, G., *La tragédie grecque*, París, 1973.

Romilli, J. de, *La tragédie grecque*, París, 1970.

Seeck, G. A. (ed.), *Das griechische Drama*, Darmstadt, 1979.

Vernant, J. P. y Vidal-Naquet, P., *Mythe et tragédie en Grèce ancienne*, París, 1979.

Vickers, B., *Towards Greek Tragedy*, Londres, 1973.

2. Visión general acerca de Eurípides

Bater, W. N., *Euripides a student of human nature,* Univ. Pensilvania Press, 1930.

Benedetto, V. di, *Euripide: teatro e società,* Turín, 1971.

Collard, Ch., *Euripides,* Oxford, 1981.

Conacher, D. J., *Euripidean Drama. Myth, Theme and structure,* Toronto, 1967.

Delebecque, E., *Euripide et la guerre du Péloponèse,* París, 1951.

Errandonea, I., «Dos escuelas simultáneas en Grecia: Sófocles y Eurípides», *Rev. Univ. Madrid,* 13, 1964, págs. 369-414.

Estudios sobre tragedia griega, H. Lloyd-Jones, M. Fernández Galiano, F. R. Adrados, A. Tovar, Madrid, 1966.

Euripide, «Entretiens sur l'antiquité classique», VI, Vandoeuvres-Ginebra, 1960.

Euripide, Letture critiche, O. Longo (ed.), Milán, 1976.

Euripides, ed. E. R. Schwinge, Darmstadt, 1968.

Galiano, M. F., «Estado actual de los problemas de cronología euripidea», *Actas III Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1968, págs. 321-354.

Goosens, R., *Euripide et Athènes,* Bruselas, 1962.

Greenwood, L. H. G., *Aspects of Euripidean Tragedy,* Cambridge, 1953.

Grube, G. M. A., *The drama of Euripides,* Londres, 1961².

Martinazzoli, F., *Euripide,* Roma, 1946.

K. Matthiessen, «Euripides, Die Tragödien», en *Das griechische Drama,* Darmstadt, 1979, págs. 105-154.

Meissner, B., *Mythisches und Rationales in der Psychologie der euripideischen Tragödie,* Gotinga, 1951 (tesis).

Melchinger, S., *Euripides. Dramatiker des Welttheaters,* Hannover, 1971².

Murray, G., *Eurípides y su tiempo,* trad. esp., México, 1966⁴.

Nestle, W., *Euripides der Dichter der griechischen Aufklärung,* Stuttgart, 1901.

Norwood, G., *Essays on Euripidean Drama,* Berkeley, 1954.

Paduano, G., *La formazione del mondo ideologico e poetico di Euripide,* Pisa, 1968.

REINHARDT, K., *Eschyle. Euripide*, trad. fr., París, 1972.
RIVIER, A., *Essai sur le tragique d'Euripide*, París, 1975².
SALE, W., *Existencialism and Euripides. Sickness, tragedy and divinity in the Medea, the Hippolytus and the Bacchae*, Victoria, Australia, 1977.
SEGAL, E. (ed.), *Euripides. A collection of critical essays*, Englewood Cliffs (N. J.), 1968.
SCHMID, W., *Geschichte der griechischen Literatur*, I, 3, Munich, 1961², págs. 309-842.
VERRALL, A. W., *Euripides the rationalist*, Cambridge, 1895.
WEBSTER, T. B. L., *The Tragedies of Euripides*, Londres, 1967.
ZÜRCHER, W., *Die Darstellung des Menschen im Drama des Euripides*, Basilea, 1947.

3. TÉCNICA DRAMÁTICA

AÉLION, R., *Euripide héritier d'Eschyle*, París, 1983 (I-II).
BLAICKLOCK, F. M., *The male Characters of Euripides. A study in realism*, Wellington, 1952.
BURNETT, A. P., *Catastrophe survived. Euripides 'plays of mixed reversal*, Oxford, 1971.
BUSCH, G., *Untersuchungen zum Wesen der Tyche in den Tragödien des Euripides*, tesis, Heidelberg, 1937.
CHROMIK Ch., *Göttlicher Anspruch und menschliche Verantwortung bei Euripides*, tesis, Kiel, 1967.
ERDMANN, G., *Der Botenbericht bei Euripides*, Kiel, 1964.
FRIEDRICH, C. W., *Die dramatische Funktion der euripideischen Gnomen*, tesis, Friburgo, 1955.
FRIEDRICH, W. H., *Euripides und Diphilos. Zur Dramaturgie der Spätformen*, Munich, 1953.
FROST, C. P., *The euripidean recognition. A study in dramatic form*, tesis, Cincinnati Univ., 1980.
GARZYA, A., *Pensiero e tecnica dramatica in Euripide*, Nápoles, 1962.
GMUR, A., *Das Wiedererkennungsmotiv in den Dramen des Euripides*, Friburgo, 1962.
GRAF, G., *Die Agonszenen bei Euripides*, tesis, Gotinga, 1951.
GUZMÁN GUERRA, A., *Estudio de las series métricas de transición en los versos de Eurípides*, Madrid, 1981.
JOUAN, F., *Euripide et les légendes des chants cypriens*, París, 1966.

HALLERAN, M. R., *Action and song. Conventions in the plays of Euripides*, tesis, Cambridge (Mass.), 1981.
HARBSMEIER, D. G., *Die alten Menschen bei Euripides, mit einem Anhang über Menelaos und Helen bei Euripides*, Gotinga, 1968.
HOURMOUZIADES, N. C., *Production and imagination in Euripides. Form and Function of the scenic space*, Atenas, 1965.
HOWALD, E., *Untersuchungen zur Technik der euripideischen Tragödien*, Leipzig, 1914.
KRETZ, L., *Persönliches bei Euripides*, tesis, Zurich, 1934.
LANGHOFF, V., *Die Gebete bei Euripides und die zeitliche folge der Tragödien*, Gotinga, 1971.
LENNEP, D. L. W. van, *Euripides Poiētēs sophós*, Amsterdam, 1935.
LUDWIG, W., *Sapheneia. Ein Beitrag zur Formkunst im Spätwerk des Euripides*, Tubinga, 1954.
MATTHIESSEN, K., *Elektra, Taurische Iphigenie und Helen. Untersuchungen zur Chronologie und zur dramatischen Form im Spätwerk des Euripides*, Gotinga, 1964.
MIFFELMANN, G., *Interpretationen zur Motivation des Handelns im Drama des Euripides*, Hamburgo, 1964.
MÖLLER, C., *Vom Chorlied bei Euripides*, tesis, Gotinga, 1933.
MURRAY, R. L., *Persuasion in Euripides*, tesis, Cornell Univ., 1964.
NEITZEL, H., *Die dramatische Funktion der Chorlieder in den Tragödien des Euripides*, Hamburgo, 1967.
NOTMAN, E., *Structure and idea in four plays of Euripides*, tesis, Berkeley Univ. California, 1980.
PARRY, H., *The Choral odes of Euripides. Problems of structure and dramatic relevance*, tesis, Berkeley Univ., 1963.
ROHDICH, H., *Die euripideische Tragödie. Untersuchungen zu ihrer Tragik*, Heidelberg, 1968.
SCHMIDT, W., *Der Deus ex machina bei Euripides*, tesis, Tubinga, 1963.
SCHWINGE, E. R., *Die Verwendung der Stichomythie in den Dramen des Euripides*, Heidelberg, 1968.
SEALY, W. L., *Mind and Eros in four plays of Euripides. A dramaturgical Approach*, Stanford, Palo Alto, California, 1980.
SENONER, R., *Der Redeagon im euripideischen Drama*, Viena, 1961.
SPIRA, A., *Untersuchungen zum Deus ex machina bei Sophokles und Euripides*, Kallmünz, 1960.
STRAMPFLI, R. F., *The dramatic function of animals and animal imagery in the Tragedies of Euripides*, tesis, Nashville, 1971.

STROHM, H., *Euripides. Interpretationen zur dramatischen Form,* Munich, 1957.
VELLACOT, Ph., *Ironic Drama. A Study of Euripides' Method and Meaning,* Cambridge, 1975.
WALSH, G. B., *The Relief Odes of Euripides,* tesis, Yale, 1974.
ZEICHNER, F., *De deo ex machina euripideo,* Gotinga, 1924.

4. LENGUA Y ESTILO

BARLOW, S. A., *The imagery of Euripides. A study in the dramatic use of Pictorial language,* Londres, 1971.
BERGSON, L., *L'épithète ornemental dans Eschyle, Sophocle et Euripide,* Uppsala, 1956.
BREITENBACH, W., *Untersuchungen zur Sprache der euripidischen Lyrik,* Stuttgart, 1934 (reimp. 1967).
CLAY, D. M., *A formal analysis of the vocabularies of Aeschylus, Sophocles and Euripides,* I, Minneapolis, 1970.
DELULLE, H., *Les répétitions d'images chez Euripide,* Lovaina, 1911.
MCDONALD, M., *Terms for happiness in Euripides,* tesis, Univ. California, Irvine, 1975.
PAUER, K., *Die Bildersprache des Euripides,* Breslau, 1935.
POT, E., *De maritieme beeldspraak bij Euripides,* tesis, Utrecht, 1943.
SMEREKA, J., *Studia Euripidea.* I. *De sermone Euripideo. De vocabulorum Euripideorum copia* y II, 1 *De elocutionis Euripideae consuetudinibus,* Lwow, 1936-37.
STEVENS, P. T., *Colloquial Expressions in Euripides,* Wiesbaden, 1976.

5. EURÍPIDES Y LOS MITOS GRIEGOS

MEISSNER, E., *Mytischer und Rationales in der Psychologie der euripideischen Tragödie,* tesis, Gotinga, 1951.
SEGAL, Ch., *Diónysiac Poetics and Euripides' Bacchae,* Princeton Univ. Press, 1982.
STINTON, T. W., *Euripides and the Judgement of Paris,* Londres, 1965.
WHITMAN, C. H., *Euripides and the full circle of myth,* Cambridge (Mass.), 1974.

(*L'Année Philologique* dedica desde 1970 un apartado especial a todo lo referente a comentaristas, traductores e imitadores de nuestro trágico.)
BENEDETTO, V. di, *La tradizione manoscritta euripidea*, Padua, 1965.
FENIK, B., *The influence of Euripides on Vergil's Aeneid*, tesis, Princeton, 1960.
FRIEDRICH, W. H., «Euripides in der lateinischen Literatur», *Hermes* 69, 1934, 300-315.
FRITZ, K. von, *Antike und moderne Tragödie*, Berlín, 1962.
FUNKE, H., «Euripides», *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 8-9, 1965-66, 233-279.
GOLDEN, D. A., *Euripides and classicism*, tesis, Ohio Univ., 1977.
HAMMER, S., *L'influence d'Euripide sur la poésie hellénistique*, Poznan, 1921.
LUCAS, F. L., *Euripides and his influence*, Nueva York, 1963[2].
MATTHIESSEN, K., *Studien zur Textüberlieferung der Hekabe des Euripides*, Heidelberg, 1974.
PERTUSI, A., «Il ritorno alle fonti del teatro greco classico. Euripide nell'umanesimo e nel Rinascimento», *Byzantion*, 33, 1963, páginas 391-426.
PETERSEN, U., *Goethe und Euripides. Untersuchungen zur Euripides-Rezeption in der Goethezeit*, Heidelberg, 1974.
E. SEHRT, *De Menandro Euripidis imitatore*, Giessen, 1912.
TARRANT, R. J., «Senecan Drama and its Antecedents», *Harvard Studies Class. Philology*, 82, 1978, págs. 213-263.
TULIER, A., *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, París, 1968.
— *Étude comparée du texte et des scholies d'Euripide*, Paris, 1972.
TURYN, A., *The Byzantine manuscript tradition of the tragedies of Euripides*, Urbana Univ., Illinois, 1957.
WEBSTER, T. W. L., *Introduction to Menander*, Londres, 1974.
ZUNTZ, G., *An inquiry into the transmission of the plays of Euripides*, Cambridge, 1965.

7. Ediciones

Euripidis Tragoediae et Fragmenta, edita A. Matthiae, Leipzig, 1813-1837.

Euripidis Tragoediae superstites et deperditarum fragmenta, ed. W. Dindorf, Oxford, 1832-1837.

Euripidis Fabulae, ed. T. Fix, París, 1844.

J. A. Hartung, *Euripidis Werke*, Leipzig, 1848-1853.

Euripidis Tragoediae, ed. A. Kirchhoff, Berlín, 1867.

Euripidis Tragoediae, ed. A. Nauck, Leipzig, 1869-1871[3].

F. A. Paley, *Euripides, with an english Commentary*, Londres, 1889.

Euripidis Fabulae, ed. R. Prinz-N. Wecklein, Leipzig, 1878-1902.

Sept tragédies d'Euripide, edita y comenta H. Weil, París, 1899-1907[3] (contiene: *Hipólito, Medea, Hécuba, Ifigenia en Áulide, Ifigenia entre los tauros, Electra* y *Orestes).*

Euripidis Fabulae, ed. G. Murray, Oxford, 1902-1910 (numerosas reimpresiones).

Euripides, edita y traduce A. S. Way, Londres, 1912.

Euripide, I-VI, edición y traducción de L. Meridier, L. Parmentier, H. Grégoire, F. Chapouthier, J. Meunier, R. Goossens, F. Jouan, París, 1923 y ss.

Eurípides, Tragedias, Alcestis. Andrómaca, edita y traduce A. Tovar, Barcelona, 1955.

Eurípides. Tragedias. Las Bacantes. Hécuba, edita y traduce A. Tovar con la colaboración de R. P. Binda, Barcelona, 1960.

Eurípides, Tragèdies, Alcestis, Introducción general, texto y traducción de J. Alsina, Barcelona, 1966.

Euripides, ed. G. A. Seeck; trad. E. Buschor, Munich, 1972-1981.

Euripides. Tragödien, edita y traduce D. von Ebener, Berlín, 1975-1980.

Euripidis Fabulae, ed. J. Diggle, Oxford, 1981 (Contiene *Suplicantes, Electra, Heracles, Troyanas, Ifigenia entre los tauros* e *Ión).*

(Para los fragmentos véase el capítulo correspondiente de nuestra introducción.)

8. Léxico

Allen, J. T. e Italie, G., *A concordance to Euripides*, Berkeley, 1953.

Collard, Ch., *Supplement to the Allen and Italie Concordance to Euripides*, Groninga, 1971.

9. Traducciones

I) *Completas*

a) Castellano

1. *Eurípides, Obras completas,* I-IV, traducción nueva del griego por L. de Lisle, versión española de G. Gómez de la Mata, Valencia, s./a. (sin notas).

2. *Eurípides. Las diecinueve tragedias,* versión directa del griego con introducción de A. M. Garibay, México, 1969³ (oscura y mala, sin notas).

3. *Eurípides. Tragedias* I, Madrid, 1977 *(El Cíclope, Alcestis, Medea, Los Heraclidas, Hipólito, Andrómaca, Hécuba).* La *Introducción general a Eurípides* es de A. Medina González (los tres primeros apartados) y de J. A. López Férez (los siete restantes). *El Cíclope, Alcestis, Medea* e *Hipólito* son prologados, traducidos y anotados por Medina González; *Los Heraclidas, Andrómaca* y *Hécuba,* por López Férez.

Eurípides. Tragedias II, Madrid, 1978 *(Suplicantes, Heracles, Ión, Las Troyanas, Electra, Ifigenia entre los tauros),* con introducciones, traducción y notas de J. L. Calvo Martínez.

Eurípides. Tragedias III, Madrid, 1979 *(Helena, Fenicias, Orestes, Ifigenia en Áulide, Bacantes, Reso).* Las introducciones, traducciones y notas de *Fenicias, Orestes, Ifigenia en Áulide y Bacantes* son de C. García Gual; las de *Helena y Reso* de L. A. de Cuenca y Prado.

b) Catalán

Eurípides, Tragèdies, I-II-III, traducción en verso de C. Riba, Barcelona, 1977.

c) Francés

1. *Euripide. Théâtre complet,* I-IV, traducción, introducción y notas de H. Berguin-G. Duclos, París, 1935 (reimp. 1966).

2. *Euripide, Tragédies,* traducción de M. Delcourt-Curvers, París, 1962.

d) Italiano

1. *Eurípide. Le tragedie,* I-IV, trad. de E. Romagnoli, Bolonia, 1928-1930.
2. *Euripide. Tutte le tragedie,* I-III, trad. F. M. Pontani, Roma, 1977.
3. DIANO, C., *Il teatro greco. Tutte le tragedie,* Florencia, 1975[2].

e) Inglés

1. *Euripides, The tragedies,* I-II-III, trad. A. S. Way, Londres, 1894-1898. Es la misma que ofrece la colección bilingüe Loeb, Londres, 1912, vols. I-IV.
2. *All the extant tragedies of Euripides,* trad. W. J. Oates-E. O'Neill, Nueva York, 1938.
3. *Euripides,* en *The complete Greek Tragedies,* III, trad. D. Grene-R. Lattimore, Chicago, 1958.

f) Alemán

1. *Euripides, Sämtliche Werke,* I-III, trad. J. J. Donner, retocada por R. Kannicht; notas de B. Hagen e introducción de W. Jens, Stuttgart, 1958.
2. *Euripides Werke,* I-III, trad. D. Ebener, edit. J. Werner-W. Hoffmann, Berlín, 1966.

II) Parciales

Respecto a traducciones y versiones de una o varias tragedias euripideas al castellano, véase lo que decimos en *Eurípides, Tragedias,* I, Madrid, 1977, págs. 83-90.

(La traducción que ofrecemos ahora al lector es nueva; realizada sobre el texto griego a la vista de las ediciones y comentarios más re-

cientes. También son nuevas la Introducción general, las correspondientes a cada tragedia y las notas.)

10. Repertorios bibliográficos

General

Bibliographie de l'antiquité classique 1896-1914, por S. Lambrino, París, 1951.

Dix années de bibliographie classique, Bibliographie critique et analytique de l'antiquité gréco-latine pour la période 1914-1924, por J. Marouzeau, París, 1927-1928.

L'année philologique, publicado por J. Marouzeau, París, 1927 y ss.

«Bibliografia del dramma antico», *Dioniso* 10, 1947 y ss., con artículos a cargo de V. Bonaiuto, R. Cantarella, A. Colonna y A. Garzya.

Webster, T. B. L., «Greek Tragedy», en *Fifty years of classical Scholarship*, Oxford, 1968², págs. 88-122.

Específico

Collard, Ch., *Composite index to the Clarendon Commentaries on Euripides 1938-1971*, Groninga, 1981.

Morel, W., «Bericht über die Literatur zu Euripides aus den Jahren 1930-1933», *Bursian Jahresbericht*, 259, 1938, págs. 35-66.

Miller, H. W., «A survey of recent euripidean Scholarship 1940-1954», *Classical Weekley* 49, 1956, págs. 81-92.

— «Euripidean Drama, 1955-1965», *Classical Weekly* 60, 1967, páginas 177-179, 182-187 y 218-220.

Mette, H. J., «Literatur zu Euripides, 1952-1957», *Gymnasium*, 66, 1959, págs. 151-158.

— «Euripides (insbesondere für die Jahre 1939-1968). Erster Hauptteil: Die Bruchstücke», *Lustrum* 12, 1967, págs. 5-228; 13, 1968, páginas 289-403; 19, 1976, págs. 65-78; 23-24, 1981-1982, págs. 5-448.

— «Euripides, 1968-1975», *Lustrum* 17, 1973-1974, págs. 5-26.

EL CÍCLOPE



Psykter (recipiente para refrescar el vino) de Duris (490-480 a.C.).
Grupo de sátiros. British Museum. Londres.

INTRODUCCIÓN

El Cíclope de Eurípides, junto a algunos restos papiráceos de diversa extensión (ante todo, *Los que tiran de la red*, de Esquilo, encontrado en 1932, y *Los Rastreadores*, de Sófocles, publicado, en 1912, por primera vez), nos sirve para hacernos una idea bastante clara de lo que era el drama satírico.

Desde 536/532, cada año, con ocasión de las Dionisias urbanas o Grandes Dionisias se representaban tragedias en Atenas. Concretamente en los días 11-13 del mes de Elafebolión (marzo-abril, para nosotros) tenían lugar tres certámenes, uno por día, y en cada uno de ellos se escenificaban tres tragedias y un drama satírico.

Son tantos los puntos de contacto del drama satírico con la tragedia y la comedia que conspicuos estudiosos postulan hoy día un mismo origen para esos tres géneros literarios. La tragedia y el drama satírico tienen en común, entre otros elementos, la notoria importancia atribuida al mito, mientras que comedia y drama satírico coinciden, frente a la tragedia, en que el protagonista consigue el éxito sin dolor, recurriendo a todo tipo de tretas y artimañas.

Elemento central del drama satírico es la presencia de los sátiros, o genios de los montes y bosques, de aspecto animalesco, barbudos y dotados de una enorme cola de caballo. A la cabeza de ellos aparece Sileno: orejas puntiagudas, mitad inferior caballuna o capruna, falo de enormes dimensiones.

Los sátiros, divinidades de la naturaleza en un principio, acabaron por incorporarse al culto dionisiaco. Cobardes en

grado sumo, gustan del vino y de la palabra fácil, y tienen un apetito sexual desenfrenado.

Poseemos fragmentos suficientes para conocer las líneas generales del drama satírico, cuya función es eminentemente alegre y festiva, mucho menos intelectual de lo que resulta ser *El Cíclope,* en donde, si bien no faltan los elementos divertidos y chocantes que producirían, sin duda, ruidosas carcajadas en el auditorio, encontramos un reflejo evidente de la polémica, entonces en boga, sobre los tipos de vida: el que se atiene a la razón, la justicia y las normas democráticas y el que actúa de espaldas a la ley y al respeto a los demás.

Eurípides acude al cuento popular del gigante de terrible fuerza y maldad infinita que resulta vencido por un ser inferior en fuerza física, pero astuto y taimado donde los haya. Recurre especialmente a la *Odisea* (IX, 105-505). En cuanto a los sátiros, Eurípides aprovecha varios elementos del himno homérico *Dioniso o los piratas.* Pero nuestro autor innova en bastantes puntos, exigidos en buena medida por el género literario. Así, la escena del encuentro entre el Cíclope y Ulises y sus compañeros tiene lugar delante de la cueva, situada precisamente junto al Etna (en Homero no se dan precisiones sobre la ubicación del lóbrego antro); el Cíclope no vive sólo del pastoreo, como ocurre en Homero, sino que caza asimismo animales salvajes. Como contrapunto de sus aficiones cinegéticas, es un ilustrado que conoce la leyenda de Ganimedes, ha oído hablar de la guerra de Troya y de Helena, y tiene, además, peculiares inclinaciones eróticas. La cueva queda siempre abierta, mientras que en Homero el Cíclope la obstruye con una descomunal piedra. De esta forma, en nuestro drama Ulises puede entrar y salir libremente de la morada del Cíclope. El tiempo de la acción es reducido sensiblemente en nuestra obra: mientras en la *Odisea* se habla de día y medio con dos noches, aquí todo ocurre en unas pocas horas.

Antes de Eurípides, el tema que nos ocupa había sido tratado por varios autores: Epicarmo había escrito una comedia con el título de *El Cíclope,* pero no sabemos nada más respecto a ella. Por su parte, Aristias, hijo de Prátinas, redactó un drama satírico del mismo título, pero desconocido también para nosotros.

De nuestro drama no puede darse con seguridad una fecha, ni siquiera aproximada. Si unos críticos se inclinan por fecharlo en la etapa de madurez de su autor, otros lo sitúan al comienzo de su carrera literaria (L. Méridier, por ejemplo, piensa en el 425 a. C.; D. J. Conacher se inclina por una data anterior al 438 a.C.). No obstante, la *communis opinio* es tener por tardía nuestra obra, dentro de la cronología de su autor.

Nota bibliográfica

Euripide, Le Cyclope, Alceste, Médée, Les Héraclides, texto y traducción de L. Méridier, París, 1926 (= 1961[5]).

Euripides, The Cyclops, edición y comentario D. M. Simmonds-R. R. Timberlake, Cambridge, 1927 (= 1957).

Le Cyclope, edición y comentario de J. Duchemin, París, 1945.

Il Cíclope, ed., introducción y comentario de G. Ammendola, Florencia, 1952.

Cyclops, intr., texto y comentario de R. G. Ussher, Roma, 1978.

Euripide, Tragedie I. Ciclope, Alcesti, Medea, Eraclidi, Ippolito, Andromaca, introducción, texto crítico, traducción y notas, Turín, 1980.

Cyclops, ed. L. Paganelli, Bolonia, 1981.

Euripides, Cyclops, ed. W. Biehl, Leipzig, 1983.

W. Wetzel, *De Euripidis fabula satyrica quae Cyclops inscribitur cum Homeerico comparata exemplo,* Wiesbaden, 1965.

Sobre el texto seguido

Nos apartamos de Murray en los versos 56, 74, 430, 499, 514, 588 y 701.

ARGUMENTO

Ulises, tras haber zarpado desde Ilión, fue arrojado a Sicilia, donde habitaba Polifemo. Habiendo encontrado allí a los sátiros viviendo como esclavos, tras darles vino se disponía a recibir de ellos corderos y leche. Pero apareciendo Polifemo inquiere el motivo de que se lleven sus posesiones. Y Sileno afirma haber sorprendido al extranjero cuando las robaba.

PERSONAJES DEL DRAMA

SILENO
CORO DE SÁTIROS
ULISES
CÍCLOPE

SILENO.—Oh Bromio[1], por ti soporto innúmeros sufrimientos, tanto ahora como cuando en mi juventud mi cuerpo era vigoroso. En primer lugar, cuando enloquecido por Hera te marchaste dejando a las ninfas de los montes, nodrizas tuyas[2]. Después, con ocasión de la lucha contra los nacidos de la Tierra[3], cuando situado a tu derecha, a tu vera con mi escudo, maté a Encélado[4] tras herirlo con mi lanza a través del centro de su rodela. Mas veamos: ¿digo esto por haberlo visto en sueños? No, por Zeus, pues mostré sus despojos a Baco. [10] Y ahora soporto un sufrimiento peor que aquéllos, pues, en cuanto Hera envió contra ti el linaje de los piratas tirrenios[5] a fin de que fueras vendido a larga distancia, enterado de ello navego con mis hijos en tu búsqueda. Y en la punta de la popa, manejando por mí mismo el doble ti-

---

[1] Apelativo del dios Dioniso o Baco. Significa, propiamente, «el estruendoso o ruidoso», quizá por la bulla que armaban sus seguidores.

[2] Las ninfas del monte Nisa, de dudosa localización, cuidaron de Dioniso durante su infancia. El dios las abandonó cuando resultó trastornado por la ira de Hera.

[3] Los Gigantes nacieron de la Tierra y de la sangre del castrado Urano. Eran seres de descomunal fuerza, pero mortales. Es famosa la Gigantomaquia, o lucha de los dioses contra los Gigantes, en la que las deidades lograron dar eterno descanso a sus terribles enemigos.

[4] Uno de los Gigantes, muerto por Atenea. Sin duda alguna esta escena provocaría las risas de los oyentes.

[5] Habiendo tomado Dioniso una nave para trasladarse a la isla de Naxos, la tripulación quiso apoderarse de él para venderlo como esclavo. Dioniso mostró su poder deteniendo el barco, llenándolo de hiedra y haciendo oír agudos sonidos de flauta. Espantados, los marineros se arrojaron al mar, donde fueron convertidos en delfines.

món, lo mantenía derecho, y mis hijos, sentados a los remos, emblanquecían el azulado mar con su boga, mientras te buscaban, señor. Pero cuando estábamos navegando ya cerca de Malea[6], el viento del Este, soplando sobre la nave, nos echó contra esta roca del Etna[7], donde los Cíclopes de un solo ojo, hijos del dios marino[8], asesinos de hombres, viven en solitarias cuevas. Capturados por uno de éstos, estamos en su casa como esclavos. Al que servimos le llaman Polifemo. En lugar de nuestros gritos báquicos, apacentamos los rebaños del impío Cíclope. Y, así, mis hijos en lo alto de las colinas apacientan sus jóvenes rebaños, ellos que jóvenes son; pero yo tengo la misión de llenar los abrevaderos y barrer la casa, sirviéndole a este Cíclope brutal comidas impías. Y ahora, esto es lo mandado, me es forzoso barrer la morada con este rastrillo de hierro, a fin de recibir a mi señor que está ausente, el Cíclope, y a sus rebaños con la cueva limpia. Mas ya diviso a mis hijos que se acercan apacentando los rebaños. ¿Qué es eso? ¿Acaso hacéis ahora el mismo ruido de danzas que cuando escoltando a Baco en procesión marchabais a la mansión de Altea[9] balanceándoos afeminadamente al ritmo de los cantos de las liras?

CORO

Estrofa

¿Por dónde, hijo de padre y madre de buen linaje, por dónde te me irás a las rocas? ¿No tienes aquí suave brisa y abundantes hierbas? ¿La arremolinada agua de los ríos no descansa acaso en los abrevaderos, junto a la cueva? ¿No escuchas los balidos de las crías?

---

[6] Cabo al sur de Grecia, conocido por sus terribles tormentas.

[7] Montaña y volcán famoso de Sicilia.

[8] Los Cíclopes aquí citados son seres gigantescos, dotados de un solo ojo redondo en mitad de la frente, carentes de respeto a los dioses y hombres, antropófagos. Polifemo, concretamente, era hijo de Posidón, rey del mar, y de la ninfa Toosa.

[9] Visitando Dioniso a Eneo, esposo de Altea, se enamoró y yació con ésta y en ella engendró a Deyanira. En recompensa, dio a Eneo como regalo el cultivo de la vid y del vino.

Efimnio[10]

¡Psitt...! ¿No vienes aquí? ¿No pacerás aquí [50], en la loma cubierta de rocío? ¡Ohé! Al instante te lanzaré una piedra. Sigue, sigue, oh cornudo, hacia el establo del Pastor, el montaraz Cíclope.

Antístrofa

Suelta tus repletas ubres. Recibe en tus pezones los retoños que abandonas en los recintos de los carneros. Te requieren [60] los balidos de las crías pequeñas que de día duermen. ¿Cuándo entrarás al establo, dentro de las rocas del Etna, dejando los pastos herbosos?

Epodo

No está aquí Bromio ni los coros ni las Bacantes portadoras de tirso[11] *ni el estruendo de los tambores junto a las fuentes que agua manan ni las relucientes gotas de vino. Ni en Nisa, en unión de las ninfas, emito la canción «Yaco», «Yaco» [70], dirigida a Afrodita, persiguiendo a la cual volé con las bacantes de albos pies. ¡Oh querido, querido Baco! ¿Hacia dónde marchas sólo mientras agitas tu rubia cabellera? Yo, tu servidor, a sueldo sirvo al Cíclope de un solo ojo cual esclavo, caminando errante con esta desdichada túnica de macho cabrío [80], lejos de tu amistad.*

SILENO.—¡Callad, hijos, y mandad a los servidores que junten los rebaños en la cueva de rocoso techo!

CORIFEO.—¡Marchad! Mas, ¿qué prisa tienes, padre?

SILENO.—Diviso junto a la costa el casco de una nave griega y a los señores del reino que vienen con un jefe hacia esta cueva. En derredor de sus cuellos llevan vasijas vacías, porque están necesitados de comida, y también cántaros para agua. ¡Desgraciados extranjeros! [90] ¿Quiénes son? No saben cómo es nuestro amo Polifemo, cuando han pisado esta inhospitalaria morada y han venido infortunadamente hasta la antropófaga mandí-

[10] Es una especie de refrán o estribillo que se repite al final de una estrofa o grupo de versos. A su vez, Psitt es la onomatopeya del silbido empleado por los pastores para llamar a cabras y ovejas.

[11] Las Bacantes, seguidoras de Dioniso, llevaban consigo el tirso o vara recubierta de hiedra y pámpanos. Yaco es apelativo y canción en honor de Baco. Nisa es un monte de difícil localización. Tan enigmática es su ubicación que, a juicio de Hesiquio, podría estar en Arabia, Babilonia, Etiopía, Egipto, Tesalia, India y en otros innúmeros lugares.

bula del Cíclope. Pero estad tranquilos, a fin de informarnos desde dónde han llegado a esta siciliana colina del Etna.

ULISES.—Extranjeros, ¿podríais explicarme de dónde coger agua corriente, remedio de nuestra sed, y si es que alguien quiere vender comida a unos marineros necesitados? ¿Qué ocurre? Creo que hemos arribado a la ciudad de Bromio. Aquí contemplo junto a la cueva una multitud de sátiros. ¡Salud!, digo, ante todo, al más viejo.

SILENO.—¡Salud!, oh extranjero. Explícanos quién eres y de qué patria.

ULISES.—Ulises de Ítaca[12], señor del país de los cefalenios.

SILENO.—Te conozco, crótalo resonante, descendencia de Sísifo[13].

ULISES.—Ése soy yo, pero no me zahieras.

SILENO.—¿Desde dónde has venido navegando hasta aquí, a Sicilia?

ULISES.—Desde Ilión y de los sufrimientos de Troya.

SILENO.—¿Cómo? ¿No conocías la ruta de tu tierra patria?

ULISES.—Los impulsos de los vientos me arrastraron acá con violencia.

SILENO.—¡Ay, ay! Padeces el mismo destino que yo.

ULISES.—¿Acaso también tú viniste aquí por la fuerza?

SILENO.—Sí, mientras perseguía a los piratas que habían raptado a Bromio.

ULISES.—¿Qué tierra es ésta y quiénes la habitan?

SILENO.—El Etna, el pico más alto de Sicilia.

ULISES.—¿Dónde están las murallas y torres de la ciudad?

SILENO.—No existen. Los promontorios están despoblados, extranjero.

ULISES.—¿Y quiénes ocupan la tierra? ¿Acaso alguna especie de fieras?

SILENO.—Cíclopes, que moran en cuevas, no en casas.

---

12 Ulises reinaba en la isla de Ítaca, al oeste de Grecia. Por su parte, Cefalenia (hoy Cefalonia) es otra isla cercana de mayores dimensiones. Se llamaba con frecuencia «cefalenios» a los habitantes de ambas islas.

13 Según una tradición, Ulises era hijo, no de Laertes, sino de Sísifo. Éste, rey de Éfira y Corinto, fue famoso por sus mentiras y cobardías y resultó castigado por Zeus a empujar eternamente hasta lo alto de un monte una enorme piedra, que inmediatamente volvía a rodar hacia abajo.

ULISES.—¿A quién obedecen? ¿O es que tienen un régimen democrático?

SILENO.—Son nómadas y ninguno respeta a nadie en nada.

ULISES.—¿Siembran la espiga de Deméter[14], o de qué viven?

SILENO.—De leche, quesos y carne de sus rebaños.

ULISES.—¿Disponen de la bebida de Bromio, hecha con los jugos de la vid?

SILENO.—De ningún modo, y por eso viven en un país sin danzas.

ULISES.—¿Son hospitalarios y piadosos con los extranjeros?

SILENO.—Dicen que los extranjeros tienen las carnes más sabrosas.

ULISES.—¿Qué afirmas? ¿Gustan de comer hombre asesinado?

SILENO.—Ninguno ha llegado aquí que no haya sido inmolado.

ULISES.—Y el propio Cíclope, ¿dónde está? ¿Quizá dentro de su morada?

SILENO.—Se ha ido junto al Etna, siguiendo el rastro de las fieras con sus perros.

ULISES.—¿Sabes qué has de hacer para que podamos irnos de esta tierra?

SILENO.—No lo sé, Ulises, pero haríamos cualquier cosa por ti.

ULISES.—Véndenos pan, del que andamos escasos.

SILENO.—No hay, como dije, otra cosa más que carne.

ULISES.—También ésa es grato calmante del hambre.

SILENO.—También hay queso de zumo de higos y leche de vaca.

ULISES.—Sacadlos. Pues en las compras conviene la luz.

SILENO.—Y tú, dime, ¿cuánto oro nos pagarás?

ULISES.—Oro no, sino la bebida de Dioniso que traigo.

SILENO.—¡Oh tú que has mencionado gratísima cosa de que carecemos desde ha mucho!

---

[14] Hija de Crono y Rea, Deméter era ante todo la diosa protectora del trigo y de las cosechas.

ULISES.—Además, Marón nos dio la bebida, el hijo del dios[15].

SILENO.—¿El que otrora crié yo en estos brazos?

ULISES.—El hijo de Baco, para que lo sepas con más precisión.

SILENO.—¿Está en la bodega de la nave o lo traes tú?

ULISES.—Aquí está en el odre que lo guarda, como estás viendo, anciano.

SILENO.—Ése ni siquiera me llenaría la mandíbula.

ULISES.—Sí, pues hay doble bebida de la que salga del odre.

SILENO.—Has mencionado una fuente hermosa y grata para mí.

ULISES.—¿Quieres que te dé a probar primero el vino puro?

SILENO.—[150] Justo es, pues, en verdad, la prueba invita a la compra.

ULISES.—Precisamente, traigo también una copa con el odre.

SILENO.—¡Ea! Échalo con ruido, para que me acuerde de cuando bebía.

ULISES.—¡Toma!

SILENO.—¡Ay, ay! ¿Qué hermoso olor tiene!

ULISES.—¿Es que lo has visto?

SILENO.—No, Por Zeus, pero lo huelo.

ULISES.—Pruébalo entonces para que no lo alabes sólo de palabra.

SILENO.—¡Oh, oh! Baco me incita a bailar. ¡Ah, ah, ah!

ULISES.—¿Ha hecho buen ruido al pasar por tu garganta?

SILENO.—Sí, de tal suerte que me ha llegado hasta la punta de las uñas.

ULISES.—[160] Pues, aparte de esto, también te daremos monedas.

SILENO.—Suelta sólo el odre. Déjate de oro.

---

[15] Marón es considerado en la *Odisea* (IX, 197) hijo de Evantes. Eurípides, en cambio, lo presenta como hijo de Dioniso. Más abajo, se nos habla del vino puro, porque los griegos tomaban tal bebida rebajada con agua, por lo común.

ULISES.—Sacad entonces los quesos o los corderos.

SILENO.—Lo haré, importándome poco mi amo, pues enloquecería yo por apurar una copa dándote como pago los rebaños de todos los Cíclopes, y por arrojarme al mar desde la roca de Léucade[16] con sólo una vez que me emborrachara y distendiera mi entrecejo. Que está loco el que no se alegra bebiendo, cuando es posible que esto se levante[17], y, además, acariciar un seno, palpar con las manos un prado preparado[18], y, al mismo tiempo, bailar y olvidar las penas. Y, entonces, ¿no compraré tal bebida mandando al cuerno al estúpido Cíclope y su ojo de enmedio de la frente?

CORIFEO.—Escucha, Ulises. Conversemos un poco contigo.

ULISES.—Desde luego. Habladme como amigos a un amigo.

CORIFEO.—¿Echasteis mano a Troya y a Helena?

ULISES.—Sí, y devastamos toda la mansión de los priámidas.

CORIFEO.—Y tras apoderaros de la joven, ¿no la perforasteis todos, por turno, ya que gusta de casarse con muchos? A la traidora, que, en cuanto contempló los multicolores pantalones en sus piernas[19] y el áureo collar que llevaba en medio del cuello, se conturbó, abandonando a Menelao, un hombrecillo muy bueno. ¡Jamás debiera haber existido en ningún lugar la raza de las mujeres..., de no haber sido para mí solo!

SILENO.—Aquí tenéis lo que apacientan los pastores, soberano Ulises: crías de baladoras ovejas; y, además, no pocos quesos de cuajada leche. Lleváoslos y retiraos lo antes posible de la cueva, tras darme en pago la bebida del báquico racimo. ¡Ay de mí! Aquí llega el Cíclope. ¿Qué hacer?

ULISES.—Perdidos estamos entonces, anciano. ¿Adónde hemos de huir?

SILENO.—Dentro de esta roca, donde os podáis esconder.

ULISES.—Espantoso es lo que pides: meternos en sus redes.

---

16 Famoso y escarpado promontorio de la isla de Léucade, al norte de Ítaca. Desde allí, según la tradición, se había arrojado más de un amante despechado.

17 Alusión al falo.

18 Es metáfora usual para mencionar el monte de Venus.

19 De Paris o Alejandro.

SILENO.—No es espantoso. Muchos refugios hay en la roca.

ULISES.—De ninguna manera, pues grandes gemidos daría Troya, si huyéramos ante un hombre solo, toda vez [200] que con mi escudo hice frente con frecuencia a innúmera muchedumbre de frigios. ¡Ea! Si hay que morir, moriremos con valentía, o, de lo contrario, vivos mantendremos nuestra fama anterior.

CÍCLOPE.—¡Quietos! ¡Paso! ¿Qué es esto? ¿Qué indolencia es ésta? ¿A qué los bailes báquicos? No es esto Dioniso, ni castañuelas de bronce, ni golpes de tambor. ¿Cómo están en la cueva mis crías recién nacidas? ¿Están en las ubres y acuden a los costados de sus madres? Los cestillos de junco ¿están llenos de quesos fruto de leche ordeñada? [210] ¿Qué afirmáis? ¿Qué decís? Rápidamente alguno de vosotros derramará lágrimas por obra de este bastón. ¡Levantad la mirada y no la bajéis!

CORIFEO.—¡Mira! Hacia el mismo Zeus tenemos alzada la vista. Diviso los astros y a Orión.

CÍCLOPE.—¿Está bien dispuesto el desayuno?

CORIFEO.—Sí, lo está. No falta sino que tu garganta esté lista.

CÍCLOPE.—¿Acaso también las cráteras están llenas de leche?

CORIFEO.—Sí, para que te tragues una tinaja entera.

CÍCLOPE.—¿De oveja, vaca o mezclada?

CORIFEO.—De lo que desees. Preocúpate tan sólo de no zamparme a mí.

CÍCLOPE.—[220] De ninguna manera. Pues, si saltarais en mitad de mi estómago, moriría yo a resultas de vuestros brincos. ¡Eh! ¿Qué muchedumbre es la que observo aquí junto al antro? ¿Han llegado al país piratas o ladrones? Veo aquí, en verdad, corderos de mi cueva con el cuerpo atado mediante mimbres retorcidos; y también, en medio, vasijas con quesos; y al viejo, con su calva cabeza hinchada del todo a fuerza de golpes.

SILENO.—¡Ay de mí! Molido de palos, fiebre tengo, infeliz de mí!

CÍCLOPE.—¿Por obra de quién? ¿Quién te dio puñetazos en la cabeza, anciano?

SILENO.—[230] Por obra de éstos, Cíclope, porque no les consentía que se llevaran lo tuyo.

CÍCLOPE.—¿No sabían que yo era un dios e hijo de dioses?

SILENO.—Eso intentaba decirles, pero ellos se llevaban tus posesiones. Aunque no se lo consentía yo, el queso se comían y sacaban tus corderos. Y repetían que, tras amarrarte con argolla de tres codos y ligarte también el ojo que en el centro tienes te sacarían las entrañas con violencia, y te machacarían la espalda con un látigo. Y, a continuación, una vez te hubieran encadenado a los bancos de la nave y echado en ellos, te venderían a alguien [240] para que removieras piedras o para meterte en un molino.

CÍCLOPE.—¿Es verdad? ¿Es que no iréis a toda prisa a afilar mis cuchillos de despedazar y a encender un gran haz de leña tras haberlo apilado? Pues, inmolados al punto, llenarán mi vientre, comiendo yo carne caliente a la brasa mediante mi trinchador; y la restante, cocida y blanda, de una caldera. Que estoy harto de comida de monte. Basta ya de banquetearme con leones y ciervos. Mas, en cambio, hace mucho que me privo de comer hombres.

SILENO.—[250] La novedad, señor, tras lo usual, es bastante grata. En verdad, recientemente, al menos, no habían llegado otros extranjeros a tu cueva.

ULISES.—Cíclope, escucha también, por turno, a los extranjeros. Nosotros necesitábamos comprar comida y nos acercamos a tu cueva desde nuestra nave. Los corderos nos los vendía ése a cambio de una copa de vino, y, tras probar la bebida, nos los daba, contentos ambos y sin violencia en ningún sentido. Nada de lo que ése sostiene es cierto [260], pues fue sorprendido mientras vendía tus bienes a tus espaldas.

SILENO.—¿Yo? ¡Ojalá te mueras espantosamente!

ULISES.—Si miento.

SILENO.—¡No, por Posidón que te engendró, por el gran Tritón y por Nereo, por Calipso y las hijas de Nereo, por las sagradas olas y por toda la familia de los peces![20]. Te juro, oh

[20] Tritón había nacido de Posidón y Anfitrite. Vivía soltero en el fondo del mar. A su vez, Nereo, hijo de la Tierra y el Ponto, tuvo con Doris las cin-

hermosísimo Ciclopito, oh amito, que no vendía yo tus cosas a los extranjeros. De lo contrario, ¡que terrible muerte tengan estos hijos míos, a los que más quiero!

Corifeo.—¡Y tú también! Yo, desde luego, te vi vendiéndoles los bienes a los extranjeros. Y si digo mentiras, ¡que se muera mi padre! No seas injusto con los extranjeros.

Cíclope.—¡Mentís! Confío yo en éste más que en Radamantis[21], y lo tengo por más justo. Mas quiero preguntarles: ¿de dónde venís por mar, oh extranjeros? ¿De dónde sois? ¿Qué ciudad os educó?

Ulises.—De Ítaca es nuestra progenie, y hemos venido desde Troya, tras haber devastado la ciudad, empujados por los vientos marinos.

Cíclope.—¿Acaso sois los que, persiguiendo el rapto de la muy pérfida Helena, fuisteis a la ciudad de Ilión, vecina del Escamandro?[22].

Ulises.—Esos mismos, tras haber soportado un esfuerzo espantoso.

Cíclope.—¡Vergonzosa campaña la de quienes, por mor de una sola mujer, navegasteis hasta la tierra de los frigios!

Ulises.—Obra de un dios fue. No acuses a ningún mortal. Nosotros, oh noble hijo del dios marino, te suplicamos y te hablamos abiertamente: ¡no te atrevas a matar a quienes hemos llegado a tu cueva cual amigos ni a prepararte impía comida para tus mandíbulas! Nosotros, señor, que protegimos los templos en los rincones de la Hélade, para que tu padre los disfrutara. Intacto continúa el sagrado puerto de Ténaro[23] y

---

cuenta Nereidas, una de las cuales fue Tetis, madre de Aquiles. Por su parte, Calipso, hija de Atlas, habitaba en la isla de Ogigia, donde retuvo amorosamente a Ulises durante siete años. Cfr. *Odisea*, VII, 259.

[21] Minos y Radamantis habían nacido de Zeus y Europa. Minos llegó a ser rey de Creta, y Radamantis organizó la legislación de tal isla. Pasó por hombre justo y sabio, y los dioses premiaron sus buenas obras con el puesto de juez en el tribunal de los infiernos, junto a Minos y Éaco.

[22] Río de Troya, famoso en los poemas homéricos.

[23] Cabo situado en el extremo sur del Peloponeso. Hoy, Cabo Matapán. Había allí un templo y estatua famosos erigidos en honor de Posidón. Cfr. Pausanias III, 25, 4.

los escarpados refugios de Malea[24], y a salvo está la argéntea roca de la divina Atenea en Sunio[25], y también los abrigos de Geresto[26]. La Hélade no la hemos entregado a los frigios ¡infamia insensata! En ello también tienes parte, pues vives en un extremo de la Hélade, al pie de Etna, la roca que derrama fuego. Es costumbre entre los mortales, si rechazas mis palabras [300], recibir a los suplicantes arruinados por el mar, entregarles regalos de hospitalidad y ayudarles con ropas, pero no atravesar sus miembros con espetones de asar bueyes y hartar tu vientre y tu mandíbula. Bastante viuda dejó a la Hélade el país de Príamo, sorbiendo la sangre de muchos cadáveres vertida por la lanza, y aniquiló a esposas sin marido, a ancianas sin hijos y a padres canosos. Y si, tras asar a los que quedan, los consumes en amargo festín, ¿dónde se podría refugiar uno? ¡Ea! Hazme caso, Cíclope [310]. Detén la voracidad de tu mandíbula y prefiere lo piadoso en vez de lo impío. Pues a muchos hombres sus ganancias perversas les acarrearon el castigo.

SILENO.—Quiero aconsejarte. Efectivamente, de las carnes de éste no dejes nada, y si te comes su lengua, llegarás a ser astuto y muy hablador, Cíclope.

CÍCLOPE.—La riqueza, hombrecillo, es dios para los sensatos. Lo demás, presunción y hermosas palabras. De los promontorios marinos donde reside mi padre me río yo. ¿Por qué adelantaste eso en tu discurso? [320]. No temo yo el rayo de Zeus, extranjero, ni sé en qué es Zeus un dios más poderoso que yo. Lo demás no me importa, y por qué no me importa escúchalo: cuando, desde arriba, echa lluvia[27], en esta roca encuentro refugio cubierto, me banqueteo con una ternera asada o alguna bestia salvaje, y, regando bien mi estómago, boca arriba, tras tragarme luego un ánfora de leche, hago re-

---

[24] Cfr. nota 6. Se erguía en el lugar una estatua dedicada a Posidón.

[25] En el cabo Sunio, extremo meridional del Ática, se admiran todavía los restos de un famoso templo consagrado a Posidón. Cerca de allí se encontraba el promontorio Laurion, notable por sus ricas minas de plata.

[26] Se halla en el límite sur de la isla de Eubea. Había también allí un santuario dedicado a Posidón del que quedan algunas ruinas.

[27] Referido a Zeus, entre cuyas atribuciones estaba la de producir lluvia.

tronar mi túnica, retumbando en competición con los truenos de Zeus. Y cuando el Bóreas tracio[28] derrama nieve [330], envolviendo yo mi cuerpo con pieles de animales y encendiendo fuego, en nada me preocupo de la nieve. Y la tierra, a la fuerza, tanto si quiere como si no quiere, al parir hierba, engorda mis ganados. A nadie se los sacrifico yo, sino a mí, que no a los dioses, y a la mayor de las deidades: esta panza. Que beber y comer cada día, eso es Zeus para los hombres sensatos. Y, además, no afligirse por nada. Y a los que dispusieron las leyes complicando la vida de los humanos [340], los mando a paseo. No dejaré de beneficiar mi vida ni de devorarte a ti. Como regalos de hospitalidad recibirás —a fin de quedar yo sin reproche— fuego, este don paterno[29], y una caldera, que, al hervir, recubrirá perfectamente tu carne troceada. ¡Ea! Pasad adentro, para que, puestos en pie en torno al altar en honor del dios de mi cueva, me sirváis de festín.

ULISES.—¡Ay, ay! Conseguí librarme de las fatigas troyanas y marinas, y ahora he arribado al espíritu y corazón inhospitalario de un hombre impío [350]. ¡Oh Palas! ¡Oh señora, hija de Zeus, diosa! ¡Ahora, sí, socórreme, pues he venido a sufrimientos peores que los de Ilión y al borde del peligro! ¡Y también tú, que habitas la sede de los brillantes astros, Zeus protector del extranjero, contempla estos hechos, pues si no los miras, en vano eres considerado como dios Zeus, cuando nada eres!

CORO

Estrofa

De tu amplia garganta, oh Cíclope, despliega los labios, pues preparados tienes, cocidos, asados y apartados de las brasas, los miembros de los extranjeros, para saborearlos, roerlos y trincharlos [360], recostado en peluda piel de cabra.

Efimnio

¡No, no me des! Tú solo, y para ti solo, carga el casco de tu nave[30]*. ¡Fuera de aquí esta cueva! ¡Fuera de aquí el sacrificio de víctimas sin*

---

[28] El Bóreas era el norte, el viento del norte y también la personificación de tal viento. Por su lado, Tracia es una fría región situada al norte de Grecia.

[29] El agua, sobre la que domina Posidón, como rey de los mares y de todas las aguas.

[30] Alusión al descomunal vientre del Cíclope.

altar que realiza el Cíclope del Etna, gozoso de comerse las carnes de los extranjeros.

Antístrofa

¡Despiadado, oh atrevido, tú que sacrificas a los suplicantes acogidos a tu mansión, devorándolos cocidos, partiéndolos con dientes criminales y royendo sus calientes carnes sacadas de las brasas!

ULISES.—¡Oh Zeus! ¿Qué he de decir tras haber contemplado hechos espantosos e increíbles, parecidos a un cuento, que no a actos de mortales?

CORIFEO.—¿Qué ocurre, Ulises? ¿Acaso acaba de darse un festín con tus queridos compañeros el muy impío Cíclope?

ULISES.—Sí, con dos, tras haberlos examinado y mantenido en sus brazos, precisamente a los que tenían las carnes mejor nutridas.

CORIFEO.—¿Cómo, oh desgraciado, os aconteció ese desastre?

ULISES.—Después que hubimos entrado en este espacio rocoso, lo primero encendió fuego, echando sobre el amplio hogar troncos de una enorme encina, más o menos la carga que arrastran tres carros. Luego esparció por el suelo un lecho de hojas de abeto, cera de la llama del hogar. Y llenó hasta el borde una crátera de unas diez ánforas[31], echando en ella blanca leche, tras haber ordeñado a las vacas. Colocó a su lado una copa de hiedra de tres codos de ancha[32] y cuatro de profundidad, según parecía. Puso a hervir en el fuego una broncínea caldera, y, además, dispuso unos espetones hechos de ramas de espino con puntas forjadas al fuego y pulidos, por lo demás, con una hoz; y también vasijas sacrificiales del Etna, preparadas para la mordedura de las hachas. Cuando todo lo tuvo preparado, el odiado por los dioses, cocinero de Hades, agarrando de una vez a dos compañeros míos los mataba: con cierto orden inmoló a uno sobre la broncínea cavidad de la caldera; y al otro, a su vez, cogiéndolo del ten-

---

[31] El ánfora equivalía como medida de capacidad a 19,44 litros. Así pues, tamaña vasija contendría unos 195 litros.

[32] La madera de hiedra era utilizada para hacer cierto tipo de copas de singular aprecio. Cfr. *Ilíada*, IX, 346. El codo, medida de extensión, viene a valer unos 45 centímetros.

dón por el centro del pie y golpeándolo contra el afilado extremo de una roca le desparramó el cerebro, y, arrancándole las carnes con feroz cuchillo, las asaba al fuego, y echó los miembros a la caldera para que se cocieran. Y yo, desgraciado de mí, vertiendo lágrimas desde mis ojos, me acercaba al Cíclope y le servía. Y los demás, como pájaros, estaban acurrucados en los recovecos de la roca, sin sangre en el cuerpo. Mas, en cuanto, tras saciarse él de comer a mis compañeros [410], se echó hacia atrás, lanzando de su garganta un aliento pesado, me vino una inspiración divina. Tras llenar la copa de Marón[33], se la ofrezco para que beba de ella, diciéndole lo siguiente: «Oh, Cíclope, hijo del dios marino, observa qué clase de divina bebida, alegría de Dioniso, obtiene la Hélade de sus viñas.» Y él, saciado de infame comida, la aceptó, se la tomó de un trago, y levantando la mano la elogió: «¡Oh el más querido de los extranjeros! Hermosa bebida me regalas tras hermoso festín.» [420] Como notara yo que él disfrutaba, dile otra copa, creyendo que el vino le dañaría y rápidamente nos rendiría satisfacción. Y entonces, le dio por cantar, y yo, escanciando una copa tras otra, le iba calentando las entrañas con la bebida. Con mis llorosos compañeros de travesía cantaba él sin arte, y la cueva retumbaba. He salido yo en silencio y deseo salvarte a ti y a mí, si quieres. ¡Ea! Decidme, si deseáis o no, escapar de este varón insociable [430] y habitar la mansión de Baco en unión de las ninfas Náyades. Pues tu padre, que dentro permanece, lo acepta, pero está débil, sigue disfrutando de la bebida, y, con las alas pegadas a la copa como si fuera liga, anda extraviado. Mas tú, dado que eres joven, sálvate conmigo y recupera a tu viejo amigo Dioniso, que no es parecido al Cíclope.

CORIFEO.—¡Oh queridísimo! ¡Ojalá viéramos, en verdad, ese día tras haber escapado del impío Cíclope! Que, desde hace tiempo, tenemos viudo nuestro querido tubo[34] [440], pero a aquél[35] no podemos devorarlo nosotros.

---

33 Es decir, del vino que le fuera regalado por Marón.

34 Referido al falo.

35 O sea, el Cíclope. El texto, no obstante, parece estar corrupto en esta secuencia.

ULISES.—Escucha, pues, el castigo que preparo contra esa fiera malvada, y asimismo la escapatoria de tu esclavitud.

CORIFEO.—Dilo, pues el tañido de la cítara asiática no lo escucharíamos con más agrado que la muerte del Cíclope.

ULISES.—Desea ir de juerga con sus hermanos los Cíclopes, alegre con esta bebida de Baco.

CORIFEO.—He comprendido. Proyectas sorprenderlo en el bosque y degollarlo, o arrojarlo desde unas rocas.

ULISES.—Nada tal. Mi plan estriba en el engaño.

CORIFEO.—[450] ¿Cómo, entonces? Pues, desde hace mucho, hemos oído que eres astuto.

ULISES.—Con disuadirlo de esa juerga, contándole que no debe dar esa bebida a los Cíclopes, sino guardarla él sólo y pasar la vida alegremente. Cuando se amodorre vencido por Baco, hay en su hogar una rama de olivo que pondré al fuego tras haber aguzado la punta con esta espada. A continuación, cuando la vea al rojo vivo, alzándola, la clavaré ardiente en medio del ojo del Cíclope y le derretiré la vista con el fuego. [460] Como un hombre que, al ajustar el armazón de un barco, hace girar el trépano con dos correas, así daré vueltas al tizón en el reluciente ojo del Cíclope y le secaré la pupila.

CORIFEO.—¡Ay, ay! Contento estoy; loco me vuelvo con tus ardides.

ULISES.—Y después, a ti, a mis amigos y al viejo os embarcaré en el cóncavo casco de mi negra nave y con los remos dobles os llevaré lejos de esta tierra.

CORIFEO.—¿Hay forma entonces de que, como si fuera una libación por un dios[36] [470], toque yo el tizón que ciega el ojo? Pues quiero intervenir en esta matanza.

ULISES.—Has de hacerlo, pues el tizón es grande y hemos de cogerlo entre todos.

CORIFEO.—Sí, pues levantaría yo la carga de cien carros, si pudiéramos ahumar, como un avispero, el ojo del Cíclope, que de modo terrible perecerá.

---

[36] Posible referencia a la costumbre de tocar, durante las ceremonias culturales, la copa de las libaciones.

ULISES.—¡Callad, ahora! Pues bien conocéis el engaño. Cuando yo lo mande, obedeced al jefe de la operación. No me salvaré yo solo, abandonando a mis amigos que dentro están [480], aunque podría escaparme y me encuentro fuera de las oquedades del antro. Mas no es justo que abandone a mis amigos, con quienes aquí llegué, para salvarme yo solo.

CORIFEO.—*¡Vamos! ¿Quién es el primero? ¿Quién se coloca después del primero, sujeta el mango del tizón y lo hunde dentro de los párpados del Cíclope para destrozar su reluciente ojo?*

¡Silencio, silencio! He aquí que, embriagado, entonando un canto sin gracia [490], torpe cantor, dispuesto a llorar, sale de su pétrea mansión, ¡Ea! Eduquemos con cantos festivos al ineducado. De todos modos, a punto está de quedar ciego.

PRIMER SEMICORO

Estrofa 1.ª

Dichoso quien grita ¡evohé![37] *por efecto de los amables manantiales de los racimos, tumbado a la larga para la juerga, abrazando a un amigo [500] y teniendo en el colchón una tierna cortesana en flor, mientras, con sus brillantes bucles ungidos de perfume, canta: «¿Quién me abrirá la puerta?»*[38].

CÍCLOPE

Estrofa 2.ª

¡Ah, ah, ah! Lleno estoy de vino y gozo con el vigor del festín, repleto, cual nave de carga, hasta el último puente de mi vientre. La amable hierba me incita a la juerga, en la estación primaveral, al lado de mis hermanos los Cíclopes [510]. ¡Ea!, extranjero ¡ea!, pásame el odre.

SEGUNDO SEMICORO

Estrofa 3.ª

Con hermosa mirada en sus ojos sale hermoso de su morada. Alguien nos ama. Hostil antorcha, cual tierna desposada, espera a tu cuerpo dentro de la húmeda cueva. Rápidamente, en torno a tu cabeza, se mezclarán coronas de múltiples colores[39].

---

37 Grito de las Bacantes, festivo y religioso al tiempo, para invocar a Dioniso.

38 Así solía comenzar un tipo de canción llamado *paraklausíthyron*, o lamentos del amante ante la puerta cerrada de la amada.

39 Se apunta quizá a las múltiples heridas que recibirá el Cíclope, comparadas con las coronas multicolores que llevaban las novias el día de la boda.

Ulises.—Cíclope, escucha. Que soy experto [520] en ese Baco que te di a beber.

Cíclope.—Y Baco, ¿qué dios creen que es?

Ulises.—El más importante para los hombres, respecto a alegrarles la vida.

Cíclope.—Desde luego, yo lo eructo con placer.

Ulises.—Tal es esa divinidad; a ningún mortal daña.

Cíclope.—Y un dios, ¿cómo se contenta con tener su morada en un odre?

Ulises.—Allí donde se le ponga, se encuentra cómodo.

Cíclope.—Menester es que los dioses no guarden su cuerpo entre pellejos.

Ulises.—¿Y qué, si te encanta? ¿Acaso te disgusta el pellejo?

Cíclope.—Odio el odre, pero amo esta bebida.

Ulises.—[530] Quédate aquí entonces, bebe y disfruta, Cíclope.

Cíclope.—¿No he de dar de esta bebida a mis hermanos?

Ulises.—No, pues si la guardas tú, resultarás más apreciado.

Cíclope.—Pero más servicial, si les doy a mis amigos.

Ulises.—La juerga gusta de puñetazos y de discordia injuriosa.

Cíclope.—Borracho estoy, pero nadie, en absoluto, podría tocarme.

Ulises.—Amigo, quien está bebido menester es que se quede en su casa.

Cíclope.—Tonto es quien, tras haber bebido, no ama la juerga.

Ulises.—El que, tras embriagarse, permanece en su casa, es prudente.

Cíclope.—¿Qué debemos hacer, oh Sileno? ¿Te parece bien que me quede?

Sileno.—[540] Sí, me lo parece. ¿Qué necesidad hay de otros bebedores, Cíclope?

Obsérvese el irónico contraste del Cíclope con referencia a una recién casada. Además, la antorcha, hostil en este caso, quiere recordar la que sostenía la novia en algunos momentos de la ceremonia nupcial.

CÍCLOPE.—Desde luego, el suelo tapizado de florida hierba...

SILENO.—Y, además, es hermoso beber al calor del sol. Reclínate, pues, por favor, y pon tu costado en tierra.

CÍCLOPE.—Ya estoy. ¿Por qué entonces pones la crátera detrás de mí?

SILENO.—Para que nadie la tire al pasar.

CÍCLOPE.—Beber a escondidas, en verdad, es lo que quieres. Colócala en medio. Y tú, extranjero, dime el nombre con que debo llamarte.

ULISES.—Nadie. ¿Qué favor recibiré para elogiarte?

CÍCLOPE.—[550] De todos tus compañeros te comeré el último en un banquete.

SILENO.—Hermoso regalo, en verdad, das al extranjero, Cíclope.

ULISES.—¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Te bebes el vino a escondidas?

SILENO.—No, sino que me besó él, porque estoy guapo.

CÍCLOPE.—Vas a llorar por amar el vino que a ti no te ama.

SILENO.—¡Que sí, por Zeus!, que afirma amarme porque soy guapo.

CÍCLOPE.—Echa y lléname la copa. Dámela ya.

SILENO.—¿Cómo está mezclado?[40]. Permíteme que lo examine.

CÍCLOPE.—¡Me vas a matar! Dámelo así.

SILENO.—Sí, por Zeus, pero no hasta que te vea coger la corona y lo pruebe yo otra vez...

CÍCLOPE.—[560] ¡Oh copero injusto!

SILENO.—No, por Zeus, sino di: «Oh vino dulce.» Has de sonarte para tomar de beber.

CÍCLOPE.—¡Mira! Limpios están mis labios y mi barba.

SILENO.—Pon, pues, el codo con gracia, y apura la copa luego, tal como me ves a mí beber... y no me ves[41].

---

[40] Generalmente, los griegos bebían el vino mezclado con agua, según hemos dicho en nota 15. La mezcla se realizaba en la crátera, propiamente, «la que hace, o permite, la mezcla». Desde la crátera se servía después, mediante jarras pequeñas, en las copas.

[41] Pues Sileno apura la copa en un santiamén.

CÍCLOPE.—¡Eh, eh! ¿Qué vas a hacer?

SILENO.—De un trago la he apurado con placer.

CÍCLOPE.—Tómala, oh extranjero, y sé tú mi copero.

ULISES.—La viña, en verdad, conócela mi mano.

CÍCLOPE.—Vamos, echa, pues.

ULISES.—Te echo; cállate ya.

CÍCLOPE.—Difícil es lo que has dicho para quien bebe mucho.

ULISES.—[570] ¡Aquí está! Tómala, apúrala y no dejes nada. Hay que tragar hasta acabar con la bebida.

CÍCLOPE.—¡Ay, ay! Sabia es, en verdad, la madera de la viña.

ULISES.—Y si tragas mucho tras un gran banquete, empapando tu vientre hasta quitarle la sed, te entregarás al sueño, pero, si dejas algo, Baco te secará.

CÍCLOPE.—¡Uf, uf! ¡Con qué apuros he logrado escapar a nado! Me parece que el cielo mezclado con la tierra da vueltas y diviso el trono de Zeus [580] y toda la santa majestad de las deidades. No podría besarlos[42]. Las Gracias me provocan. Bastante descansaré con este Ganimedes[43]. ¡Muy bien! ¡Sí, por las Gracias! Pues disfruto más con los muchachitos que con las mujeres.

SILENO.—¿Soy yo, en verdad, el Ganimedes de Zeus, Cíclope?

CÍCLOPE.—Sí, por Zeus. Yo te rapto de la casa de Dárdano[44].

SILENO.—Perdido estoy, hijos. Horribles desgracias padeceré.

CÍCLOPE.—¿Criticas y te burlas de tu amante porque está bebido?

[42] Mirando a los sátiros.

[43] El Cíclope dice esto mientras atrapa a Sileno. Ganimedes era hijo de Tros, rey de Troya, y de Calírroe. Siendo de extraordinaria hermosura, Zeus se prendó de él y, convirtiéndose en águila, lo raptó llevándoselo a los cielos, donde el hermoso joven servía de copero a la corte celestial.

[44] Dárdano, hijo de Zeus y de la Atlántide Electra, es el antepasado remoto de la familia real de Troya. Fue abuelo de Tros.

SILENO.—¡Ay de mí! Amarguísimo vino veré enseguida.

ULISES.—¡Vamos, pues, hijos de Dioniso, nobles retoños! El hombre está dentro. Entregado al sueño arrojará enseguida la carne desde su infame garganta. El tizón, dentro del antro, echa humo; está preparado. No falta más que quemar el ojo del Cíclope. ¡Ea! ¡Tienes que ser un hombre!

CORIFEO.—Tendremos voluntad de roca y acero. Mas ve a la mansión, antes que a mi padre le ocurra algo terrible. Que aquí lo tienes todo dispuesto.

ULISES.—¡Hefesto, señor del Etna![45]. ¡Quema el reluciente ojo de tu perverso vecino y líbrate de él de una vez! ¡Y tú, retoño de la negra Noche, Sueño[46], ven con todo tu impulso a esta fiera odiada por los dioses! Y, tras los hermosísimos denuedos de Troya no aniquiléis a Ulises y sus marineros por obra de un varón a quien nada le importan dioses ni hombres. O, de lo contrario, menester es tener al azar por divinidad, y a las divinidades por menos poderosas que el azar.

CORO.—*Las tenazas apresarán con fuerza el cuello del devorador de extranjeros. Pues, al punto, perderá su reluciente pupila. Ya el tizón candente se esconde entre las ascuas, enorme brote de una encina. ¡Vamos! ¡Que vaya Marón![47]. ¡Que actúe! ¡Que arranque el párpado del enloquecido Cíclope a fin de que beba para su ruina! Y yo, al que gusta de llevar yedra, al deseado Bromio, quiero contemplarlo, tras haber abandonado la soledad del Cíclope. ¿Acaso a tamaña meta llegaré?*

ULISES.—¡Callad, por los dioses, bestias[48], estaos quietos! ¡Cerrad las articulaciones de vuestra boca! ¡Ni respirar le permito a nadie; ni tampoco hacer guiños, ni escupir! ¡Que no se despierte el malvado, hasta que la vista del Cíclope quede eliminada con el fuego!

CORIFEO.—Callemos tras tragar aire con nuestras mandíbulas.

---

[45] Hefesto, hijo de Zeus y Hera, dios de la fragua y de la metalurgia, vivía en el fondo de los volcanes. El Etna pasaba por ser una de sus moradas predilectas, donde le prestaban ayuda los Cíclopes forjadores, distintos de los consagrados al pastoreo.

[46] El Sueño *(Hýpnos)* era hijo de la Noche. Según Hesíodo *(Teogonía*, 211 y ss.), otros hijos de la Noche son: los Ensueños, la Burla, el Lamento, etc.

[47] O sea, los efectos del vino.

[48] Recordemos el carácter animalesco de los sátiros.

ULISES.—¡Ea, pues! Id dentro, para coger con vuestras manos el tizón, pues bien candente está.

CORIFEO.—Entonces, ¿dispondrás tú quiénes son los primeros que deben coger la encendida estaca para abrasar el lucero del Cíclope, a fin de participar en esta empresa?

PRIMER SEMICORO.—Nosotros estamos de pie ante la puerta, demasiado lejos como para meter fuego en su ojo.

SEGUNDO SEMICORO.—Y nosotros acabamos de quedarnos cojos.

PRIMER SEMICORO.—Lo mismo acaba de sucederme a mí, pues, mientras estábamos de pie, nos ha dado un espasmo en los pies, no sé por qué.

ULISES.—¿Os ha dado un espasmo estando de pie?

SEGUNDO SEMICORO.—Y llenos tenemos los ojos de polvo o de ceniza que de algún sitio viene.

ULISES.—Gentes cobardes y que no valen nada son estos aliados.

CORIFEO.—Tener piedad de nuestra espalda y espinazo y no querer perder los dientes al recibir los golpes, ¿es eso cobardía? Mas conozco un ensalmo muy bueno de Orfeo[49], para que el tizón, entrando por sí solo en el cráneo, abrase al monóculo hijo de la Tierra[50].

ULISES.—Desde ha tiempo sabía que eras de tal condición, pero ahora lo sé mejor. Fuerza es que yo utilice a mis propios amigos. Pero si ningún vigor tienes en tu brazo ¡ea!, exhórtanos por lo menos, para que, gracias a tus acompasados gritos, consiga el valor de mis amigos.

CORIFEO.—Eso haré. El cario correrá el peligro por nosotros[51]. ¡Que el Cíclope sea abrasado por obra de nuestros gri-

[49] Es el poeta legendario más famoso del mundo griego. Hábil como nadie con la lira; perito asimismo en encantamientos y arcanos misterios.

[50] Los Cíclopes uranios, para distinguirlos de los pastores y los forjadores, son hijos de Urano y la Tierra. Eurípides confunde aquí unos con otros.

[51] O lo que sería igual: «Nosotros no correremos ningún peligro.» El griego dice: «Correremos el peligro gracias a (o mediante) un cario.» Trátase de una frase proverbial difícil de verter a nuestra lengua. Sería algo así como nuestro dicho «ahí me las den todas». Los carios, pueblo de Asia Menor, sirvieron como

tos de aliento!

CORO.—*¡Oh, oh! ¡Empujad con sumo valor! ¡Daos prisa! ¡Quemad la ceja de la fiera que a los extranjeros engulle! ¡Abrasad, quemad [660] al rabadán del Etna! ¡Gira, tira! ¡Que, transido de dolor, no cometa ninguna locura contra ti!*

CÍCLOPE.—¡Ay de mí! Carbonizado está el brillo de mi ojo.

CORIFEO.—Hermoso es el peán[52]. ¡Cántamelo, Cíclope!

CÍCLOPE.—¡Ay de mí! ¡Qué maltratado quedo! ¡Qué perdido estoy! Mas fuera de esta roca no os escaparéis gozosos, vosotros que nada sois. Pues, poniéndome en el umbral de la caverna, lo obstruiré con estas manos.

CORIFEO.—¡Por qué gritas, Cíclope?

CÍCLOPE.—He perecido.

CORIFEO.—[670] Feo aspecto tienes.

CÍCLOPE.—Y, además, desdichado.

CORIFEO.—¿Caíste borracho en mitad de las ascuas?

CÍCLOPE.—Nadie[53] me aniquiló.

CORIFEO.—Entonces, nadie te hacía daño.

CÍCLOPE.—Nadie me ciega el ojo.

CORIFEO.—Entonces, no estás ciego.

CÍCLOPE.—De suerte que tú...

CORIFEO.—¿Y cómo nadie podría dejarte ciego?

CÍCLOPE.—... te burlas, pero ¿dónde está Nadie?

CORIFEO.—En ningún lugar, Cíclope.

CÍCLOPE.—El extranjero, para que lo sepas claramente, me aniquiló. El maldito, que, dándome la bebida, me hundió.

CORIFEO.—Espantoso, en efecto, es el vino y difícil de combatir.

CÍCLOPE.—¡Por los dioses! ¿Han escapado o aguardan dentro de la morada?

CORIFEO.—[680] Están de pie en silencio, al amparo de la roca.

---

mercenarios en las ciudades griegas durante la época clásica. En nuestro texto el que va a arriesgarse por otros es, naturalmente, Ulises.

[52] Canto de triunfo entonado en honor de Apolo y otros dioses. Pero en este contexto aparece referido, al contrario, al grito de dolor, de derrota, emitido por el Cíclope.

[53] Así le había dicho Ulises que se llamaba.

CÍCLOPE.—¿A qué mano?

CORIFEO.—A tu derecha.

CÍCLOPE.—¿Dónde?

CORIFEO.—Junto a la misma roca. ¿Los alcanzas?

CÍCLOPE.—Desgracia tras desgracia. Del golpe me he abierto el cráneo.

CORIFEO.—Y se te escapan, desde luego.

CÍCLOPE.—¿No es por aquí? ¿Dijiste por aquí?

CORIFEO.—No. Digo por allí.

CÍCLOPE.—¿Por dónde, entonces?

CORIFEO.—Date la vuelta. Hacia allá; hacia tu izquierda.

CÍCLOPE.—¡Ay de mí! Os reís de mí. Me injuriáis en mis sufrimientos.

CORIFEO.—Ya no, sino que él está ante ti.

CÍCLOPE.—¡Oh malvadísimo! ¿Dónde estás?

ULISES.—Lejos de ti [690]. Con vigilantes custodio a Ulises, aquí presente.

CÍCLOPE.—¿Cómo has dicho? Cambias de nombre y dices uno nuevo.

ULISES.—Precisamente el que me diera quien me engendró: Ulises. Tú tenías que dar satisfacción por tu impío festín. En verdad, de humillante manera habría incendiado yo Troya, si no te hubiera castigado por asesinar a mis compañeros.

CÍCLOPE.—¡Ay, ay! Se va cumpliendo la vieja profecía; pues advertía que yo perdería la vista por obra tuya, cuando volvieras de Troya. Pero predijo, por cierto, que también tú sufrirías condena por esta acción [700], viéndote bamboleado por el mar durante largo tiempo.

ULISES.—¡Vete al infierno! Además, he cumplido lo que digo. Me iré a la costa y echaré mi nave al mar de Sicilia, en dirección a mi patria.

CÍCLOPE.—De ninguna manera. Pues arrancando un trozo de esta roca te lo tiraré y te aniquilaré con tus marineros. Iré hacia arriba, a la cima, aunque ciego estoy, avanzando con mis pies por este antro de doble salida.

CORIFEO.—Y nosotros, convertidos en compañeros de travesía de este Ulises, serviremos a Baco en adelante.

ALCESTIS

INTRODUCCIÓN

Sabemos, gracias a uno de los argumentos o hipótesis que nos han llegado de esta obra, que *Alcestis* ocupaba el cuarto lugar, tras *Las Cretenses, Alcmeón en Psófide* y *Télefo,* en la tetralogía que presentara Eurípides en el año 438 a.C., con la que obtuvo el segundo premio, pues el primer puesto lo consiguió Sófocles en tal ocasión.

El hecho de que nuestro drama ocupara el lugar que, en principio, estaba reservado al drama satírico, y, además, la circunstancia de tener final feliz han ofrecido ocasión suficiente a los estudiosos para plantearse la pregunta de si verdaderamente nos hallamos ante una tragedia o ante un drama satírico.

En nuestra tragedia vienen recogidos dos temas bastante tratados entre los autores antiguos: el de la amante esposa dispuesta a ofrecer su vida por la de su marido, y el del héroe que triunfa sobre la muerte.

Ya en los poemas homéricos se nos habla de Alcestis y su esposo Admeto (*Ilíada,* II, 711 y ss., y XXIII, 376 y ss.). La leyenda que nos ocupa tiene, al parecer, un origen tesalio, lo que no tiene nada de extraño, ya que en Tesalia tomó cuerpo, según numerosos indicios, el culto de la diosa Deméter, estrechamente ligado al rito de las cosechas, la muerte y la resurrección. También en las *Eeas* o *Catálogo de las mujeres* de Hesíodo (*Fragmento* 37, Merkelbach-West) se menciona a Alcestis, pero hemos perdido todos los pormenores sobre el sacrificio de la esposa amantísima en aras de su esposo y las peripecias ocurridas a Asclepio, parcialmente recogidas por Píndaro (*Píticas,* V, 1-58).

Resumiendo todos estos materiales dispersos, junto con los ofrecidos por nuestra tragedia, vemos que Asclepio, hijo de Apolo, contraviniendo el mandato divino, había resucitado a un muerto, por lo que fue inmediatamente fulminado por Zeus. Sintiéndose agraviado, Apolo aniquiló a su vez a los Cíclopes uranios. En respuesta, Zeus lo castigó entonces a servir como simple jornalero durante un año en la mansión de Admeto, hijo de Feres, donde Apolo ayudó a su amo a casarse con Alcestis. Mas, como Admeto olvidara ofrecer ciertos sacrificios a Ártemis en el día de su boda, se vio condenado a la muerte. Tras diversas negativas a levantar la pena, las Parcas admiten que otra persona muera en lugar de él, pero nadie acepta pechar con tal condición, salvo Alcestis.

Antes de Eurípides, el autor trágico Frínico había compuesto otra tragedia con el mismo título que la nuestra, pero poco sabemos de ella, salvo que Tánato, es decir, la Muerte, aparecía armada con una espada para cortar un rizo de la cabellera de Alcestis.

Eurípides incorpora varios elementos nuevos en el tratamiento del mito. Así, Alcestis no ha de morir el mismo día de su boda, sino que la fatídica hora le llega tras varios años de matrimonio, cuando tiene ya dos hijos que la atan poderosamente a la vida. La presencia de un Heracles comilón que no vacila en darse un banquete en la casa mortuoria ofrece no pocos ribetes de humor negro. Aún así, el famoso héroe no pierde nada de su proverbial generosidad, simpatía y buen humor. Actúa, al final de la pieza, como «héroe salvador». Por su parte, la figura de Alcestis, sincera, bondadosa y amable, contrasta fuertemente con el carácter egoísta y calculador de Admeto, que llora ante el cadáver de su esposa, aunque sabe muy bien que ella muere en vez de él. Admeto, es cierto, posee la virtud de la hospitalidad, lo que, a la larga, le granjea el aprecio infinito de Apolo y, después, de Heracles.

Por el contraste entre lo trágico y los notorios toques cómicos que comporta, nuestra obra puede tomarse como un hito previo de lo que luego será la tragicomedia. Mas no hemos de olvidar, con todo, que en Eurípides, más que caracteres individuales bien delimitados, nos encontramos con actitudes y reacciones comunes de los humanos ante realidades eter-

nas como el amor y el odio, la vida y la muerte, la alegría y la pena.

Notable repercusión tuvo el tema de Alcestis en la posteridad. Aparte de sus numerosos reflejos en el arte, si nos limitamos a la literatura, podemos decir que es obra imitada en Roma por Nevio, Ennio y Accio. Luego a partir del Renacimiento fue motivo dilecto de los imitadores literarios y musicales. Destaquemos después las óperas de Gluk (1767) y Wieland (1773); y los dramas de Alfieri y Herder (1803), etc.

Nota bibliográfica

Euripide, Le Cyclope, Alceste, Médée, Les Héraclides, texto, traducción y notas de L. Méridier, París, 1926.

Alcestis, ed. W. S. Hadley, Cambridge, 1934.

Alcestis, ed., introducción y comentario de A. M. Dale, Oxford, 1954.

Alcesti, texto, introducción y comentario de A. Mancini, Florencia, 1955.

Euripide. Alcesti, texto, trad. y comentario de L. Torraca, Nápoles, 1963.

TORRACA, L., *Note critico-esegetiche all'Alcesti di Euripide*, Nápoles, 1963.

Eurípides. Tragedias. Alcestis. Andrómaca, texto, introd., trad. y notas de A. Tovar, Barcelona, 1965.

Eurípides. Tragèdies, Alcestis, texto, traducción, introd. y notas, Barcelona, 1966.

Alcesti, texto y comentario de G. Paduano, Florencia, 1969.

Alcestis, ed. A. Garzya, Leipzig, 1980.

Alceste, introd., versión y notas de M. C. Griffero, Buenos Aires, 1980.

Sobre el texto seguido

Nos hemos apartado de las lecciones de Murray en los versos 21, 47, 50, 943, 960, 1.017-1.018, 1.123 y 1.124.

ARGUMENTO[a]

Apolo había pedido a las Moiras que Admeto, cuando iba a fallecer, pudiera ofrecer un voluntario para morir en vez de él, con el fin de vivir durante un periodo igual al que había vivido ya. Y entonces, Alcestis, la mujer de Admeto, se entregó ella misma, toda vez que ninguno de los dos progenitores estaba dispuesto a morir por su hijo. No mucho después de ocurrido este suceso llegó Heracles, se enteró por medio de un criado de lo que ocurría a Alcestis y se marchó hacia la tumba, y, tras conseguir que la muerte se alejara, cubre con un vestido a la mujer y le pedía a Admeto que la tomara y guardara. Pues decía que la había recibido como premio en una lucha. Como aquél no quisiera, le mostró la mujer por la que lloraba.

DE OTRA MANERA[b]

Alcestis, la hija de Pelias, habiendo consentido en morir en vez de su propio esposo, es salvada por Heracles, que pasaba por Tesalia, pues coaccionó a los dioses infernales y les arrebató esa mujer. El tratamiento del tema no se encuentra en nin-

[a] Es obra de Dicearco, discípulo de Aristóteles.

[b] Este argumento es muy distinto del anterior. Contiene una didascalia, es decir, una referencia sucinta al año de representación, títulos que componían la tetralogía, puesto conseguido en los premios, nombre del corego y otros datos menores.

guno de los otros dos trágicos. El drama ocupó el número decimoséptimo[c]. Se representó siendo arconte Glaucino, en la Olimpiada 85[d]. Sófocles quedó el primero, y el segundo, Eurípides, con *Las Cretenses, Alcmeón en Psófide, Télefo* y *Alcestis*. El drama tiene un final especialmente cómico. La escena del drama se sitúa en Feras, una ciudad de Tesalia. El Coro está compuesto por algunos ancianos del lugar, que llegan para compadecerse por la desdicha de Alcestis. El prólogo lo dice Apolo..., era corego.

El drama es un tanto satírico, porque acaba en alegría y placer en contra del género trágico. Se rechazan como impropios de la poesía trágica *Orestes* y *Alcestis*, porque, aun comenzando con una desgracia, acaban en felicidad y alegría, cosa que es más propia de la comedia.

---

[c] Eurípides había empezado a representar tragedias en el 455 a.C., y es posible que ésta fuera la decimoséptima vez que concurría al certamen trágico. Pero no es un dato fiable. Otros opinan que el texto puede hacer referencia a la obra decimoséptima del escritor entre las conservadas por los alejandrinos.

[d] Es decir, el 483 a.C. Las Olimpiadas comenzaron a datarse a partir del año 776 a.C. Desde tal momento hasta el 393 de nuestra era tuvieron lugar ininterrumpidamente cada cuatro años hacia fines de verano.



Ánfora etrusca. Dos divinidades infernales llegan para llevarse a Alcestis. Biblioteca Nacional. París.

PERSONAJES DEL DRAMA

Apolo
La Muerte
Coro
Una sirvienta de Alcestis
Alcestis
Admeto
Hijo de Alcestis (Eumelo)
Heracles
Feres
Un sirviente

APOLO.—¡Oh mansión de Admeto[1], en donde yo consentí en aceptar una mesa obrera, aunque era un dios! Zeus, en verdad, fue el culpable, por haber matado a mi hijo Asclepio[2] lanzando un rayo contra su pecho. Encolerizado por ello, mato a los Cíclopes[3], forjadores del rayo de Zeus. Mi padre, en castigo por eso, me obligó a servir a sueldo en casa de un mortal. Tras llegar a este país, apacentaba las vacas de mi huésped y protegía esta morada hasta el día de hoy. Yo, que soy justo con un justo, el hijo de Feres, me encontré, y lo libré de morir engañando a las Moiras[4]. Cual diosas me otorgaron que Admeto evitara al inminente Hades[5], si en su puesto daba otro cadáver a los de abajo. Interrogó y visitó a todos los suyos, a su padre y a la anciana madre que lo tuvo, pero no halló a nadie, salvo su mujer, que aceptara morir por él y no ver ya la luz. Ahora por su hogar la transporta en brazos agonizante, pues el destino le ordena

---

1 Admeto era hijo de Feres y rey de Feras, en Tesalia. Apolo, agradecido por la buena acogida que le dispensara, ayudó a Admeto a uncir, bajo el yugo de un carro, un león y un jabalí, en la prueba impuesta por Pelias como condición previa para conceder la mano de su hija Alcestis.

2 Hijo de Apolo y Coronis. Aniquilada Coronis por Apolo, éste salvó al nonnato Asclepio y lo entregó el centauro Quirón para que le enseñara los secretos de la medicina. Tanto aprendió que llegó a resucitar a varios muertos. Zeus entonces lo fulminó ante las quejas de Hades, que decía quedarse sin cadáveres.

3 Los uranios, hijos de Urano y de la Tierra. Forjaron, en honor de Zeus, el rayo, el relámpago y el trueno.

4 Diosas del destino, hijas de Zeus y Temis. Eran Cloto, Láquesis y Átropo.

5 Hermano de Zeus y Posidón. El nombre sirve también para designar el infierno mismo.

morir en el día de hoy y dejar la vida. Y yo, para que no me alcance la mancha dentro del hogar[6], dejo el queridísimo techo de este palacio. Ya contemplo aquí cerca a la Muerte, sacerdotisa de los muertos, que se dispone a llevársela a la mansión de Hades. Puntual llegó, espiando este día en que aquélla ha de morir.

MUERTE.—*¡Ah, ah! ¿Qué haces tú junto a la mansión? ¿Por qué husmeas por aquí [30], Febo?*[7] *¿No te satisfizo impedir el sino de Admeto, embaucando a las Moiras con engañosa artimaña? Ahora, otra vez, armando tu brazo de arco, defiendes a ésta que prometió salvar a su esposo muriendo por él; a la hija de Pelias.*

APOLO.—Tranquilízate. Tengo derecho, en verdad, y honrados motivos.

MUERTE.—¿Qué necesidad hay entonces del arco, si tienes derecho?

APOLO.—[40] Habituado estoy a llevarlo siempre.

MUERTE.—Sí, y también a beneficiar a esta casa contra la justicia.

APOLO.—Porque estoy afligido por las desdichas de un amigo.

MUERTE.—¿Me privarás también de este segundo cadáver?

APOLO.—Tampoco el otro te lo quité por la fuerza.

MUERTE.—Entonces, ¿cómo es que está sobre la tierra y no bajo el suelo?

APOLO.—Porque ofreció a cambio su esposa, en pos de la cual llegas ahora.

MUERTE.—Me la llevaré, desde luego, al país infernal.

APOLO.—Cógela y vete, pues no sé si lograría convencerte.

MUERTE.—¿De matar a quien sea menester? Tal obligación tengo, en efecto[8].

APOLO.—[50] No, sino de atrasar la muerte de quien va a morir.

---

[6] Apolo evita mancillarse con la presencia de un muerto.

[7] Apelativo de Apolo. Propiamente, «puro», «luminoso».

[8] La Muerte (que es masculina en el griego *Thánatos*) es hermana del Sueño (*Hýpnos*). Ambos eran hijos de la Noche. Eurípides asigna a la Muerte la misión de transportar los cadáveres al otro mundo.

MUERTE.—Entiendo ya tus palabras y tu anhelo.

APOLO.—¿No hay manera, pues, de que Alcestis llegue a la vejez?

MUERTE.—No la hay. Piensa que también disfruto yo con mis honores.

APOLO.—Con todo, no puedes llevarte más que un alma.

MUERTE.—Cuando mueren jóvenes, consigo mayor prestigio.

APOLO.—Aunque muera vieja, será sepultada con boato.

MUERTE.—En pro de los ricos, Febo, dispones la ley.

APOLO.—¿Cómo has dicho? ¿Acaso eres también docta[9] sin saberlo yo?

MUERTE.—Los que tuvieran dinero podrían comprar el morir viejos.

APOLO.—[60] Entonces, ¿no quieres concederme esta gracia?

MUERTE.—No, por supuesto. Conoces mis modos de actuar.

APOLO.—Odiosos para los mortales y aborrecidos por los dioses.

MUERTE.—No puedes conseguir todo lo que no debes.

APOLO.—Realmente, cederás, aun siendo cruel en exceso. Tal varón vendrá a la mansión de Feres, tras haberlo enviado Euristeo a traer un tronco de caballos desde los helados parajes de Tracia[10]. Y él, hospedado en este palacio de Admeto, por la violencia te quitará esta mujer [70]. No tendrás agradecimiento de mi parte, y, sin embargo, lo harás y me resultarás odiosa.

MUERTE.—Aunque mucho hables, no obtendrás mejor resultado. La mujer, desde luego, bajará a la mansión de Hades. Marcho hacia ella, para iniciar el sacrificio con mi espada,

---

[9] La Muerte critica a Apolo que haga distingos entre pobres y ricos. Apolo le contesta calificándola de *sophós*, es decir, «ilustrada», «enterada» de las ideas democráticas entonces en boga.

[10] El octavo trabajo de Heracles fue traer a Micenas, siguiendo las órdenes de Euristeo, las yeguas antropófagas de Diomedes, rey de Tracia, región septentrional de Grecia, famosa por la crudeza de su clima.

pues consagrado a los dioses de bajo tierra está aquel a quien este puñal le corte un cabello[11].

CORO.[12]—*¿Por qué este silencio ante palacio?*

—¿Por qué está callada la mansión de Admeto?

—No hay cerca ningún amigo [80] que pueda contarme si he de llorar a mi reina muerta, o si, viviendo aún, contempla la luz la hija de Pelias, Alcestis, juzgada por mí y por todos como la mejor mujer que haya habido para un esposo.

Estrofa 1.ª

—¿Se oyen lamentos, batir de manos por la morada o gemidos porque acaba de ocurrir lo peor?

—No, ni tampoco hay ningún criado [90] en torno a las puertas. ¡Ojalá te mostraras cual alivio de esta ola de desdichas, oh Peán![13].

—No estarían callados, si hubiera muerto.

—Cadáver es ya.

—No la han sacado de palacio, desde luego.

—¿Cómo? No lo afirmo yo. ¿Qué te da confianza?

—¿Cómo podría Admeto realizar un funeral sin cortejo... por su respetada esposa?

Antístrofa 1.ª

—Ante las puertas no contemplo la lustral agua de manantial [100] que suele ponerse en las puertas de los muertos[14].

—En la entrada no hay cortada cabellera alguna que al suelo se arroja como luto por los muertos. Tampoco retumba la juvenil mano de las mujeres[15].

—Con todo, éste es el día decisivo...

—¿Qué día mencionas?

---

[11] El texto griego no dice «corte», sino «consagre», en la idea de que una persona, si se le corta el cabello, bien sea todo, bien sólo un rizo, o, incluso un simple cabello, pierde su fuerza vital y queda a merced de quien se lo haya cortado.

[12] Separamos con guiones las distintas intervenciones del Coro, siguiendo la edición de Murray. Hay otras distribuciones bien diferentes, según los diversos editores.

[13] Canto de victoria entonado en honor de Apolo y otros dioses. Aquí, Apolo mismo. A veces, el apelativo alude a la función sanadora de Apolo, como dios de la medicina.

[14] Para que los visitantes se lavaran en señal de purificación.

[15] Esas plañideras, profesionales en su mayoría, se mesaban los cabellos y se daban golpes de pecho, entre ayes sin fin, en señal de luto.

—*... en que ella ha de marchar bajo tierra.*

—*Me has lacerado el alma, me has lacerado la razón.*

—*Cuando los buenos son aniquilados, preciso es que sufra [110] quien desde siempre es tenido por honrado.*

Estrofa 2.ª

—*No existe punto de la tierra donde pueda mandarse una expedición, ni a Licia, ni a la reseca sede de Amón*[16]*, para salvar la vida de la desdichada, pues un destino inexorable se acerca, y de entre los altares de los dioses, donde sacrificios se hacen [120], no sé a cuál dirigirme.*

Antístrofa 2.ª

—*Sólo si contemplara esta luz el hijo de Febo*[17]*, vendría ella, dejando las sombrías estancias y las puertas de Hades, pues aquél a muertos resucitaba, hasta que lo alcanzara el dardo candente del rayo lanzado por Zeus. Pero, ahora, ¿qué esperanza de vida [130] puedo tener ya?*

—*Todas las ceremonias las ha cumplido el rey. En los altares de todos los dioses, hay numerosas víctimas sangrantes. No existe ningún remedio de la desgracia.*

CORIFEO.—Aquí sale de palacio una sirvienta llorando. ¿De qué suceso me enteraré? Afligirse cuando a los amos les ocurre algo es perdonable. Mas, si la señora está aún viva [140], o ha perecido, quisiéramos saberlo.

SIRVIENTA.—Te es dado decir que vive y que está muerta.

CORIFEO.—Y, ¿cómo una misma persona puede estar muerta y contemplar la luz?

SIRVIENTA.—Ya dobla la cabeza y pierde su vida.

CORIFEO.—¡Oh infeliz! ¡Qué mujer pierdes tú que tal eres!

SIRVIENTA.—No lo sabrá el señor hasta que lo note.

CORIFEO.—¿No hay ya esperanza de salvarle la vida?

SIRVIENTA.—No, pues el día señalado lo impide con violencia.

---

[16] En Patara (Licia, al suroeste de la actual Turquía) tenía Apolo un hermoso santuario. En Amón, situado en el desierto de Libia, existía un famoso templo en honor de Zeus Amón, cuyos oráculos gozaban fama de verídicos.

[17] Asclepio, fulminado por el rayo de Zeus.

CORIFEO.—¿No se disponen entonces las honras oportunas en honor de ella?

SIRVIENTA.—Dispuesto está el ornato con que ha de enterrarla su esposo.

CORIFEO.—[150] Sepa entonces que ha de morir famosa y como la mujer mejor, con mucho, de cuantas hay bajo el sol.

SIRVIENTA.—¿Y cómo no ha de ser la mejor? ¿Quién dirá lo contrario? ¿Qué ha de ser la mujer eminente? ¿Cómo demostraría que ama a su esposo mejor que disponiéndose a morir por él? Y eso lo sabe ya la ciudad entera, pero te admirarás al oír lo que hizo en su hogar. En efecto, en cuanto se percató de que había llegado el día señalado, lavó su blanca piel con agua fluvial [160], y cogiendo de sus armarios de cedro un vestido se esforzó en adornarse con esmero y, de pie ante el altar, suplicó: «Señoras[18], como me voy bajo tierra, prosternándome ante ti te dirigiré una última súplica: ampara a mis hijos huérfanos. A uno, enlázalo con querida esposa, y a la otra, con noble marido. Que mis hijos no mueran antes de tiempo, como perezco yo que los tuve, sino que, dichosos en el país paterno, tengan hasta el final una vida feliz.»

[170] Todos los altares que hay en el palacio de Admeto los recorrió, coronó y colmó de súplicas, cortando los brotes de una rama de mirto[19]; sin llanto, sin sollozos, sin que la inminente desgracia alterara su hermoso natural. Después, penetrando en su alcoba y echándose en el lecho, entonces ya comenzó a llorar y dijo lo siguiente: «¡Oh lecho, donde perdí yo mi virginal doncellez por obra de este hombre por el que muero! ¡Adiós! No te odio, en verdad, aunque a mí sola me aniquilaste [180]. Porque me negué a traicionaros a ti y a mi esposo voy a morir. Te poseerá otra mujer, no más prudente, pero más feliz, quizá.» Y, arrodillándose, lo besa y toda la cama se moja con la marejada que empapa sus ojos. Una vez se hubo hartado de tantas lágrimas, bajando del lecho, cami-

---

[18] Referido a Hestia, diosa del hogar y de la familia. Junto al hogar se erigían las estatuas consagradas a los dioses protectores de la casa.

[19] El mirto tenía poderes purificadores y se usaba en las lustraciones. Además, estaba en íntima relación con el culto a los muertos.

na con la cabeza inclinada, y, saliendo varias veces de su alcoba, volvió y se echó de nuevo en el lecho. Sus hijos, cogidos del peplo materno [190], lloraban, y ella, tomándolos en brazos, los besaba a uno tras otro, pensando que iba a morir. Y todos los servidores lloraban por la mansión compadeciendo a su señora. Ella ofrecía su mano derecha a cada uno y no había nadie tan infame a quien no dirigiera la palabra y de quien no recibiera, a su vez, contestación. Tales desventuras acaecen en la mansión de Admeto: si él hubiera muerto, habría fenecido, mas, como ha sobrevivido, soporta un dolor tan profundo; jamás podrá olvidarse de él.

CORIFEO.—¿Acaso gime Admeto a causa de estas desgracias [200], porque debe verse privado de su noble esposa?

SIRVIENTA.—Llora con su esposa en brazos y le pide que no le abandone, buscando lo imposible. Pues ella languidece y se extingue con su afección, desfallecida, triste peso para su brazo... Con todo, aunque a duras penas respira, desea todavía dirigir su mirada al resplandor del sol, como quien nunca más, sino entonces por última vez, ha de contemplar los rayos y el círculo del sol[20]. Y bien, iré y comunicaré tu presencia [210], pues no todos sienten afecto por los soberanos, como para asistirles gustosos en sus penas, pero tú eres viejo amigo de mis amos.

CORO

Estrofa

—¡Ay, Zeus! ¿Qué salida de las desgracias podría haber? ¿Por dónde vendría la solución de la desdicha que a mis amos llega?

—¡Ay, ay! ¿Vendrá alguien? ¿He de cortar mis cabellos y ponerme un peplo negro?

—Evidente, amigos, evidente es, en verdad, mas, con todos, roguemos a los dioses, pues enorme es el poder divino.

—[220] ¡Oh soberano Peán! ¡Descúbrele a Admeto algún remedio de sus desgracias!

—¡Ofréceselo, ofréceselo ya! Pues, ya que otrora lo hallaste, sé también ahora salvador de la muerte y detén al homicida Hades.

[20] Hay en el texto uno o dos versos sospechosos, que, no obstante, hemos traducido.

Antístrofa

—¡Ay, ay! ¡Oh hijo de Feres! ¿Qué hiciste cuando te quitaban a tu esposa?

—¡Ay, ay! ¿No exige esto la inmolación, más que poner el cuello en nudo suspendido de lo alto?

—Pues a tu mujer, no ya amada, sino la más amada, contemplarás muerta en el día de hoy.

—¡Mirad! ¡Mirad! Ella y su esposo salen de la mansión.

—¡Grita, laméntate, oh tierra de Feras, por la mujer más perfecta, cuando destruida por su afección se encamina bajo tierra hacia Hades subterráneo!

CORIFEO.—Jamás sostendré que el matrimonio origina más alegrías que tristezas, si me apoyo en el pasado y observo estas desdichas de nuestro rey, que, privado de esta excelente esposa, en lo sucesivo vivirá una vida que no es tal.

ALCESTIS

Estrofa

—¡Sol y luz del día y celestes torbellinos de rápida nube!

ADMETO.—Nos contempla a ti y a mí, dos desgraciados que a los dioses no dieron motivo por el que hayas de morir.

ALCESTIS

Antístrofa

¡Tierra y techos de mi mansión y lecho virginal de mi patria Yolco![21].

ADMETO.—¡Levántate tú misma, oh desgraciada; no nos abandones! Pide a los poderosos dioses que se apiaden de ti.

ALCESTIS

Estrofa

Veo la barca de dos remos, la veo en la laguna[22]. *Como barquero de los muertos, con su mano en la pértiga, Caronte me reclama ya. «¿Por qué tardas? ¡Date prisa!» Y, acuciándome así, me apremia.*

---

[21] Famosa ciudad de Tesalia, desde donde un día partieron los Argonautas bajo el mando de Jasón. Allí vivía el rey Pelias, padre de Alcestis. Pelias era hermano de Esón, padre de Jasón.

[22] Cuando los muertos llegaban al otro mundo debían atravesar la laguna Estigia llevados en la barca de Caronte, que exigía el pago de una moneda por el viaje. De ahí la costumbre de colocar una moneda en la boca de los muertos en el momento de darles sepultura.

Admeto.—¡Ay de mí! ¡Amargo, en verdad, es ese viaje que has nombrado! ¡Oh desgraciada! ¡Qué penas sufro!

Alcestis

Antístrofa

¡Alguien me conduce, me conduce, sí! Alguien me conduce —¿no lo notas?— [260] hacia la mansión de los muertos, lanzando la mirada bajo sus cejas de azulados destellos; alguien alado: Hades[23]*. ¿Qué vas a hacer? Suéltame. ¡Por qué senda avanzo, desdichadísima de mí!*

Admeto.—Por senda lamentable para los tuyos; ante todo, para mí y tus hijos, que ya soportamos esta desdicha en común.

Alcestis.—*Dejadme, dejadme ya. Tendedme en el lecho; no tengo fuerzas en los pies. Cerca está Hades y la noche tenebrosa viene sobre mis ojos [270]. ¡Hijos, hijos! Ya no existe, en verdad, vuestra madre. ¡Que contempléis dichosos, hijos, esta luz!*

Admeto.—*¡Ay de mí! Dolorosa es la palabra que escucho y, para mí, peor que cualquier muerte. ¡No oses abandonarme, por los dioses! ¡No, por los niños, a quienes huérfanos dejas! ¡Ea! ¡Levanta! ¡Anímate! Pues, si tú pereces, ya no existiría yo. De ti depende que vivamos o no, pues venero el amor que te tengo.*

Alcestis.[24]—[280] Admeto, ves en qué lances me hallo. Antes de morir, deseo decirte lo que quiero. Yo te he respetado y, a costa de mi vida, te he permitido contemplar esta luz. Muero por ti, cuando a mi alcance estaba no morir, sino tomar por esposo al tesalio que yo quisiera y habitar una mansión dichosa como señora. No quise vivir apartada de ti con nuestros hijos huérfanos, ni reparé en mi juventud, disfrutando de los bienes con que me gozaba [290]. En verdad, el que te engendró y la que te tuvo te han traicionado; ellos que estaban en un momento de su vida en que hermoso les resultaba morir, y hermoso salvar a su hijo y morir con fama. Pues

---

[23] Este ser sobrenatural coincide con los rasgos de la Muerte o de Hermes. En todo caso, dada la emoción del momento, no es de extrañar que Alcestis mencione a Hades, rey de los infiernos.

[24] Los comentaristas han reparado desde siempre en el profundo contraste existente entre la inminente presencia de la Muerte y las reflexiones de corte racionalista en que Alcestis se adentra.

eras su único hijo y ya no tenían esperanza, una vez muerto tú, de engendrar otros hijos. Tú y yo viviríamos en adelante y ni llorarías por verte privado de tu esposa ni tendrías huérfanos a tus hijos. Mas algún dios logró que esos sucesos acaecieran así. ¡Sea! Tú ahora recuerda el favor que me debes por esto [300]. Te pediré, en efecto, no una gracia semejante, pues nada hay más valioso que la vida, sino algo justo, como tú reconocerás, pues amas a estos hijos no menos que yo, si tienes buenos sentimientos. Tenlos por señores de mi hogar y no te cases con quien sería madrastra de estos hijos; con una mujer que, siendo inferior a mí, por odio les pusiera la mano encima a tus hijos y míos. No hagas eso entonces, te lo suplico. Pues la madrastra que llega es enemiga de los hijos anteriores [310], y, en nada, más bondadosa que una víbora. Un niño tiene a su padre por fuerte bastión a quien dirige la palabra y de quien recibe conversación. Pero tú, ¡oh hija mía!, ¿cómo pasarás una doncellez feliz? ¿Cómo será la mujer que halles de compañera de tu padre? ¡Que no propale contra ti algún rumor infame y aniquile tu boda en la flor de tu juventud! Pues tu madre jamás podrá entregarte en matrimonio, ni te animará con su presencia en tus partos, hija, donde no hay nada más cariñoso que una madre [320]. Pues yo he de morir y esta desgracia no me sobreviene mañana ni el tercer día de mes[25], sino que, al punto, se me contará entre las que no existen. ¡Que gocéis de vuestra dicha! Tú, esposo, puedes jactarte de haber tomado la mejor esposa, y vosotros, hijos, de haber nacido de esta madre.

CORIFEO.—Anímate, pues no vacilo en contestar en vez de éste. Lo hará, si no ha perdido la razón.

ADMETO.—Así sucederá, así sucederá, no temas. Ya que te tuve mientras vivías, también muerta serás llamada mi única esposa [330], y jamás ninguna mujer tesalia, en vez de ti, llamará esposo a éste que ves. No existe mujer tal ni a causa de su noble padre ni tampoco por ser famosísima en cuanto a su belleza. Me basta con mis hijos. Suplico a los dioses disfrutar de éstos, pues de ti no gozamos ya. El dolor por ti lo soporta-

[25] Frase proverbial de sentido no bien definido.

ré, no durante un año, sino hasta que mi vida perdure, mujer, odiando a la que me tuvo y aborreciendo a mi padre, pues me amaban de palabra, no de obra. Mas tú, ofreciendo lo más querido a cambio de mi vida, me has salvado. ¿Acaso no me es lícito gemir al perderte a ti, esposa tal? Suprimiré los festines, reuniones de invitados, coronas y cantos que llenaban mi mansión. Pues jamas tocaré ya la lira, ni impulsaré mi ánimo a cantar al son de la flauta libia[26], pues me has quitado la alegría de mi vida. Reproducido tu cuerpo por la ingeniosa mano de escultores quedará tendido en mi lecho[27]; junto a él me echaré y, abrazándolo y llamándolo por tu nombre, creeré tener en mis brazos a mi querida esposa, aunque no la tenga: frío disfrute, creo yo, mas, aun así, aligeraría yo la pena de mi espíritu. Visitándome en sueños, me consolarás, pues dulce es contemplar a los amigos, incluso en la noche, durante el tiempo que sea dado. Si tuviera yo la lengua y el canto de Orfeo[28], de suerte que, encantando con mis himnos a la hija de Deméter o a su esposo, te pudiera sacar del Hades, bajaría y ni el perro de Plutón ni Caronte, que acompaña a las almas atendiendo a su remo, me detendrían antes de haber trasladado tu vida hasta la luz. Pero, con todo, aguárdame allí cuando muera, y prepara la casa para habitarla conmigo. A éstos les pediré que me coloquen en tu mismo ataúd de cedro y extiendan mi costado junto al tuyo. Pues, ¡jamás esté yo, ni aun muerto, separado de ti, la única que me fue fiel!

CORIFEO.—Desde luego, cual amigo compartiré con un amigo el triste dolor por ella. Pues digna es de eso.

---

[26] La madera de loto, árbol frecuente en Libia, servía para fabricar excelentes flautas.

[27] La tragedia euripidea *Protesilao*, perdida para nosotros, recogía la tradición, según la cual Protesilao, tras la noche de bodas dejó a su esposa Laodamía y partió hacia la guerra de Troya, donde fue el primer muerto. Su esposa, desconsolada con el triste infortunio, mandó que le construyeran una estatua, similar a su esposo, y la tendió en el lecho nupcial.

[28] Orfeo, hijo del rey de Tracia, pasa por ser el más famoso poeta legendario de Grecia. Músico extraordinario consiguió encantar con su lira al terrible Cerbero, portero de los infiernos, y, tras ello, rescató a su esposa Eurídice que acababa de morir. No obstante, a causa de haber mirado a Eurídice antes de llegar al reino de los vivos, la perdió de nuevo y para siempre. Deméter es la madre de Perséfone o Core, esposa de Hades.

ALCESTIS.—¡Oh, hijos! Vosotros mismos habéis oído a vuestro padre decir que ni se casará con otra mujer en atención a vosotros ni me causará esa ofensa.

ADMETO.—También ahora lo afirmo y lo cumpliré.

ALCESTIS.—Con esa condición, recibe los niños de mis manos.

ADMETO.—Los recibo, regalo querido que de querida mano viene.

ALCESTIS.—Ahora, sé tú, en vez de mí, una madre para estos hijos.

ADMETO.—Gran obligación tengo, a lo menos al quedar privados de ti.

ALCESTIS.—¡Oh hijos! Cuando yo debía vivir, me marcho abajo.

ADMETO.—[380] ¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer entonces privado de ti?

ALCESTIS.—El tiempo te ablandará. Nada es quien ha muerto.

ADMETO.—Llévame contigo, ¡por los dioses! Llévame abajo.

ALCESTIS.—Basta conmigo, que muero en lugar de ti.

ADMETO.—¡Oh divinidad! De qué mujer me privas.

ALCESTIS.—En verdad, mi mirada borrosa se debilita.

ADMETO.—Perdido estoy, mujer, si me dejas.

ALCESTIS.—Puedes hablarme como si ya no existiera.

ADMETO.—Levanta el rostro; no dejes a tus hijos.

ALCESTIS.—No es por mi voluntad, en verdad. Mas, ¡adiós!, hijos.

ADMETO.—[390] ¡Míralos, míralos!

ALCESTIS.—Ya no soy nada.

ADMETO.—¿Qué haces? ¿Nos dejas?

ALCESTIS.—¡Adiós!

ADMETO.— ¡Perdido estoy, desgraciado de mí!

CORIFEO.—Se ha marchado. Ya no existe la mujer de Admeto.

EUMELO

Estrofa

¡Ay de mí! ¡Qué desventura! Mamá ya se ha marchado hacia abajo; ya no vive, ¡oh padre!, bajo el sol. Abandonándonos la infeliz, una vida huérfana nos dejó. Mira, pues, mira sus párpados

y sus manos caídas [400]. ¡Atiende un poco, escucha, madre, te lo pido! ¡A ti, madre, yo, sí, yo, te llamo, tu retoño, reclinado junto a tu boca!

ADMETO.—A quien no te oye ni te ve se lo pides. Por grave desgracia quedamos abatidos vosotros y yo.

EUMELO

Antístrofa

Yo, padre, como niño, necesitado estoy de mi madre y navego en solitario. ¡Oh! ¡Dura prueba padecí ya...! [410] ¡Y también tú, hermana mía, la soportaste! ¡Oh padre! ¡Inútil, inútil fue tu matrimonio! Y no alcanzaste con ella el umbral de la vejez, pues antes pereció. Muerta tú, madre, perdido está nuestro hogar.

CORIFEO.—Admeto, fuerza es aguantar estas desdichas. Pues no eres ni el primero ni el último mortal en verte privado de tu excelente esposa. Comprende que para todos nosotros es obligado morir.

ADMETO.—[420] Lo sé, y esta desdicha no me cayó de improviso, sino que, al conocerla, desde ha tiempo me consumía. Mas, como he de preparar la conducción de este cadáver, permaneced aquí y, al quedaros, cantad en réplica un peán en honor del dios que no acepta libación[29]. A todos los tesalios en que mando les indico que tomen parte en el duelo por esta mujer con el cabello cortado y atuendo negro. Y los que uncís cuadrigas o caballos embridados por separado rasurad con el hierro las crines de sus cuellos[30] [430]. Que por la ciudad no haya estruendo de flautas ni de liras hasta que transcurran doce lunas. Pues ningún otro cadáver sepultaré más amado que éste, ni más excelente para mí. Digna de mis honores resulta, ya que es la única que acaba de morir en lugar de mí.

---

[29] El peán es un canto de victoria o de ánimo en honor de Apolo. Aquí, desde luego, tal peán no tiene nada de alegre ni victorioso, ya que realmente es un treno o canto de dolor dedicado a los dioses infernales, especialmente a Hades, deidad que no acepta libaciones, es decir, que no se deja persuadir con ruegos ni súplicas.

[30] Entre los tesalios, macedonios y persas era usual, aparte de que las personas se rasurarán el cabello en señal de luto, cortar las crines a los caballos. Cfr. Plutarco, *Pelópidas*, 33.

CORO

Estrofa 1.ª

¡Oh hija de Pelias! ¡Ojalá en la mansión de Hades habites contenta la morada sin sol! Sépalo Hades, dios de negra cabellera [440], y el anciano conductor de cadáveres que se sienta cabe el remo y el timón: a la mujer más excelente con mucho, con mucho, sí, transportó por la laguna del Aqueronte en su barca de dos remos.

Antístrofa 1.ª

Muchos cantos te dedicarán los servidores de las Musas con el montaraz caparazón de siete cuerdas[31], *celebrándote con himnos privados de liras. En Esparta, cuando en la vuelta de las estaciones, llega el mes Carneo [450], suspendida la luna en lo alto toda la noche; y también en la brillante y rica Atenas*[32]. *Tal inspiración dejaste, tras morir, a los cantores de poemas.*

Estrofa 2.ª

¡Ojalá dependiera de mí y pudiera acompañarte hacia la luz desde las estancias de Hades y las corrientes del Cocito con el remo del río infernal! [460] Pues tú, ¡oh, la única!, ¡oh amada entre las mujeres!, tú osaste liberar a tu esposo de Hades a cambio de tu propia vida. ¡Que tenue te caiga la tierra encima, mujer! Si tu marido escogiera nueva esposa, en verdad, para mí y también para tus hijos muy odioso sería.

Antístrofa 2.ª

No queriendo la madre sepultar en la tierra su cuerpo en defensa de su hijo, ni tampoco el anciano padre..., al que engendraron no osaron salvar [470], ¡terribles los dos!, aunque tenían blanco el cabello. En cambio, tú, en plena juventud, muriendo en puesto de tu esposo, feneces. ¡Así hallara yo tal amor en la unión conyugal! Pues rara suerte es ésa en la vida. En verdad, conmigo conviviría sin penas mientras existiera.

---

[31] La lira estaba montada sobre un caparazón de tortuga recubierto de piel de buey (cfr. *Himno homérico a Hermes,* 32). Eran famosos los caparazones procedentes del monte Partenio, situado en la Argólide. Así nos lo refiere Pausanias, VIII, 54, 7.

[32] En el mes Carneo (equivalente, más o menos, a parte de nuestros agosto y septiembre), durante nueve días y coincidiendo con la luna llena, se celebraban en Esparta y otros lugares dorios las fiestas Carneas, en honor de Apolo. En tales festejos, la leyenda de Alcestis ocuparía un lugar destacado. La referencia a Atenas podría apuntar a otros dramas, contemporáneos del nuestro, que trataran también el tema de Alcestis.

HERACLES.—Extranjeros, habitantes de esta tierra de Feras, ¿alcanzo acaso a Admeto dentro de palacio?

CORIFEO.—En palacio está el hijo de Feres, Heracles. Mas dinos si alguna obligación te envía a la tierra de los tesalios [480] para llegarte a esta ciudad de Feras.

HERACLES.—Cumplo un trabajo para Euristeo de Tirinto.

CORIFEO.—Y, ¿a dónde te diriges? ¿A qué errante viaje te ves uncido?

HERACLES.—En pos del tronco de cuatro caballos, propiedad del tracio Diomedes.

CORIFEO.—Y, ¿cómo podrás? ¿Desconoces tú al extranjero?

HERACLES.—Lo desconozco. Todavía no he ido a la tierra de los Bistones[33].

CORIFEO.—No es posible que te apoderes de sus caballos sin pelea.

HERACLES.—Mas tampoco me es dado rehusar mis trabajos.

CORIFEO.—Entonces, volverás si matas; si mueres, allí quedarás.

HERACLES.—No es esta la primera contienda que trabaré.

CORIFEO.—[490] ¿Qué ganancias sacarás si vences al dueño?

HERACLES.—Llevaré los potros al soberano de Tirinto.

CORIFEO.—No es fácil ponerles el freno en las mandíbulas.

HERACLES.—Sí, a menos que exhalen fuego por las narices.

CORIFEO.—Pero despedazan hombres con sus voraces mandíbulas.

HERACLES.—Sí, a menos que exhalen fuego por las narices.

CORIFEO.—Verás sus pesebres manchados de sangre.

HERACLES.—¿Y de quién alardea de ser hijo quien los cría?

CORIFEO.—De Ares, cual señor del áureo escudo tracio.

HERACLES.—También este trabajo que indicas es propio de mi sino [500], pues duro es siempre y al precipicio se diri-

[33] Sinónimo de tracio.

ge. Si es que he de entablar pelea con los hijos que Ares procreó: primero con Licaón, luego con Cicno[34], y me encamino a trabar este tercer combate con los caballos y su amo. Mas no hay nadie que contemple jamás al hijo de Alcmena temiendo los brazos del enemigo.

CORIFEO.—He aquí al propio señor de este país, a Admeto que de palacio sale.

ADMETO.—¡Salud!, ¡oh hijo de Zeus y de la sangre de Perseo![35].

HERACLES.—[510] Admeto, ¡salud para ti también, señor de los tesalios!

ADMETO.—Yo la quisiera, pues sé que eres amigo.

HERACLES.—¿Por qué motivo apareces con esa tonsura de duelo?

ADMETO.—Porque voy a enterrar un cadáver en el día de hoy.

HERACLES.—¡Que de tus hijos un dios aparte la desgracia!

ADMETO.—Viven en palacio los hijos que yo procreé.

HERACLES.—A tu padre, al menos, le había llegado su hora, si es que ha muerto.

ADMETO.—También vive aquél, y la que me tuvo, Heracles.

HERACLES.—¿No es entonces tu mujer, Alcestis, quien ha muerto?

ADMETO.—Doble réplica puedo dar sobre ella.

HERACLES.—[520] ¿Has dicho que ha muerto o que vive aún?

ADMETO.—Existe y no existe, y me produce dolor.

HERACLES.—En nada más me he enterado, pues dices cosas incomprensibles.

ADMETO.—¿No conoces el destino que ella había de obtener?

---

[34] Heracles había derrotado y eliminado en sucesivas ocasiones a esos dos hijos de Ares. El tercer hijo de Ares es Diomedes, rey de los Bistones, en Tracia. Derrotado por Heracles, resultó finalmente devorado por sus propios caballos antropófagos.

[35] Heracles era hijo de Zeus y Alcmena. A su vez, Alcmena era nieta de Perseo y Andrómeda. Por su parte, el propio Perseo resultaba ser hijo de Zeus y Dánae.

HERACLES.—Lo conozco, al menos que se ha ofrecido a morir en vez de ti.

ADMETO.—Entonces, ¿cómo va a existir ya, si consintió en aquello?

HERACLES.—¡Ea! No llores de antemano a tu esposa; espera hasta ese día.

ADMETO.—Muerto está el que iba a morir y ya no existe el que murió.

HERACLES.—Por cosas diferentes tienen el existir y el no existir.

ADMETO.—Tú lo entiendes así, Heracles; yo, de aquel modo.

HERACLES.—[530] Entonces, ¿por qué lloras? ¿Qué familiar se ha muerto?

ADMETO.—Una mujer. Una mujer acabamos de mencionar.

HERACLES.—¿Era alguna extraña o de tu familia?

ADMETO.—Extraña, pero, con todo, ligada a la casa.

HERACLES.—Entonces, ¿cómo perdió la vida en tu mansión?

ADMETO.—Una vez muerto su padre, aquí vivía huérfana.

HERACLES.—¡Ay! ¡Ojalá te hubiera encontrado sin aflicción!

ADMETO.—¿Qué intentas hacer cuando urdes esa frase?

HERACLES.—Me iré al hogar de otros huéspedes.

ADMETO.—No es posible, señor. ¡Que no suceda tamaña desgracia!

HERACLES.—[540] Para los apenados inoportuna es la llegada de un huésped.

ADMETO.—Muertos están los muertos. ¡Ea! Entra en palacio.

HERACLES.—Vergonzoso es banquetearse en casa de amigos que lloran.

ADMETO.—Separadas están las habitaciones de huéspedes adonde te llevaremos.

HERACLES.—Déjame y te tendré infinito agradecimiento.

ADMETO.—No es posible que te vayas al hogar de otro hombre. Guíalo tú[36] y ábrele las retiradas habitaciones de

[36] Dirigiéndose a un esclavo.

huéspedes y di a los encargados que le ofrezcan abundante comida. Cerrad bien las puertas del patio. No conviene escuchar gemidos cuando se está de banquete, ni tampoco que se aflijan los huéspedes.

CORIFEO.—¿Qué haces? ¿Osas recibir huéspedes, Admeto, cuando tal desgracia tienes ante ti? ¿Estás loco?

ADMETO.—Mas, si de mi mansión y de la ciudad le hubiera rechazado cuando viene como huésped, ¿me habrías alabado más? Por supuesto que no, ya que mi infortunio en nada habría disminuido y yo sería un tanto inhospitalario. Y, además de mis desgracias, habría otra desgracia: que mi palacio se llamara hostil al extranjero. Personalmente, encuentro en éste mi mejor amigo, siempre que llego a la sedienta tierra de Argos.

CORIFEO.—Entonces, ¿cómo le ocultaste tu presente infortunio, si ha venido un amigo, como tú mismo sostienes?

ADMETO.—Porque no habría querido entrar en palacio, si hubiera conocido alguna de mis angustias. A juicio de alguien, pienso, aparento no estar cuerdo actuando así, y no me elogiará, pero mi mansión no sabe rechazar ni menospreciar a los huéspedes.

CORO

Estrofa 1.ª

¡Oh mansión de mortal, que siempre fuiste hospitalaria y generosa! También Apolo Pítico, el de hermosa lira, creyó justo habitarte y toleró volverse pastor en tus moradas, por las quebradas pendientes tocando pastoriles himeneos para tus rebaños.

Antístrofa 1.ª

Y al lado pacían, con gozo por tus cantos, moteados linces, y, tras dejar el valle del Otris[37]*, venía el rojizo tropel de leones. A los sones de tu cítara, Febo, bailó el cervatillo de moteado pelaje, alejándose de los abetos de elevadas copas en rápido trote, gozoso con tu alegre melodía.*

Estrofa 2.ª

Porque en morada muy pingüe en rebaños resides, junto a la laguna Bebia[38] *de espléndidas ondas. Para labranza de sus campi-*

---

37 Monte de Tesalia. Cfr. Heródoto, VII, 129.

38 Laguna de Tesalia cercana a Feras.

ñas y por el suelo de sus llanos establece el límite en el sombrío establo del sol[39]*, bajo el cielo de los molosos; y hasta la marina costa del Egeo carente de refugios gobierna sobre el Pelión*[40].

Antístrofa 2.ª

Y ahora, abriendo por entero su morada, recibió a un huésped con húmedos párpados, llorando el cadáver de su amada esposa [600] recién fenecida en palacio, pues la nobleza lleva al pundonor. En los buenos se da todo acto de prudencia. Me complazo. En mi alma reside la certeza de que un mortal piadoso resultará afortunado.

ADMETO.—Bondadosa presencia de los hombres de Feras, el cadáver, provisto de todos los honores, transpórtanlo en alto los criados hacia su tumba y pira[41]. Vosotros, a la muerta, según es costumbre [610], despedidla cuando marcha por su último camino.

CORIFEO.—Aquí veo a tu padre mientras camina con sus ancianos pies; y también a los criados que llevan en sus manos atavíos para tu esposa, ornatos propios de muertos.

FERES.—He venido a condolerme en tu desdicha, hijo, pues has perdido una excelente y sensata esposa. Nadie te lo negará. Mas esto hay que tolerarlo, aun siendo difícil de soportar. Acepta este adorno y váyase bajo tierra. Menester es honrar el cadáver [620] de la que murió en defensa de tu vida, hijo, y a mí no me dejó sin hijo, ni toleró que, privado de ti, me consumiera en dolorosa vejez. A todas las mujeres otorgó una vida ciertamente famosa, tras haber afrontado esta noble acción. ¡Oh tú que a éste has salvado y nos levantaste a nosotros ya prosternados! ¡Adiós! ¡Que en la mansión de Hades seas dichosa! Declaro que matrimonios de esta índole son provechosos para los mortales; de lo contrario, no vale la pena casarse.

---

[39] El sombrío establo del Sol se refiere a Occidente o puesta del sol, es decir, el lugar donde éste, llevado por sus briosos corceles, al final del día reposa. Los molosos habitaban al oeste de Tesalia, en el Epiro.

[40] El monte Pelión está cerca del mar Egeo, al nordeste de Yolco y de la actual Volo.

[41] Aunque se habla de pira (versos 608 y 740) el cuerpo de Alcestis es inhumado, no incinerado. La cremación era frecuente en épocas anteriores. En cambio, es bastante probable que, a la sazón, se inmolaran e incineraran ciertos animales en honor del muerto.

ADMETO.—Ni has venido a este entierro llamado por mí [630], ni cuento tu presencia entre la de mis amigos. Ésta no llevará jamás tu adorno y recibirá sepultura sin necesitar ningún objeto tuyo. Debieras haber sufrido conmigo cuando yo me disponía a morir. Pero tú, tras apartarte y pasarle el morir a una persona joven, aun siendo tú un anciano, ¿vas a llorar este cadáver? ¿Es que verdaderamente no eres padre de este cuerpo mío? ¿Ni tampoco, la que suele decir que me tuvo y es llamada madre mía, me dio el ser? ¿Viniendo de sangre servil fui entregado a escondidas al pecho de tu mujer? [640]. Al llegar ante la prueba has demostrado quién eres, y no me tengo por hijo tuyo. Realmente, en cobardía, los aventajas a todos, tú que, aunque eres tan viejo y has llegado al final de tu vida, no quisiste ni osaste morir en vez de tu hijo, sino que permitiste que lo hiciera una mujer extraña[42]; a la única que, con razón, tendré por madre y padre. Realmente, hermosa prueba habrías superado si hubieras muerto en el puesto de tu hijo, pues de todas formas [650] breve era el tiempo que te quedaba por vivir. Ésta y yo habríamos vivido el resto de nuestra vida y no habría quedado sólo para gemir en mis desdichas. Además, cuanto requiere un hombre para ser feliz, lo has disfrutado. Pasaste la juventud gozando del poder real, y yo era tu hijo, heredero de esta mansión, de manera que no ibas a morir sin hijos, ni a entregar a otros tu palacio para que lo saquearan. No dirás, desde luego, que me has entregado a la muerte porque hubiera menospreciado tu vejez, ya que fui considerado contigo [660] en sumo grado. En pago a eso, tú y la que me tuvo me habéis devuelto este favor. Así, pues, no tardes en engendrar hijos que alimenten tu vejez, te amortajen cuando mueras y expongan tu cadáver[43]. Pues yo, al menos, no te enterraré con esta mano; que muerto estoy en lo que hace a ti. Y si, por haber encontrado otro salvador, contemplo el resplandor del día, de aquél digo que soy hijo y

---

[42] O sea, ajena a la familia, según los lazos de la consanguinidad.

[43] Era obligación inexcusable cuidar de los padres ancianos y ocuparse de todos los ritos funerarios cuando les llegaba la hora fatídica. Estas palabras debían de parecer muy fuertes a los oídos de los atenienses de la época, según reflejan varios comentaristas.

querido cuidador de su vejez. Entonces, en vano piden morir los ancianos [670], quejándose de la vejez y de la larga duración de su vida. Mas, cuando se aproxima la muerte, nadie quiere morir y la vejez ya no les resulta un peso.

CORIFEO.—Deteneos, pues basta con la presente desdicha. ¡Oh hijo, no irrites el corazón de tu padre!

FERES.—¡Oh hijo! ¿A quién te enorgulleces de hostigar con tus insultos? ¿A un lidio o frigio[44] comprado por ti? ¿No sabes que soy tesalio y nacido, legítimo y libre, de padre tesalio? Eres insolente por demás, y, lanzando contra mí palabras de muchacho [680], no te irás así tras haberme herido. Yo te engendré y crié como dueño de la mansión, pero no tengo la obligación de morir en lugar de ti, pues no heredé de mi padre esta norma: que los padres mueran por sus hijos, ni tampoco es propia de griegos. Porque para ti sólo naciste, ora infeliz, ora dichoso. Lo que habías de lograr de mí, lo posees. Mandas en mucha gente, y te dejaré campiñas muy extensas, pues de mi padre las heredé. Entonces, ¿en qué te he agraviado? ¿De qué te privo? [690]. No mueras en lugar de mi persona, ni tampoco yo por ti. Disfrutas contemplando la luz. Y ¿crees que tu padre no disfruta? Además, calculo que muy largo es el tiempo de abajo, y el vivir es corto, pero, con todo, dulce. Tú, desde luego, combatiste sin rubor por no morir, y vives tras haber superado tu sentenciado destino y haber aniquilado a ésta. Y entonces, ¿mencionas mi cobardía, tú, el más cobarde, que fuiste vencido por una mujer que ha muerto en lugar de ti, un guapo muchacho? Hábil recurso hallaste para no morir jamás [700], si vas a convencer en cada ocasión a la mujer que tengas, para que muera en vez de ti. Y, encima, ¿insultas a los tuyos que no quieren hacer eso, siendo tú un cobarde? Cállate y considera que si tú aprecias tu propia vida, todos la aprecian. Y si nos hablas injuriosamente, muchas y no falsas injurias tendrás que oír tú.

---

[44] De tales nacionalidades solían ser los esclavos empleados en Atenas durante los siglos V y IV a.C. Además, los había de Tracia y Caria. Durante el siglo V se celebraba en Atenas, cada plenilunio, un famoso mercado de esclavos, precisamente en el Ágora.

CORIFEO.—Muchas injurias, tanto ahora como antes, se han pronunciado. Cesa ya, anciano, de proferir insultos contra tu hijo.

ADMETO.—Habla, pues ya he hablado yo. Si te fastidia oír la verdad, no debías errar contra mí.

FERES.—[710] De haber muerto por ti, mayor yerro habría cometido.

ADMETO.—Entonces, ¿da igual que muera un joven que un anciano?

FERES.—Hemos de vivir gracias a una sola vida, no a dos.

ADMETO.—En ese caso, ojalá vivas más tiempo que Zeus[45].

FERES.—¿Maldices a tus padres, aunque no has sufrido ninguna ofensa?

ADMETO.—Sí, pues noté que amabas una larga vida.

FERES.—Pero ¿es que tú no entierras este cadáver en lugar de a ti?

ADMETO.—Como prueba de tu miedo, ¡oh cobardísimo!

FERES.—Por mí, al menos, no pereció. Eso no lo dirás.

ADMETO.—¡Ay! ¡Ojalá algún día llegaras a necesitar de mí!

FERES.—[720] Pretende a muchas, para que mueran más.

ADMETO.—A ti se dirige esa injuria, pues no quisiste morir.

FERES.—Querido es este resplandor de la divinidad, querido, sí.

ADMETO.—Cobarde es tu deseo e impropio de varones.

FERES.—No te mofas de un anciano, mientras transportas su cadáver.

ADMETO.—Difamado, desde luego, morirás, cuando mueras.

FERES.—Oír improperios no me preocupa, una vez haya muerto.

ADMETO.—¡Ay, ay! ¡De cuánta vergüenza está llena la vejez!

FERES.—Ésta no es desvergonzada. A ésta la encontraste tonta.

---

[45] Posible juego etimológico entre «Zeus» *(Zeús)* y «vivir» *(zôo)*.

ADMETO.—Vete y déjame enterrar este cadáver.

FERES.—[730] Me iré. Y tú, siendo su asesino, lo enterrarás y darás satisfacción todavía a sus parientes[46]. En verdad, Acasto[47] no cuenta ya entre los hombres, si no se venga de ti por la sangre de su hermana.

ADMETO.—Vete en mala hora, tú y la que contigo habita. Sin hijos, aun teniendo uno, pasad vuestra vejez tal como os merecéis. No entréis ya bajo el mismo techo que yo. Y si fuera menester privarte mediante heraldos de tu hogar paterno[48], yo te repudiaría. Nosotros —ya que obligado es soportar la desgracia que nos aflige— [740], marchemos, a fin de colocar el cadáver en la pira.

CORO.—*¡Ay, ay! ¡Desdichada por tu audacia! ¡Oh mujer noble y en extremo excelente! ¡Adiós! ¡Que Hermes subterráneo*[49] *y Hades te acojan propicios! Si también allí de alguna ventaja gozan los buenos, que disfrutes de ella sentada junto a la esposa de Hades*[50].

SIRVIENTE.[51]—Reconozco que muchos extranjeros y desde todas las tierras han venido ya a la mansión de Admeto, y a ellos les serví de comer. Mas en este hogar no he recibido todavía [750] ninguno peor que este huésped, porque, en primer lugar, aun viendo que mi señor sufría, entró y osó franquear las puertas. Después no aceptó con discreción los dones de la hospitalidad que a mano se encontraban, sino que,

---

[46] La esposa seguía perteneciendo a la familia en que había nacido, y no a la del marido. En caso de que una mujer casada sufriera un agravio, aunque fuera el propio marido quien se lo infligiera, eran los miembros de la familia de aquélla quienes tenían la obligación de darle satisfacción tomando venganza legal contra el agresor.

[47] Hijo de Pelias y hermano, por tanto, de Alcestis. Sucedió a su padre en el reino de Yolco, cuando aquél murió víctima de sus propias hijas, salvo Alcestis.

[48] Alusión a la *apokeryxis* o «repudio», norma del derecho ático en virtud de la cual un padre puede repudiar y desheredar a su hijo (cfr. Demóstenes, *Contra Beoto*, I, 39). Naturalmente, el precepto legal se entiende aquí referido al hijo, no al padre, lo que da un cierto valor irónico al pasaje.

[49] Hermes es calificado aquí de «subterráneo», porque se encargaba de acompañar las almas hasta el reino de los muertos.

[50] Perséfone o Proserpina.

[51] Tras quedar la escena vacía momentáneamente, situación bastante rara en la Tragedia, la intervención del sirviente viene a dar una nueva orientación al desarrollo de los acontecimientos.

si no le llevábamos algo, nos apremiaba a llevárselo. Cogiendo en sus manos una copa de hiedra[52], bebe el caldo puro de la madre negra, hasta que la llama de vino, tras haberlo envuelto, lo calentó. Corona su cabeza con ramos de mirto [760], ladrando sin arte. Era dado escuchar dos cánticos: él cantaba, en verdad, sin preocuparse para nada de las desdichas de Admeto, y los criados llorábamos a nuestra señora, pero, aun llorosos, no mostrábamos el rostro al huésped, pues así lo había dispuesto Admeto. Y ahora en palacio ofrezco un banquete a un extranjero —algún astuto ladrón y bandido—, y ella, en cambio, se ha marchado de la mansión, y ni la acompañé ni tendía mi mano[53] deplorando a mi señora, que para mí y para todos los sirvientes fue una madre [770]. Pues nos libraba de infinitos sufrimientos, mitigando los enojos de su marido. ¿No es justo entonces que odie al huésped que ha llegado en infausta ocasión?

HERACLES.—¡Eh, tú! ¿Por qué tienes mirada seria y preocupada? El servidor no ha de mostrar malhumor ante los huéspedes, sino recibirlos con espíritu amable. Tú, en cambio, ves aquí a un amigo de tu señor y lo recibes con semblante severo y ceñudo, porque te preocupa una desgracia ajena. Ven aquí, para que seas sensato [780]. ¿Sabes qué naturaleza tienen las cosas mortales? Pienso que no. Pues, ¿cómo ibas a saberlo? Mas escúchame: todos los mortales deben morir y no hay ningún mortal que sepa si va a vivir al día siguiente. Incierto es adónde se dirige el azar, y no es enseñable ni se alcanza con la ciencia. Tras escuchar y aprender eso de parte mía, alégrate, bebe y ten por tuya la vida de cada día, y lo demás, por dependiente del azar [790]. Venera también a la diosa más grata para los mortales, a Cipris[54], pues es diosa amable. Deja a un lado todo lo demás y obedece mis palabras, si

---

[52] Del tronco de la hiedra se fabricaban copas bastante grandes de las que no conocemos con seguridad la forma. En cuanto a «la madre negra», nos dice el escoliasta que se trata de la vid, sin darnos más explicaciones.

[53] Es postura ritual de despedida recogida en muchos monumentos funerarios de la época.

[54] Sobrenombre de Afrodita, diosa del amor porque la diosa tenía en Chipre su principal residencia.

te parece que hablo con razón. Yo creo que sí. ¿Es que no vas a dejar tu excesiva tristeza y a beber conmigo, saltándote esas desgracias repleto de coronas?[55]. Sé perfectamente que te librará de tu actual malhumor y del disgusto de tu corazón y que te llevará a anclar en otra parte el chasquido de la copa cuando el vino cae dentro[56]. Menester es que, siendo mortales, tengamos preocupaciones mortales [800], pues a juicio de las personas severas y de todos los ceñudos, si se me toma por juez, la vida, en verdad, no es vida, sino desdicha.

SIRVIENTE.—Lo sabemos, pero lo que nos acontece no incita a la juerga ni a la risa.

HERACLES.—Mujer extraña es la que ha muerto, no te aflijas por demás, pues viven los señores de este palacio.

SIRVIENTE.—¿Cómo que viven? ¿No estás enterado de las desgracias de la mansión?

HERACLES.—Sí, a no ser que tu señor me haya mentido en algo.

SIRVIENTE.—Demasiado, demasiado hospitalario es él.

HERACLES.—[810] ¿Y por causa de un cadáver extraño no había de pasarlo bien yo?

SIRVIENTE.—Desde luego, y muy ajeno que era.

HERACLES.—¿Acaso no me contó alguna desgracia que ocurre?

SIRVIENTE.—Vete contento. A nosotros nos afectan las desgracias de mis señores.

HERACLES.—Esa frase anuncia sufrimientos no ajenos.

SIRVIENTE.—En otro caso, no me habría irritado al verte banqueteándote.

HERACLES.—Entonces, ¿he recibido indigno trato por parte de mi huésped?

SIRVIENTE.—No llegaste en momento oportuno para ser recibido en palacio. Pues tenemos duelo. Ves nuestras negras vestiduras y nuestros cabellos cortados.

---

55 Rodearse la cabeza con coronas era usual en los banquetes.

56 De la boca, se entiende, en cada sorbo. Hallamos una comparación del chasquido de la lengua al beber con el remar que lleva de una parte a otra. Aquí el metafórico viaje sería desde un estado anímico depresivo a otro bien distinto.

HERACLES.—¿Quién ha muerto? [820] ¿Acaso ha perecido alguno de sus hijos o su anciano padre?

SIRVIENTE.—Muerta está la mujer de Admeto, extranjero.

HERACLES.—¿Qué afirmas? ¿Y, a pesar de eso, me dabais hospitalidad?

SIRVIENTE.—Sí, pues le ruborizaba rechazarte de esta mansión.

HERACLES.—¡Oh desdichado! ¡Qué compañera has perdido!

SIRVIENTE.—Todos hemos perecido, no ella sola.

HERACLES.—Lo noté al ver sus ojos derramando lágrimas, su cabello rasurado y su semblante, pero me convenció diciéndome que llevaba al sepulcro un funeral ajeno. Contra mi intención, tras cruzar yo estas puertas [830], bebía en la morada de un varón hospitalario, que así lo estaba pasando. ¿Y, aun así, me banqueteaba con la cabeza llena de coronas? Pero cosa tuya es no habérmelo explicado, cuando tamaña desgracia afectaba a palacio. ¿Dónde la entierra? ¿Dónde ir para encontrarlo?

SIRVIENTE.—A lo largo del recto camino que a Larisa lleva distinguirás una pulida tumba después del arrabal.

HERACLES.—¡Oh corazón y brazo mío que mucho habéis aguantado! ¡Mostrad ahora qué hijo tuvo para Zeus la tirintia Alcmena hija de Electrión![57] [840]. Pues debo salvar a la mujer que acaba de morir, poner a Alcestis de nuevo en esta mansión y demostrar a Admeto mi agradecimiento. Iré y vigilaré a la señora de los muertos, la de negro peplo, la Muerte. Pienso que he de encontrarla junto a la tumba bebiendo la sangre de las víctimas inmoladas[58]. Si, lanzándome desde mi emboscado puesto, la alcanzo y envuelvo con mis brazos, nadie liberará sus costados torturados, hasta que me haya entregado a aquella mujer [850]. Pero, si fracaso en esta presa y no se acerca a la sangrante ofrenda, iré a la mansión sin sol de los

---

[57] Electrión era rey de Micenas. Alcmena, casada con Anfitrión, fue seducida por Zeus que había tomado la figura del marido durante la ausencia del mismo.

[58] Que los espíritus infernales gustan de la sangre de las víctimas recién degolladas es un tema que se remonta a la *Odisea*, XI, 231.

de abajo, de Core y del Señor[59], y la reclamaré. Tengo esperanza en que he de traer arriba a Alcestis, de modo que la depositaré en brazos de mi huésped, que en su palacio me acogió y no me rechazó, aun estando afligido por grave desgracia. A fuer de generoso trataba de ocultármelo, por respeto hacia mí. ¿Quién de entre los tesalios es más hospitalario que éste? ¿Qué habitante de la Hélade? Pues bien, no dirá que, siendo él generoso, favoreció a un hombre cobarde.

ADMETO.—*¡Ay, aborrecida entrada, aborrecida presencia de mi viudo palacio! ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Ay, ay! ¿Adónde ir? ¿Dónde me detendré? ¿Qué puedo decir? ¿Qué no debo decir? ¿Cómo podría perecer? Mi madre me tuvo con aciago sino. Envidio a los muertos; de ellos estoy enamorado; anhelo habitar aquellas moradas. No disfruto al contemplar el resplandor del sol, ni al plantar mi pie en tierra. Tal prenda me quitó la Muerte para dársela a Hades.*

CORO

Estrofa 1.ª

Avanza, avanza. Penetra en tu oculta morada.

ADMETO.—*¡Ay, ay!*

CORO.—*Sollozos requiere tu desgracia.*

ADMETO.—*¡Oh, oh!*

CORO.—*Por dolores caminaste, bien lo sé.*

ADMETO.—*¡Ay, ay!*

CORO.—*Pero nada beneficias a la que abajo está.*

ADMETO.—*¡Ay de mí! ¡Ay de mí!*

CORO.—*Doloroso es no contemplar jamás enfrente el rostro de la querida esposa.*

ADMETO.—*Has mencionado lo que lacera mi corazón. Pues, ¿qué mal peor para un varón que perder a su fiel esposa? ¡Ojalá nunca me hubiera casado para habitar con ella mi mansión! Envidio a los mortales solteros y sin hijos. Una sola es su existencia, y padecer por ella, carga soportable. Mas las enfermedades de los hijos y el lecho nupcial devastado por la muerte no es tolerable contemplarlos, cuando es dado vivir hasta el final sin hijos y soltero.*

[59] Core, literalmente, «la muchacha», «la doncella», es Perséfone, hija de Zeus y Deméter. Por su lado, «el Señor» es, en este caso, Hades, esposo de Perséfone.

CORO
Antístrofa 1.ª

Un destino, un destino ineluctable ha llegado.

ADMETO.—*¡Ay, ay!*

CORO.—*Y ningún término fijas a tus dolores.*

ADMETO.—*¡Ah, ah!*

CORO.—*Graves de soportar, mas con todo...*

ADMETO.—*¡Ay, ay!*

CORO.—*... sopórtalos. No fuiste el primero que perdió...*

ADMETO.—*¡Ay de mí, ay de mí!*

CORO.—*... a su esposa. La desdicha, mostrándose distinta a cada uno, aflige a los mortales.*

ADMETO.—*¡Oh largo duelo y tristezas por los seres amados que bajo tierra están! ¿Por qué me impediste echarme a la profunda fosa de la tumba y al lado de aquélla, la mejor con mucho, yacer? Dos vidas fidelísimas, en lugar de una sola, habría tomado Hades, tras haber cruzado los dos juntos la subterránea laguna.*

CORO
Estrofa 2.ª

Tenía yo en mi familia un hombre cuyo único hijo, merecedor de llanto, feneció en su mansión. Mas, con todo, toleraba aquél con mesura su desdicha, aun sin hijos, cuando llegaba ya a los albos cabellos y a un avanzado momento de su vida[60].

ADMETO.—*¡Oh presencia de mi morada! ¿Cómo habría de entrar? ¿Cómo habitarte cuando ha cambiado mi fortuna? ¡Ay de mí! Pues grande es el contraste. Entonces marchaba adentro con antorchas del Pelión e himeneos*[61], *sosteniendo la mano de mi amada esposa. Ruidoso cortejo nos seguía, felicitándonos a la que ha muerto y a mí, porque, como nobles e hijos por ambos costados de excelentes padres, estábamos casados. Ahora, en cambio, el gemido replica a los*

---

[60] Se cree que hay aquí una alusión a Anaxágoras, quien, al enterarse de la muerte de su hijo, afirmó: «Sabía que lo había engendrado mortal.»

[61] Desde la casa de la novia, donde tenía lugar el banquete de bodas, a la llegada de la noche los novios eran llevados en un carro especialmente ataviado hasta el hogar en donde iban a vivir en adelante. Los familiares y amigos les acompañaban cantando himeneos al son de la cítara y la flauta. Los parientes, normalmente las madres de los esposos, alumbraban el camino con antorchas, encendidas en los respectivos hogares. El Pelión es un celebrado monte de Tesalia.

himeneos, y negros atuendos, en vez de blancos peplos, me escoltan adentro hasta un lecho solitario.

CORO

Antístrofa 2.ª

En tu sino afortunado, a ti, inexperto en la desdicha, te ha llegado este dolor. Pero conservaste tu existencia y tu vida [930]. Murió tu esposa; dejó tu cariño. ¿Qué novedad es ésta? A muchos ya la muerte separólos de sus esposas.

ADMETO.—Amigos, tengo por más dichosa la suerte de mi mujer que la mía, aunque, a pesar de todo, no lo parezca. Pues a ella ningún dolor jamás le afectará, y por sus muchos sufrimientos terminó afamada. Yo, al contrario, que no debería vivir, tras evitar mi hado fatal [940], pasaré una vida desdichada. Acabo de comprenderlo. ¿Cómo toleraré entrar en esta casa? ¿A quién saludaré y de quién recibiré contestación para encontrar agradable mi entrada? ¿Adónde dirigirme? La soledad de dentro fuera me echará, cuando contemple vacío el lecho de mi mujer y las sillas donde se sentaba; el suelo polvoriento por mi mansión, y a mis hijos, postrados a mis rodillas, que lloran por su madre, y a los demás que deploran qué clase de señora perdieron arrancada de la mansión [950]. Tal acaecerá en mi palacio. Y, fuera de aquí, me repelerán las bodas de los tesalios y las reuniones llenas de mujeres, pues no soportaré mirar a las compañeras de mi esposa. Y cualquiera que resulte ser mi enemigo dirá lo siguiente: «He ahí el que vive de forma infame; quien no se atrevió a morir, sino que, tras entregar por cobardía, en vez de él, a la que había tomado por esposa, ha escapado de Hades. Y entonces, ¿cree que es un hombre? Odia a sus padres, aunque él no quiso morir.» De tal rumor gozaré, encima de mis desdichas [960]. ¿En qué, entonces, amigos, me resulta más glorioso vivir, con mala fama y abatido por mi infortunio?

CORO

Estrofa 1.ª

Gracias a las Musas llegué yo a lo alto[62]*, y, tras probar muchísimas teorías, no hallé nada más fuerte que la Necesidad: ningún reme-*

[62] A juicio del escoliasta, Eurípides expresa sus propios pensamientos por boca del Coro. Se habla en este pasaje de los escritos y teorías de los ilustrados

dio contra ella existe ni en las tablillas tracias que guardan escrito el mensaje de Orfeo[63] *[970], ni en todos los remedios que, cortándolos de las plantas, regaló Febo a los Asclepíadas en bien de los mortales abundosos en dolencias*[64].

Antístrofa 1.ª

Es la única diosa que no disfruta de altares ni de imagen adonde recurrir, ni tampoco atiende a inmolaciones. ¡Ojalá, Señora, no llegues sobre mí más impetuosa que en mi vida anterior! Pues lo que Zeus aprueba con una señal, gracias a ti lo cumple [980]. Incluso el hierro de los Cálibes[65] *domeñas con tu poder, y ningún respeto conoce tu tajante decisión.*

Estrofa 2.ª

También a ti te prendió la diosa con los ineluctables lazos de sus manos. Resígnate, pues con llorar jamás traerás de abajo a quienes arriba fenecieron. También los hijos de los dioses se consumen [990] en las tinieblas con la muerte. Amada, cuando estaba con nosotros; amada, aun muerta, lo será. La esposa más excelente de todas uniste a tu tálamo.

Antístrofa 2.ª

Que el sepulcro de tu esposa no sea mirado como túmulo de cadáveres fenecidos, sino venérese igual que a los dioses: objeto de honra para los caminantes [1.000]. Y alguien, apartándose de su ruta, dirá así: «Ésa es la que un día murió en lugar de su esposo, y ahora es feliz divinidad. ¡Salud, oh Señora! ¡Así nos des tu protección!» Tales palabras le dedicarán.

CORIFEO.—Mas, según parece, aquí llega el hijo de Alcmena, oh Admeto, que marcha hacia tu hogar.

---

del momento: Protágoras, Anaxágoras, Sócrates, etc. Asimismo se alude a los estudios referentes a los fenómenos y cuerpos celestes, meteorológicos. A su vez, la Necesidad *(Anánkē)* simboliza las leyes inmutables del devenir.

63 A Orfeo se atribuían muchos escritos filosóficos y místicos, entre los que habría habido algunos referentes a la curación de afecciones físicas y mentales.

64 Los Asclepíadas eran los descendientes de Asclepio, hijo de Apolo y mítico dios de la medicina (cfr. *Ilíada*, IV, 204). Desde fines del siglo V a.C. se atribuyó tal epíteto a los médicos de Cos y Cnido. Hay en el texto una clara alusión al hallazgo de remedios a partir de las propiedades terapéuticas de las plantas.

65 Vivían en el norte de Armenia, junto al mar Negro. Destacaban por su habilidad en la forja del hierro, consiguiendo en sus experimentos un producto de singular dureza, entendido por muchos intérpretes como «acero».

HERACLES.—A un amigo menester es hablarle con libertad, Admeto, y no guardar silencio y contener los reproches en las entrañas [1.010]. Yo, cuando estaba cerca de tus desdichas, pretendía que me trataras como a un amigo, pero tú no me contabas que estaba expuesto el cadáver de tu esposa, sino que me dabas hospitalidad en tu mansión, como si te ocuparas de un duelo ajeno. Coroné mi cabeza y ofrecí libaciones a los dioses en tu infortunado hogar. Te censuro, te censuro, sí, que me haya acontecido eso, aunque no pretendo afligirte en tus desgracias. Por qué he venido aquí otra vez, de vuelta, te lo explicaré [1.020]. Toma esta mujer y guárdamela, hasta que yo vuelva aquí con los caballos tracios, tras dar muerte al rey de los Bistones. Mas, si me ocurriera lo que ojalá no me pase, ¡así consiga yo volver!, te regalo a ésta que ves para que sirva en tu palacio. Con gran esfuerzo ha venido hasta mis manos. En verdad, encontré a unos preparando un certamen público, esfuerzo meritorio para atletas, de donde traigo a ésta por haberla obtenido como premio. En efecto, a los que vencían en las pruebas ligeras les era dado llevarse unos caballos [1.030]; los que ganaban en competiciones más importantes, pugilato y lucha, obtenían manadas de bueyes. Después de estos premios, venía una mujer. Estando allí, daba vergüenza perder este famoso premio. Mas, como te he dicho, necesario es que te ocupes de esta mujer. Pues no es robada, sino que he venido tras haberla conquistado con mi esfuerzo. Y con el tiempo también tú me elogiarás quizás.

ADMETO.—Ni por menospreciarte ni por contarte entre mis enemigos te oculté la desventura de mi desdichada mujer [1.040], sino que a mi dolor se hubiera añadido el dolor de haberte marchado a la mansión de algún otro huésped tuyo. Bastante tenía con deplorar mi desdicha. Respecto a esta mujer, si es posible, te suplico, señor: llévasela para que la guarde a cualquier otro tesalio que no haya tenido sufrimientos como los míos. Muchos huéspedes tienes en Feras. No me recuerdes mis desventuras. No podría dejar de llorar al contemplar a ésta en mi palacio. No me añadas otra enfermedad, cuando enfermo estoy. Bastante afligido estoy con mi desdicha. Y, ¿en qué punto de mi mansión podría criarse una mujer joven? Pues es joven [1.050], como indica por su vestido y

atavío. ¿Acaso habitaría entonces mi morada entre varones? ¿Y cómo quedará intacta al desenvolverse entre jóvenes? A quien es joven, Heracles, no es fácil contenerlo. Yo velo por ti. ¿O es que he de ponerla en la alcoba de la muerta para cuidarme de ella? ¿Y cómo poner a ésta en el lecho de aquélla? Temo un doble reproche: el de las gentes del pueblo, no me vaya a censurar alguien de que, traicionando a mi bienhechora, caigo en el lecho de otra joven [1.060]; y, además, el de la muerta, pues merece que la venere y debo tener mucho cuidado. Tú, oh mujer, quienquiera que seas, sábete que tienes igual que Alcestis las proporciones de la figura y posees un cuerpo parecido. ¡Ay de mí! Llévate de mi vida, por los dioses, a esta mujer: no me derrotes cuando estoy derrotado. Pues, al contemplarla, creo ver a mi mujer. Perturba mi corazón, y desde mis ojos están brotando manantiales. ¡Desdichado de mí! ¡Cómo empiezo a degustar mi amargo duelo!

CORIFEO.—[1.070] No podría yo bendecir la fortuna. Pero es menester, seas tú quien fueres, aceptar el regalo de un dios.

HERACLES.—¡Ojalá tuviera tanto poder como para conducir a tu esposa hacia la luz, desde las subterráneas mansiones, y concederte ese favor!

ADMETO.—Bien sé que lo habrías deseado. Pero ¿cómo realizarlo? No es posible que los muertos vengan a la luz.

HERACLES.—No exageres, pues, y toléralo de forma oportuna.

ADMETO.—Más fácil es aconsejar que aguantar, cuando uno padece.

HERACLES.—¿Qué ganarías, si quisieras gemir siempre?

ADMETO.—[1.080] Yo mismo lo reconozco, pero un deseo me impulsa.

HERACLES.—Pues el amar a quien ha muerto acarrea lágrimas.

ADMETO.—Me ha aniquilado, y aún más de lo que puedo decir.

HERACLES.—Has perdido una buena mujer. ¿Quién lo negará?

ADMETO.—De suerte que este hombre que aquí ves ya no goza de la vida.

HERACLES.—El tiempo te aliviará, pues ahora la desgracia es todavía reciente.

ADMETO.—Puedes referirte al tiempo, si tiempo es el morir.

HERACLES.—Una mujer te apaciguará, y también los anhelos de una nueva boda.

ADMETO.—Cállate. ¿Qué has dicho? No lo hubiera creído.

HERACLES.—¿Y qué? ¿No te casarás, entonces, sino que mantendrás viudo tu lecho?

ADMETO.—[1.090] No hay mujer alguna que vaya a acostarse junto a mí.

HERACLES.—¿Acaso piensas beneficiar en algo a la que está muerta?

ADMETO.—Menester es honrarla dondequiera que esté.

HERACLES.—Te elogio, te elogio. Pero cometes una locura.

ADMETO.—A este hombre que aquí contemplas jamás llamarás desposado.

HERACLES.—Te aplaudo por ser amante fiel de tu esposa.

ADMETO.—Ojalá me muera si la traiciono, aunque esté muerta.

HERACLES.—Acepta entonces a ésta dentro de tu ilustre palacio.

ADMETO.—¡No! Te lo pido por Zeus que te engendró.

HERACLES.—Mas errarás, sin duda, si no lo haces.

ADMETO.—[1.100] Y al hacerlo sentiré en mi corazón una punzada de tristeza.

HERACLES.—Hazme caso. Pues quizá tu favor podría terminar con provecho.

ADMETO.—¡Ay de mí! ¡Ojalá nunca hubieras obtenido a ésta en el certamen!

HERACLES.—Cuando yo venzo, también tú vences conmigo.

ADMETO.—Bien has dicho, pero váyase esta mujer.

HERACLES.—Se irá, si es preciso, mas considera primero si ha de irse.

ADMETO.—Sí, ha de hacerlo; al menos, si no vas a enfadarte conmigo.

HERACLES.—Sé yo una cosa por la que tengo ese deseo.

ADMETO.—Obtén tu victoria, pues, mas no me es grato lo que haces.

HERACLES.—Pero llegará el momento en que me alabes. Basta con que obedezcas.

ADMETO.—[1.110] Lleváosla, si es menester aceptarla en palacio.

HERACLES.—No entregaría yo esta mujer a criados.

ADMETO.—Llévala dentro tú mismo hacia la mansión, si quieres.

HERACLES.—Yo, por mi parte, la depositaré en tus manos.

ADMETO.—No puedo tocarla, pero le está permitido entrar en palacio.

HERACLES.—Tan sólo tengo confianza en tu mano derecha.

ADMETO.—Señor, me fuerzas a hacer esto mal de mi grado.

HERACLES.—Atrévete a alargar la mano y tocar a la extranjera.

ADMETO.—La alargo.

HERACLES.—Como para cortar la cabeza a la Gorgona[66]. ¿La tienes?

ADMETO.—La tengo, sí.

HERACLES.—Guárdala, pues [1.120], y un día afirmarás que el hijo de Zeus fue un huésped generoso. Mira hacia ella, por si crees que se parece en algo a tu mujer. Sé dichoso y sal de tu tristeza.

ADMETO.—¡Oh dioses! ¿Qué puedo decir? Milagro inesperado es éste. ¿Contemplo aquí realmente a mi esposa? ¿O acaso la alegría maligna causada por un dios me perturba?

HERACLES.—No hay tal, sino que miras a tu esposa.

ADMETO.—Cuidado, no sea esto una visión de los de abajo.

HERACLES.—No me tuviste por huésped evocador de almas.

ADMETO.—Mas ¿contemplo a la esposa que enterré?

---

[66] Las Gorgonas (Hesíodo menciona tres) eran seres espantosos dotados de cabelleras a modo de serpientes y de agudos colmillos, que petrificaban de terror a quienquiera que las mirara de frente. Precisamente Perseo mató a la Gorgona Medusa acercándose a ella de espaldas mediante un espejo, a fin de no contemplarla cara a cara. En el pasaje que nos ocupa, Admeto no mira de frente a Alcestis, sino que le da la espalda.

HERACLES.—[1.130] Sábelo bien, mas no me extraña que desconfíes de tu suerte.

ADMETO.—¿Puedo tocarla y hablarle como a mi esposa viva?

HERACLES.—Háblale, pues tienes todo lo que querías.

ADMETO.—¡Oh rostro y cuerpo de mi amadísima esposa! ¡Te tengo contra toda esperanza, cuando pensaba que jamás te vería!

HERACLES.—La tienes. ¡Ojalá no sobrevenga ninguna envidia de los dioses!

ADMETO.—¡Oh noble hijo del muy poderoso Zeus! ¡Que seas dichoso y te guarde el padre que te engendró! Pues sólo tú remediaste mi situación. ¿Cómo la trajiste desde abajo hasta esta luz?

HERACLES.—[1.140] Tras trabar batalla con la divinidad que la poseía.

ADMETO.—¿Dónde dices que entablaste esa pelea con la muerte?

HERACLES.—Junto a la propia tumba la apresé con mis brazos, saliendo yo de mi escondrijo.

ADMETO.—¿Por qué permanece sin voz esta mujer?

HERACLES.—No es lícito que escuches sus palabras hasta que se haya purificado de los dioses infernales y llegue el tercer día. ¡Ea! Llévala dentro. Como eres justo, también en adelante sé piadoso, Admeto, con tus huéspedes. ¡Adiós! Me iré a cumplir [1.150] para el rey[67], hijo de Esténelo, el trabajo que me aguarda.

ADMETO.—Quédate con nosotros y vive en nuestro hogar.

HERACLES.—En otro momento será eso, pero ahora he de darme prisa.

ADMETO.—¡Que tengas buena suerte y vengas de vuelta a nuestro hogar! Ordeno a los ciudadanos y a toda la tetrarquía[68] que organicen coros a causa de los felices sucesos, y que los altares humeen con ofrendas de vacas imprecatorias.

---

[67] Es decir, Euristeo.

[68] Ya Homero (*Ilíada*, II, 711) se refiere a las cuatro comarcas tesalias en que dominaba Admeto: Feras, Beba, Glafira y Yolco.

Pues ahora acabamos de cambiar a una vida mejor que la pasada. No negaré que soy dichoso.

CORO.—*Muchas son las manifestaciones de lo divino [1.160], y muchas cosas resuelven los dioses inesperadamente. Lo esperado no se realiza y de lo inesperado un dios encuentra solución. Tal resultó esta obra*[69].

---

[69] Este mismo éxodo, o palabras de despedida del Coro mientras se retira de la *orquestra*, aparece en *Medea*, *Andrómaca*, *Helena* y *Bacantes*.

MEDEA

INTRODUCCIÓN

Para muchos críticos *Medea* es la obra maestra de Eurípides, el drama donde las pasiones alcanzan su grado máximo de tensión. El tema es ciertamente conocido. Trátase, en suma, de la leyenda de los Argonautas, quienes a las órdenes de Jasón viajaron en la nave Argo desde Yolco (Tesalia) hasta los últimos confines del mar Negro en busca del preciado Vellocino de Oro.

Medea, hija de Eetes, rey de la Cólquide, presta valiosísima ayuda a Jasón para superar las innúmeras dificultades que van surgiendo en el intento de conseguir el vellocino[a]. La heroína, enamorada ciegamente de Jasón, sigue al héroe que la considera su esposa. Eetes organiza la persecución de los dos amantes; entonces, con el fin de conseguir la huida, Medea mató y despedazó a su hermano Apsirto. Tras largo y complicado viaje, una vez llegada a Yolco en compañía de Jasón, Medea logró engañar a las hijas de Pelias, usurpador del trono contra los legítimos derechos de Jasón, y mediante argucias consiguió que descuartizaran de modo infame a su padre.

En un momento impreciso, ambas leyendas confluyeron (la de Medea y Jason en relación al vellocino; y la muerte de Pelias a manos de sus hijas, engañadas por Medea). Pero lo

[a] Abundantes detalles sobre esta cuestión podemos encontrar en *Las Argonáuticas (= El viaje de los Argonautas)*, de Apolonio de Rodas. Cfr. traducción española de C. García Gual, Madrid, 1975. Para rastrear el tema de los Argonautas dentro de la literatura griega, véase, entre otros lugares, *Odisea*, X, 137, XI, 256 y ss., y XII, 70; Píndaro, *Píticas*, IV, etc.

cierto es que en el siglo v a.C. estaban bastante definidas las líneas maestras del tema que Eurípides recogiera. Así, el exilio de Jasón y Medea en Corinto, huyendo de Yolco; las relaciones amorosas y el matrimonio de Jasón con Glauce, hija de Creonte, rey de Corinto; la terrible venganza de Medea contra Jasón; la huida de la heroína hacia Atenas, etc.

El tema de Medea había sido tratado anteriormente por el propio Eurípides en las *Pelíades,* obra representada en el 455 a.C. Por su parte, los otros grandes trágicos no se ocuparon de la cuestión, aunque sí de la leyenda de los Argonautas en general. Respecto a los versos que nos han llegado de la *Medea* del trágico Neofrón, más bien hay que entenderlos como imitación de nuestro autor que como precedente del mismo.

Pues bien, ciñéndonos a la obra que nos ocupa, Eurípides insiste en la angustia, temor, odio, orgullo y venganza de la heroína, alcanzando notables cotas de sobriedad y transparencia en el tratamiento del motivo de la mujer bárbara que se sabe traicionada por el hombre a quien ha seguido ciegamente y de quien está profundamente enamorada. Las distintas fases de la acción sirven para lograr un armónico proceso en la actuación de Medea. Ante el egoísmo cínico de Jasón, sobresale el alma grandiosa y terrible de la protagonista que, sintiéndose engañada, frustrada y dolida por las arterías de Jasón, ve crecer dentro de sí un terrible odio hacia él. Con todo, la sensación que prevalece en el espíritu de Medea es de dolor físico y moral, manifestado con gestos y gritos salvajes propios de una criatura asiática, bárbara. Maquina la muerte de Glauce y de Creonte para vengarse de Jasón; incluso a los hijos habidos con éste, les da terrible muerte a fin de herir profundamente su corazón y de dejarlo solo, desesperado, sin descendientes, castigo éste terrible para un griego.

La acción resulta subordinada al desarrollo progresivo de la pasión terrible de Medea, que en cada ocasión monta en una cólera mayor ante la ingratitud y egoísmo de Jasón. En varias ocasiones medita la heroína sobre cuál debiera ser su proceder: ante su deseo de venganza; al pensar en sus hijos; al calcular los estragos que desencadenará su acción, etc. Finalmente, una vez decidida a todo, espoleada por su orgullo herido, llega a tales extremos de rigor que termina por carecer de

todo sentimiento y control humanos. En esos momentos representa una fuerza de la naturaleza, por encima del bien y del mal.

Posiblemente es una innovación de Eurípides el que Medea diera muerte a sus hijos llevada de su sed de venganza, pues era fama en Corinto que los había matado sin querer mientras intentaba convertirlos en inmortales.

Según el argumento que nos es ofrecido por Aristófanes de Bizancio, nuestro drama fue representado en 431 a.C., componiendo una tetralogía con *Filoctetes, Dictis* y el drama satírico *Los recolectores.* Nuestro autor obtuvo el tercer puesto, quedando por detrás de Euforión y Sófocles.

Durante toda la época helenística nuestra obra disfrutó de especial predilección entre el público. Tuvo muchos imitadores entre algunos trágicos menores, comediógrafos y mimógrafos. En Roma la imitó Ennio; después, Séneca, cuya *Medea* guarda una profunda dependencia de la nuestra.

Medea fue traducida desde muy pronto a las lenguas modernas. Ya Ludovico Dolce la tradujo al italiano entre 1545 y 1551, junto con otras tragedias euripideas. Por su parte, F. W. Gotter tiene un melodrama, con el nombre de nuestro drama (1775); en él descansa el texto de la ópera homónima de Cherubini. Séneca, por su parte, sería el modelo último de Corneille (1634) en la obra que escribiera con el mismo nombre que la que estudiamos.

En nuestro siglo la han adaptado, entre otros, Robinson Jeffers en Estados Unidos y Jean Anouilh en Francia, aunque ambos escritores han dado al tema trágico un tratamiento muy distinto del que hallamos en Eurípides.

Nota bibliográfica

Euripide, Le Cyclope, Alceste, Médée, Les Héraclides, texto y trad. de L. Méridier, París, 1926.

Medea, introd., texto y comentario de G. Ammendola, Florencia, 1951.

Medea, introd., texto y comentario de L. Page, Oxford, 1954.

Medea, texto y comentario de E. Valviglio, Turín, 1957.

BRETZIGHEIMER, G., *Die Medeia des Euripides. Struktur und Geschehen*, tesis, Tubinga, 1968.
Médea, ed. de A. Elliot, Oxford Univ. Press, 1969.
Médée, ed., introducción, traducción y notas de R. Flacelière, París, 1970.
Eurípides, Medea, estudio, versión y notas de M. C. Griffero, Buenos Aires, 1972.
MILLS, S. P., *Euripides'Medeia. A Study in dramatic mythopoeia*, tesis, Univ. Stanford, Palo Alto, California, 1976.

Sobre el texto seguido

Discrepamos del texto de Murray, por preferir nosotros otras lecciones o la lectura unánime de los manuscritos, en los versos 160, 339, 382, 588, 600, 752, 973, 984 y 1.141.

ARGUMENTO[b]

Tras haber llegado Jasón a Corinto, llevando consigo a Medea, se promete en matrimonio con Glauce, hija de Creonte, rey de Corinto. Cuando Medea iba a ser expulsada de Corinto por Creonte, como hubiera pedido y conseguido quedarse un día aún, con sus hijos manda a Glauce como regalos un vestido y una corona de oro; pero ésta, en cuanto se los puso, pereció. Creonte, habiendo abrazado a su hija, muere también. Medea, tras dar muerte a sus propios hijos, subida en un carro de serpientes aladas que recibiera del Sol, escapa hacia Atenas y se casa allí con Egeo, hijo de Pandión. Ferécides y Simónides afirman que Medea, tras cocer a Jasón, lo rejuveneció. En cuanto al padre de éste, el autor de *Regresos* afirma así:

> Al momento convirtió a Esón en un grato mancebo en la flor de la juventud, / quitándole la vejez con artera inteligencia, / cociendo muchas drogas en áureas calderas.

Esquilo, en *Las nodrizas de Dioniso,* relata que convirtió en jóvenes también a las nodrizas de Dioniso, al cocerlas con sus maridos. Estáfilo afirma que Jasón fue muerto por Medea en cierto modo, pues ella le pidió que se acostara bajo la popa de la Argo, cuando la nave iba a romperse a causa del paso del

---

[b] Se remonta quizá al siglo I d.C. Al parecer fue leído y seguido por Ovidio *(Metamorfosis,* VII, 159-296). Pertenece a un momento en que los estudios mitológicos florecieron con especial intensidad.

El fragmento de *Regresos* es el VI de *Homeri Opera* V, ed. Th. W. Allen, Oxford, 1961 (1912[1]). La cita «ni en los valles» corresponde al verso 3 de nuestro drama. En cuanto a la referencia a Homero pertenece a *Odisea,* V, 264.

tiempo. Así pues, como la popa cayera sobre Jasón, él murió. Parece ser que Eurípides tomó el drama de la obra de Neofrón, tras haberlo adaptado, según Dicearco..., en su *Vida de Grecia* y Aristóteles en sus *Memorias*. Le critican no haberle conservado el carácter a Medea, sino incitarla al llanto, cuando maquinaba contra Jasón y su esposa. Pero se elogia el comienzo, por su condición fuertemente patética, la elaboración de «ni en los valles», y lo que sigue. Timáquidas, no habiéndolo comprendido, sostiene que Eurípides ha empleado la inversión del orden a la manera de Homero: «Tras haberse puesto vestidos perfumados y haberse lavado.»

Argumento del Gramático Aristófanes[c]

Medea, por odio a Jasón, a causa de que éste se había casado con la hija de Creonte, mató a Glauce, a Creonte y a sus propios hijos; se alejó de Jasón y se casó con Teseo. El tema no figura en ninguno de los otros dos trágicos.

La escena del drama se supone en Corinto. El Coro está formado por mujeres de la ciudad. Pronuncia el prólogo la nodriza de Medea.

Se representó siendo arconte Pitodoro, en el primer año de la Olimpiada 87; Euforión fue el primero; segundo, Sófocles; el tercero, Eurípides con *Medea*, *Filoctetes*, *Dictis* y el drama satírico *Los recolectores*. No se conservan.

---

[c] Aristófanes de Bizancio (aproximadamente 257-180 a.C.) puso un breve resumen antes de cada una de las tragedias que editó. En tal esquema introducía una sinopsis del argumento; si el tema había sido tratado o no por otros trágicos; lugar en que se sitúa la acción; identidad y peculiaridades del Coro; quién dice el prólogo; fecha de representación; resultado del certamen poético y juicio estético sobre la obra.

Médée, partagée entre sa haine pour Jason et son amour pour ses enfants. Les yeux sont fixes, grands ouverts sur l'horreur du crime



prémédité. L'héroïne serre dans ses mains le glaive qui frappera ses enfants. Fresque de Pompéi. (Musée de Naples.) [Phot. Anderson-Giraudon.]

Medea con la criminal espada en sus manos. Fresco de Pompeya. Museo de Nápoles.

PERSONAJES DEL DRAMA

NODRIZA
CREONTE
HIJOS DE MEDEA
PEDAGOGO
JASÓN
CORO DE MUJERES
EGEO
MEDEA
MENSAJERO

NODRIZA.—¡Ojalá la nave Argo[1] no hubiera volado a través de las negruzcas Simplégades[2] hacia el país de la Cólquide[3], ni en los valles del Pelión[4] hubiera sido cortado jamás el pino, ni hubiera dotado de remos las manos de los excelentes varones[5] que buscaron para Pelias[6] el áureo vellocino! Pues mi señora Medea no habría navegado hacia las torres del país del Yolco[7] con el corazón herido de amor hacia Jasón, ni, tras haber persuadido a las hijas de Pelias a que aniquilaran a su padre[8] [10], habría habitado esta tierra corintia en compañía de su marido y sus hijos, mientras intentaba complacer a los ciudadanos a cuya tierra vino en su huida, y permanecía de acuerdo en todo con Jasón. Pues la mayor salvación acaece cuando la mujer no disiente del marido. Pero ahora todo le es enemigo y padece respecto a lo que más ama, pues Jasón, tras

---

1 Tal era el nombre de la nave construida por Argo, bajo las órdenes y consejos de Atenea. Se la relaciona etimológicamente con *argós* = «rápido».

2 Esas rocas de color azul oscuro o negro estaban situadas a la entrada del mar Negro, una a cada lado, y chocaban entre sí con terrible estruendo. Cuando la nave Argo las atravesó quedaron fijas para siempre.

3 La Cólquide estaba en el extremo oriental del mar Negro, al pie del Cáucaso.

4 Célebre monte de Tesalia.

5 Los Argonautas, en número de cincuenta aproximadamente, eran los hombres más ilustres de su época: Orfeo, Cástor y Pólux, Hércules, Teseo, etc.

6 Fue rey de Yolco tras expulsar del trono a su medio hermano Esón, padre de Jasón. Cuando Jasón le reclamó el trono con pleno derecho, Pelias lo envió a conquistar el vellocino de oro.

7 En la costa meridional de Tesalia. Era la patria de Jasón.

8 Las Pelíades o hijas de Pelias, engañadas por Medea, mataron y despedazaron a su padre en la idea de que al cocerlo en una caldera le iban a devolver la juventud.

haber traicionado a sus propios hijos y a mi señora, se acuesta en lecho real, por haberse casado con la hija de Creonte[9] que es rey de esta tierra [20]. Y Medea, la desgraciada, al sentirse ultrajada, repite a gritos los juramentos, recuerda el apretón de su mano derecha[10], la mayor garantía, e invoca a los dioses por testigos de qué pago obtiene de Jasón. Yace sin comer, entregando su cuerpo a los dolores, consume todo su tiempo entre lágrimas, una vez ha sabido que es ultrajada por su marido, y no alza la mirada ni aparta el rostro del suelo. Cual roca u ola marina[11] escucha a los amigos cuando recibe sus consuelos [30]. Si en algún momento vuelve su blanquísimo cuello, deplora consigo misma a su padre querido, su país y su palacio a los que traicionó al marcharse con un hombre que ahora la está ultrajando. La desgraciada ha aprendido a consecuencia de su desgracia qué importante es no alejarse de la tierra patria. Aborrece a sus hijos y no disfruta al contemplarlos. Temo que urda alguna sorpresa, pues violento es su ánimo y no tolerará ser menospreciado. Yo la conozco y tengo miedo [40] de que se clave un afilado puñal en el hígado, tras entrar silenciosamente en casa, donde está tendido su lecho, o que mate al rey y al que se ha casado, y se atraiga después alguna desgracia peor, pues terrible es ella. Quien se gane su odio no obtendrá fácilmente el premio de la victoria. Mas aquí llegan sus hijos que han cesado de ejercitarse en la carrera, sin reparar en absoluto en las desgracias de su madre, pues un espíritu joven no gusta de sufrir.

PEDAGOGO.—Antigua esclava de la casa de mi señora [50], ¿por qué estás de pie junto a las puertas, en medio de este silencio, contándote a ti misma desgracias? ¿Cómo quiere Medea quedarse sola sin ti?

NODRIZA.—Anciano acompañante de los hijos de Jasón, para los buenos esclavos es una desgracia que las cosas de los

[9] Glauce era hija de Creonte, rey de Corinto, adonde habían huido desde Yolco Medea y Jasón.

[10] El hecho de estrecharse la mano derecha era garantía absoluta de cumplir lo pactado. Jasón había prometido a Medea eterna fidelidad. Con ella había tenido dos hijos: Mérmero y Feres.

[11] Símil referido al carácter hosco de Medea.

amos vayan mal, y les preocupa en el corazón. Realmente, he llegado yo a tal punto de dolor que me impulsó a venir aquí el deseo de contar a la tierra y al cielo las desventuras de mi señora.

PEDAGOGO.—¿No cesa todavía la desdichada en sus lamentos?

NODRIZA.—Envidio tu ignorancia. El sufrimiento está en su principio, y todavía no llega a su mitad.

PEDAGOGO.—¡Necia! —si es posible decirle esto a los amos—. ¡Qué poco sabe de sus recientes desgracias!

NODRIZA.—¿Qué ocurre, anciano? ¡No vaciles en hablar!

PEDAGOGO.—Me he arrepentido de lo anteriormente dicho.

NODRIZA.—No, por tu barbilla[12], no se lo ocultes a tu compañera de esclavitud, pues guardaré silencio, si es menester.

PEDAGOGO.—He escuchado a alguien que decía —aparentando yo que no atendía, tras acercarme a los jugadores de dados, donde precisamente los más ancianos toman asiento en torno a la venerable fuente de Priene[13]— que a estos niños, en compañía de su madre, a punto está de expulsarlos de la tierra corintia el soberano de este país, Creonte. Sin embargo, si el relato es cierto, yo no lo sé. Pero quisiera que no lo fuera.

NODRIZA.—¿Y consentirá Jasón que sus hijos sufran eso, aunque tenga diferencias con la madre?

PEDAGOGO.—La alianza antigua flaquea ante la nueva, y aquél ya no es amigo de este hogar.

NODRIZA.—Perdidos estamos entonces si añadimos una nueva desgracia a la antigua, antes de haber eliminado la primera.

---

[12] En actitud de suplicante. Tocar las rodillas, la barbilla, la mano o las mejillas de otra persona en tono de súplica suponía, al tiempo, quedar bajo protección divina.

[13] Era el orgullo de Corinto. Le había sido regalada a Sísifo por Asopo, hijo del Océano, en un momento en que escaseaba el agua en la ciudad. Asopo le agradecía así a Sísifo el favor de haberle contado que a su hija Egina la había raptado Zeus. Así nos lo cuenta el escoliasta.

PEDAGOGO.—Mas tú —pues no es oportuno que la señora lo sepa— permanece tranquila y silencia mis palabras.

NODRIZA.—¡Oh hijos! ¿Oís cómo es vuestro padre con vosotros? ¡Ojalá no muera él, pues es mi señor, pero resulta convicto de ser malvado con los suyos!

PEDAGOGO.—¿Y qué mortal no lo es? Acabas de aprender que cualquiera se ama más a sí mismo que al vecino; unos con motivo, otros por lucro, dado que a éstos no los ama su padre a causa de su matrimonio.

NODRIZA.—Marchad dentro de casa, hijos, pues todo irá bien. Y tú manténlos lo más apartados posible y no los aproximes a su encolerizada madre, pues la he observado ya dirigiéndoles a éstos una mirada de toro, como si fuera a intentar algo. No cesará en su cólera, lo sé con certeza, hasta haberla lanzado contra alguien. ¡Ojalá les haga algo a sus enemigos, que no a sus amigos!

MEDEA.—*¡Ay desdichada de mí e infortunada por mis angustias! ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Cómo podría perecer?*

NODRIZA.—Esto *os refería, queridos niños. Vuestra madre irrita su corazón, irrita su cólera. Marchad más de prisa dentro de casa y no os acerquéis a su mirada, sino precaveos de su carácter salvaje y de la funesta naturaleza de su orgulloso corazón. ¡Idos ahora, marchaos dentro cuanto antes! Es claro que la nube de sollozos que comienza a formarse arderá pronto con mayor pasión. ¿Qué realizará un alma altiva, imposible de refrenar, mordida por las desdichas?*

MEDEA.–*¡Ay, ay! He padecido, he padecido, sí, males dignos de profundos gemidos. ¡Oh malditos hijos de odiosa madre! ¡Ojalá muráis en unión de vuestro padre, y toda la mansión desaparezca!*

NODRIZA.—*¡Ay de mí, ay de mí! ¡Ay desdichada de mí! ¿Qué culpa tienen tus hijos del yerro de su padre? ¿Por qué los odias? ¡Ay de mí, hijos! ¡Qué profunda pena siento de que os suceda algo! Espantosas son las voluntades de los reyes. Como obedecen poco y mandan mucho, rara vez deponen sus coléricas decisiones. Mas acostumbrarse a vivir entre iguales es preferible. A mí, al menos, séame dado envejecer, no con grandeza, pero sí con seguridad. La moderación obtiene la victoria, sólo con mencionar su nombre; y, además, usarla es lo más conveniente con mucho para los humanos. En cambio, el exceso ninguna ventaja acarrea a los mortales, más produce*

extravíos mayores, cuando una deidad se enfurece contra una morada.

CORO.—*He oído la voz, he oído el grito de la desgraciada colquídica. Todavía no está calmada. Mas, ¡oh anciana!, habla, pues por mi puerta, dentro de la mansión, he oído un grito. No gozo, mujer, con las penas de palacio, pues me resulta querido.*

NODRIZA.—*No existe la morada. Ya se ha perdido, pues a él lo retiene un matrimonio real, y ella, mi señora, consume la vida en su alcoba, sin sentir alivio alguno en su corazón con la palabra de ningún amigo.*

MEDEA.—*¡Ay, ay! ¡Ojalá una llama celeste me atravesara la cabeza! ¿Qué beneficio me reporta vivir todavía? ¡Ay, ay! ¡Ojalá acabara gracias a la muerte dejando una vida odiosa!*

CORO

Estrofa

¿Has escuchado, oh Zeus, Tierra y luz, qué clamor modula la desgraciada esposa? ¿Qué deseo del inabordable lecho te domina, oh infeliz? La realidad de la muerte llegará enseguida. No implores eso. Si tu esposo venera un nuevo lecho, a él le incumbe. No te encolerices. Zeus te dará satisfacción por ello. No te consumas en demasía deplorando a tu marido.

MEDEA.—*¡Oh poderosa Temis y venerable Ártenis!*[14]. *¿Observáis lo que padezco, aun ligada con solemnes juramentos a mi execrable esposo? ¡Ojalá a él y a su desposada los contemple un día destrozados en su mansión! ¡Tales ofensas osan inferirme de antemano! ¡Oh padre, oh ciudad de donde me aparté, tras dar muerte infame a mi hermano!*[15].

NODRIZA.—*¿Oís qué cosas afirma y cómo invoca a Temis, protectora de las súplicas, y a Zeus, que por los mortales es apre-*

---

[14] Temis, hija de Urano y Gea. Como esposa de Zeus tuvo a las Horas, las Moiras, la Justicia y la Paz. Representa el orden establecido, la base sobre la que se establecen las leyes. Defiende la justicia y es protectora de los suplicantes. No obstante, Eurípides la considera hija de Zeus, no esposa. Por su parte, Ártemis es hija de Zeus y Leto y hermana de Apolo. Algunos editores sugieren corregir el texto y leer: «¡Oh gran Zeus y Temis venerable!».

[15] Mención de Aspirto a quien Medea despedazara y arrojara al mar mientras huía de su padre Eetes. Mientras éste recogía los pedazos del asesinado, los Argonautas lograron escapar.

ciado cual guardián de los Juramentos? No es posible que mi señora mitigue su cólera con cualquier nimiedad.

CORO

Antístrofa

¿Cómo vendría ante nuestra vista y admitiría la voz de los consejos que se le dieron? ¡Ojalá depusiera la cólera que aflige su corazón, y la resolución de su mente! ¡Que mi afecto, en verdad, no les falte a mis amigos! [180] ¡Ea! Ve y tráela aquí fuera de la morada. Dile que también nosotros somos amigos, Apresúrate aquí fuera de la morada. Dile que también nosotros somos amigos. Apresúrate antes que cometa algún daño a los de dentro, pues este dolor suyo irrumpe con más fuerza.

NODRIZA.—*Lo cumpliré, mas miedo tengo de no persuadir a mi señora. Pero me tomaré esta molestia por complacerte, aunque, como un toro, dirige a las sirvientes una mirada de leona recién parida, cuando alguna se le acerca y le dirige la palabra [190]. No erraría quien considerara torpes y de ningún modo inteligentes a los anteriores mortales que inventaron, para fiestas, festines y banquetes, himnos a manera de audiciones que alegran la vida. Mas ningún mortal descubrió el modo de acabar con las odiosas penas por medio de música y cánticos de múltiples notas; de aquéllas surgen muertes y espantosas desgracias que arruinan las moradas. Con todo, provechoso es que los mortales resuelvan eso con canciones [200]. Pero, en los suntuosos festines, ¿para qué elevan la voz en balde? En verdad, la momentánea abundancia del banquete reporta por sí sola deleite a los humanos.*

CORO.—*He oído el lamento muy dolorido de sus sollozos; lanza agudos y penosos gritos contra quien traicionó su lecho; su malvado esposo. Tras padecer injusticia, invoca a la deidad, a Temis, hija de Zeus, protectora de los juramentos, que le permitió pasar [210] a la frontera Hélade, por medio del mar nocturno, hacia la salina llave del Ponto*[16] *difícil de franquear.*

MEDEA.—Mujeres corintias, he salido de mi mansión, porque no me censuréis. Pues sé que muchos mortales son soberbios por naturaleza: a unos los vi con mis propios ojos;

[16] La referencia al mar nocturno, según el escoliasta, apuntaría al hecho de haber huido de noche a través del mar Negro. La citada llave del Ponto sería el Bósforo.

otros existen en casas ajenas. Pero ellos, por su andar calmoso, adquirieron mala fama de indolencia. Pues la justicia no habita en los ojos de los mortales [220] que, antes de conocer claramente los sentimientos de un hombre, le odian sólo con verlo, sin haber sufrido injusticia alguna. Es menester que el extranjero se ajuste en alto grado a la ciudad, y no elogio al ciudadano de natural orgulloso que resulta odioso para sus conciudadanos a causa de su insensatez. A mí, esta situación inesperada que me ha sobrevenido, me tiene destrozada el alma. Perdida me veo, y, al perder la alegría de vivir, quiero morir, amigas, pues quien sabía claramente que lo era todo para mí, mi marido, se ha convertido en el peor de los hombres.

[230] De todos los seres animados y dotados de pensamiento las mujeres somos el más desdichado. Pues, en primer lugar, tenemos que comprar un marido con excesivo gasto de dinero[17] y conseguir un dueño de nuestro cuerpo, pues ésta es una desgracia más dolorosa aún. Y el combate supremo consiste en conseguirlo malo o bueno. Las separaciones no reportan buena fama a las mujeres, y no es posible repudiar al esposo[18]. Cuando una ha arribado a nuevas costumbres y leyes menester es que sea adivina, sin haberlo aprendido en casa [240], de cómo tratará mejor a su compañero de lecho. Y si logramos cumplir eso bien y nuestro marido habita con nosotras sin imponernos el yugo por la fuerza, envidiable es nuestra vida. Pero, si no, menester es morir. Un hombre, en cambio, cuando se hastía de convivir con los de dentro, yéndose fuera, calma el fastidio de su corazón, tras dirigirse a casa de un amigo o de uno de su edad. Para nosotras, al contrario, es forzoso dirigir la mirada a un solo hombre. Dicen que nosotras pasamos en nuestros hogares una vida carente de peligros, mientras que ellos combaten con la lanza [250]. Pero ra-

[17] Alusión a la dote que las esposas aportaban al matrimonio.

[18] En el derecho ático del siglo v a.C. el marido tenía la posibilidad de repudiar a su mujer basándose en diversos aspectos bien señalados por la ley. La mujer también podía acudir ante el arconte en demanda de separación legal a causa de malos tratos o de infidelidad del marido, pero, por miedo a sentirse vilipendiada, rara vez recurría a tal expediente.

zonan con torpeza. Que tres veces preferiría yo permanecer junto al escudo, antes que tener un solo parto.

Mas a ti y a mí no nos vale el mismo argumento. Tú tienes aquí tu ciudad, la casa de tu padre, la ilusión de la vida, la compañía de tus amigos; pero yo, estando sola y sin ciudad, sufro las injurias de mi marido, cogida como botín desde un país bárbaro, sin tener madre, ni hermano, ni pariente adonde ir a anclar alejándome de mi desdicha. Por tanto, lo único que quiero conseguir de ti es que [260], si en bien mío se descubre alguna vía o recurso para que, en castigo por estas desgracias, me dé satisfacción mi marido y también el que le entregó su hija en matrimonio y la que con él se casó, guardes silencio. Pues una mujer normalmente está llena de miedo y es cobarde para contemplar la pelea y el hierro, mas, cuando resulta injuriada en lo referente a su lecho, no hay otro espíritu más sanguinario.

CORIFEO.—Lo haré, pues vas a castigar con razón a tu marido, Medea. No me extraña que padezcas con tus desventuras. Mas veo también a Creonte, señor de este país [270], que viene cual mensajero de nuevas resoluciones.

CREONTE.—Respecto a ti, la malhumorada e irritada contra tu marido, Medea, he ordenado que salgas desterrada de este país, llevándote contigo tus dos hijos, y que no te retrases en absoluto. Como soy el árbitro de esta sentencia, no regresaré a palacio antes de haberte expulsado fuera de las fronteras del país.

MEDEA.—¡Ay, ay! ¡Completamente aniquilada estoy, desdichada de mí! Pues mis enemigos largan todo el velamen y no es posible un desembarco fácil desde mi ruina [280]. Mas, a pesar de mi desventura, te haré una pregunta: ¿por qué me expulsas del país, Creonte?

CREONTE.—Tengo miedo de que tú —pues ninguna necesidad hay de disimular las palabras— hagas a mi hija algún daño irreparable. Muchas razones contribuyen a este temor: eres hábil por naturaleza y conocedora de muchas perfidias, y sufres al verte privada del matrimonio con tu esposo. Oigo decir que amenazas, así me lo cuentan, con realizar algo contra el que la ofreció en matrimonio, el que tomó esposa y la que se ha casado. Ahora bien, antes que ocurra eso estaré pre-

venido [290]. Mejor es para mí, mujer, hacerme ahora odioso para ti que gemir mucho después por haber sido blando.

MEDEA.—¡Ay, ay! No es ahora la primera vez, sino que en muchas ocasiones, Creonte, me perjudicó mi fama y me ha causado grandes daños. Menester es que el hombre que sea cabalmente sensato de nacimiento no dé jamás a sus hijos una instrucción extraordinaria, pues, aparte de la acusación de ociosidad que reciben, se ganan una envidia hostil de parte de sus conciudadanos. Porque, si enseñas nuevos saberes a los ignorantes, parecerás ser inútil de nacimiento, que no sabio [300]; mas, si te toman por superior a los que aparentan saber algo complicado, resultarás fastidioso a ojos de la ciudad[19]. También yo misma participo de esta suerte, pues, siendo sabia, a unos les resulto odiosa; a otros, indolente; a otros, de temperamento contrario; para otros, en fin, molesta. Pero no soy sabia en demasía. Ahora bien, tú me temes, por si recibes alguna ofensa. No estoy en situación tal —no me temas, Creonte—, como para pecar contra unos soberanos. Realmente, ¿qué ofensa me has causado tú? Ofreciste tu hija [310] a quien tu ánimo te inclinaba. A mi esposo lo odio, pero tú, pienso yo, hacías eso con cordura. Y ahora no tengo envidia de que tus cosas vayan bien. Celebrad la boda; pasadlo bien, pero dejadme habitar esta tierra. Guardaremos silencio, aun estando agraviados, vencidos por gentes más poderosas.

CREONTE.—Dices frases suaves de oír, pero miedo me da que dentro de tus mientes proyectes alguna desgracia contra mí, y, por tanto, confío en ti menos que antes. Pues una mujer colérica, e igualmente un varón [320], es más fácil de vigilar que un sabio callado. ¡Vamos! Sal lo antes posible y no pronuncies palabras. Que ese acuerdo se ha tomado y no dispones de treta alguna para permanecer entre nosotros cuando me resultas hostil.

MEDEA.—¡No! ¡Por tus rodillas y por tu hija recién desposada!

---

[19] Los comentaristas insisten en que, bajo estas palabras, se percibe el pensamiento del propio Eurípides, a cuyas obras, ciertamente intelectuales, no pocas veces volvieron la espalda sus conciudadanos.

CREONTE.—Pierdes tus palabras, pues jamás me convencerás.
MEDEA.—¿Me expulsarás sin respetar en absoluto mis súplicas?
CREONTE.—Sí, pues no te quiero más que a mi mansión.
MEDEA.—¡Oh patria! ¡Cómo me acuerdo de ti ahora!
CREONTE.—Realmente, excepto mis hijos, también para mí es lo más querido con mucho.
MEDEA.—[330] ¡Ay, ay! ¡Qué gran desgracia son los amores para los mortales!
CREONTE.—Según resulten las circunstancias, supongo.
MEDEA.—Zeus, ¡ojalá no se te oculte el responsable de estos males!
CREONTE.—Vete, insensata, y líbrame de amarguras.
MEDEA.—Padezco yo y no tengo necesidad de amarguras.
CREONTE.—Rápidamente serás expulsada con violencia por mano de mis acompañantes.
MEDEA.—Eso no, por cierto. Te lo suplico, Creonte.
CREONTE.—Me causarás molestias, según parece, mujer.
MEDEA.—Me exiliaré. No te he pedido alcanzar eso.
CREONTE.—¿Por qué entonces ofreces resistencia y no te apartas del país?
MEDEA.—[340] Permíteme quedarme un solo día, hoy, y hallar solución a cómo partiremos al exilio, y, además, recursos para mis hijos, pues su padre no se preocupa de encontrar ninguna salida en bien de sus hijos. ¡Apiádate de ellos! También tú, en verdad, eres padre y es natural que tengas buena disposición. En cuanto a mí, no me afecta que partamos al exilio, pero lloro por ellos que están probando la desgracia.
CREONTE.—Mi voluntad no es tiránica en absoluto, y, por haberme apiadado, he sufrido ya muchos reveses [350]. También ahora veo que yerro, mujer, mas, con todo, lo obtendrás. Pero te advierto que si la siguiente antorcha del dios[20] te contempla a ti y a tus hijos dentro de las fronteras de esta tierra, morirás. Esta frase recién pronunciada no miente. Y ahora, si has de quedarte, permanece durante un solo día, pues no realizarás ninguna acción espantosa por cuya causa el miedo me domina.

---

[20] Helios (el Sol), es decir, mañana.

CORO.—*¡Desdichada mujer! ¡Ay, ay, infeliz por tus tristezas! ¿A dónde te encaminarás? ¿Hacia qué hospitalidad? [360] ¿Acaso encontrarás una morada o una tierra salvadora de tus desdichas? ¡Cómo te ha llevado un dios, Medea, hasta un intransitable oleaje de desgracias!*

MEDEA.—Mal está la situación por todos lados. ¿Quién lo negará? Pero eso no ocurrirá así; no lo creáis aún. Todavía les quedan peligros a los recién desposados, y a los suegros no pequeñas fatigas. Pues, ¿piensas que jamás habría adulado yo éste, si no obtuviera una ventaja o maquinara algo? [370] Ni siquiera le habría hablado ni rozado con mis manos. Mas él ha llegado a tal extremo de locura que, siéndole posible paralizar mis planes con expulsarme del país, me ha permitido quedarme durante el día de hoy, en que convertiré en cadáveres a tres de mis enemigos: al padre, a la hija y a mi esposo.

Dispongo de muchos caminos mortales para ellos, pero no sé cuál emplear primero. Si prenderé fuego a la morada nupcial o les atravesaré el hígado con afilada espada [380], entrando silenciosamente en la alcoba donde está tendido su lecho. Mas un solo obstáculo tengo: si me veo cogida al entrar en la morada, mientras urdo mi acción, cuando muera causaré risa a mis enemigos. Lo mejor es la vía directa, en que, de nacimiento, soy extraordinariamente sabia: vencerlos con mis venenos.

¡Bien! Ya están muertos. ¿Qué ciudad me recibirá? ¿Qué huésped al darme su país como asilo y su mansión como garantía, defenderá mi vida? No es posible. Pues bien, quedándome todavía durante breve tiempo [390], si se me presenta algún bastión seguro, con engaño y en silencio, iré en pos de ese crimen, pero si una adversidad irremediable me rechaza, yo misma, cogiendo una espada, aun a punto de morir, los mataré y, con audacia, recurriré a la violencia. No, por la Señora a quien adoro más que a todas y que elegí por colaboradora, por Hécate[21], que vive en el interior de mi hogar: ninguno de ellos atormentará contento mi corazón. Amargas y

[21] Hija de Perses y Asteria, es la diosa de la hechicería y la adivinación. Sus estatuas con cuerpo y cabeza triples eran colocadas en las encrucijadas de los caminos. Según Diodoro de Sicilia (IV, 45, 1-3), Hécate es esposa de Eetes y madre de Circe y Medea.

funestas volveré sus bodas [400], amargos sus esponsales y mi exilio del país. ¡Ea, pues! No omitas nada de lo que sabes, Medea, al decidirlo y tramarlo. Marcha hasta el momento terrible. Ahora es la prueba de valor. Ves lo que te ocurre. No debes condenarte a la irrisión por la boda de la descendiente de Sísifo[22] con Jasón, tú que has nacido de noble padre y provienes del sol[23]. Tú posees el saber, y, además, por naturaleza, las mujeres somos del todo ineptas para el bien, pero las más expertas artífices de todos los males.

CORO

Estrofa 1.ª

[410] Las aguas de los sagrados ríos vuelven hacia arriba[24] *y la ajusticia y todo está revuelto. Entre los hombres se dan pérfidas decisiones y la fe jurada por los dioses no permanece ya segura. Pero el rumor convertirá mi conducta en gloriosa; llega la fama al sexo femenino [420]. Un renombre siniestro no afectará ya a las mujeres.*

Antístrofa 1.ª

Y las musas de los viejos aedos dejarán de cantar mi perfidia[25], *pues a nuestro espíritu no le regaló el inspirado canto de la lira Febo, conductor de cánticos, ya que habría replicado yo con un himno contra la raza de los varones [430]. Pero el largo tiempo puede hablar mucho sobre nuestro sino y el de los hombres.*

Estrofa 2.ª

Tú, desde la paterna mansión, singlaste con corazón trastornado, atravesando las gemelas rocas del Ponto[26], *y moras en país extranjero*

---

[22] Sísifo había sido el legendario rey de Corinto, famoso por sus trapacerías. Resultó castigado en el otro mundo a llevar incesantemente hasta lo alto de una montaña una enorme piedra que inmediatamente volvía a caer rodando. Aquí, por extensión, alude al rey de Corinto y a su hija.

[23] Era su abuelo. Efectivamente, Helio (el Sol), casado con Perseide, fue padre de Eetes (padre de Medea), Circe, Pasífae, Fedra y Perses.

[24] Proverbio para referirse a la inversión del orden natural (cfr. Esquilo, *Suplicantes*, 520-521; Ovidio, *Tristes*, II, 8, 1, etc.). Por otro lado, a los ríos se les llama aquí «sagrados» como posible huella y consecuencia de una situación anterior en que se los tenía por verdaderas divinidades.

[25] Es un tema frecuentemente tratado en la literatura griega ya desde época arcaica. Arquíloco, Semónides, Hiponacte, etc., lo expusieron con especial claridad. Ya en la *Odisea*, XI, 456, y en Hesíodo, *Trabajos y Días*, 375, encontramos los primeros testimonios de tal motivo literario.

[26] Es decir, las Simplégades. Cfr. nota 2.

tras perder tu matrimonio, lecho sin esposo[27], *desdichada; y, al exilio, sin derechos, te ves expulsada desde este país.*

Antístrofa 2.ª

Se ha perdido el respeto a los juramentos. La vergüenza [440] ya no habita en la gran Hélade, sino que voló hacia el cielo. Y tú, infortunada, no dispones de la mansión de tu padre para anclar allí lejos de tus desdichas, sino que otra reina más importante que tu lecho ha prevalecido en palacio.

JASÓN.—No es ahora la primera ocasión, sino que muchas veces he advertido qué irreparable desgracia es la salvaje ira. Pues cuando te era dado habitar este país y palacio si soportabas pacientemente las decisiones de los más poderosos [450], a causa de tus insensatas palabras serás expulsada del territorio. A mí no me afecta: no dejes de decir jamás que Jasón es el peor hombre. Pero, respecto a lo que has proferido contra los reyes, ten por ganancia absoluta el verte castigada con el exilio. Yo, continuamente, intentaba apaciguar la irritación de los encolerizados soberanos y deseaba que te quedaras, pero tú no dejabas tus locuras, insultando sin cesar a los reyes; por ello, serás expulsada del país. Mas, con todo, sin haber renunciado a los míos por eso [460], he venido, preocupado por tu situación, mujer, para que no seas desterrada sin recursos, con tus hijos, ni necesitada de nada. El exilio acarrea consigo muchos infortunios. Aunque me odies, jamás podría yo sentir hostilidad hacia ti.

MEDEA[28].—¡Oh monstruo de maldad!, pues ésa es la mayor infamia que puedo proferir con mi lengua respecto a tu cobardía. ¿Has venido a nosotros? ¿Has venido siendo el peor enemigo de los dioses, mío y de todo el género humano? Ni

---

[27] Así, de explicar el genitivo del texto con valor epexegético. Pero hay otras interpretaciones.

[28] Las palabras de Medea y la réplica de Jasón ocupan la misma extensión: 54 versos, si excluimos el 468 como añadido. Es un trasunto literario de la práctica forense en que, mediante una clepsidra, acusador y acusado contaban con el mismo tiempo para exponer sus razones respectivas. A diferencia de lo que acontece en otros lugares euripideos es el personaje grato al oyente el que empieza a hablar, y el antipático quien le responde. En estos agones o antilogías, disputas al modo forense, el acusador, naturalmente, suele hablar primero, y, a continuación, le replica el acusado.

osadía ni valor es mirar de frente a los amigos tras haberlos maltratado, sino el mayor de todos los vicios que habitan entre los hombres: el impudor. Pero obraste bien al venir. Yo aliviaré mi alma insultándote, y tú sufrirás el oírme.

Empezaré a hablar desde los comienzos[29]. Te salvé, como saben cuantos helenos[30] embarcaron contigo en la misma nave Argo, cuando fuiste enviado a dominar bajo el yugo los toros que exhalaban fuego y a sembrar el campo mortal. Al matar la serpiente que sin dormir custodiaba el áureo vellocino rodeándolo con entrelazados anillos, te ofrecí luz de salvación. Yo misma, tras traicionar a mi padre y mi palacio, vine contigo a la peliótide[31] Yolco, con más resolución que cordura. Y logré eliminar a Pelias del modo más doloroso de morir, por mano de sus propias hijas, y destruí todo su hogar. Y, habiendo recibido ese trato de parte nuestra, ¡oh el peor de los hombres!, nos has traicionado y has contraído nuevo matrimonio, aunque tenías hijos. Pues si estuvieras sin hijos, te sería perdonable haberte prendado de ese lecho. La fe en los juramentos se ha perdido y no puedo entender si es que piensas que los dioses de entonces ya no gobiernan o que hay ahora nuevas normas entre los hombres, porque sabes muy bien que no me has guardado tu juramento.

¡Ah, mano derecha, que muchas veces cogías, y estas rodillas mías! ¡Qué en vano fuisteis abrazadas[32] por un hombre perverso y cómo erramos en nuestras esperanzas! ¡Vamos! Te

---

[29] Eetes impuso dos trabajos a Jasón antes de otorgarle el vellocino de oro: uncir al yugo unos monstruosos toros que respiraban fuego y sembrar los dientes del dragón de Cadmo. Superadas esas pruebas gracias a la ayuda de Medea, a quien, al tiempo, le prometió Jasón casarse con ella, Eetes no quiso entregar el vellocino. Entonces, Medea condujo a Jasón al lugar en donde una espantosa serpiente custodiaba tan preciado tesoro; tras haber adormecido al monstruo y haberse apoderado del vellocino, huyeron ambos en la Argo.

[30] Hay en el texto griego una famosa y antológica aliteración de eses: / *ésosa, s,'hōs ísasin Hellḗnōn hósoi* /. Aunque realmente tal fonema se repite sólo seis veces en tal secuencia, mientras que en Sófocles, *Edipo Rey*, 425, aparece ocho veces, nuestro pasaje es especialmente efectivo, pues contiene además tres aspiraciones (espíritus ásperos), y expresa el furor desmedido de Medea en un contexto relativo a una serpiente.

[31] Es decir, situada junto al Pelión.

[32] Jasón adoptó, para convencer a Medea, la actitud propia del suplicante.

consultaré realmente como si fueras mi amigo [500]. ¿Por qué pienso obtener algún bien de parte tuya? Pero no importa, pues al recibir mis preguntas resultarás más infame. Ahora, ¿adónde puedo volverme? ¿A la mansión de mi padre que por ti traicioné —y también a mi patria— para venirme? ¿Hacia las desdichadas hijas de Pelias? ¡En verdad, bien me recibirían en su hogar aquellas a cuyo padre maté! Pues así está la situación: para los familiares de mi casa resulto odiosa; y a los que no debí ultrajar, por haberte complacido, los tengo como enemigos. Ahora bien, en pago de eso me has hecho feliz a ojos de muchas griegas [510]. Y te tengo como esposo admirable y fiel, desgraciada de mí, si he de partir al exilio expulsada del país, privada de amigos, sola con mis hijos solos. ¡Hermoso oprobio para un recién desposado: que tus hijos vayan errantes cual mendigos, y también la que te salvó!

¡Oh Zeus! ¿Por qué diste a los hombres claras pruebas del oro de mala ley y en cambio no aparece de nacimiento en el cuerpo ninguna marca con que fuera preciso reconocer al hombre perverso?[33].

CORIFEO.—[520] ¡Espantosa y mala de curar es la cólera, cuando los amigos provocan mutua discordia!

JASÓN.—Preciso es, según parece, que no sea yo torpe en hablar, sino que, cual avisado timonel de una nave, tomando rizos[34], escape de tu descarado deseo de hablar. Yo, toda vez que exageras en demasía tus servicios, pienso que Cipris fue respecto de mi viaje por mar la única salvadora entre los dioses y los hombres. Tienes fina inteligencia, pero te resulta odioso [530] explicar que Eros te forzó, con sus dardos inevitables, a salvar mi vida. Mas no lo expondré con demasiada exactitud, pues de cualquier forma que me hayas ayudado, no está mal. Sin embargo, por haberme salvado, has recibido más de lo que diste, como voy a explicar. En primer lugar, ha-

[33] El motivo literario de la marca o cuño de las monedas en relación con el modo de ser de las personas se remonta al menos a Teognis, 119 y ss. Cfr. también Hiperides, *Fragmento* 229.

[34] Imagen marinera. Al recibir menos viento el velamen, la nave puede maniobrar mejor. Cipris es un apelativo de Afrodita.

bitas una tierra helena en vez de un territorio bárbaro, has aprendido justicia y a servirte de leyes, sin favorecer la violencia. Todos los helenos se enteraron de que eres sabia [540] y adquiriste renombre. Si habitaras en remotos confines, no existiría tu prestigio. ¡Que no tenga yo, al menos, oro en mi hogar, ni module una melodía más bella que la de Orfeo, si mi destino no fuera famoso!

Sólo esto te he contado tocante a mis esfuerzos, pues empezaste tú el debate de palabras. Pero en punto a los denuestos que me lanzaste respecto a mi boda real, en eso demostraré que he sido, primero, inteligente; después, sensato, y luego, gran amigo tuyo [550] y de mis hijos. ¡Manténte en calma! Una vez que llegué aquí desde el país de Yolco, arrastrando conmigo muchas calamidades irreparables, ¿qué hallazgo más dichoso podría haber encontrado que casarme con la hija del rey, cuando era yo un desterrado? Que no fue —asunto que te irrita—, porque odiara tu lecho, perturbado yo por el deseo de una nueva esposa, ni porque tuviera empeño en contender por numerosa prole, pues basta con los que han nacido, y no te censuro, sino que mi propósito era, y esto es lo más importante, que viviéramos bien [560] y no pasáramos estrecheces, sabiendo que al pobre lo evitan todos sus amigos y se desembarazan de él[35], y además, educar a mis hijos del modo que mi mansión merece y, tras engendrar yo unos hermanos para tus hijos, darles a todos el mismo rango, y ser feliz después de haber reunido a mi familia. Pues, ¿qué necesidad tienes de hijos? A mí me interesa que los hijos que nazcan ayuden a los que ya viven. ¿Acaso he calculado mal? Ni siquiera tú lo afirmarías, si no te irritara mi boda. Mas las mujeres habéis llegado al extremo de que, si vuestro matrimonio marcha bien [570], pensáis que lo tenéis todo, pero si acontece algún infortunio en lo referente a vuestro lecho, lo más conveniente y lo más hermoso lo tomáis por lo más hostil. En verdad, sería necesario que los mortales engendraran hijos de alguna forma distinta y que no existiera el linaje femenil. De ese modo los hombres no tendrían ninguna desgracia[36].

---

[35] La misma idea aparece en *Electra*, 1.131, de Eurípides.

[36] El escoliasta nos recuerda que en *Hipólito*, 618 y ss., encontramos un pensamiento similar. Por lo demás, es frecuente en el teatro euripideo recurrir a la

CORIFEO.—Jasón, has adornado bien tus razones, pero, con todo, me parece, aunque hablaré en contra de tu opinión, que no hiciste bien al traicionar a tu esposa.

MEDEA.—En verdad, en muchos aspectos soy distinta de la mayoría de los mortales. Para mí, desde luego, cualquier persona injusta que es por naturaleza hábil en hablar merece la máxima pena, porque, jactándose de envolver bien la injusticia con su lengua, osa ser malvado, pero no es sabio en demasía. Por tanto, no te muestres tampoco tú ante mí con hermosas palabras y experto en hablar, pues una sola frase te derribará: habría sido menester que, si no eras perverso, hubieras realizado esta boda tras haberme convencido, pero no a escondidas de los tuyos.

JASÓN.—¡Bien habrías colaborado, en verdad, en mi proyecto, si te hubiera advertido de mi matrimonio, tú que ni siquiera ahora te avienes a contener la enorme cólera de tu corazón!

MEDEA.—No te retenía eso, sino que tu boda con una extranjera te llevaba a una vejez sin nombradía.

JASÓN.—Sábete bien esto ahora: no contraje por mor de una mujer el matrimonio real que ahora mantengo, sino, como dije antes, por deseo de salvarte a ti y de procrear, como hermanos de mis hijos, unos hijos soberanos, baluarte de mi mansión.

MEDEA.—¡Que no tenga yo una vida dichosa que me resulte desgraciada, ni una riqueza que atormente mi corazón!

JASÓN.—¿Sabes cómo has de cambiar tu deseo y presentarte más sensata? ¡Que lo bueno jamás te parezca desgraciado, ni, cuando tengas buena fortuna, pienses que eres infeliz!

MEDEA.—Insúltame, puesto que tú posees un refugio, y yo, en cambio, abandonada, seré expulsada de este país.

JASÓN.—Tú misma lo elegiste, no culpes a ningún otro.

MEDEA.—¿Qué he hecho? ¿Acaso me casé y te traicioné?

---

crítica del orden establecido, desde varios puntos de vista. Aun así, el pasaje que estudiamos nos choca más por aparecer en boca de un hombre que acababa de contraer segundo matrimonio guiado por el más desaprensivo interés.

JASÓN.—Proferiste impías maldiciones contra los reyes.

MEDEA.—También resulto maldita para tu casa.

JASÓN.—Pues no discutiré más contigo sobre eso [610], mas si deseas recibir algún auxilio de mis riquezas en bien de los niños y de tu exilio, dilo. Que estoy presto a concedértelo con mano generosa y a mandar contraseñas[37] a mis huéspedes, que te tratarán bien. Si no admites esto, cometerás una locura, mujer; mas, si dejas tu cólera, sacarás mayor ganancia.

MEDEA.—Ni me serviré de tus huéspedes ni aceptaré nada. No nos des nada. Pues los regalos de un perverso no acarrean beneficio.

JASÓN.—Pues bien, yo pongo a las deidades por testigos [620] de que quiero socorreros en todo a ti y a nuestros hijos. Mas no te gusta mi fortuna, sino que, por tu soberbia, rechazas a tus amigos. Y así sufrirás más.

MEDEA.—Márchate, pues al demorarte lejos de palacio eres presa del deseo hacia la muchacha recién casada. Disfruta de tu matrimonio, pues quizá —y lo diré con la ayuda de un dios— tendrás un matrimonio tal que te arrepentirás de él.

CORO

Estrofa 1.ª

Los amores, cuando llegan en demasía, no aportan a los hombres renombre ni virtud [630]. Mas, si Cipris llega con mesura, ninguna otra diosa es tan grata. ¡Jamás, oh Señora, dispares contra mí, desde tu arco dorado, el inevitable dardo tras ungirlo de deseo!

Antístrofa 1.ª

¡Que me desee la castidad, el más bello regalo de los dioses! ¡Que jamás la temible Cipris me mande encontrados enojos ni riñas insaciables trastornando mi ánimo con otro lecho, sino que, venerando a las pacíficas parejas [640], elija con sagacidad el matrimonio con las mujeres!

Estrofa 2.ª

¡Oh patria! ¡Oh mansión! ¡Que jamás me encuentre sin ciudad, llevando insufrible existencia de agobios, desdichas muy lamentables! ¡Por

---

[37] Al despedirse el huésped o extranjero acogido en casa de un amigo era usual partir por la mitad algún objeto (a veces eran astrágalos o tablillas con inscripciones diversas) que al cabo del tiempo era reconocido, porque encajaba perfectamente con la mitad que se quedaba quien ofrecía hospitalidad. Estas contraseñas eran transmitidas celosamente de padres a hijos.

la muerte, por la muerte me vea dominada antes de vivir ese día! [650]. Ningún sufrimiento está por encima de verse privado de la tierra patria.
Antístrofa 2.ª

Lo hemos contemplado, no he de ofrecer mi relato tras haberlo oído de otros. En verdad, de ti no se ha apiadado la ciudad ni ningún amigo, aunque sufrías la desgracia más espantosa. ¡Que muera el ingrato que consiente [660] en no honrar a sus amigos abriéndoles la llave de su puro corazón! ¡Jamás será mi amigo!

EGEO.—¡Salud Medea! Pues nadie conoce un preámbulo más hermoso que éste para dirigir la palabra a los amigos.

MEDEA.—¡Salud para ti también, hijo del sabio Pandión![38]. ¿Desde dónde llegas al suelo de esta tierra?

EGEO.—He venido desde el antiguo oráculo de Febo.

MEDEA.—¿Por qué te dirigiste al inspirado ombligo de la tierra?

EGEO.—Por inquirir cómo lograr simiente de hijos.

MEDEA.—[670] ¡Por los dioses! ¿Has pasado tu vida, hasta hoy, sin hijos?

EGEO.—Sin hijos estamos, por designio de alguna deidad.

MEDEA.—¿Tienes esposa, o no conoces el matrimonio?

EGEO.—No estoy libre del yugo de la unión nupcial[39].

MEDEA.—¿Qué te ha contestado entonces Febo acerca de tus hijos?

EGEO.—Palabras demasiado sutiles para ser entendidas por un hombre.

MEDEA.—¿Me es lícito conocer el oráculo del dios?

EGEO.—Por supuesto, ya que precisa de una inteligencia sabia.

MEDEA.—¿Qué te vaticinó entonces? Dilo, si es que puedo escucharlo.

EGEO.—Que no suelte el pie que sobresale del odre[40].

---

[38] Hijo de Cécrope, al que sucedió como rey de Atenas. Bajo su reinado, según el mito, Orestes se purificó en Atenas de su parricidio.

[39] Según los escolios, Egeo había estado casado anteriormente con Mélite, y, en aquel momento, lo estaba con Calcíope. Después se casaría con Medea.

[40] El odre es una alusión al vientre. El pie es eufemismo para referirse al miembro viril. Este oráculo, recogido por Plutarco, *Teseo*, 3, tiene un claro sentido erótico, a saber, manda a Egeo que no yazga con ninguna mujer hasta haber llegado a Atenas.

MEDEA.—Hasta que hayas hecho, ¿qué? O hasta que hayas llegado ¿a qué tierra?

EGEO.—Hasta que haya regresado al hogar paterno.

MEDEA.—Y tú, ¿por qué necesidad navegas hacia este país?

EGEO.—Hay un tal Piteo, rey de la tierra de Trecén[41]...

MEDEA.—Hijo, según dicen, de Pélope, muy venerado.

EGEO.—A ése deseo contarle la respuesta del dios.

MEDEA.—Pues es hombre sabio y entendido en tales menesteres.

EGEO.—Y para mí, al menos, el más querido de todos mis aliados.

MEDEA.—Pues que tengas éxito y logres lo que ansías.

EGEO.—Mas, ¿a que viene esa mirada y ese cuerpo tan demacrado?

MEDEA.—Egeo, mi marido es el peor de todos.

EGEO.—¿Qué afirmas? Cuéntame claramente tus penas.

MEDEA.—Jasón me injuria, sin haber recibido daño alguno de mi parte.

EGEO.—¿Qué ha hecho? Explícamelo con más claridad.

MEDEA.—Tiene una mujer que manda sobre nosotras como señora de la mansión.

EGEO.—¡No es posible! ¿Ha osado cometer esa injuriosísima acción?

MEDEA.—Sábelo bien. Somos menospreciados los amigos de antes.

EGEO.—¿Tras haberse enamorado, o por aversión a tu lecho?

MEDEA.—Por causa de un gran amor. No es fiel a sus amigos.

EGEO.—¡Váyase, pues, si como dices, es un malvado!

MEDEA.—Deseó trabar parentesco con el soberano.

EGEO.—¿Quién le da su hija en matrimonio? Termíname la explicación.

MEDEA.—Creonte, que manda en esta tierra corintia.

EGEO.—Perdonable entonces era tu tristeza, mujer.

---

[41] Piteo, hijo de Pélope e Hipodamía y hermano de Tiestes y Atreo, había fundado Trecén en la Argólide.

MEDEA.—Perdida estoy. Y, además, me veo expulsada del país.

EGEO.—¿Por quién? Nueva es esta otra desdicha que me cuentas.

MEDEA.—Creonte me expulsa y destierra del territorio corintio.

EGEO.—¿Lo consiente Jasón? Tampoco eso lo elogio.

MEDEA.—De palabra, no, pero se resigna a tolerarlo. ¡Ea! ¡te suplico por tu barbilla y por tus rodillas, y me convierto en suplicante! ¡Apiádate, apiádate de mí, de la desgraciada! ¡No permitas que me vea abandonada en el destierro! ¡Acéptame en tu país, junto al hogar de tu palacio! ¡Así se te cumpla de parte de los dioses el deseo de hijos, y tú mismo mueras dichoso! No sabes qué hallazgo acabas de descubrir. Terminaré con tu esterilidad y lograré que tengas descendencia de hijos. ¡Tales remedios conozco!

EGEO.—Por muchos motivos estoy dispuesto, mujer, a concederte esta gracia: en primer lugar, por los dioses, y después, por los hijos cuyo nacimiento me prometes, pues en ese punto resulto del todo inepto. Así lo resuelvo: cuando llegues a mi tierra, trataré de ofrecerte mi hospitalidad como es justo. Una sola advertencia te hago, mujer: no intentaré llevarte fuera de este país, pero si tú misma llegas a mi mansión, permanecerás protegida y a nadie te entregaré. Pero aleja tú misma tu pie desde este país, pues deseo estar libre de censuras ante mis huéspedes.

MEDEA.—Así será. Mas si yo tuviera alguna garantía de eso, estaría satisfecha en todo lo que te concierne.

EGEO.—¿Acaso no tienes confianza? ¿Qué obstáculo encuentras?

MEDEA.—Tengo confianza, pero enemigos son la mansión de Pelias y Creonte. Si te ligas a mí con juramentos, cuando esos vayan a llevarme fuera de tu país, no me entregarás, pero, si te comprometes de palabra sin jurarlo por los dioses, podrías resultar partidario suyo y obedecer lo que pidan sus heraldos. Pues mi persona es débil, y ellos, en cambio, tienen riqueza y una mansión real.

EGEO.—Gran previsión has expresado con tus palabras. ¡Ea! Si a ti te parece bien, yo no rehúso hacerlo, pues para mí

lo más seguro es esto: mostrar a tus enemigos que tengo una excusa. También tu situación queda más firme. Precísame qué dioses.

Medea.—Jura por el suelo de la Tierra y por el Sol, padre de mi padre, y agrupando a toda la raza de los dioses...

Egeo.—¿Qué he de hacer, y qué no? Dilo.

Medea.—... que ni tú me expulsarás jamás de tu país, ni aunque algún enemigo mío quiera llevarme se lo consentirás de forma voluntaria mientras vivas.

Egeo.—Juro, por la Tierra, por la resplandeciente luz del Sol, y por todos los dioses cumplir lo que acabo de oírte.

Medea.—Basta. ¿Qué sufrirías si no fueras fiel a este juramento?

Egeo.—Lo que acontece a los mortales sacrílegos.

Medea.—Vete feliz, pues todo está perfectamente. Y yo llegaré lo antes posible a tu ciudad, tras llevar a cabo lo que intento y lograr lo que quiero.

Corifeo.—*¡Que el hijo de Maya, el rey conductor*[42]*, te acompañe a tu mansión y puedas lograr aquello en que te afanas, pues cual hombre noble, Egeo, te has presentado ante mí!*

Medea.—¡Oh Zeus, justicia, hija de Zeus, y luz del Sol! Ahora obtendremos hermosa victoria sobre mis enemigos, amigas, y ya estamos en camino. Ahora es de esperar que mis enemigos paguen su pena, pues ese hombre, en el instante que más apuro teníamos, acaba de aparecer como puerto de mis intenciones: de él ataremos nuestra amarra de popa[43], cuando hayamos llegado a la ciudad y acrópolis de Palas. Y ya voy a contarte todos mis proyectos. Escucha mis palabras que no son para agradar.

Tras enviar uno de mis servidores, rogaré a Jasón se presente ante mi vista. Y, cuando haya llegado, le diré suaves palabras: que también yo tengo la misma opinión; que está bien

---

[42] Entre las misiones de Hermes, hijo de Zeus y Maya, está la de acompañar a los muertos en su viaje al otro mundo. Pero también es el patrón de caminantes y mercaderes. Sus estatuas se erguían en los cruces y al borde de los caminos.

[43] La metáfora marinera alude al modo según el cual los griegos varaban las naves para repararlas o resguardarlas de las tempestades.

el matrimonio real de que goza, aunque nos haya traicionado; que su decisión es útil y está bien tomada [780]. Pero le pediré que se queden mis hijos, no con la intención de dejarlos en país hostil en manos de enemigos que los ultrajen, sino para matar a la hija del rey con mis ardides. Pues los enviaré con regalos en sus manos; que se los lleven a la desposada para que no los destierren de este país: un velo fino y una diadema de áureas placas. Si toma los adornos y los pone en su cuerpo, perecerá de forma terrible, y también cualquiera que toque a la joven. ¡Con tales venenos ungiré los regalos! [790]. Ahora, en cambio, altero mi relato. Comienzo a sollozar: ¡qué acción he de cometer después! Pues daré muerte a mis hijos. No hay nadie que me los pueda arrebatar. Después de arruinar toda la casa de Jasón me iré del país, huyendo del asesinato de mis queridísimos hijos, tras atreverme a la acción más impía, pues no es soportable, amigas, ser la irrisión de mis enemigos.

¡Vamos! ¿Qué gano con vivir? No tengo patria, ni casa, ni refugio contra mis desgracias [800]. Erraba yo, cuando abandonaba la mansión paterna, dando crédito a las palabras de un griego que, con la ayuda de un dios, me pagará su castigo. Pues ni verá jamás en adelante los hijos nacidos de mí, ni tendrá un hijo de su esposa recién casada, pues es fuerza que la malvada perezca de forma espantosa con mis venenos. Que nadie me tenga por floja, débil e indolente, sino de temperamento dispar: terrible con mis enemigos y benévola con mis amigos [810]. Pues la vida de personas de tal condición es muy famosa.

Corifeo.—Ya que nos has contado tu proyecto, en mi deseo de ayudarte y proteger las leyes de los mortales, te prohíbo que lo hagas.

Medea.—No existe otra solución, pero es disculpable que digas eso, ya que no has sufrido ultrajes, como yo.

Corifeo.—¿Osarías matar tu semilla, mujer?

Medea.—Sí, pues así sufrirá la mayor herida mi esposo.

Corifeo.—Y tú serás la mujer más desdichada.

Medea.—¡Vamos! Inútiles son todas las palabras de entremedio [820]. ¡Ea! Vete y trae a Jasón, pues me serviré de ti para todos los encargos de confianza. No cuentes ninguna de mis decisiones, si aprecias a tu señora y eres mujer.

Coro

Estrofa 1.ª

Los hijos de Erecteo[44] *son desde antaño afortunados e hijos de bienaventurados; surgidos de una tierra santa y nunca devastada, sustentados con la sabiduría más famosa, marchando siempre con elegancia por el brillantísimo éter, donde cuentan que un día las sagradas Piérides*[45], *las nueve Musas, procrearon a la rubia Armonía.*

Antístrofa 1.ª

Y refieren que Cipris, mediante las corrientes del Cefiso de bello fluir, sopla hacia el país las gratas y suaves brisas de los vientos, y que, llevando siempre en sus cabellos fragante corona de rosas, manda sentarse cabe la Sabiduría a los Amores, colaboradores de toda virtud[46].

Estrofa 2.ª

¿Cómo entonces la ciudad de los sagrados ríos[47], *la comarca que escolta a sus amigos, te acogerá a ti, la aniquiladora de tus hijos, la impura, junto a otros? Medita en la herida que inferirás a tus hijos; medita en el crimen que cometes. ¡No, por tus rodillas! ¡Te lo pedimos con toda insistencia! ¡No asesines a tus hijos!*

Antístrofa 2.ª

¿De dónde lograrás osadía contra tus hijos, en mente, mano y corazón, cuando perpetres tu espantosa audacia? ¿Cómo, dirigiendo la mirada a tus hijos, realizarás sin lágrimas su destino de muerte? Cuando se prosternen suplicantes, no podrás teñir de sangre tu mano con intrépido corazón.

---

[44] Erecteo, hijo de Pandión y rey de Atenas, era considerado el antecesor legítimo de todos los atenienses en cuanto fundador mítico de la ciudad. Se apunta después en el contexto a la diáfana atmósfera de que se disfrutaba en la ciudad de la Acrópolis.

[45] Otros entienden «las sagradas Piérides» como objeto directo. Pero, al parecer, la Armonía se refiere en esta secuencia al acuerdo y unión de las nueve Musas, que eran hijas de Zeus y Armonía e hicieron de Atenas su hogar predilecto. El calificativo de Piérides les viene de que en Pieria, región situada al sur de Macedonia, recibían un culto singular.

[46] Estos Amores, más que al sentido físico, deben referirse a la belleza y los saberes. Platón recoge la misma idea en *Banquete*, 212 b, donde se nos expone cómo el Amor conduce a la Belleza.

[47] Es decir, el Iliso y el Cefiso que corren, respectivamente, al sur y al norte de Atenas.

JASÓN.—Vengo porque me has llamado, pues, aun siéndome hostil, no te faltará esto, sino que escucharé qué nueva petición me diriges, mujer.

MEDEA.—Jasón, te pido perdón por lo que dije [870]. Es natural que toleres mis momentos irritados, pues muchos motivos de amor nos hemos dado. Yo he dialogado conmigo misma y me he reprochado: «¡Infeliz! ¿Por qué enloquezco y soy hostil a quienes razonan bien, y me hago odiosa a los reyes del país y a mi esposo, que hace lo más conveniente para nosotros, al casarse con una princesa y procrear unos hermanos de mis hijos? ¿No desistiré de mi irritación? ¿Qué me acontece, si los dioses lo solucionan bien? [880] ¿No tengo hijos y se que somos desterrados del país y carecemos de amigos? Reflexionando así, comprendí que cometía gran insensatez y que me irritaba en vano. Pues bien, ahora te elogio y creo que obras con cordura al contraer, en bien nuestro, este matrimonio; y yo soy insensata, pues tendría que haber colaborado en tal decisión y haberte ayudado en tu boda, estar junto a tu lecho y alegrarme de atender a la desposada. Pero somos como somos; no diré una injuria [890]: mujeres. No deberías imitarme en los defectos, ni replicar con niñerías a mis niñerías. Cedo y afirmo que fui insensata entonces, pero ahora he tomado mejor mi decisión.

¡Oh hijos, hijos! ¡Venid aquí! ¡Dejad la mansión! ¡salid, abrazad y saludad a vuestro padre conmigo, y olvidaos a la vez, junto a vuestra madre, del odio anterior hacia nuestros amigos! Hay tregua entre nosotros y ha desaparecido el rencor. Coged su mano derecha. ¡Ay de mí! [900] ¡Cómo presiento ya desgracias que están ocultas! ¡Oh hijos! ¿Viviréis mucho tiempo para tender así vuestros brazos? ¡Desdichada de mí! ¡Qué presta estoy al llanto y qué llena de terror! Cuando, por fin, acabé mi rencilla con vuestro padre, he llenado de lágrimas mis tiernos ojos. ¡Ojalá una desgracia mayor no sobrepase a la presente!

JASÓN.—Elogio esto, mujer, y no censuro aquello, pues es natural que el sexo femenino se encolerice contra el marido [910] si contrae nuevo matrimonio. Mas tu corazón ha girado hacia lo que es bastante ventajoso y has tomado, por fin, la decisión victoriosa. Esa acción es propia de una mujer pru-

dente. A vosotros, hijos, vuestro padre, no sin reflexión, os ha preparado una gran salvación gracias a los dioses. Pues pienso que algún día seréis los primeros dignatarios de esta tierra corintia en unión de vuestros hermanos. ¡Creced! De lo demás se encarga vuestro padre y el dios que os sea favorable [920]. ¡Ojalá pueda veros alcanzar robustos el momento de vuestra juventud, superiores a mis enemigos! Y tú, ¿por qué humedeces tus pupilas con copiosas lágrimas y escondes tu blanca mejilla? ¿No aceptas gustosa estas palabras mías?

MEDEA.—No es nada. Pensaba en estos hijos.

JASÓN.—Anímate entonces, pues adoptaré buenas medidas respecto a ellos.

MEDEA.—Lo haré. No desconfiaré de tus palabras, pero la mujer es débil e inclinada a las lágrimas.

JASÓN.—¿Por qué, en verdad, gimes en demasía por estos hijos?

MEDEA.—[930] Yo los tuve, y cuando tú pedías que nuestros hijos vivieran, me pregunté con pena si eso ocurriría. Pero respecto a lo que has venido a hablar conmigo, unos puntos están dichos, y otros te los voy a recordar. Ya que el rey resuelve expulsarme del país —y para mí esto es lo mejor, bien lo reconozco: no habitar aquí como un obstáculo para ti y los soberanos del país, pues parece que soy hostil a su mansión—, yo me marcho al exilio lejos de esta tierra, pero los niños, para que sean criados por tu mano [940], pídele a Creonte que no los expulse de este país.

JASÓN.—No sé si lograré convencerlo, pero menester es intentarlo.

MEDEA.—Pues exhorta a tu esposa para que suplique a su padre que no expulse a mis hijos de este país.

JASÓN.—Desde luego, y pienso que la convenceré, al menos.

MEDEA.—Sí, si es una mujer como las demás. Pero también yo te ayudaré en esta dificultad. Pues enviaré regalos que superan con mucho en belleza a los que existen entre los humanos, yo lo sé: un velo fino y una diadema de áureas placas [950] le llevarán los niños. ¡Ea! Menester es que a toda prisa un sirviente traiga aquí los adornos. Será dichosa no una sola vez, sino infinitas, por haberte encontrado a ti, cual

varón excelente que su lecho compartes, y por poseer un ornamento que otrora el Sol, padre de mi padre, regaló a sus descendientes.

Tomad, hijos, en vuestras manos, estos regalos de boda, lleváoslos y dádselos a la princesa, feliz desposada. No recibirá reprochables presentes.

JASÓN.—¿Por qué, insensata, privas tus manos de estos adornos? [960] ¿Piensas que la mansión real escasea de velos? ¿Crees, que de oro? Guárdalos, no los regales. Si mi mujer me aprecia en algo me preferirá a las riquezas, bien lo sé yo.

MEDEA.—No me lo digas. Es fama que los regalos convencen también a los dioses[48], y el oro es más poderoso entre los mortales que infinitas palabras. La divinidad está de parte de aquélla; su suerte la favorece un dios; es joven y reina. Por librar a mis hijos del destierro entregaría mi vida a cambio, y no sólo oro.

¡Ea, hijos! Entrando en el rico palacio [970], suplicad a la nueva esposa de vuestro padre y señora mía; rogadle que no os expulsen del país, entregándole los regalos, pues esto es lo más necesario: que ella reciba en sus manos estos presentes. Id a toda prisa. ¡Ojalá deis a vuestra madre la buena noticia de haber realizado bien lo que ella ansía conseguir!

CORO

Estrofa 1.ª

Ahora ya no tengo esperanzas de que vivan los niños, ya no, pues marchan, sí, a la muerte. Aceptará la desposada, aceptará la infeliz el desastre de áureas diademas [980]. En torno a su rubia cabellera colocará el ornato de Hades[49], *ella misma con sus manos.*

Antístrofa 1.ª

La gracia y el divino reflejo del velo la persuadirán a ponerse la corona cincelada en oro. Y ya entre los muertos se vestirá de novia. En tal trampa y sino de muerte caerá la infeliz. No conseguirá evitar su ruina.

---

[48] Trátase de un refrán citado también por Platón: «Los regalos convencen a los dioses; convencen también a los reyes venerables», *República*, III, 390 e. Cfr. asimismo *Alcibíades*, II, 149 e.

[49] O sea, el adorno que ocasiona la muerte.

Estrofa 2.ª

Y tú, oh infortunado, malvado esposo, yerno del rey, sin saberlo acarreas la perdición a la vida de tus hijos y odiosa muerte a tu esposa. ¡Desgraciado! ¡Cuánto te alejas de tu suerte!

Antístrofa 2.ª

Deploro también tu dolor, ¡oh desgraciada madre de tus niños!, porque asesinarás a tus hijos a causa del tálamo nupcial que tu esposo abandonara sin motivo, para cohabitar con otra consorte.

PEDAGOGO.—Señora, aquí están tus hijos libres del destierro. La princesa desposada aceptó contenta los dones en sus manos. ¡Eh! ¿Por qué resultas abatida cuando tienes buena fortuna? ¿Por qué has vuelto hacia atrás tu mejilla y no recibes contenta mis palabras?

MEDEA.—¡Ay, ay!

PEDAGOGO.—Eso no concuerda con lo que acaba de anunciársete.

MEDEA.—¡Ay, ay, otra vez!

PEDAGOGO.—¿Acaso te anuncio algún infortunio sin darme cuenta? ¿Me he equivocado al tomarlo por mensaje feliz?

MEDEA.—Anunciado está como lo has anunciado. No te critico.

PEDAGOGO.—Por qué entonces bajas los ojos y viertes lágrimas?

MEDEA.—Gran necesidad tengo, anciano. Pues los dioses y yo, en mi locura, lo hemos urdido.

PEDAGOGO.—¡Anímate! En verdad, también tú regresarás un día gracias a tus hijos.

MEDEA.—A otros haré bajar yo antes, desgraciada de mí[50].

PEDAGOGO.—No eres la única que se ha visto apartada de sus hijos. Cuando se es mortal hay que soportar fácilmente las desgracias.

MEDEA.—Así lo haré. ¡Ea! Marcha dentro de la mansión y proporciónales a mis hijos lo que precisan cada día. ¡Oh hijos, hijos! Ya tenéis una ciudad y un palacio, en donde, tras abandonarme, desgraciada de mí, habitaréis

---

[50] Hay en el texto un macabro juego semántico entre «regresar» o «volver» al país y «bajar» o «descender» al infierno. En ambos casos encontramos el preverbio *kata-*, «abajo».

siempre privados de vuestra madre. Yo me iré desterrada hacia otro país antes de haberos disfrutado y visto dichosos; antes de vuestro matrimonio, y de adornar vuestro lecho nupcial y de haber sostenido en alto las antorchas[51]. ¡Oh desdichada por mi arrogancia! Inútilmente, entonces, os crié, hijos [1.030]; inútilmente pasaba fatigas y me agoté en mis esfuerzos, aguantando terribles dolores en los partos. En verdad, antaño, triste de mí, tenía muchas esperanzas en vosotros: que me alimentaríais en la vejez[52] y, cuando muriera, me amortajaríais bien con vuestras manos, trato envidiado por los hombres. Mas ahora ha perecido ya mi dulce pensamiento, pues privada de vosotros llevaré una vida desgraciada y dolorosa para mí. Y vosotros ya no contemplaréis a vuestra madre con vuestros ojos, por haberos marchado a otra clase de vida[53].

[1.040] ¡Ay, ay! ¿Por qué me observáis con vuestros ojos, hijos? ¿Por qué me dirigís vuestra última sonrisa? ¡Ay, ay! ¿Qué debo hacer? Pues me falla el corazón, mujeres, en cuanto he visto la brillante mirada de mis hijos. No podría realizarlo. ¡Adiós a mis proyectos anteriores! Llevaré a mis hijos fuera del país. ¿Qué necesidad tengo yo, por dañar al padre con las desgracias de éstos, de ganarme yo misma desgracias dos veces más grandes? ¡No, yo no, desde luego! ¡No! ¡Adiós a mis proyectos!

Mas, ¿qué me sucede? ¿Quiero servir de irrisión [1.050] al dejar sin castigo a mis enemigos? ¡Hay que atreverse a ello! Pero, ¡qué cobardía la mía: consentir blandas razones a mi corazón! ¡Marchad, hijos, hacia la mansión! A quien la ley divi-

---

[51] Acabado el banquete nupcial, los recién casados eran llevados en un carruaje especialmente ataviado hasta la morada conyugal. El carro avanzaba lentamente entre cánticos (himeneos) y sones de cítara y flauta, escoltado por los parientes y amigos que llevaban antorchas. Llegados a la puerta de la nueva morada, la madre del novio, coronada de mirto, le ofrecía al mismo una antorcha encendida. Cfr. otros detalles sobre el particular en *Ifigenia en Áulide*, 732; *Fenicias*, 344; Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 808.

[52] El mismo pensamiento encontramos en *Alcestis*, 622 y ss. Cfr. al respecto nuestra nota 43 a tal tragedia.

[53] Refiérese a la vida de ultratumba. Es un lugar común. Cfr. *Hipólito*, 195, y por otro lado, Alcifrón, III, 3, 3.

na prohíba asistir a mi sacrificio, a él le compete[54]. No permitiré que tiemble mi mano.

¡Ah, ah! ¡No, corazón, no cometas este crimen! ¡Déjalos, oh desgraciada! ¡Deja vivir a tus hijos! Si viven allí conmigo me darán alegría[55].

¡No, por los infernales espíritus vengadores de Hades! Jamás entregaré mis hijos a mis enemigos para que se vean ultrajados. De cualquier forma es forzoso que mueran, y, dado que es menester, los mataré yo que les di la vida. Eso está absolutamente decidido y no podrá evitarse. Además, ya, con la corona en su cabeza y con su velo, la desposada real perece, bien lo sé yo. ¡Ea! Ya que voy a marchar por el camino más espantoso, y también a éstos he de mandarlos por una senda aún más espantosa[56], quiero despedir a mis hijos.

¡Dadme vuestra mano derecha, hijos míos! ¡Dádmela para besarla! ¡Oh mano queridísima, boca queridísima para mí, figura y noble rostro de mis hijos! ¡Ojalá seáis dichosos, pero allí![57]. La dicha de aquí os la quitó vuestro padre. ¡Oh dulce abrazo! ¡Oh delicada piel y aliento dulcísimo de mis hijos! ¡Marchaos, marchaos! Ya no soy capaz de dirigiros la mirada, sino que estoy vencida por las desdichas. Comprendo qué crímenes voy a cometer, pero más fuerte que mis pensamientos resulta mi ira, que es la culpable de las mayores desventuras de los humanos.

CORIFEO.—*Muchas veces ya he marchado por argumentos un tanto sutiles y acudido a lides mayores de las que debe buscar el sexo femenino. Pues también nosotras tenemos una Musa que nos escolta por mor de la sabiduría; mas no todas, pues, entre muchas, descubrirás un corto número de la raza mujeril que no sea ajeno a las Musas.*

Sostengo que los mortales inexpertos del todo en hijos y que no los han engendrado ganan en dicha a quienes sí los procrea-

---

[54] O sea, retirarse. Medea apunta con sus palabras a un sacrificio ritual, en donde, como era usual, se anunciaba previamente que se marcharan todos aquellos que no debían verlo. Cfr. Aristófanes, *Caballeros*, 1.288-1.289; Sófocles, *Edipo Rey*, 329-340; Calímaco, *Himno a Apolo*, 2, etc.

[55] Es decir, si los hijos se marchaban con ella al exilio.

[56] El camino del Hades.

[57] En el otro mundo.

ron. Quienes carecen de hijos, por su ignorancia de si estos producen alegría o pena a los humanos, con no lograrlos, eluden muchas penas.

Pero a quienes poseen en su hogar dulce floración de hijos los contemplo [1.100] siempre abatidos de angustia: primero, cómo criarlos bien y de dónde dejarán a sus hijos un medio de vida; y, además, después de eso, si luchan por unos hijos malos o buenos, resulta incierto.

Y mencionaré ya una desgracia que es la peor de todas para todos los mortales. Admitamos que hallaron medios suficientes; que los hijos han llegado a la juventud y han sido buenos. Mas, si una deidad [1.110] así lo dispone, la muerte se marcha hacia Hades llevándose los cuerpos de los hijos. Entonces, ¿de qué les sirve a los mortales que los dioses les manden, aparte de otras, esta tristísima pena por causa de los hijos?

MEDEA.—Amigas, esperando desde ha tiempo el suceso, aguardo impaciente cómo resultará lo de palacio. He aquí que estoy viendo venir a este sirviente de Jasón. Su respiración agitada [1.120] muestra que va a anunciarnos alguna nueva desgracia.

MENSAJERO.—¡Oh tú que has realizado un crimen espantoso en contra de la ley, Medea! ¡Huye, huye! ¡No dejes de tomar cualquier transporte naval o carro de tierra firme!

MEDEA.—Pero ¿que acontece para imponerme esta huida?

MENSAJERO.—Acaba de perecer la joven princesa, y, también Creonte, el que la engendró, a causa de tus venenos.

MEDEA.—Hermosísima frase has pronunciado; en adelante estarás ya entre mis bienhechores y amigos.

MENSAJERO.—¿Qué afirmas? ¿Estás en tus cabales y no loca, mujer [1.130], tú que, aun habiendo ultrajado el hogar real, gozas de oír esta noticia y no sientes miedo?

MEDEA.—También yo puedo replicar algo a tus palabras, pero no te precipites, amigo, y cuenta. ¿Cómo perecieron? Pues doble gozo me darías si acaban de morir de forma totalmente espantosa.

MENSAJERO.—Una vez que tus hijos, tu doble descendencia, hubieron llegado con su padre y entrado a la mansión nupcial, nos alegramos los esclavos que padecíamos con tus desgracias. Al punto corría por los oídos insistente rumor [1.140] de que tú y tu esposo habíais acabado vuestra discordia anterior. Besaba uno la mano, y otro la rubia cabeza de

tus hijos. Y yo, en persona, llevado de la alegría, acompañé a tus hijos hasta las habitaciones de las mujeres. La señora que respetábamos ahora en tu lugar, antes de ver tu pareja de hijos, tenía una mirada ardiente hacia Jasón. Después, sin embargo, cubrió sus ojos y volvió hacia atrás su blanca mejilla, horrorizada por la entrada de tus hijos. Mas tu esposo [1.150] trataba de calmar la ira y cólera de la joven hablándole así: «No seas hostil a unos amigos. Cesa en tu enfado y vuelve la cabeza, teniendo por amigos a los que tuviera tu esposo; acepta los regalos y suplica a tu padre que libre del destierro a estos hijos míos, por complacerme a mí.»

Ella, en cuanto vio el regalo, no se resistió, sino que le otorgó todo a su esposo, y, antes que se alejaran mucho de palacio el padre y los hijos, cogió el bordado velo y se lo puso [1.160], y, colocando la áurea corona en torno a sus bucles, se arregla sus cabellos ante brillante espejo, sonriendo a la imagen inanimada de su cuerpo. Y después, levantándose desde su trono, marcha por la estancia andando graciosamente con su pie todo blanco, muy contenta con los regalos, y, muchísimas veces, poniéndose de puntillas, se contempla con sus ojos. Mas a continuación ocurrió un espectáculo espantoso de ver, pues, tras cambiar de color, retrocede de lado, con sus miembros temblorosos y a duras penas tiene tiempo [1.170] de echarse en el trono para no caer en tierra. Una vieja sirviente, pensando que le había sobrevenido un ataque de furor obra de Pan o de algún dios[58], emitió un alarido suplicante, antes de observar que le corría blanca espuma por la boca; que le giraban las pupilas fuera de las órbitas, y que no había sangre en su cuerpo. Entonces, en réplica a su alarido, lanzó un gran lamento. Al instante se precipitó una hacia la mansión de su padre; otra, a la de su reciente esposo, para contar

[58] Nos advierte el escoliasta que los antiguos atribuían a los dioses, especialmente a Pan y Hécate, los ataques momentáneos, síntomas de diversas enfermedades. Tal aparece en *Hipólito,* 141 y ss.; *Reso,* 36, dentro de las obras euripideas. Precisamente dentro de la Colección Hipocrática el tratado *Sobre la enfermedad sagrada* está dedicado a demostrar que la epilepsia no es ni más ni menos divina que las demás afecciones, y que todas y cada una tienen su propia etiología.

la desgracia de la desposada. Y toda la morada [1.180] retumba con numerosas carreras.

Cuando ya un rápido andador, alargando el paso en la carrera de seis pletros[59], habría alcanzado la meta, ella, recuperándose de su mudez y abriendo sus cerrados ojos, tras proferir espantoso gemido, volvía en sí, la desgraciada, pues doble sufrimiento la asediaba. La áurea diadema colocada en torno a su cabeza lanzaba asombrosa fuente de fuego devorador, y el fino velo, regalo de tus hijos, desgarraba la delicada carne de la infeliz [1.190]. Intenta huir levantándose abrasada desde el trono, agitando sus cabellos y cabeza en uno y otro sentido, pues deseaba arrojar la corona, pero la ligazón del oro estaba bien engarzada, y el fuego, en cuanto ella agitaba la cabellera, dos veces más refulgía. Cae en el suelo, derrotada por su desgracia, totalmente imposible de reconocer salvo por su padre. Pues no se distinguía ni la situación de sus ojos ni su hermoso rostro, sino que la sangre goteaba desde lo alto de la cabeza mezclada con fuego [1.200], y las carnes, a modo de lágrimas de pino[60], fluían de sus huesos con los invisibles mordiscos del veneno: espantosa visión. Todas teníamos miedo de tocar el cadáver, pues de maestro nos servía su infortunio.

Mas su desdichado padre, en la ignorancia de su desgracia, tras entrar repentinamente en palacio, se prosterna ante el cadáver. Comenzó a sollozar de inmediato, y rodeándola con sus brazos la besa diciendo así: «¡Oh desgraciada hija! ¿Qué divinidad te ha aniquilado de forma tan indigna? ¿Quién deja huérfano de ti a un anciano, una tumba?[61] [1.210]. ¡Ay de mí! ¡Ojalá pereciera contigo, hija!

---

[59] En el sistema ático, el pletro tenía cien pies, o sea, 29,60 metros. El estadio equivalía a seiscientos pies, es decir, seis pletros, lo que viene a ser 177,6 metros. El pie ateniense medía 0,222 metros.

[60] Lograda metáfora en que las carnes consumidas por el fuego resultan comparadas a las gotas de resina que desprenden los pinos bajo el tórrido calor de verano. Véase respecto a tal imagen poética, Heródoto, II, 96, 1; Aristóteles, *Meteorológicos*, 389 b, 19, etc.

[61] En *Heraclidas*, 167, aparece el mismo motivo. Además, en el mismo sentido, véase Aristófanes, *Lisístrata*, 372.

En cuanto hubo cesado en sus gemidos y sollozos, aun queriendo levantar su anciano cuerpo, se veía ligado al velo, cual hiedra a ramas de laurel, y espantosa lucha acontecía, pues deseaba él levantar su rodilla, pero su hija lo retenía. Y si recurría a la fuerza, desgarraba de los huesos sus ancianas carnes. Al fin se agotó, y el desdichado entregó su vida, pues ya no podía vencer su desgracia [1.220]. Yacen cadáveres la hija y su anciano padre, cerca uno de otro, desventura propicia a las lágrimas.

Y, por mí, no tengo nada que decir de tu situación, pues tú misma sabrás de una escapatoria a tu castigo. Los asuntos mortales no es ahora la primera vez que los tengo por una sombra, y podrás decir sin temblar que los mortales que parecen sabios y ávidos de razones son quienes reciben la mayor condena. Pues de entre los mortales ningún hombre es feliz, y, cuando fluye la riqueza, una persona [1.230] puede ser más próspera que otra, pero no feliz.

CORIFEO.—Parece que la divinidad, con justicia, ha reunido en este día muchas desgracias contra Jasón. ¡Oh infeliz, cómo deploramos tus infortunios, hija de Creonte, tú que marchas a la mansión de Hades a causa de tu boda con Jasón!

MEDEA.—Amigas, resuelta está mi acción: matar lo antes posible a mis hijos y marcharme de este país; y no, por demorarme, entregar mis hijos a otra mano más hostil para que los mate [1.240]. De todas formas es forzoso que ellos mueran, y, ya que es preciso, los mataré yo que les di la vida. ¡Ea! ¡Ármate, corazón! ¿Por qué tardamos en cometer un mal terrible, pero necesario? ¡Ea! ¡Oh desgraciada mano mía! ¡Coge la espada! ¡Cógela! ¡Marcha hacia la barrera[62] de una vida triste! ¡No te acobardes ni te acuerdes de tus hijos: de que te son queridísimos; de que los has tenido! Mas, durante este corto día, ¡olvídate de tus hijos, y después gime! Pues, aunque los mates [1.250], sin embargo, te eran queridos; y yo, una mujer desgraciada.

[62] Estaba señalada con cuerdas en el estadio, al comienzo y final de la carrera. Aquí, a juicio del escoliasta, se menciona el comienzo o punto de partida de una desdichada existencia.

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh Tierra y brillante rayo del Sol! ¡Observad, mirad a esta mujer perniciosa, antes que ponga sobre sus hijos su mano criminal asesina de su propia estirpe! De tu áureo linaje florecieron[63] *y espanto da que la sangre de un dios sea derramada por los hombres. ¡Ea! ¡Oh luz nacida de Zeus! ¡Conténla, deténla! ¡Expulsa de la mansión a la asesina y desgraciada Erinis provocada por espíritus vengadores!*[64].

Antístrofa 1.ª

En balde se ha perdido el sufrimiento por tus hijos. En balde, en verdad, tuviste amada descendencia, ¡oh tú que atrás dejaste el muy inhóspito paso de las oscuras rocas Simplégades! ¡Infeliz! ¿Por qué se abate sobre ti la grave cólera de tu espíritu y se convierte en odioso asesinato? Funestas, en verdad, para los mortales resultan las manchas de sangre familiar derramada en tierra, cuando por mandato divino caen sobre las casas cual aflicciones merecidas por los asesinos de su propia estirpe.

Estrofa 2.ª

CORIFEO.—*¿Oyes? ¿Oyes el grito de los niños? ¡Oh desdichada, oh infortunada mujer!*

HIJOS

—¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¿Dónde escapar de las manos de mi madre?

—No sé, queridísimo hermano, pues estamos perdidos.

CORIFEO.—*¿He de entrar en palacio? Creo que debo salvar a los niños de su muerte.*

HIJOS

—¡Sí, por los dioses! ¡Salvadnos! Es la ocasión.

—¡Qué cerca estamos ya de la trampa de la espada!

CORIFEO.—*¡Desgraciada! ¡En verdad, eras cual roca o hierro, tú que a tus hijos, el fruto que tuviste, vas a matarlos con muerte impuesta por tu propia mano!*

---

[63] Recordemos que Medea era nieta del Sol.

[64] El espíritu vengador *(alástōr)* es el encargado de reparar los delitos de sangre, valiéndose para ello de las Erinis, diosas de horrible aspecto, con cabellos de serpientes. Las *Euménides*, de Esquilo, nos ofrecen un interesante ejemplo de cómo esas terribles divinidades perseguían a los parricidas, Orestes en este caso.

Antístrofa 2.ª

De una sola mujer, de una sola, sí, he oído decir que levantara la mano contra sus hijos. Ino[65]*, trastornada por los dioses, cuando la esposa de Zeus la expulsó de su mansión hacia el extravío. La infeliz se arrojó al mar por la impía muerte de sus hijos, lanzándose de un salto desde el acantilado marino, y feneció muriendo en unión de sus dos hijos [1.290]. Entonces, ¿qué acción terrible podría aún acontecer? ¡Oh lecho de las mujeres fecundo en amarguras! ¡Cuántas desgracias acarreaste ya a los mortales!*

JASÓN.—Mujeres que permanecéis de pie cerca de la mansión, ¿está todavía en este palacio la que ha perpetrado el terrible crimen, Medea, o se ha marchado huyendo? Pues ha de esconderse bajo tierra o elevar hacia la inmensidad del éter su cuerpo alado, si no va a ofrecer reparación a la morada real. ¿Tiene confianza en que, tras asesinar a los reyes del país [1.300], escapará impune de esta mansión? Pero no me preocupo por ella tanto como por mis hijos. Aquellos a quienes hizo daño se lo causarán a ella; mas he venido para salvar la vida de mis hijos, no sea que los familiares hagan algún mal a mis descendientes en su intento de vengar el impío crimen cometido por su madre.

CORIFEO.—¡Oh infeliz! No sabes a qué extremos de desgracias has llegado, Jasón, pues, de lo contrario, no habrías articulado esas palabras.

JASÓN.—¿Qué ocurre? ¿Acaso desea matarme a mí también?

CORIFEO.—Muertos están tus hijos por mano de su madre.

JASÓN.—[1.310] ¡Ay de mí! ¿Qué vas a explicarme? ¡Cómo me has aniquilado, mujer!

CORIFEO.—Piensa ya que tus hijos no existen.

JASÓN.—¿Dónde los ha matado? ¿Dentro o fuera de palacio?

CORIFEO.—Abre las puertas y contemplarás la muerte de tus hijos.

---

[65] Víctimas de los furiosos celos de Hera a causa de haber acogido al niño Dioniso, Ino y su marido Atamante, presos de feroz locura, matan a sus hijos Learco y Melicertes. Según un comentarista anónimo. Atamante habría matado a Learco, y, en cambio, Ino aniquiló a Melicertes arrojándose después con él en brazos al mar.

JASÓN.—Descorred los cerrojos lo antes posible, servidores, soltad los cierres, para que vea mi doble desgracia: a los que han muerto y a la que haré pagar su castigo.

MEDEA.—¿Por qué remueves y violentas estas puertas, buscando los cadáveres y a mí que cometí la acción? Cesa en tu esfuerzo. Si tienes necesidad de mí [1.320], di lo que quieres, pero nunca me rozarás con tu mano. Tal carruaje nos ha dado el Sol, padre de mi padre, como amparo frente al brazo enemigo[66].

JASÓN.—¡Oh ser abominable! ¡Oh, con muchísimo, la mujer más odiosa para los dioses, para mí y para el linaje de los humanos! ¡Tú que contra tus propios hijos osaste lanzar la espada, a pesar de haberlos tenido, y a mí, huérfano de ellos, me aniquilaste! ¡Y, tras haber cometido esa acción, contemplas el sol y la tierra, aunque te has atrevido al crimen más impío! ¡Ojalá te mueras! Y yo cuerdo estoy ahora, pero entonces no lo estaba [1.330], cuando, desde tu palacio y de una tierra extranjera, te conducía hacia un hogar heleno, horrible desgracia, traidora a tu padre y al país que te había criado. Los dioses han lanzado contra mí tu espíritu vengador[67], pues, tras dar muerte a tu hermano cabe el hogar[68], subiste a la nave Argo de hermosa popa. Por tal crimen comenzaste. Después de casarte con este hombre que te habla y darme hijos, por culpa de un lecho y una esposa, los aniquilaste. No existe mujer griega que [1.340] jamás se hubiera atrevido a eso, y, por delante de ellas, creía oportuno casarme contigo, matrimonio

---

[66] En este instante aparece Medea en lo alto sobre un carruaje tirado por serpientes aladas. Sobre tal vehículo desaparecerá asimismo al final del drama, huyendo hacia Atenas.

[67] Es decir, el *alástōr* que debía tomar venganza contra Medea por haber dado muerte a su hermano Apsirto.

[68] Se desprende de nuestro texto, que Medea habría dado muerte a Apsirto antes de subir a la Argo. En cambio, la versión mítica más extendida precisa que Medea embarcó en la nave Argo junto con Apsirto, y, tras matarlo, lo despedazó para echar al mar los trozos poco a poco, consiguiendo así escapar, mientras su padre Eetes, que los perseguía, se quedaba atrás recogiendo los macabros restos de su propio hijo. Por otro lado, según Apolonio, fue Jasón quien matara a Apsirto junto al templo de Ártemis (*Argonáuticas*, IV, 452 y ss.).

odioso y fatal para mí, leona, que no mujer, pues tienes una naturaleza más salvaje que la tirrénica Escila[69]. Mas no lograría morderte con innúmeros dicterios: tal osadía tienes de nacimiento. ¡Vete de mi vista, autora de infamias y asesina de tus hijos! A mí me corresponde deplorar mi sino, yo que no sacaré provecho de mi reciente boda, y, a los hijos que procreé y alimenté [1.350], no podré dirigirles la palabra vivos, sino que los he perdido.

MEDEA.—Podría alargarme mucho en réplica a esas palabras, si el padre Zeus no conociera qué trato has recibido de mi parte y qué infamia me hiciste. Tú, tras ultrajar mi lecho, no ibas a tener una vida grata mofándote de mí; ni tampoco la princesa, ni quien te propuso la boda, Creonte, iban a expulsarme de este país sin recibir su castigo. Después de eso, llámame, si quieres, leona y Escila que vive en la llanura tirrénica [1.360]. Pues, como era menester, te he acertado en el corazón.

JASÓN.—Tú también padeces y participas en mis desdichas.

MEDEA.—Sábelo bien: me beneficia el dolor, con tal que no te mofes tú.

JASÓN.—¡Oh hijos! ¡Qué perversa madre tuvisteis!

MEDEA.—¡Oh hijos míos! ¡Cómo perecisteis por una locura paterna!

JASÓN.—No los aniquiló, en verdad, mi mano derecha.

MEDEA.—No, sino tu insolencia y tu boda reciente.

JASÓN.—¿Creíste oportuno matarlos a causa de un lecho?

MEDEA.—¿Piensas que eso es pequeño sufrimiento para una mujer?

JASÓN.—Sí, si es honesta. Pero para ti todo es ofensa.

MEDEA.—[1.370] Éstos ya no existen. Realmente, eso te afligirá.

JASÓN.—Éstos existen, ay de mí, cual genios vengadores contra tu cabeza.

---

[69] Mítico monstruo terrible, situado en una ensenada del estrecho de Mesina; contaba con seis cabezas de perro y doce patas (Cfr. *Odisea*, XII, 89 y ss.). El calificativo de tirrénico, que no siciliano, le viene dado por abrirse el mencionado estrecho en el mar Tirreno.

MEDEA.—Saben los dioses quién comenzó su desgracia.
JASÓN.—Saben, en verdad, de tu execrable corazón.
MEDEA.—¡Odia! Aborrezco tu amarga conversación.
JASÓN.—También yo la tuya. Y fácil es la separación.
MEDEA.—¿Cómo? ¿Qué hacer? Pues también yo la deseo mucho.
JASÓN.—Permíteme enterrar estos muertos y llorarlos.
MEDEA.—No, por supuesto, ya que a éstos los enterraré yo con esta mano mía, llevándolos al recinto de Hera, la diosa Acrea[70] [1.380], a fin de que ningún enemigo los ultraje, profanando sus tumbas. En esta tierra de Sísifo[71] instituiremos para el futuro solemne fiesta y ceremonias en expiación de este impío asesinato. Yo misma me iré a la tierra de Erecteo[72], para cohabitar con Egeo, hijo de Pandion. Y tú, como cabe esperar, cual infame de infame modo morirás, herido en la cabeza por un fragmento de la Argo[73], tras ver los amargos resultados de nuestra boda.
JASÓN.—*¡Ojalá te aniquile la Erinis de tus hijos [1.390] y la justicia que castiga el crimen!*
MEDEA.—*¿Qué dios o deidad te escucha a ti, perjuro y embaucador de tu huésped?*[74].

---

[70] Frente a Sición, a unos siete kilómetros de Corinto, había un promontorio dedicado a Hera Acrea *(Akraías)*, es decir, la del cabo o colina (véase Tito Livio, XXXII, 231). Ahora bien, quizá pudiera tratarse, como sugiere un escolio, de un templo de Hera sito en la misma acrópolis corintia.

[71] Véase nota 22. Equivale a decir Corinto, por cuanto el legendario Sísifo pasaba por ser el antepasado común de todos los corintios. Según una noticia tardía (Pausanias, II, 3, 8), Medea, tras haber gobernado en Corinto, se marchó dejando al frente del poder a Sísifo.

[72] O sea, Atenas. Erecteo es un mítico rey de Atenas, hijo de Pandión y padre de Cécrope. Es decir, Erecteo sería bisabuelo de Egeo. Durante el reinado de Erecteo tuvo lugar el famoso sacrificio de sus hijas, que arrostraron de grado la muerte para salvar Atenas.

[73] Posiblemente se alude aquí a la popa de la nave Argo consagrada por Jasón en el templo de Argos en honor de Hera. Andando el tiempo, como Jasón entrara de nuevo a dicho lugar, resultó muerto al caerle encima el exvoto. Según otra variante, Jasón pereció cuando dormía plácidamente bajo la ya vieja Argo, tras desprenderse un fragmento de ésta, carcomida por los muchos años.

[74] Referencia a la violación del juramento de eterna fidelidad que Jasón diera a Medea, y asimismo al engaño de que la hizo víctima al llevarla como huésped a Yolco.

JASÓN.—*¡Ay, ay! ¡Abominable, infanticida!*

MEDEA.—*Marcha a tu mansión y entierra a tu esposa.*

JASÓN.—*Me marcho, privado de mis dos hijos.*

MEDEA.—*En modo alguno lloras todavía. Espera a la vejez.*

JASÓN.—*¡Oh hijos queridísimos!*

MEDEA.—*Para su madre, sí, que no para ti.*

JASÓN.—*¿Y, con todo, los mataste?*

MEDEA.—*Sí, por afligirte.*

JASÓN.—*¡Ay de mí! Deseo, desdichado de mí [1.400], besar la querida boca de mis hijos.*

MEDEA.—*Ahora les hablas, ahora intentas besarlos, y antes los rechazabas.*

JASÓN.—*Permíteme, por los dioses, rozar la delicada piel de mis hijos.*

MEDEA.—*No es posible. Tus palabras se han emitido en vano.*

JASÓN.—*¡Zeus! ¿Escuchas cómo me veo rechazado y qué trato recibo de la abominable e infanticida, de esta leona? ¡Ea! En cuanto me es dado y puedo, deploro a éstos e invoco a los dioses [1.410], poniendo por testigos a las deidades de que, tras matar a mis hijos, me impides rozarlos con mis manos y sepultar sus cadáveres. ¡Jamás debiera haberlos procreado para contemplarlos aniquilados por ti!*

CORIFEO.—*Zeus en el Olimpo*[75] *es administrador de muchos sucesos, y muchas cosas, inesperadamente, cumplen los dioses. Lo esperado no se realiza y de lo inesperado un dios encuentra solución. Tal resultó esta obra.*

---

[75] En esta celebrada montaña, localizada entre Macedonia y Tesalia, situaban los griegos la divina y real casa de Zeus y toda la corte celestial.

LOS HERACLIDAS



Heracles y el león de Nemea. Vaso ático de figuras negras (siglo VI a.C.).

INTRODUCCIÓN

Durante la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), en la que Atenas y sus aliados mantuvieron encarnizada lucha contra los espartanos y los suyos, Eurípides escribe unas cuantas tragedias en donde encomia el proceder ateniense por oposición a la actitud espartana. A este ciclo de obras corresponden *Los Heraclidas*, *Heracles* y las *Suplicantes*.

En la tragedia que estudiamos, Eurípides introduce ciertas variantes en el tema de los descendientes de Heracles (Hércules) o *Heraclidas*. Anteriormente, Esquilo había tratado el mismo asunto, y nos ha llegado ese mismo título de una tragedia suya perdida para nosotros. Mas por lo que nos es dado saber, ya en el primer gran trágico aparece la cuestión del rejuvenecimiento de Yolao, sobrino de Hércules y participante junto al famoso héroe en muchas campañas. A su vez, Píndaro (*Píticas*, IX, 81) nos habla también de la victoria de Yolao sobre Euristeo, el arrogante e implacable tirano de Argos.

Eurípides, tratando libremente el mito de Hércules y de su estirpe, destaca en esta pieza la piedad con que los atenienses acogieron a los Heraclidas perseguidos por Euristeo tras la muerte de Hércules, frente al trato hostil que Atenas estaba recibiendo en aquellos momentos históricos de parte de Esparta y de sus aliados, los argivos, descendientes lejanos de Hércules.

La obra critica asimismo de modo velado la alianza de Esparta con Argos, antes enemiga encarnizada, en contra de Atenas que otrora había sido tan hospitalaria con los hijos de Heracles, fugitivos de Argos.

En resumen, la trama de nuestra tragedia es la siguiente: los hijos de Hércules y Deyanira, acompañados de la madre del héroe, Alcmena, y de Yolao, se refugian en Maratón, ciudad del Ática, huyendo de las asechanzas de Euristeo, tirano de Argos y mortal enemigo de Hércules. En Atenas hallan cobijo y protección. El rey de Atenas, Demofonte, insiste en que es preciso sacrificar en honor de Perséfone o Core, hija de Deméter, una doncella hija de padre noble. A tal fin se ofrece Macaria, hija de Hércules.

Posteriormente, en la reñida lucha contra los argivos, Yolao rejuvenece de forma milagrosa, consiguiendo vencer y detener a Euristeo. Condenado éste a morir, Alcmena comunica que entregará el cadáver a los atenienses para que le den piadosa sepultura. Tal hacen los habitantes de Atenas, en la idea, vaticinada por Euristeo, de que el sepulcro de su enemigo les servirá de protección contra todo ataque procedente de Esparta.

Precisamente, uno de los indudables objetivos de nuestra tragedia es mostrar que el oráculo de Euristeo ha resultado falso para Atenas, toda vez que ha sido atacada por Esparta. Todo ello ha dado pie a ciertas conjeturas sobre la fecha de nuestra obra, que suele ser situada entre los años 430 y 426 a.C.

La justicia, el apoyo a los suplicantes, el derecho de gentes, la piedad aparecen encarnados en Demofonte, Alcmena y Yolao. En cambio, Euristeo asume el papel contrario a todos esos elevados ideales.

Se ha hablado y escrito bastante sobre el carácter incompleto del drama que estudiamos. Es cierto que los personajes centrales de la obra (Yolao, Demofonte, Macaria) desaparecen de la escena antes del final de la obra, pero, en todo caso, no hay ningún motivo serio que autorice a pensar que nuestra tragedia sea una elaboración abreviada destinada a una representación posterior a la de su primera aparición.

En *Los Heraclidas* Eurípides recoge una tradición mítica perteneciente al ciclo tebano, bastante bien transmitida por varias fuentes (Apolodoro, *Biblioteca*, II, 8, 1; Pausanias, I, 32, 6; Diodoro de Sicilia, IV, 57, etc.), aunque aporta sugerentes innovaciones en el tratamiento del mito: ciertos aspectos del repentino rejuvenecimiento de Yolao, que lleno de brío llega a

capturar con sus propias manos a Euristeo; la captura, muerte y sepultura de Euristeo; la sentencia de muerte pronunciada por Alcmena; el sacrificio de Macaria, etc. Precisamente, el tema del sacrificio voluntariamente arrostrado lo encontramos en seis tragedias euripideas; en algunos casos, y nuestro drama recoge uno de ellos, el héroe acepta la propia inmolación en defensa de los suyos, de su ciudad o de su país.

Los personajes, es cierto, aparecen en nuestra obra dotados de poco vigor y personalidad, si los comparamos con la media habitual de otras tragedias euripideas. El lenguaje de Macaria, por ejemplo, es pomposo y filosófico en ocasiones, aunque las palabras de la heroína no carecen de perspicacia en medio de su dolorosa situación. Macaria, empero, carece de la garra trágica que poseen Medea, Ifigenia y otros perspicuos caracteres de Eurípides.

Nota bibliográfica

Euripides, Heracleidae, texto, introducción y notas de Beck Headlam, Cambridge, 1905.
Euripides, The Heracleidae, edición, prólogo y notas de A. C. Pearson, Cambridge, 1907.
Euripides, Heracleidae, edición, prólogo y notas de C. S. Jerram, Oxford, 1907.
Euripide, Le Cyclope, Alceste, Médée, Les Héraclides, texto y trad. de L. Méridier, París, 1961^{5}.
Euripides, Heracleidae, ed. de A. Garzya, Leipzig, 1972.

Sobre el texto seguido

Apoyados en ediciones más recientes, y, en todo caso, en las lecturas de los manuscritos discrepamos de la edición de Murray en los versos 21, 171, 245, 314, 346, 382, 384, 386, 396, 406, 426, 436, 438, 451, 486, 506, 513, 515, 634, 643, 689, 696, 736, 743, 744, 756, 837, 838, 890, 902, 924, 925, 930, 933, 1.014 y 1.039.

ARGUMENTO

Yolao era hijo de Ificles y sobrino de Heracles. En las aventuras de Heracles tomó parte en su juventud, y, en su vejez, se mostró decidido defensor de los hijos de aquél. Tras ser expulsados los hijos de Heracles de todas partes por culpa de Euristeo, fue con ellos a Atenas y allí, acudiendo a los dioses, recibió garantías de parte de Demofonte, señor de la ciudad. Como Copreo, heraldo de Euristeo, quisiera llevarse a rastras a los suplicantes, Yolao se le opuso. Copreo se marchó, diciéndole, entre amenazas, que afrontara la guerra. Pero Demofonte hacía caso omiso de eso. Mas, como hubiera unos oráculos que le prometían la victoria, si sacrificaba en honor de Deméter a la doncella más noble, quedó perplejo ante la respuesta oracular, porque no creía acorde con la justicia dar muerte a su propia hija ni a la de ningún ciudadano en gracia a los suplicantes. Informada del oráculo, una de las hijas de Heracles, Macaria, afrontó de grado la muerte. A continuación, le rindieron honores por su heroica muerte y, enterados de que los enemigos estaban allí, se lanzaron a la lucha[a]...

[a] Argumento ofrecido por varios códices; omitido por L.

PERSONAJES DEL DRAMA

YOLAO
HERALDO (COPREO)
CORO
DEMOFONTE
MACARIA
SERVIDOR
ALCMENA
MENSAJERO
EURISTEO

YOLAO.—Desde hace tiempo tengo esta opinión: un hombre es justo para sus vecinos, y otro, en cambio, como entrega su corazon al lucro, resulta inútil para la ciudad, difícil de tratar, mas excelente para sus propios intereses. Lo sé y no es de palabra como llegué a saberlo. En efecto, yo, en atención al honor y los lazos familiares, a pesar de serme permitido vivir tranquilamente en Argos[1], fui el único varón que tomó parte junto a Heracles en muchísimos trabajos, cuando estaba con nosotros. Mas en la situación actual, toda vez que habita en el cielo, defiendo a sus hijos, guardándolos aquí bajo mis alas, aunque yo mismo ando falto de protección, pues luego que su padre se fue de la tierra, Euristeo intentaba matarnos enseguida, pero logramos escapar. Perdemos la ciudad, pero hemos logrado salvar la vida. Huimos errantes, dejando atrás, una tras otra, las fronteras de las ciudades. Efectivamente, aparte de las demás desventuras, Euristeo decidió cometer contra nosotros el ultraje siguiente: envía heraldos allí donde sabe que estamos aposentados, nos reclama y logra que nos echen del país, exigiendo que se honre, ante todo, a la ciudad de Argos, pues no es asunto trivial tenerla por amiga o enemiga, y él, al tiempo, goza de buena fortuna.

Las gentes, al percatarse de mi impotencia y de que éstos son pequeños y están faltos de su padre, por respeto a los poderosos nos echan de su país. Y yo, junto a estos niños exilia-

[1] Aunque en este drama Argos y Micenas resultan prácticamente sinónimos, hemos de puntualizar que tanto la una como la otra eran ciudades de la Argólide, que contaba con otras como Tirinto y Nemea. Argos era la capital de la región. A la sazón, Micenas resultaba un lugar sin importancia, a pesar de todo el prestigio y poderío que había tenido en época arcaica.

dos, padezco el exilio y soporto la desgracia al lado de ellos que la soportan también, pues no me atrevo a traicionarlos, no vaya a decir algún mortal: «Mirad. Cuando el padre ya no existe en bien de sus hijos, Yolao no los protegió, aun siendo su pariente»[2]. Rechazados de todas las tierras de la Hélade, una vez llegados a Maratón y a la comarca limítrofe, nos sentamos suplicantes junto a los altares de los dioses, implorando su ayuda. Se dice que los dos hijos de Teseo[3] viven en los llanos de esta región, pues los consiguieron por sorteo de parte de la estirpe de Pandión[4]. Parientes son de estos niños. Por esa razón hemos venido hasta las fronteras de la ilustre Atenas, justo hasta este mojón. La fuga está dirigida por dos ancianos: yo, rojo de angustia por estos niños, y ella, Alcmena[5], que, en el interior de este templo, mantiene protegidas bajo sus brazos a las hijas de su hijo, mientras intenta salvarlas. Pues nos causa rubor que unas doncellas jóvenes se aproximen a la muchedumbre y se sitúen ante el altar. Mientras, Hilo[6] y otros hermanos mayores miran en qué punto del país situaremos nuestro bastión, si fuéramos expulsados de esta tierra por la fuerza. ¡Oh hijos, hijos! Cogeos de mi peplo. Aquí observo al mensajero de Euristeo[7] que viene hacia nosotros; por él nos vemos perseguidos, exiliados y desposeídos de todo país. ¡Oh, ser odioso! ¡Ojalá te murieras tú y el hombre que te ha mandado! ¡Cuántas desgracias has transmitido ya al noble padre de éstos desde esa misma boca!

---

[2] Como sobrino de Heracles.

[3] Teseo, rey de Atenas, nació de Egeo y Etra, prima carnal de Alcmena. Así, Teseo y Heracles eran primos segundos. Los hijos de Teseo y Fedra, mencionados en el texto, son Demofonte y Acamante. Por otra parte, Hipólito fue hijo de Teseo y de la amazona Hipólita.

[4] Pandión fue hijo de Cécrope y padre de Egeo; abuelo, por tanto, de Teseo.

[5] Hija de Electrión, rey de Micenas. Casó con Anfitrión. Seducida por Zeus, que había tomado el aspecto de su marido, tuvo gemelos: Heracles, hijo de Zeus, e Ificles, hijo de Anfitrión.

[6] Hijo mayor de Heracles y Deyanira.

[7] Hijo de Esténelo, rey de Argos, y de Nicipe. Descendiente de Perseo, fue todopoderoso rey de Tirinto y Micenas. Sometió a duras pruebas y trabajos a Heracles, que, no obstante, salió airoso de todas las empresas.

HERALDO.—Sin duda, crees que es bueno el sitio donde te has sentado, y que has llegado a una ciudad aliada, porque estás loco. Pues no hay quien prefiera tu débil fuerza en vez de a Euristeo. ¡Márchate! ¿Para qué sufrir estas molestias? Es menester que te levantes y [60] vayas a Argos, donde te espera la pena de lapidación.

YOLAO.—No, sin duda, pues me protegerá el altar y la tierra libre en donde estoy plantado.

HERALDO.—¿Quieres añadirle trabajo a estas manos mías?

YOLAO.—No nos llevarás ni a mí ni a éstos, tras cogernos por la fuerza.

HERALDO.—Te vas a enterar, pues no eres buen profeta en este asunto.

YOLAO.—Nunca podría acontecer, mientras yo esté vivo.

HERALDO.—Apártate. A éstos, aunque tú no lo desees, me los voy a llevar yo, pues téngolos por propiedad de quien realmente lo son, de Euristeo.

YOLAO.—¡Oh vosotros que vivís en Atenas desde ha mucho tiempo! [70] ¡Socorrednos! Aunque somos suplicantes de Zeus, defensor del ágora[8], sufrimos injurias y ultrajan nuestras diademas. ¡Insulto contra la ciudad e infamia hacia los dioses!

CORO.—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué alarido se alza cabe el altar? ¿Qué calamidad mostrará enseguida?

Estrofa

—Contemplad al débil anciano arrojado al suelo. ¡Oh desdichado!

—¿Por obra de quién has sufrido tu triste caída por tierra?

YOLAO.—*Éste, oh extranjero, injuriando a vuestros dioses, intenta arrancarme con violencia desde las gradas del altar de Zeus.*

CORO.—*[80] Y tú, oh anciano, ¿desde qué país has llegado hasta el pueblo de las cuatro ciudades confederadas?*[9].

---

[8] Los Heraclidas se habían refugiado junto al altar de la Piedad o Misericordia *(Éleos)*, en Maratón. Además, en el ágora de Atenas había un altar consagrado a Zeus, que, aparte de ser defensor de los suplicantes, era invocado como protector de la plaza pública. Las diademas o cintas en torno a la cabeza eran signo distintivo de los suplicantes.

[9] Maratón, Énoe, Probalinto y Tricórito formaban una unidad territorial y administrativa, la Tetrápolis, que había sido establecida por Juto, yerno de Erecteo, rey de Atenas.

¿Arribasteis desde el otro lado gracias al remo marino y dejando atrás la costa de Eubea?[10].

YOLAO.—*No vivo en isla alguna, oh extranjeros, sino que hemos venido a tu tierra desde Micenas.*

CORO.—*¿Qué nombre te daba el pueblo de Micenas, anciano?*

YOLAO.—*Quizá conocéis al ayudante de Heracles, a Yolao, pues no precisa pregonero.*

CORO.—*[90] De oídas lo conozco tiempo ha. Mas, ¿de quién son los niños pequeños que proteges con tus manos? Dímelo.*

YOLAO.—*Éstos son los hijos de Heracles, oh extranjeros, que han venido a suplicaros a vosotros y a vuestra ciudad*

CORO

Antístrofa

¿Por qué razón? Contéstame. ¿Acaso deseáis conseguir una respuesta de la ciudad?

YOLAO.—*Para no ser entregados ni volver a Argos, cuando, por la fuerza, seamos arrancados desde tus dioses.*

HERALDO.—*Mas eso no satisfaría a tus señores [100], que, con poderes sobre ti, aquí se hallan.*

CORO.—*Conveniente es venerar a los suplicantes de los dioses, extranjero, y que no hayas de dejar la mansión de las deidades forzado por violenta mano, pues no lo soportaría la augusta justicia.*

HERALDO.—*Echa entonces del territorio a éstos que son propiedad de Euristeo, y en absoluto emplearé mi mano con violencia.*

CORO.—*Impío es para la ciudad rechazar el ruego suplicante de unos extranjeros.*

HERALDO.—*Pero es bueno, en verdad, mantener los pies lejos de problemas [110], adoptando una resolución más ventajosa.*

CORIFEO.—Entonces es menester que te decidas a explicarle eso al rey de esta tierra. Pero a los extranjeros no los apartes de los dioses con violentos modales, respetando a un país libre.

HERALDO.—¿Quién es el señor de esta comarca y de la ciudad?

CORIFEO.—El hijo de un padre excelente: Demofonte, el de Teseo.

---

[10] La isla de Eubea está separada del continente griego por un estrecho de más de cien kilómetros de longitud y unos pocos de anchura.

HERALDO.—Ante ése entonces tendrá lugar el debate de esta cuestión. Lo demás se ha pronunciado en vano.

CORIFEO.—Aquí viene de prisa, y, además, su hermano Acamante, para oír estas palabras.

DEMOFONTE.—[120] Ya que, aun siendo viejo, viniste antes que los jóvenes en auxilio de este altar de Zeus, explícame qué suceso mantiene reunida a esta muchedumbre.

CORIFEO.—Cual suplicantes están sentados aquí los hijos de Heracles, tras haber coronado el altar, tal como contemplas, señor. También está Yolao, el fiel ayudante de su padre.

DEMOFONTE.—Y este caso, ¿por qué requiere alaridos?

CORIFEO.—Ése, al intentar llevárselos por la fuerza desde este altar, provocó los gritos y tiró de rodillas al anciano, de tal suerte que derramé lágrimas de compasión.

DEMOFONTE.—[130] Desde luego, griego es su atuendo y el porte de sus vestidos, pero estos actos cuadran a un bárbaro. Tu deber es explicarme, sin tardanza, de qué país dejaste las fronteras para venir aquí.

HERALDO.—Argivo soy, pues deseas conocerlo. Con qué fin y de parte de quién he venido me dispongo a explicártelo. Me manda aquí Euristeo, señor de Micenas, para que me lleve a éstos. He venido, extranjero, porque me asisten al tiempo muchas razones para actuar y hablar. Como yo mismo soy argivo [140], intento llevarme a estos argivos fugitivos de mi país, pues están condenados a morir en virtud de las leyes de allí. Pues, al vivir en una ciudad, tenemos derecho a hacer cumplir sobre nosotros mismos las sentencias legítimas. Aunque ellos han acudido a los hogares de otras muchas gentes, nos mantenemos en estos mismos argumentos y nadie ha osado atraerse desgracias personales. Mas han venido aquí por haber visto en ti algún signo de locura, o por afrontar, desde su impotencia, el riesgo de si acontecerá o no tal insensatez [150]. Pues no confían, desde luego, al menos si eres sensato, en que tú solo de entre tanta tierra griega que han visitado te compadezcas de sus insensatas desgracias.

Y bien, compara entonces: ¿qué beneficio alcanzarás si aceptas a éstos en tu tierra o, si al contrario, dejas que nos los llevemos? Por nuestro lado puedes conseguir lo siguiente: asegurarte para tu ciudad el poder tan extraordinario de Argos y

toda la fuerza de Euristeo. Mas si te enterneces a la vista de las razones y gemidos de éstos, la cuestión se convierte [160] en lucha con lanza. Pues no creas que zanjaremos este debate sin recurrir al hierro[11]. ¿Qué afirmarás en tal caso? ¿De qué llanos habías sido desposeído? ¿De qué habías sido despojado para sostener una guerra contra los argivos? ¿A qué clase de aliados protegías y por qué razón enterrarás a los muertos que haya habido? En verdad conseguirás mala fama ante los ciudadanos, si metes tu pie en el abismo a causa de un viejo, una tumba, un nadie, por así decirlo, y de estos niños. Contarás —en el mejor de los casos— que has de conseguir tan sólo una esperanza [170]. Pero eso dista mucho de ser confirmado por la situación presente. Pues éstos, provistos de armas, mal combate podrían trabar contra los argivos cuando les llegue la edad, si es que eso te reconforta el ánimo, y, entre tanto, hay un largo periodo en que vosotros pudierais ser aniquilados. Créeme, pues. Sin haberme dado nada, sino por consentir que me lleve lo mío, gánate a Micenas, y que no te acontezca lo que soléis hacer: que, pudiendo elegir como amigos a los mejores, escojas a los peores.

CORIFEO.—¿Quién podría sentenciar un proceso o comprender una explicación [180], antes de conocer perfectamente la declaración de ambas partes?

YOLAO.—Señor —este derecho existe en tu país—, puedo hablar y escuchar por turno, y nadie me expulsará de antemano, como en otros lugares ocurre. Nosotros y éste no tenemos nada en común, pues, dado que Argos no nos corresponde ya por sentencia de un decreto, sino que estamos desterrados de nuestra patria, ¿cómo tendría razón para llevarnos como a gentes de Micenas, cuando en este trance nos hallamos nosotros, a quienes ellos echaron de su país? Efectivamente, somos extranjeros. ¿O es que quien sea desterrado de Argos [190] merece ser desterrado de la frontera de los griegos? De la de Atenas no, en verdad, pues no expulsarán de su tierra a los hijos de Heracles por temor a los argivos. Pues no es Tra-

[11] Quizá fuera preferible traducir «acero». El texto griego dice «al producto de los cálibes». Éstos habitaban junto al mar Negro y habían conseguido un hierro de singular dureza y resistencia que ciertos autores vierten por «acero».

quis[12], ni una aldea aquea, desde donde tú, no conforme a derecho, sino por exaltar a Argos con argumentos como los que ahora emites, expulsaste a éstos, que cual suplicantes permanecían sentados al pie de los altares. Porque si va a acontecer eso y atiende tus palabras, no tengo a esta Atenas por libre; mas conozco yo la resolución y natural de estas gentes: [200] prestos estarán a morir, porque entre hombres honrados el honor cuenta más que la existencia. Respecto a la ciudad, basta, pues, en verdad, elogiar en demasía molesta, y sé que muchas veces ya me ha importunado que me ensalzaran por demás. Quiero explicarte tu obligación de salvar a éstos, ya que mandas en este país. Piteo es hijo de Pélope; de Piteo nació Etra, y de ésta procede tu padre, Teseo. Me remontaré en tu honor a la progenie de éstos [210]. Heracles era hijo de Zeus y de Alcmena, y ésta, a su vez, hija de una hija de Pélope. Tu padre y el que llegó a serlo de éstos fueron hijos de primos hermanos.

Tan cercana es tu familia a la suya, Demofonte. Pero la deuda que debes a estos niños, fuera ya del parentesco, paso a explicártela. Sostengo, en efecto, que cuando yo era escudero del padre de éstos, acompañé por mar a Teseo en busca del cinturón que a muchos aniquilara[13]. Heracles logró sacar a tu padre de los bien custodiados rincones de Hades[14] [220]. La Hélade entera podrá confirmarlo. Por ello, te suplican éstos les devuelvas tu gratitud: que no se les entregue ni se los expulse del país tras verse arrancados de tus dioses por la fuerza. Pues es deshonroso para ti, y encima infame a ojos de la ciu-

[12] Pueblo de Tesalia donde los Heraclidas habían solicitado asilo tras la muerte de Heracles. En Traquis había vivido Deyanira con sus hijos en el último periodo de su vida. Desde tal lugar organizó Heracles famosas expediciones.

[13] El noveno trabajo que Heracles debió cumplir por orden de Euristeo fue conseguir el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas. Éstas vivían al sureste del mar Negro. Tal cinturón le había sido regalado a Hipólita por su padre, Ares.

[14] En el curso de su duodécimo trabajo, Heracles bajó a los infiernos con la intención de llevarse el terrible perro (Cerbero), que guardaba las puertas del otro mundo. El héroe, al entrar, vio encadenados allí mismo a Teseo y Piritoo, castigados por haber intentado raptar a Perséfone. Heracles liberó a Teseo y se lo llevó consigo desde el infierno hasta el reino de los vivos.

dad, que a unos suplicantes errantes, familiares tuyos, ¡ay de mí!, con malos modos, ¡contémplalos!, ¡contémplalos, sí!, se les arrastre con violencia. ¡Ea! Te suplico y te rodeo con mis brazos, y... ¡por tu barbilla!, de ningún modo menosprecies a los hijos de Heracles tras tenerlos en tus manos. Sé un familiar para éstos, sé su amigo, padre, hermano y dueño, pues todo eso es preferible a caer en manos argivas.

CORIFEO.—Al escuchar su desgracia me he apiadado de éstos, señor. Ahora más que nunca he contemplado el buen linaje derrotado por el destino, porque éstos, nacidos de padre excelente, son infortunados sin merecerlo.

DEMOFONTE.—Tres aspectos de vuestra adversidad, Yolao, me fuerzan a no rechazar a los extranjeros que acompañas. La razón principal es Zeus, junto a cuyo altar estás sentado protegiendo a este grupo de retoños, además, el parentesco y la deuda previa que tenemos a fin de tratar bien a éstos por agradecimiento a su padre, y también el pundonor en el que, ante todo, hay que pensar. Pues si permito que este altar sea presa de violencia por obra de un extranjero, daré la impresión de no habitar en una tierra libre y de haber entregado alevosamente los suplicantes a los argivos, por temor. Y eso equivale a la horca. ¡Ojalá hubieras venido con mejor fortuna! Mas, aun así, no temas, en este lance, que nadie vaya a arrancarte por la fuerza desde este altar en unión de los niños. Y tú[15], marcha a Argos y cuéntale a Euristeo mi decisión, y dile además que, si inculpa de algo a estos extranjeros, obtendrá reparación. Pero a éstos nunca te los llevarás.

HERALDO.—¿No, si es justo y prevalezco yo con mi explicación?

DEMOFONTE.—¿Y cómo va a ser justo llevarse al suplicante con violencia?

HERALDO.—¿Verdad que esto es un oprobio para mí, y para ti, en cambio, no supone lesión?

DEMOFONTE.—Sí la supone, si tolero que arrastres a éstos.

HERALDO.—Expúlsalos de tus fronteras, y entonces nos los llevaremos desde allí.

---

[15] Dirigiéndose al heraldo Copreo.

DEMOFONTE.—Eres tonto de nacimiento, si pretendes ser más sabio que el dios.

HERALDO.—Al parecer, los malvados tienen que refugiarse aquí.

DEMOFONTE.—[260] La morada de las deidades es un bastion común para todos.

HERALDO.—No opinarán eso, sin duda, los de Micenas.

DEMOFONTE.—¿Acaso no soy yo señor de los de aquí?

HERALDO.—Sí, siempre que seas sensato y no les causes a aquéllos ningún perjuicio.

DEMOFONTE.—Sufrid perjuicios, siempre y cuando no mancille yo a los dioses.

HERALDO.—No deseo que mantengas una guerra contra los argivos.

DEMOFONTE.—Tal criterio mantengo yo también. Mas no me desprenderé de éstos.

HERALDO.—Me los llevaré, apoderándome de los que me pertenecen.

DEMOFONTE.—En tal caso, no te será fácil regresar a Argos.

HERALDO.—Intentándolo, me enteraré al momento.

DEMOFONTE.—[270] Si los tocas vas a llorar, y sin tardanza.

HERALDO.—No oses, por los dioses, golpear a un heraldo.

DEMOFONTE.—Sí, si el heraldo no aprende a ser sensato.

CORIFEO.—Márchate. Y tú, señor, no toques a éste.

HERALDO.—Me voy, pues floja es la lucha de una mano sola, mas llegaré aquí con el nutrido batallón de Ares argivo[16] guarnecido de bronce por doquier. Incontables portadores de escudo me aguardan, y, además, mi señor Euristeo que por sí mismo manda el ejército. En los últimos confines de Alcato[17] espera atentamente la respuesta de aquí [280]. Cuando conozca tu insolencia, refulgente aparecerá contra ti, tus ciudadanos, esta campiña y sus plantíos. Pues para nada tendríamos en Argos juventud tan numerosa, si no te castigáramos.

---

[16] Ares es el dios de la guerra, y, metafóricamente, la misma guerra.

[17] O Alcátoo, rey de Mégara.

DEMOFONTE.—¡Ojalá te mueras! Que no tengo miedo de tu Argos. ¡No habías de llevártelos por la fuerza desde aquí, abochornándome a mí! Pues a esta ciudad no la poseo yo como vasalla de los argivos, sino como libre.

CORO.—*Hora es de tomar medidas, antes que el batallón argivo se aproxime a nuestra frontera. Muy rápido es el Ares de Micenas [290], y en este trance, más aún que antes. Pues todos los heraldos suelen aumentar dos veces más lo acaecido. ¿Cuántas veces, a tu entender, ha de contarle a su rey qué espantoso trato recibió y qué poco le faltó para perder la vida?*

YOLAO.—Para unos hijos no hay honor más hermoso que haber nacido de padre noble y valeroso y casarse con hija de nobles padres. A quien dominado por la pasión [300] emparentó con gentes malvadas, no lo felicitaré yo porque transmita un oprobio a sus hijos por culpa de su placer. Pues de la desdicha se defiende mejor el linaje ilustre que la baja ralea. En verdad, aun postrados en las peores desgracias hemos hallado estos amigos y familiares, los únicos de entre tanta tierra griega habitada que nos han protegido a los que aquí estamos. Dadles la mano derecha, hijos, dádsela. Y vosotros dádsela a los niños y aproximaos.

¡Oh hijos! Hemos comprobado a nuestros amigos [310]. Si algún día se os presenta el regreso a vuestra patria y gozáis del palacio y gloria de vuestro padre, tened siempre a éstos por vuestros salvadores y amigos, y recordando estos hechos jamás levantéis lanza hostil contra su tierra, sino tened a su ciudad por la más amiga de todas. Merecen vuestra veneración quienes nos han salvado de la hostilidad de un país tan vasto y del pueblo pelasgo[18], cuando nos contemplaron como mendigos errantes. Mas, con todo, no nos han entregado ni echado de su territorio [320]. Yo, tanto mientras viva como una vez muerto, cuando fenezca, con gran alabanza te exaltaré, ¡oh amigo!, a la vera de Teseo y lo alegraré con decirle que acogiste bien y amparaste a los hijos de Heracles, y que, siendo noble, guardas a través de la Hélade el prestigio de tu pa-

[18] Los pelasgos pasaban por ser los primeros habitantes de la Argólide. Es usual tomarlos por sinónimo de «argivos», e incluso el mítico rey de Argos lleva el nombre de «Pelasgo».

dre y, procediendo de ilustres padres, en nada resultas por fortuna inferior a tu padre, al mismo tiempo que otros pocos. En verdad, entre muchos quizá podrías hallar uno solo que no fuera de menos valía que su padre.

CORIFEO.—Este país mantiene desde siempre la decisión [330] de beneficiar con la justicia a los desahuciados. Por eso ha soportado ya innúmeras fatigas en pro de los amigos, y también en este lance, aquí cerca vislumbro el combate.

DEMOFONTE.—Bien acabas de hablar y supongo, anciano, que tal ha de ser el comportamiento de éstos. Pues el favor quedará en su memoria. Convocaré yo una reunión de ciudadanos y los formaré, a fin de esperar con abundante tropa al ejército de Micenas. En primer lugar, enviaré espías a su encuentro, no me vaya a sorprender en su embestida, pues en Argos raudo es todo varón en acudir al ataque [340]. Cuando convoque a los adivinos, celebraré un sacrificio. Y tú ve a la mansión acompañando a los niños, tras dejar el altar de Zeus. En verdad, hay encargados que se ocuparán de ti, aunque yo esté fuera. ¡Vamos! Marcha a palacio, anciano.

YOLAO.—No podría yo abandonar el altar. Sentémonos ya permaneciendo aquí suplicantes a fin de que la ciudad salga ganando. Cuando se vea dichosamente libre de esta lucha, iremos a tu mansión. Los dioses de que gozamos por aliados no son inferiores a los que tienen los argivos, señor; pues a éstos protégelos Hera, esposa de Zeus [350], y a nosotros, Atenea. Sostengo que también contribuye al éxito contar con dioses más poderosos. Pues Palas no tolerará salir derrotada.

CORO

Estrofa

Si tú presumes mucho, otros no se ocupan especialmente de ti, ¡oh extranjero llegado desde Argos! No espantarás mi ánimo con tus altivas frases. ¡Jamás suceda eso en Atenas, la de grandiosos y espléndidos coros! [360] Demente estás y también el rey de Argos, el hijo de Esténelo[19].

Antístrofa

Tú, tras llegar a una ciudad en nada inferior a Argos, a unos suplicantes de los dioses, a seres errantes que a mi tierra dirigen sus rue-

[19] Esténelo, padre de Euristeo, nació de Perseo y Andrómeda.

gos, aunque eres extranjero, intentas arrastrarlos con violencia, sin plegarte ante nuestros reyes y sin aducir otra razón. ¿Dónde sería adecuado tal proceder [370], al menos entre gentes sensatas?

Epodo

Me agrada la paz. Mas tú, ¡oh rey malicioso!, si te acercas a mi ciudad, afirmo que no conseguirás así lo que pretendes. Pues no posees lanza y broncíneo escudo tú solo. ¡No!, enamorado de contiendas, ¡no conturbarás con tu lanza la ciudad bien provista de gracias! [380] Contente, pues.

YOLAO.—¡Oh hijo! ¿Por qué vienes a mí con angustia en tu mirada? ¿Nos cuentas alguna nueva sobre los enemigos? ¿Van a llegar? ¿Han llegado, o de qué te has enterado? Pues en modo alguno me engañarán las palabras del heraldo. Su jefe tiene éxito en lo referente a los dioses, lo sé muy bien, y no es pequeño, en verdad, el rencor que guarda contra Atenas. Mas Zeus castiga las insolencias de los orgullosos por demás.

DEMOFONTE.—Ha llegado el ejército argivo y también el rey Euristeo [390]. Por mí mismo lo he contemplado. Pues es menester, cuando un varón declara saber llevar correctamente un ejército, que no examine a sus enemigos valiéndose de mensajeros. Con todo, aún no ha enviado el ejército contra los llanos del país, sino que, asentado en una loma rocosa, otea —esto lo cuento ya como opinión— por qué lugar hará avanzar su ejército sin pelea y lo instalará con seguridad en este territorio. No obstante, todas mis órdenes están bien cumplidas ya: la ciudad permanece en armas; las víctimas aguardan dispuestas [400] para los dioses a quienes sea menester inmolarlas; la ciudad, mediante los adivinos, celebra sacrificios: deseo de victoria sobre los enemigos y de salvación para la ciudad; tras reunir en un solo lugar a todos los recitadores de profecías he examinado los viejos oráculos, conocidos y secretos, como indicios de salvación de nuestra tierra. En los demás puntos de las profecías muchas discrepancias aparecen, pero en todas ellas una sola e idéntica decisión sobresale: ordenan que inmole yo en honor de Core, hija de Deméter, una doncella que proceda de ilustre padre [410]. Yo, según observas, tengo gran preocupación por vosotros, pero ni daré muerte a mi hija ni a ello obligaré a ninguno de

mis ciudadanos contra su voluntad. Pues de buen grado ¿quién razonará tan funestamente para entregar por propia mano a sus hijos muy amados? Ahora, puedes contemplar agrias reuniones, y mientras unos sostienen que era justo auxiliar a los extranjeros suplicantes, otros me acusan de locura. Si, encima, realizo esta acción, se avecina una guerra civil. Con que examínalo tú y ayúdame a buscar cómo podréis salvaros vosotros y este país, sin exponerme yo a los denuestos de mis ciudadanos. Pues no mantengo yo una tiranía, como si sobre bárbaros fuera, sino que, si actúo con justicia, con justicia seré tratado.

CORIFEO.—¿Acaso, aunque esta ciudad lo ansía y lo pide, un dios no le tolera auxiliar a unos extranjeros?

YOLAO.—¡Oh hijos! Parecidos somos a navegantes que, habiendo escapado del brutal furor de la tempestad, se aproximan a tierra hasta tocarla con la mano, y, después, se ven lanzados otra vez a alta mar por los vendavales. Así, también nosotros somos expulsados de esta tierra cuando ya nos creíamos a salvo en su ribera. ¡Ay de mí! ¿Por qué entonces me alegraste, oh funesta esperanza, si no te disponías a completar tu favor? Pues disculpable es, en verdad, la actitud de éste cuando no se decide a dar muerte a los hijos de los ciudadanos. También apruebo la situación actual. Si los dioses resuelven ya que ésa sea mi suerte, no por ello se pierde mi gratitud hacia ti. ¡Oh hijos! No sé qué hacer por vosotros. ¿Adónde acudiremos? ¿Qué dios carece de nuestras guirnaldas? ¿A los límites de qué país no hemos ido? Moriremos, hijos míos. Ya vamos a ser entregados. Nada me importa a mí, si es que tengo que morir, a no ser que cause algún regocijo a mis enemigos cuando muera. En cambio, lloro y me apiado de vosotros, hijos, y de Alcmena, la anciana madre de vuestro padre. ¡Oh infeliz por tu larga vida, y desgraciado también yo, que mucho sufrí en balde! Era menester, era menester, en verdad, que tras caer en poder del enemigo, dejáramos la vida de forma infame y miserable. Mas ¿sabes en qué puedes ayudarme? Pues todavía no he perdido toda la esperanza de salvar a éstos. Entrégame a los argivos, señor, a cambio de éstos. No corras riesgos tú, y queden a salvo mis hijos. No hay motivos para amar mi vida. ¡Que se pierda!

Ante todo, Euristeo querrá, cuando me coja, ultrajar por completo al aliado de Heracles, pues es hombre torpe. Los sabios deben ganarse la enemistad de un sabio, no de un soberbio inculto [460]. Pues podría obtener uno gran respeto y trato justo.

CORIFEO.—¡Oh anciano! No acuses, pues, a esta ciudad, ya que pudiera recaer quizá sobre nosotros la injuria, falsa, sí, pero, con todo, maligna, de que traicionamos a unos extranjeros.

DEMOFONTE.—Generoso es lo que has propuesto, pero irrealizable. El rey no trae hasta aquí su ejército por buscarte a ti. Pues, ¿qué ganaría Euristeo con que muera un anciano? Antes al contrario, desea matar a éstos, pues espantoso es para los enemigos que nazcan hijos de buen linaje, jóvenes que guardan en la memoria las afrentas que su padre sufrió [470]. Todo eso es necesario que aquél lo prevea. Mas si proyectas algún plan más oportuno, dispónlo, pues, tras escuchar los oráculos; yo, al menos, estoy confuso y lleno de espanto.

MACARIA.—Extranjeros, no tildéis de osadía mi salida. Esto os imploro primero, porque para una mujer lo más hermoso es el silencio y la prudencia, y, además, quedar tranquila dentro de su hogar. Tras escuchar tus lamentos, Yolao, he salido, mas no porque reciba órdenes de representar a mi linaje [480]. En verdad, soy, en cierto modo, la adecuada y la que más cuido de mis hermanos. Además, deseo saber, respecto a éstos y a mí misma, si es que algún dolor, sumado a las penas de antaño, desgarra tu corazón.

YOLAO.—¡Oh hija! Con razón es a ti, entre los hijos de Heracles, a quien más puedo elogiar desde ha mucho ya. Nuestra casa, cuando creíamos que avanzaba bien, ha girado de nuevo hacia una situación desesperada. Pues dice éste que los cantores de oráculos prescriben [490] inmolar en honor de Core, hija de Deméter, no un toro ni una ternera, sino una doncella que sea de noble progenie, si es que nosotros y esta ciudad hemos de sobrevivir. Así pues, estamos en duda ante eso, pues éste sostiene que no inmolará sus hijos ni los de ningún otro. Y a mí me dice, no abiertamente, pero de alguna forma me lo insinúa, que, si no hallamos solución a esto, nos procuremos otro país, pues desea salvar esta tierra.

MACARIA.—¿Estamos pendientes de esa condición para quedar a salvo?

YOLAO.—Sí, de ésa, ya que en lo demás seguimos teniendo buena fortuna.

MACARIA.—[500] No tiembles ya ante la lanza hostil de los argivos, pues por mí misma, antes que se me mande, estoy presta a morir y a ofrecerme para mi inmolación. Pues, ¿qué afirmaremos, si la ciudad consiente en asumir un grave riesgo en gracia a nosotros, y, en cambio, nosotros, cargando de esfuerzos a otros, cuando nos es dado lograr la salvación, huimos ante la muerte? No, por supuesto, ya que sería digno de irrisión no sólo que suspiremos sentados como suplicantes de los dioses, sino, además, que parezcamos cobardes cuando procedemos del padre del que procedemos [510]. ¿Dónde conviene esta actitud entre hombres de pro? ¡Más hermoso sería[20], supongo yo, una vez capturada esta ciudad —lo que ojalá nunca suceda—, ir a parar a manos de nuestros enemigos y, además, tras soportar espantosa humillación, aun siendo hija de padre noble, contemplar a Hades, en todo caso! ¿Es que he de andar errante tras ser arrojada de esta tierra? Así, no sentiré rubor cuando alguien diga: «¿Por qué vinisteis aquí con ramos suplicantes cuando personalmente tanto apreciáis vuestras vidas? Salid de esta tierra, pues nosotros no prestaremos ayuda a unos cobardes» [520]. Pues, ni aunque éstos estuvieran muertos y yo misma me salvara, tengo esperanza de ser dichosa, pues por culpa de ésta han traicionado ya muchos a sus amigos. Porque, ¿quién pretenderá casarse con una doncella abandonada o tener hijos conmigo? ¿No es preferible morir a encontrar esas desgracias sin merecerlas? Eso estaría mejor para otra mujer que no fuera tan conocida como yo. Llevadme hacia donde este cuerpo mío debe morir, rodeadlo de guirnaldas y preparad el sacrificio, si queréis [530]. Venced a vuestros enemigos, pues aquí se presenta voluntaria mi vida, que no de mal grado. Declaro que muero en bien de mis hermanos y de mí misma, pues, en verdad, como no me aferro a

[20] Toda la frase exclamativa posee un tono fuertemente irónico. «Contemplar a Hades» equivale a «morir», ya que Hades es el rey de los muertos.

mi vida, acabo de obtener el hallazgo más hermoso: abandonar mi vida de forma gloriosa.

CORIFEO.—¡Ay, ay! ¿Qué decir al escuchar las sublimes palabras de la doncella que está presta a morir en defensa de sus hermanos? ¿Quién pronunciará frases más nobles que ésas? ¿Qué humano podrá realizarlo ya?

YOLAO.—¡Oh hija! Tu vida no procede de progenie distinta, sino que eres por naturaleza semilla del alma divina del famoso Heracles. No me sonrojo ante tus palabras, pero me duele tu destino. ¡Ea! Expondré cómo podría darse una mayor equidad. Es menester convocar aquí a todas las hermanas de ésta, y después la designada por la suerte, muera en defensa de su familia. Pero no es justo que mueras sin sorteo.

MACARIA.—No quisiera morir yo tras ser designada por la suerte, pues no me acompaña el agradecimiento. ¡No lo pronuncies, anciano! Mas si aceptáis y consentís en serviros de mí, a éstos les entrego mi vida con entusiasmo, gustosa y no contra mi voluntad.

YOLAO.—¡Ay! Esa palabra tuya es más generosa que la anterior, y, sin embargo, aquélla resultaba también excelente. Mas con audacia sobrepasas tu audacia, y con nobles palabras, tus palabras. Con todo, hija, ni te pido ni te prohíbo que mueras, mas, si mueres, socorrerás a tus hermanos.

MACARIA.—Me pides algo sensato. No temas que te alcance la infamia por mi sangre, pues libremente muero. Sígueme, anciano, que deseo morir en tus brazos. Permanece a mi lado y recubre mi cuerpo con un velo, pues me voy hacia mi espantosa inmolación, si es que soy hija del padre del que me glorío.

YOLAO.—No podré presenciar tu muerte.

MACARIA.—Entonces, pídele a éste[21] que no acabe yo mi vida en brazos de hombres, sino de mujeres.

DEMOFONTE.—Así sucederá, ¡oh desdichada entre las vírgenes!, pues también para mí no concederte los honores adecuados sería bochornoso por muchos motivos, por tu valor y por la justicia. De todas las mujeres eres la más valien-

[21] Referido a Demofonte.

te que he contemplado con mis propios ojos. ¡Ea! Si lo deseas, a éstos y al anciano dirígeles la palabra en un último saludo y ponte en marcha.

MACARIA.— ¡Adiós, anciano, adiós! Instrúyeme a estos niños de forma tal: sensatos en todo, como tú, no más, pues les bastará. Intenta salvarlos de la muerte, mostrando tu celo. Hijos tuyos somos, a tus brazos hemos sido criados. Me ves a mí que entrego mi juventud, en edad de casarme [580], a fin de morir en lugar de ellos. Y vosotros, mis hermanos que aquí me acompañáis, que seáis dichosos y obtengáis todo aquello por lo que mi vida va a ser inmolada. Honrad al anciano y a la anciana que se encuentran dentro del templo, a la madre de mi padre, a Alcmena; y también a estos extranjeros. Y si algún día os otorgan los dioses el fin de vuestros sufrimientos y el regreso, acordaos de cómo es menester enterrar a vuestra salvadora. Del modo más hermoso será lo justo. Pues no vacilé [590] en entregarme por vosotros, sino que morí en bien de mi estirpe. Esos honores serán mis bienes, a cambio de hijos y virginidad, si es que existe algo bajo tierra. Sin embargo, ¡ojalá no exista nada!, pues, si los mortales que vamos a fenecer hemos de encontrar angustias también allí, no veo adónde podría uno acudir. Pues el morir pasa por ser la mejor medicina de las desgracias.

YOLAO.—¡Ea! ¡Oh tú la que más sobresales entre todas las mujeres por tu valentía! Sábete que has de ser, con gran diferencia, la más venerada por nuestra parte, mientras vivas y cuando hayas muerto [600]. ¡Salud!, pues temo dirigir frases de mal augurio a la diosa a quien está consagrado tu cuerpo, a la hija de Deméter. ¡Oh hijos! Desfallezco; mis miembros se debilitan de amargura. Sostenedme y sentadme en una grada, recubriéndome allí con este peplo, hijos. Pues no me agrada lo que está acaeciendo, mas, de no cumplir el oráculo, no podremos vivir. En verdad, desgracia peor fuera, mas infortunio es también este trance.

CORO

Estrofa

Declaro que, sin los dioses, ningún hombre resulta dichoso ni malaventurado [610]. Ni tampoco la misma morada permanece siempre en situación feliz. Un destino distinto viene tras otro: a quien pro-

cede de encumbrada posición lo empobrece, y, en cambio, hace rico al vagabundo. No es posible escapar del sino; nadie conseguirá evitarlo por su saber, mas quien en eso se afane esfuerzos hará en vano.

Antístrofa

Mas tú, sin abatirte por ello, tolera lo que mandan los dioses, y de pena [620] no contristes de más tu corazón. Pues honrosa muerte obtiene la desgraciada en pro de sus hermanos y de esta tierra; por boca de los hombres la acogerá una fama no exenta de gloria. La virtud avanza entre angustias. Propia de su padre, propia de su ilustre estirpe resulta esta actitud. Si veneras la muerte de los valientes, mantengo tu opinión.

SERVIDOR.—[630] ¡Oh hijos! ¡Salud! ¿Dónde está el anciano Yolao? ¿También la madre de vuestro padre se ha alejado de estas gradas?

YOLAO.—Estamos aquí. De tal guisa, al menos, es mi presencia.

SERVIDOR.—¿Por qué yaces echado y tienes la mirada abatida?

YOLAO.—Me ha acaecido una angustia íntima, que me ha postrado.

SERVIDOR.—Levántate tú mismo, pues, y alza la cabeza.

YOLAO.—Ancianos somos y de ninguna manera tenemos fuerzas.

SERVIDOR.—He venido, sin embargo, a traerte gran alegría.

YOLAO.—¿Quién eres tú? ¿Dónde he coincidido contigo, que no logro acordarme?

SERVIDOR.—Un criado de Hilo. ¿No me conoces al mirarme?

YOLAO.—[640] ¡Oh queridísimo! ¿Vienes, pues, a salvarnos de nuestro infortunio?

SERVIDOR.—Exactamente. Y, encima, buena fortuna tienes en el momento presente.

YOLAO.—¡Oh madre de valiente hijo; a Alcmena me dirijo! ¡Sal! Oye estas gratísimas palabras, pues, padeciendo desde antaño por los que acaban de llegar, minabas tu ánimo esperando su regreso.

ALCMENA.—¿Qué sucede? Toda esta mansión se ha llenado de voces, Yolao. ¿Acaso algún heraldo venido de Argos te

trata con violencia? Flojo es mi vigor, pero es menester que conozcas sólo un punto, extranjero [650]: no hay manera de que te lleves a éstos jamás, estando yo viva. De lo contrario, ¡que no se me tenga ya por madre del famoso héroe! Si rozas con tu mano a éstos, combatirás sin gloria contra dos ancianos.

YOLAO.—Valor, anciana, no tengas miedo. No ha venido de Argos ningún heraldo con mensajes hostiles.

ALCMENA.—¿Por qué entonces lanzaste un alarido nuncio de terror?

YOLAO.—Por ti, para que vinieras ante este templo.

ALCMENA.—No comprendo esto. Pues, ¿quién es éste?

YOLAO.—Anuncia que ha venido el hijo de tu hijo.

ALCMENA.—[660] Salve, también tú, por este mensaje. ¿Por qué, sin embargo, dirige sus pies a esta tierra? ¿Dónde se esconde ahora? ¿Qué suceso le prohíbe aparecer aquí a tu lado para alegrar mi corazón?

SERVIDOR.—Distribuye y ordena el ejército que trajo consigo.

ALCMENA.—Esa precisión ya no me interesa.

YOLAO.—Sí nos interesa. A mí me corresponde informarme.

SERVIDOR.—¿De qué hecho deseas enterarte?

YOLAO.—¿Con qué número de aliados está aquí?

SERVIDOR.—Con muchos. Mas otra cifra no puedo darte.

YOLAO.—¿Saben eso, pienso yo, los soberanos de los atenienses?

SERVIDOR.—[670] Lo saben. Y ya está preparada el ala izquierda.

YOLAO.—¿Está ya equipado el ejército para el combate?

SERVIDOR.—Sí, y, además, acaban de llevar las víctimas lejos de las filas.

YOLAO.—¿A qué distancia está el ejército argivo?

SERVIDOR.—Lo bastante cerca para distinguir con precisión al estratego.

YOLAO.—¿Qué hace? ¿Dispone acaso las filas contrarias?

SERVIDOR.—Lo deducíamos, mas no lo oíamos. Me voy a marchar. No quisiera que mis dueños se enfrentaran a los enemigos privados de mi ayuda.

YOLAO.—[680] También yo me voy contigo, pues pretendemos lo mismo: ayudar a los amigos con nuestra presencia, según parece.

SERVIDOR.—En absoluto era propio de ti pronunciar frases insensatas.

YOLAO.—Tampoco lo era no colaborar con mis amigos en la lucha denodada.

SERVIDOR.—No cabe herir con la vista, si la mano no ataca.

YOLAO.—¿Y qué? ¿No cobraría vigor yo gracias a un escudo?

SERVIDOR.—Cobrarías vigor, pero antes te caerías.

YOLAO.—Ningun enemigo soportará contemplarme.

SERVIDOR.—No existe, amigo mío, la fuerza que antaño tenías.

YOLAO.—Pues entablaré combate contra gentes no inferiores en número.

SERVIDOR.—[690] Pequeña ayuda prestas a tus amigos.

YOLAO.—No me retengas cuando estoy dispuesto a actuar.

SERVIDOR.—De actuar, tú, al menos, no eres capaz; de querer hacerlo, podría ser.

YOLAO.—Puedes decirme lo demás, pensando que no me quedaré.

SERVIDOR.—¿Cómo te mostrarás sin armas entre hoplitas?

YOLAO.—Dentro de este templo hay armas cogidas al enemigo; las vamos a utilizar. Vivo las devolveré, pues, si muero, no me las exigirá el dios. ¡Bien! Entra y, tras coger de los clavos un equipo de hoplita, tráemelo a toda prisa [700]. Pues resulta bochornosa esta forma de guardar la morada: que unos combatan y otros se queden por temor.

CORO.—*Los años aún no apaciguan tu ardor, que joven se mantiene, mas tu cuerpo ya no es nada. ¿Por qué te fatigas en balde en lo que a ti te dañará y a nuestra ciudad flaco servicio prestará? Es menester que la edad transforme la opinión y rechace lo imposible. No hay forma de que la juventud otra vez consigas.*

ALCMENA.—¿Qué ocurre? ¿Me dejarás sola con mis hijos [710], porque no estás en tus cabales, anciano?

YOLAO.—Propia de varones, en verdad, es la pelea. A ti, empero, te toca cuidar de ésos.

ALCMENA.—¿Y qué? Si tu pereces, ¿cómo me libraré yo?
YOLAO.—De ello se ocuparán los hijos de tu hijo que sobrevivan.
ALCMENA.—¿Y si —ojalá no ocurra— les acaece una desgracia?
YOLAO.—Estos extranjeros no han de traicionarte; no tengas miedo.
ALCMENA.—Realmente es mi única esperanza. Ninguna otra tengo.
YOLAO.—También Zeus, yo lo sé, se interesa por tus penas.
ALCMENA.—¡Ay! Zeus no escuchará reproches de mi boca: él mismo sabe si es piadoso conmigo.
SERVIDOR.—[720] Aquí ves ya una armadura completa. Apresúrate a cubrir tu cuerpo con ella. El combate está cerca y Ares detesta muchísimo a quienes se retrasan. Mas si temes el peso de las armas, camina ahora sin ellas y ponte este equipo en las filas. Mientras, yo lo llevaré.
YOLAO.—Bien has hablado. Transporta la armadura a mi lado, colócame la lanza en la mano, sosténme del codo izquierdo y dirige mis pasos.
SERVIDOR.—¿Acaso, en verdad, es menester guiar a un hoplita a manera de niño?
YOLAO.—[730] Hay que caminar con firmeza a causa de los augurios[22].
SERVIDOR.—¡Ojalá pudieras hacer cuanto ansías!
YOLAO.—Apresúrate. Muy mal lo pasaré si llego tarde a la pelea.
SERVIDOR.—En verdad, te retrasas tú; parece, en cambio, que yo no hago nada.
YOLAO.—¿No, ves cómo se apresuran mis piernas?
SERVIDOR.—Veo que te lo imaginas, más bien que te apresures.
YOLAO.—Tú lo confirmarás, cuando allí me contemples...
SERVIDOR.—¿Qué vas a hacer? Desearía, al menos, que tuvieras éxito.

[22] Tropezar, especialmente al rayar el día, se consideraba signo de mal augurio.

YOLAO.—... lesionando a algún enemigo a través de su escudo.

SERVIDOR.—Si es que en algún momento llegamos. Pues me temo que no.

YOLAO.—[740] ¡Ay! ¡Ojalá, oh brazo, te tuviera por aliado tal como te recuerdo en tu plenitud, cuando, junto a Heracles, destruías Esparta! ¡Qué victoria conseguiría sobre Euristeo! Pues, realmente, es miedoso incluso para afrontar la lanza. En la riqueza se basa, sin motivo, también la apariencia de valor. Pues pensamos que el hombre dichoso todo lo prepara bien.

CORO

Estrofa 1.ª

¡Tierra, luna que brillas toda la noche [750], y rayos muy relucientes del dios, que a los mortales ilumináis! ¡Ojalá me trajerais la nueva: proclamadla por el cielo, junto al trono soberano y en el palacio de Atenea, la de brillante mirada! Tras haber recibido a unos suplicantes, abatiré con mi brillante espada la amenaza que se cierne sobre mi patria y mi hogar.

Antístrofa 1.ª

Horrible es que una ciudad como Micenas [760], próspera y muy ilustre por el vigor de su lanza, sienta odio hacia mi país. Pero es cobarde, oh ciudad, que por orden de Argos traicionemos a unos extranjeros suplicantes. Zeus es mi aliado: no tengo miedo. Zeus me favorece con motivo. Jamás tendré a las divinidades por inferiores a los mortales.

Estrofa 2.ª

[770] ¡Oh señora![23]. En verdad tuyo es el suelo de nuestro país y la ciudad de que eres madre, señora y protectora. ¡Encamina por otro rumbo a quien, sin razón, trae aquí el ejército argivo que lanzas esgrime! Que, por mi valor, no es justo que sea expulsado de mi hogar

Antístrofa 2.ª

Pues, en tu honor, siempre se celebra un culto rico en sacrificios sin olvidar el último dia de los meses[24], [780] *ni los cánticos de los jóve-*

---

[23] Invocación a Atenea, guardiana y diosa de Atenas.

[24] Posible mención del día 28 del mes de Hecatombeón (aproximadamente, equivale a nuestros julio y agosto), fecha del nacimiento de Atenea. Efectivamente, las Grandes Panateneas, o fiesta mayor de Atenas, tenían lugar cada

nes, ni las melodías de los coros. Sobre la airosa loma[25] *gritos femeniles retumban entre el batir de pies de las doncellas que la noche entera dura*[26].

SERVIDOR.—Señora, traigo nuevas: para ti, muy rápidas de escuchar; para mí, aquí presente, muy bellas. Hemos vencido a nuestros enemigos y se alzan trofeos con todas las armas de tus rivales.

ALCMENA.—¡Oh queridísimo! Este día te ha conducido a la libertad en virtud de estas noticias [790]. Mas todavía no me liberas de una congoja, pues miedo siento de que no vivan las personas que amo.

SERVIDOR.—Viven, sí. Muy gloriosas ante el ejército.

ALCMENA.—¿No es éste el anciano Yolao?

SERVIDOR.—Exactamente, pues ha tenido grandísimo éxito con ayuda divina.

ALCMENA.—¿Qué sucede? ¿Libró acaso valiente pelea?

SERVIDOR.—De viejo volvió a ser joven.

ALCMENA.—Extraordinarios sucesos relatas. Con todo, quiero que me anuncies primero el afortunado combate de los míos.

SERVIDOR.—Mi relato por sí solo te explicará todo eso [800]. Pues, luego que nos hubimos enfrentado unos a otros disponiendo cara a cara las tropas de hoplitas, Hilo, descendiendo de su cuadriga, se situó en medio del campo que a los combatientes separaba... Y, a continuación, dijo: «¡Oh general que has llegado desde Argos! ¿Por qué no abandonamos este país? Tampoco a Micenas le causarás ningún perjuicio si la privas de un varón. ¡Bien! Entabla combate, tú solo contra mí solo. Si me das muerte, llévate a los hijos de Heracles; si mueres [810], permíteme poseer la gloria y mansión paternas.» El ejército lo aprobó: hermosa proposición se había expuesto, pues les ahorraba sufrimientos y comportaba valentía. Mas

---

cuatro años. Durante los festejos se celebraban también concursos musicales, poéticos y gimnásticos.

[25] Es decir, la Acrópolis de Atenas.

[26] Alusión a la fiesta llamada *Pannychís,* propiamente «la que dura toda la noche». En ella las doncellas atenienses expresaban en forma de letanía, siguiendo a la sacerdotisa, su aprecio a su diosa y patrona.

aquél, ni siquiera por rubor ante quienes escucharan esas palabras, ni ante su personal cobardía, aun siendo el general, osó llegarse a la vigorosa lanza, sino que fue cobardísimo. ¡Y que siendo de tal calaña hubiera venido a esclavizar a los hijos de Heracles! Conque Hilo se marchó otra vez a su puesto. Y los adivinos, tras haber comprendido que no se efectuaba la reconciliación mediante combate singular, inmolaban la víctima, no se retrasaban, sino que, al momento, hicieron salir sangre propicia de garganta humana[27]. Unos guerreros subían a sus carros, otros se guardaban mutuamente los costados gracias a sus escudos. El jefe ateniense exhortó a su tropa tal como ha de hacerlo un hombre noble: «¡Oh conciudadanos! Menester es ahora socorrer el territorio que nos nutre y dio la vida.» El otro, a su vez, rogó a sus aliados que no toleraran la deshonra de Argos y Micenas. En cuanto dieron la aguda señal mediante la trompeta tirrena y trabaron entre sí combate, ¿cuánto estrépito de escudos crees que retumbaba? ¿Cuánto suspiro y queja al mismo tiempo? Al comienzo, en verdad, el asalto del ejército argivo rompió nuestras filas. Mas luego se retiraron. Y después, cruzando un pie con otro, colocado un hombre junto a otro, resistían en la pelea. Muchos caían y se escuchaban dos exhortaciones: «¡Oh Atenas!», «¡Oh los que sembráis los campos de Argos! ¿No libraréis de oprobio a vuestra ciudad?» A duras penas, recurriendo a todo, no sin dolores, pusimos en fuga a las huestes argivas. En ese instante, el anciano Yolao, como viera que Hilo se lanzaba al ataque, alargándole la mano derecha le pidió lo llevara en su carro tirado por caballos, y, con las riendas en la mano, se lanzó tras los potros de Euristeo. La continuación de esto la refiero habiéndola oído de otros, pero hasta este punto yo mismo lo contemplé. En verdad, en Palene[28], cuando cruzaba la respetada loma de la divina Palas,

[27] Referencia al sacrificio e inmolación de Macaria, lo que no deja de sorprendernos en este contexto.

[28] Palene era un demo del Ática (como es sabido, Clístenes había dividido toda el Ática en cien demos, atribuyendo diez a cada una de las diez tribus), situado a unos doce kilómetros al este de Atenas, en dirección a Maratón. Había allí un santuario erigido en honor de Atenea, justo en el extremo Norte del monte Himeto.

tras divisar el carro de Euristeo, Yolao suplicó a Hebe y a Zeus volverse joven por un solo día y exigir reparación a sus enemigos. Y ahora puedes escuchar un portento. En efecto, colocándose dos astros sobre los uncidos caballos, ocultaron el carro con una nube sombría. Los más informados mencionan precisamente a tu hijo y a Hebe[29]. Y Yolao, viniendo de la oscura tiniebla, mostró el rejuvenecido aspecto de unos brazos juveniles. El famoso Yolao apresa la cuadriga de Euristeo [860] junto a las rocas de Escirón[30], y, tras ligarle las manos con ataduras, se presentó con la parte más hermosa del botín: el general otrora dichoso. Con el presente suceso para todos los mortales lanza una proclama fácil de entender: no envidiar a quien parece ser feliz, antes de verlo muerto. ¡Qué efímeros son los vaivenes del destino![31].

CORIFEO.—¡Oh Zeus que otorgas el triunfo![32]. Ahora me es dado contemplar un día libre de espantoso miedo.

ALCMENA.—¡Oh Zeus! ¡Por fin has reparado en mis amarguras! [870]. Con todo, gracias te doy por lo acaecido. Yo no creía antes que mi hijo viviera con los dioses, mas lo sé ahora con seguridad. ¡Oh hijos! Ahora ya, ahora, liberados de fatigas, liberados quedaréis de Euristeo, que morirá de forma terrible, y contemplaréis la ciudad de vuestro padre, entraréis en vuestros lotes de tierra[33] y ofreceréis sacrificios a vuestros dioses paternos, porque, al veros rechazados de ellos cual extranjeros, desgraciada vida errátil soportabais. Pero ¿qué argucia escondía entonces Yolao [880] cuando evitó matar a Euris-

---

[29] Hebe (*Hēbē* significa exactamente «juventud»), diosa de la eterna juventud, nació de Zeus y Hera. El padre de dioses y hombres, Zeus, la otorgó en matrimonio a su también hijo Heracles, una vez que el famoso héroe pasó a residir en el Olimpo junto a los dioses.

[30] Célebre bandido muerto por el héroe Teseo. Tales rocas venían a ser la frontera natural de Atenas y Mégara.

[31] Tema tópico del pensamiento griego es el de no tener por dichoso a nadie hasta ver cómo ha muerto, en la idea de que hasta el último momento de la vida puede darse un repentino cambio de la fortuna. Cfr. Eurípides, *Andrómaca*, 101 y ss., y *Troyanas*, 509 y ss.

[32] Invocación de Zeus *tropaîos*, es decir, el que obliga al enemigo a volverse o darse a la fuga.

[33] Referencia al reparto del Peloponeso entre los descendientes de Heracles cuando regresaron a su tierra natal.

teo? Cuéntamelo. Pues, a nuestro juicio, no es argucia esto: tras capturar a los enemigos no exigirles reparación.

SERVIDOR.—Por respeto a ti, a fin de que lo veas vigoroso y esclavizado bajo tu mano. A él, no de grado, sino por la fuerza, lo ligó Yolao al yugo de la necesidad. Porque no quería llegar vivo ante tu mirada ni pagar su castigo. ¡Ea! ¡Oh anciana! Adiós. Acuérdate, por favor, de lo que dijiste al comienzo, cuando inicié mi narración [890]: libérame[34]. En tales momentos es menester que las gentes nobles mantengan su boca sin decir mentira.

CORO

Estrofa 1.ª

Para mí grato es un coro cuando el agudo encanto del loto[35]*... ¡Que sea propicia Afrodita! Mas también es cosa agradable observar la felicidad de unos amigos que desde ha mucho no la esperaban. Pues numerosos partos tiene la Moira*[36] *que todo lo cumple [900], y Eón, hijo de Crono*[37]*.*

Antístrofa 1.ª

Sigues una ruta justa, oh ciudad —menester es no impedir jamás venerar a los dioses. Quien lo niegue, bordea la locura, ya que estas pruebas se aducen. En verdad, un dios manda la señal, aniquilando sin cesar la jactancia de los injustos.

Estrofa 2.ª

[910] *Ha entrado en el cielo tu hijo, oh anciana. Evita el rumor de haber descendido a la morada de Hades, consumido su cuerpo por espantosa llama de fuego*[38]*. Comparte el amado lecho de Hebe*

---

[34] Más arriba (verso 785), Alcmena promete la libertad a un servidor, esclavo sin lugar a dudas.

[35] El loto era utilizado para hacer flautas de buena calidad. Los puntos suspensivos indican en este caso que el texto aparece gravemente dañado en los manuscritos.

[36] Las Moiras reparten el destino a los hombres. Su número no aparece fijado hasta Hesíodo, que habla de tres: Cloto, Láquesis y Átropo. Encontramos aquí un singular colectivo o simplemente una personificación de un concepto abstracto.

[37] Eón *(Eiō)* es la duración o vida de una persona. Se le llama hijo de Crono, «el tiempo» *(Chrónos)*. Cfr. español, cronómetro. Este Crono no debe confundirse con el homónimo Crono *(Krónos)*, padre de Zeus y de otros dioses.

[38] Heracles murió en el monte Eta, a unos veinte kilómetros de Traquis, en una pira que el ilustre héroe hizo apilar a fin de arder en ella, pues era presa de

en la áurea morada. ¡Oh Himeneo[39], *veneraste a dos hijos de Zeus!*[40].

Antístrofa 2.ª

Los sucesos concuerdan muchísimo entre sí [920]. Pues es fama que Atenea auxilió al padre de éstos, y a éstos salvólos la ciudad y el pueblo de la famosa diosa; reprimió la desmesura de un varón cuya terrible ira violaba a la justicia. ¡Jamás albergue yo insolencia ni un corazón insaciable!

SERVIDOR.—Señora, lo estás viendo, mas, aun así, se te explicará: venimos conduciendo aquí a Euristeo [930], visión inesperada, y no menos lo es haberlo logrado. Pues nunca creía él que había de parar en tus manos, cuando desde Micenas avanzaba con tropa infatigable, orgulloso, muy en contra de la justicia, a fin de aniquilar Atenas. Pero una divinidad se le opuso y alteró su sino. Así pues, Hilo y el esforzado Yolao han levantado, por la hermosa victoria, la imagen de Zeus que otorga el triunfo. A mí, ordénanme conducir a éste ante ti, deseosos de alegrar tu corazón. Pues cosa dulcísima [940] es ver desdichado a un enemigo que era afortunado.

ALCMENA.—¡Oh ser abominable! ¿Has llegado? Por fin te ha capturado la justicia. Y bien, ante todo, vuelve hacia aquí tu cabeza y osa contemplar de frente a tus enemigos. Pues ahora estás vencido y no vences ya. ¿Eres tú aquel —pues deseo saberlo— que decidió, oh criminal, infligir numerosos ultrajes a mi hijo que ahora vive donde está? Pues, ¿en qué no osaste ofenderlo? Tú que le obligaste a descender vivo a Hades[41] y que lo despedías [950] ordenándole exterminara hidras y leones[42]. Silencio otras maldades como las que tramas-

---

espantosos dolores causados por la fatal túnica que le regalara su esposa Deyanira, que había ungido tal vestidura con lo que ella creía un filtro amoroso capaz de atraer de nuevo el amor de su esposo.

[39] Es el dios del matrimonio. Presidía también los cantos nupciales. Se le hacía hijo, según la mayoría de los comentaristas, de Dioniso y Afrodita.

[40] Efectivamente, Heracles procedía de Zeus y Alcmena; Hebe, de Zeus y Hera.

[41] En su duodécima gesta Heracles descendió al infierno para apoderarse del Can Cerbero, monstruoso ser de tres cabezas que guardaba celosamente las puertas del infierno.

[42] Matar el león de Nemea y exterminar la Hidra de Lema fueron, respectivamente, el primer y segundo trabajo que Euristeo impusiera al esforzado héroe.

te, pues extensa resultaria mi relación. Y no te satisfizo cometer sólo esas osadías, sino que desde la Hélade entera nos expulsabas a mí y a sus hijos, mientras estábamos reclinados cual suplicantes de las deidades: unos, ancianos, y otros, pequeños aún. Mas hallaste unos hombres y una ciudad libre, que no te tuvieron miedo. Debes morir de forma infame y obtendrás todos tus premios, pues sería menester que murieras, y no una sola vez [960], tú que muchos dolores causaste.

SERVIDOR[43].—No está en tu mano eliminar a éste.

ALCMENA.—Entonces, ¿lo hicimos prisionero para nada? ¿Qué ley, en verdad, prohíbe que muera?

SERVIDOR.—Deciden que no los señores de este país.

ALCMENA.—Y ¿por qué? ¿No les parece bien dar muerte a sus enemigos?

SERVIDOR.—No, al menos a quien capturan vivo en combate.

ALCMENA.— ¿Toleró Hilo también esa decisión?

SERVIDOR.—¿Era menester, supongo, que hubiera desoído él a este país?

ALCMENA.—Menester sería que éste no viviera ni contemplara ya la luz.

SERVIDOR.—[970] La primera injusticia que éste sufrió fue no haber muerto.

ALCMENA.—¿Verdad que aún está en situación propicia para dar satisfacción?

SERVIDOR.—No existe nadie que matarlo pudiera.

ALCMENA.—Yo sí, sin duda. Y sostengo, por cierto, que también yo soy alguien.

SERVIDOR.—Te ganarás una enorme censura, si realizas eso.

ALCMENA.—Amo a esta ciudad. Nada hay que objetar. Mas a éste, toda vez que ha caído en mis manos, no hay mortal que me lo arrebate. Quien así lo quiera me tildará de osada en este lance y más engreída de lo que cuadra a una mujer [980]. Pero la hazaña habrá sido ejecutada por mí.

---

[43] Nos hemos inclinado por la disposición adoptada por Garzya, *Euripides, Heraclidae*, Leipzig, 1972. En otros editores varía mucho el reparto de personajes.

SERVIDOR.—Espantosa y perdonable contienda contra este hombre te posee, oh mujer. Bien lo entiendo.

EURISTEO.—Mujer, sábete bien que no te lisonjaré ni mencionaré en punto a mi propia vida nada de donde pudiera imputárseme cobardía alguna. Yo entablé esta contienda mal de mi grado. Sabía que era primo hermano tuyo y de la misma estirpe que tu hijo Heracles[44]. Pero, tanto si me prestaba a ello como si no —pues diosa era ella— [990], Hera me hizo padecer esta afección[45]. No bien hube comenzado mi malquerencia contra él y conocido que había de entablar esta lucha, llegué a ser refinado en numerosos suplicios, y muchos procuraba yo aconsejándome con la noche sin cesar, a fin de expulsar y aniquilar a mis enemigos y no convivir en lo sucesivo con el terror, pues sabía que tu hijo no era un número más, sino un auténtico hombre. Pues, aunque fue mi enemigo, hermosas palabras escuchará, porque era hombre valeroso [1.000]. Mas, cuando desapareció, ¿no era menester entonces que yo, aborrecido por éstos y sabedor del odio que heredaban de su padre, removiera hasta las piedras intentando matarlos, expulsándolos y planeando asechanzas? De obrar así, mi situación se hacía segura. Si tú hubieras recibido mi sino, ¿no habrías atacado con insidias a los abyectos cachorros de un león enemigo, sino que les habrías consentido cuerdamente que vivieran en Argos? A nadie lograrías convencer de eso. Con que, ahora, toda vez que no me eliminaron [1.010] cuando yo lo ansiaba, según las leyes griegas, caso de morir yo, lleno de infamia a quien me mate. Esta ciudad, sabiamente, me absolvió, respetando al dios más que a su rencor con-

[44] Euristeo era primo hermano de Alcmena, por doble motivo. Sus padres respectivos, Esténelo y Electrión, eran hermanos, como hijos ambos de Perseo. Sus madres, Nicipe y Anaxo, eran hijas de Pélope, es decir, hermanas entre sí.

[45] La enemiga contra Heracles le duró a Euristeo mientras vivió el famoso héroe. Según el mito, cuando Alcmena iba a dar a luz, Hera, extremadamente celosa y ofendida por las innumerables correrías e infidelidades de su augusto marido, Zeus, le hizo jurar a éste que el descendiente que le naciera en tal día sería rey absoluto de Micenas. Una vez que le fue otorgado el juramento, Hera, como diosa del parto, consiguió que Euristeo viera la luz antes que Heracles.

tra mí. Sobre lo que has hablado, has escuchado mi réplica. Tras ello, menester es considerarme criminal u honrado. Hasta ese punto estoy en tus manos. No quiero morir, pero, si dejara la vida, no lo sentiría en modo alguno.

CORIFEO.—Deseo darte, Alcmena, un breve consejo: absuelve a este hombre, pues lo pide la ciudad.

ALCMENA.—[1.020] ¿Y qué sucedería si él muriera y obedeciera yo a la ciudad?

CORIFEO.—Eso sería lo mejor. Mas ¿cómo acontecería eso?

ALCMENA.—Yo te lo diré sencillamente. Después de aniquilar a éste, daré el cadáver a sus amigos que lo reclamen. Entonces, respecto a su cuerpo, no desobedeceré a esta tierra, pero él, al morir, me rendirá satisfacción.

EURISTEO.—Mátame, que no te pido gracia. Pero a esta ciudad, ya que me absolvió y renunció por vergüenza a matarme, le regalaré una vieja profecía de Loxias[46], que, con el tiempo, beneficiará más de lo que parece [1.030]. Efectivamente, una vez muerto dadme sepultura donde prescribe el destino: ante la virgen divina de Palene. Reposaré para siempre bajo tierra cual meteco[47] partidario de ti[48] y salvador de la ciudad, pero sumo enemigo de los descendientes de éstos[49], cuando lleguen aquí con nutrida tropa traicionando este beneficio. ¡A extranjeros de tal laya habéis defendido! ¿Cómo vine aquí, si estaba al tanto de eso y no requerí el oráculo del dios? Creí que Hera poseía mucho más poder que las profe-

[46] Es el sobrenombre de Apolo. Propiamente, «el torcido» u «oscuro», a causa de lo enigmático y tortuoso de sus respuestas oraculares.

[47] Los metecos eran los extranjeros que vivían en una ciudad acogidos a los usos y costumbres de la misma. En la Atenas de la época (último tercio del siglo V a.C.) llegaban a ser casi un 50 por 100 de la población libre. No tenían derecho a intervenir en política y habían de pagar unos impuestos especiales. Cuando sus servicios en pro de la ciudad eran sobresalientes recibían el título honorífico de «bienhechores».

[48] Alusión al Corifeo, y, por extensión, a Atenas.

[49] Es decir, de los Heraclidas. Refiérese, en general, a la invasión de los Peloponesios y sus aliados, comandados por los espartanos, contra el Ática. Hubo dos ataques importantes: en el 430 a.C. saquearon el Ática, pero respetaron la Tetrápolis; en el 427 a.C., la devastación del Ática fue absoluta. De ahí que se sitúe cronológicamente esta tragedia que estudiamos, según los más conspicuos especialistas, entre 430 y 427 a.C.

cías [1.040] y que no me traicionaría. Y bien, no consientas que viertan en mi sepulcro libaciones ni sangre. Pues terrible regreso les otorgaré yo en respuesta a esta actitud. Doble ganancia obtendréis de mí: cuando muera os causaré un bien; y a éstos, un perjuicio.

ALCMENA.—¿Por qué tardáis, pues, en matar a este hombre, tras escuchar esas palabras, si es necesario lograr la salvación de la ciudad y de nuestra descendencia? Muestra, en verdad, una ruta muy segura. Es varón hostil, mas otorgará beneficios, una vez muerto [1.050]. Lleváoslo, esclavos. Después es menester que, tras matarlo, lo arrojéis a los perros. Pues no confíes en quedar vivo y expulsarme otra vez del suelo patrio.

CORO.—*Eso mismo creo yo. Caminad, servidores, pues, en lo que a nosotros concierne, sin mancilla quedarán nuestros reyes.*

HIPÓLITO

INTRODUCCIÓN

Como tantas otras figuras del culto griego, Hipólito tiene su propia leyenda. No aparece en el rito ateniense hasta el siglo v, pero, en cambio, desde mucho antes disfrutaba de especial veneración en Trecén, localidad situada en la costa Noreste del Peloponeso, a unos cincuenta kilómetros en línea recta hacia el suroeste de Atenas. En Trecén, las jóvenes vírgenes ofrecían, antes de su matrimonio, rizos de sus cabellos en honor de Hipólito, el joven que muriera casto. Así lo recoge nuestra obra en los versos 1.423 y ss. Más tarde, ya en el siglo v a.C., la leyenda de Hipólito entró en Atenas, donde mereció singular aprecio por parte de los poetas. No debe escapársenos que nuestro personaje central se nos muestra en todas las versiones como hijo de Teseo, el héroe nacional ateniense que precisamente había nacido y fue criado en Trecén.

El núcleo de toda la leyenda viene constituido por el enfrentamiento agonal de Fedra, mujer de Teseo, contra Hipólito. Aquélla, presa de irrefrenable amor hacia su casto hijastro, se le declara y es rechazada por él. Entonces lo acusa, ante Teseo, de intento de violación. Teseo, furioso contra su hijo, lo maldice y le pide a Posidón que lo mate. Así acontece. Fedra, a su vez, se suicida; en nuestra obra tal hecho acontece antes de la maldición de Teseo contra Hipólito.

El motivo literario de la mujer casada que se enamora de un joven soltero al que trata de seducir y a quien acusa al verse fracasada en sus intentos amorosos, con variantes diversas según las distintas literaturas, encuentra amplia difusión en el repertorio literario universal. Dentro del mundo griego puede

pensarse en los casos parecidos de Peleo y la mujer de Acasto; de Belerofonte y Estenobea. Es el tema de José y Putifar, bien recogido en el Antiguo Testamento.

En la literatura griega anterior al siglo V a.C. encontramos sólo alguna mención de Fedra *(Odisea,* XI, 321-326) y de Hipólito (en los *Cantos naupactios,* poema de la escuela de Hesíodo). En cambio, en el siglo V sabemos de otras dos tragedias en que se trató el mito de que nos ocupamos. En la primera, *Hipólito velado,* llevada a la escena por el propio Eurípides, en fecha incierta para nosotros, pero próxima en todo caso al año 432 a.C., la propia Fedra manifestaba sin rubor su pasión amorosa y se declaraba abiertamente a Hipólito, que no puede por menos de cubrirse el rostro lleno de vergüenza. Esta circunstancia debió de impresionar fuertemente la sensibilidad del espectador ateniense, y ello hasta tal punto que Aristófanes tildó a Fedra de mujer pública *(Ranas,* 1.043).

Posteriormente, Sófocles escribió una Fedra en que la heroína se presentaba como víctima del poder absoluto de Eros, fuerza extraordinaria que ningún humano puede evitar.

Por último, viene nuestra obra, a la que los antiguos dieran el calificativo de *Hipólito portador de una corona*[a], representada en el año 428 a.C., es decir, en los primeros años de la guerra del Peloponeso. En nuestra tragedia es la nodriza la que hace saber a Hipólito el gran amor que atormenta a Fedra. Mas, por encima de todo, lo que predomina en nuestra pieza es el conflicto entre el amor y la castidad, que se ven apoyados, respectivamente y de modo incondicional, por las divinidades tutelares pertinentes: Afrodita y Ártemis. Si Fedra se nos presenta como la mujer enamorada, poseída por una fuerza demónica e irresistible, Hipólito, a su vez, aparece como el joven que conserva su pureza a todo trance de forma obsesiva.

Del enfrentamiento entre ambos personajes, de su actitud personal ante las fuerzas divinas que sobre ellos se ciernen y actúan, resulta una de las obras euripideas más logradas. Así

[a] Es preferible esta traducción a la usual de *Coronado,* pues realmente el texto griego dice *Stephanóphoros* o *Stephanías,* porque el personaje central aparece llevando una guirnalda o corona de flores para honrar a Ártemis. Véanse versos 73 y ss.

lo entendió el sagaz público ateniense que otorgó el primer puesto a nuestro autor. En verdad, en *Hipólito* hallamos quizá el más alto exponente de lirismo y patetismo dentro de las tragedias de Eurípides. Sus coros y cantos alternados son realmente de extraordinaria belleza.

Nuestra obra nos recuerda, en cierto sentido, la fuerza trágica de Medea; en ambas hay repetidas alusiones a las ineludibles fuerzas de la naturaleza, arropadas por las divinidades protectoras. El conflicto entre las diosas, Ártemis y Afrodita, estaba cerca, sin duda, de las preocupaciones religiosas de los atenienses del momento, apartados ya de las viejas fórmulas sobre la grandiosidad divina que les fueran ofrecidas por Esquilo, pero atentos, más que nunca, al contraste terrible entre poderes encontrados que resultan deseables y odiosos al mismo tiempo.

Por mencionar la influencia de esta tragedia en la posteridad, dejando a un lado su presencia en el arte, sarcófagos especialmente, digamos que en Roma Séneca escribió una *Fedra* en donde recogió muchos datos del *Hipólito* perdido para nosotros. También Ovidio (*Heroidas*, 4, y *Metamorfosis*, XV, 497 y ss.) se basó fundamentalmente en el primer *Hipólito*. Entre las adaptaciones dramáticas en que puede verse algún reflejo de nuestra tragedia cabe citar la *Fedra* de Racine (1677) y la de D'Annunzio (1909).

Nota bibliográfica

Euripide, Hippolyte, Andromaque, Hécube, texto y traducción de L. Méridier, París, 1927.

VERDE, R., *L'Ippolito di Euripide. Saggio di sintesi estetica ed interpretativa*, Turín, 1956.

Euripides. Hippolytos, edición, introducción y notas de W. S. Barret, Oxford, 1964.

MERKLIN, H., *Gott und Mensch im Hippolytos und den Bakchen des Euripides*, tesis, Friburgo, 1964.

LASSO DE LA VEGA, J. S., «Hipólito y Fedra en Eurípides», *Estudios Clásicos* 9, 1965, págs. 361-410.

Eurípides, Hipólito, introducción, traducción y notas de F. R. Adrados, Madrid, 1966.

Ippolito, introducción, texto y comentario de M. Ragone, Nápoles, 1968.
Euripide, Ippolito, ed. G. Pascucci, Milán, 1969[3].
Hipólito, introducción, texto y comentario de C. Miralles, Barcelona, 1979.
Hipólito, introducción, versión y notas de B. de Sousa Oliveira, Coimbra, 1979.

Sobre el texto seguido

Nos apartamos de las lecciones seguidas por Murray en los versos 99, 103, 329, 514, 670, 1.372, 1.385 y 1.459.

ARGUMENTO

I[b]

Teseo era hijo de Etra y Posidón y rey de Atenas. Tras casarse con una de las amazonas, Hipólita, engendró a Hipólito que se distinguía por su belleza y castidad. Cuando su esposa dejara la vida, contrajo nuevo matrimonio con una mujer cretense, la hija de Minos, rey de Creta, y de Pasífae: Fedra. Teseo, tras dar muerte a Palante, uno de sus familiares, marcha desterrado, en unión de su esposa, a Trecén, donde acontecía que Hipólito era criado junto a Piteo. Como Fedra hubiera contemplado al muchacho, cayó en desearlo, no porque fuera intemperante, sino por realizar el designio de Afrodita, que, habiendo decidido aniquilar a Hipólito por su castidad, estimuló a Fedra a enamorarse y logró el cumplimiento de sus planes. Pues, aun ocultando Fedra su afección, por fin se vio forzada a contárselo a su nodriza, que había prometido ayudarla. Y ésta, contra los deseos de Fedra, informó al muchacho. Tras saber Fedra que aquél se había irritado, censuró a la nodriza y se ahorcó. Apareciendo Teseo en aquel instante y apresurándose a bajar a la ahorcada, descubrió prendida de ella una tablilla en donde imputaba a Hipólito su destrucción a causa de sus propósitos. Como Teseo se creyera lo escrito,

[b] Este argumento parece haber sido tomado de unos *Cuentos de Eurípides*, colección redactada hacia el siglo I d.C. Tales resúmenes pretendían poner al alcance del público interesado las líneas esenciales de las obras euripideas, que a la sazón disfrutaban de especial aceptación y fortuna.

mandó a Hipólito al destierro y él mismo dirigió a Posidón imprecaciones; el dios las atendió y aniquiló a Hipólito. Y Ártemis, manifestándole a Teseo los hechos, uno por uno, no censuró a Fedra, sino que intentó consolar a Teseo, privado de su hijo y su esposa, y afirmó que se establecerían en el país cultos en honor de Hipólito.

II[c]

La escena del drama se supone en Atenas. Se representó siendo arconte Epaminón, el año cuarto de la Olimpíada 87. El primero fue Eurípides; el segundo, Yofón; el tercero, Ión. Éste es el segundo *Hipólito*, titulado también *Portador de una corona*. Resulta claro que fue escrito después, pues lo indecoroso y digno de censura ha sido corregido en esta obra. La tragedia es de las del primer grupo.

[c] Es un fragmento de la hipótesis de Aristófanes de Bizancio. Los extractos ofrecidos por este estudioso comprenden una breve noticia, pero de alta calidad y precisión, sobre las tragedias que comenta. Cfr. *Alcestis,* nota c.



Efebo de Anticitera. Bronce del siglo IV a.C. Museo Nacional de Atenas.

PERSONAJES DEL DRAMA

Afrodita
Hipólito
Coro de cazadores
Sirviente
Coro de mujeres de Trecén
Nodriza
Fedra
Teseo
Mensajero
Ártemis

AFRODITA.—Soy diosa importante y no carente de gloria entre los mortales y dentro del cielo: me llamo Cipris. De todos los que habitan entre el Ponto y las fronteras de Atlas[1] contemplando la luz del sol, protejo a los que veneran mi poder y abato a cuantos se enorgullecen contra mí. Pues también en el linaje de los dioses acontece esto: se complacen al ser venerados por los hombres.

Demostraré enseguida la verdad de estas palabras [10]. Efectivamente, el hijo de Teseo y retoño de la Amazona[2], Hipólito, educado a manos del santo Piteo[3], es el único ciudadano de esta tierra trecenia[4] que dice que soy la divinidad más malvada, desdeña el lecho y no prueba el matrimonio. Mas a la hermana de Febo, a Ártemis[5], hija de Zeus, la honra, considerándola la más importante entre las divinidades. Por el verde bosque, acompañando sin cesar a la doncella, con sus rá-

---

[1] Los límites del mundo conocido entonces solían situarse en el Ponto (mar Negro) por el Este, y en las columnas de Hércules, o sea, el estrecho de Gibraltar, por el Oeste. Recuérdese que Atlas era el gigante condenado por Zeus a soportar sobre sí el cielo. Fue convertido luego en el monte homónimo, al norte de África.

[2] Teseo, el héroe ateniense más famoso, tras una campaña contra las Amazonas, se había casado con una de ellas, cuyo nombre varía según las versiones.

[3] Hijo de Pélope e Hipodamía y rey de Trecén. Era famoso por su sabiduría y poderes adivinatorios. Valiéndose de sus artimañas, consiguió que el rey Egeo de Atenas cohabitara con su hija Etra; fruto de esta unión fue Teseo.

[4] En Trecén habría que situar realmente la escena de esta tragedia, según el sentir de varios estudiosos.

[5] Ártemis y Apolo eran hijos de Zeus y Leto. Ártemis, bella, casta y siempre virgen, es diosa de la caza, pero, curiosamente, actúa también como protectora de las fieras salvajes y de todos los animales; en especial, de sus retoños.

pidos perros elimina las fieras de la tierra, tras haber trabado una amistad superior a la mortal. Mas no les envidio yo[6]. Pues, ¿qué necesidad tengo? En cambio, por los yerros que ha cometido contra mí, castigaré a Hipólito en el día de hoy. Las más de mis tretas ha tiempo que las tengo urdidas: no necesito esforzarme mucho.

Yendo él, en una ocasión, desde la respetable mansión de Piteo a la tierra de Pandión[7] a fin de presenciar los misterios e iniciarse en ellos[8], como lo viera la noble esposa de su padre, Fedra, resultó presa en su corazón de terrible amor, según mis designios. Y antes de regresar ella a esta tierra de Trecén, junto a la misma roca de Palas[9], fundó, con vistas hacia esta tierra, un templo de Cipris, llena de amor por el extranjero, y, para lo sucesivo, poníale el nombre de la diosa al fundarlo en honor de Hipólito[10]. Y cuando Teseo abandona la tierra de Cécrope[11], huyendo de la mancha sangrienta de los Palántidas[12], viene por mar hacia este país en compañía de su esposa, soportando el destierro fuera de su patria durante un año. Ahora ya, gimiendo y herida por los aguijones del amor, la infeliz fenece en silencio. Ningún sirviente conoce su afección, mas este amor no ha de terminar así. Le explicaré la rea-

[6] El motivo de la envidia *(phthónos)* o celos de una divinidad ante el olvido, menosprecio u orgullo de los hombres constituye un tema importantísimo a lo largo de la Tragedia griega. De la envidia, el dios pasa al ataque directo, ocasionando enseguida la fulminante ruina del mortal.

[7] Rey de Atenas, padre de Egeo. Hay otro rey ateniense homónimo, pero padre de Erecteo.

[8] Es decir, en los misterios de Eleusis, celebrados anualmente en honor de Deméter, Perséfone y Triptólemo. Los iniciados juraban mantener en secreto, de por vida, todo lo que allí «se hacía, se veía y se decía».

[9] Referencia a la Acrópolis, desde donde, en los días claros, es posible divisar la costa de Trecén.

[10] En este punto la interpretación del texto, quizá corrupto, es muy controvertida.

[11] Realmente, Teseo había nacido en Trecén, pero aquí se le presenta como originario de Atenas. Cécrope era el abuelo de Egeo.

[12] Los hijos de Palante, hermano de Egeo, trataron de privar a Egeo de sus derechos a la sucesión en el trono de Atenas. Teseo, tras dura lucha, acabó con todos ellos. En los casos de legítima defensa se solía absolver sin cargos al acusado. En este crimen, empero, la purificación vendría justificada por tratarse de la muerte de unos primos hermanos.

lidad a Teseo y se verá con claridad. Y a nuestro joven enemigo lo matará su padre con las maldiciones que Posidón, el soberano del mar, otorgara a Teseo como presente[13] ninguna súplica al dios, hasta tres, sería en vano. Y ella, Fedra, con buena fama, es cierto, pero, con todo, ha de perecer, pues no me preocuparé por su desgracia de forma tal que mis enemigos no me den [50] tanta satisfacción cuanta yo crea conveniente.

Mas contemplo aquí al hijo de Teseo que viene tras cesar en sus ejercicios de caza, a Hipólito. Me alejaré de estos lugares. Junto a él, numeroso cortejo de sirvientes, en pos de sus pasos, viene cantando, celebrando a la diosa Ártemis con sus himnos. En verdad, no sabe él que están abiertas las puertas de Hades y mira esta luz por última vez.

HIPÓLITO.—*Seguidme, seguidme cantando a la celestial hija de Zeus, a Artemis [60], que se cuida de nosotros.*

CORO DE CAZADORES.—*¡Soberana, soberana muy venerable, retoño de Zeus, salve, salve, oh Ártemis, hija de Leto y Zeus, la más bella, con gran diferencia, entre las doncellas, tú que en el amplio cielo habitas la mansión de tu noble padre, la morada, rica en oro, de Zeus! [70] ¡Salve, oh la más bella entre las del Olimpo!*

HIPÓLITO.—En tu honor, señora, traigo esta trenzada corona, tras haberla adornado con flores de un prado intacto, donde ni el pastor se decide a apacentar sus rebaños, ni jamás entró el hierro[14], sino que la primaveral abeja recorre el prado virginal. Pudor lo cuida con rocíos fluviales. Los que nada han aprendido [80], sino que obtuvieron de nacimiento la suerte de ser virtuosos en todo de idéntica forma, pueden coger sus frutos, pero a los malos no les es lícito. ¡Ea!, querida soberana, acepta de mi mano piadosa la diadema de tus áureos cabellos. A mí es al único mortal a quien cabe este honor: contigo me reúno e intercambio palabras, escuchando tu voz,

---

[13] Para muchos, el verdadero padre de Teseo es Posidón. Éste le concedió el don de pedirle los tres favores que quisiera. Anteriormente, el ilustre héroe le había suplicado escapar de Hades y salir del Laberito de Creta. El tercer voto sería causa de la muerte de su propio hijo Hipólito.

[14] Es decir, donde no se ha arado ni segado.

pero sin ver tu rostro. ¡Ojalá doblara yo el límite de mi vida tal como la comencé![15].

SIRVIENTE.—Señor —pues a los dioses hay que llamarles amos—, ¿admitirías que te diera un buen consejo?

HIPÓLITO.—[90] Sí, desde luego. Pues, de lo contrario, no parecería sensato.

SIRVIENTE.—¿Conoces, en verdad, la costumbre vigente entre los hombres?

HIPÓLITO.—No la conozco. Pero, ¿sobre qué me preguntas?

SIRVIENTE.—Sobre que odian la actitud soberbia y que no agrada a todos.

HIPÓLITO.—Con motivo. ¿Qué mortal soberbio no es odioso?

SIRVIENTE.—¿Hay alguna gracia en los amables?

HIPÓLITO.—Muchísima, y ventaja también, con pequeño esfuerzo.

SIRVIENTE.—¿Piensas que también entre los dioses acontece lo mismo?

HIPÓLITO.—Sí, al menos si cual mortales utilizamos las leyes de los dioses.

SIRVIENTE.—¿Cómo entonces no saludas tú a una diosa respetable?

HIPÓLITO.—[100] ¿A cuál? Cuidado, no vaya a errar en algo tu boca.

SIRVIENTE.—A ésta que se alza junto a tu puerta, a Cipris[16].

HIPÓLITO.—Siendo casto, desde lejos la saludo.

SIRVIENTE.—Sin embargo, es respetada y famosa entre los mortales.

HIPÓLITO.—Cada dios y cada hombre se interesa por alguien distinto.

---

15 Figura tomada del campo deportivo. Igual que el atleta dobla la señal o marca que indica el punto medio de la doble carrera, así se alude en este pasaje, no ya a la mitad, sino al final mismo de la vida.

16 Sinónimo de Afrodita, diosa del amor.

SIRVIENTE.—¡Ojalá seas feliz teniendo la cordura que debes!

HIPÓLITO.—No me place ningún dios venerado por la noche.

SIRVIENTE.—Preciso es, hijo, dar honras a los dioses.

HIPÓLITO.—Marchad, compañeros, y, cuando entréis en la mansión, ocupaos de la comida. Cosa grata es una mesa llena después de la caza. Menester es almohazar los caballos, con el fin de que, tras uncirlos al carro y hartarme de comida, haga mis ejercicios convenientes. A tu Cipris le digo que lo pase bien[17].

SIRVIENTE.—Y yo —pues no hay que emular a jóvenes tan orgullosos—, tal como a un esclavo le conviene hablar, oraré ante tu imagen, soberana Cipris. Preciso es perdonar cuando alguien, con corazón impulsivo por causa de su edad, profiere insensateces contra ti. Aparenta que no las oyes, pues menester es que los dioses sean más sensatos que los mortales.

CORO

Estrofa 1.ª

El agua del Océano[18] *una roca la destila, según cuentan, manando de sus alturas fuente viva recogida con nuestros cántaros. Allí una amiga mía, lavando los purpúreos vestidos en fluvial rocío, tendíalos en el dorso de caliente roca bien soleada. De allí me llegó la primera noticia sobre mi señora.*

Antístrofa 1.ª

Que afligida de enfermiza postración retiene su cuerpo dentro de palacio, y ligeros velos ocultan su rubia cabeza. Oigo decir que desde hace tres días, sin alimentar su boca, mantiene su cuerpo ayuno del fruto de Deméter[19], *deseando arribar, a causa de oculto sufrimiento, al desdichado fin de la muerte.*

[17] Véase también verso 1.059. Esta frase de significado irónico equivale a mandar a paseo a una persona.

[18] El Océano constituía, según los griegos de la época, una enorme corriente de agua que circulaba en torno a la Tierra. De él procedían los ríos y fuentes.

[19] Deméter, diosa de las cosechas, especialmente del trigo. El poesta se refiere a un ayuno ritual.

Estrofa 2.ª

¿Acaso tú, oh muchacha, poseída por Pan, o por Hécate, o por los venerables Coribantes o por la montaraz madre padeces accesos?[20]. *¿O es que, a causa de tus yerros contra la cazadora Dictina*[21], *te consumes por no haberle presentado ofrendas no sacrificiales? Pues va y viene por la laguna*[22] *y por tierra firme, allende el mar*[23] *[150], entre húmedos remolinos de espuma.*

Antístrofa 2.ª

¿O a tu marido, el señor de los Erecteidas, el de ilustre progenie, lo alimenta en palacio algún amor al margen de tu lecho? ¿O algún navegante, saliendo de Creta, ha venido al puerto más acogedor para los marineros, trayendo un mensaje a la reina, cuya vida, de dolor por su desgracia [160], queda ligada al lecho?

Epodo

Al difícil temperamento de las mujeres suele unirse terrible y mísera angustia: dolores de parto y locura. Esa ráfaga penetró un día en mi vientre, pero invoqué a la celestial defensora del parto que se ocupa del arco, a Ártemis, y muy deseada me visita siempre por la gracia de los dioses.

CORIFEO.—*[170] Mas aquí sale ante la puerta la anciana nodriza, acompañando a Fedra fuera de palacio. Mi alma ansía conocer qué ocurre; por qué está demacrado y pálido el cuerpo de mi señora.*

NODRIZA.—*¡Oh desdichas de los mortales y odiadas enfermedades! ¿Qué he de hacer contigo? ¿Qué no he de hacer? Aquí está la luz*

---

[20] El verbo *phoitáō* aparece usado, a veces, para indicar accesos mentales de distinta índole. El pueblo achacaba, normalmente, los ataques de furor y locura a divinidades asociadas con ritos orgiásticos. Se menciona a Pan, divinidad pastoril y campestre, protectora de la fecundidad y potencia sexual; aparece representada con cabeza y patas de macho cabrío. El sustantivo *pánico* es un derivado y consecuencia del terror que tal divinidad causaba durante sus súbitas apariciones. Por su parte, Hécate actúa como deidad protectora de la magia y los maleficios. Cfr. *Medea*, notas 21 y 58. Los Coribantes, divinidades originarias de Creta, acompañaban a la diosa Cíbele (o Cibeles) entre paroxismos orgiásticos. La montaraz madre a que apunta el texto es Cíbele, que representa el poder generador y salvaje de la naturaleza.

[21] Divinidad cretense relacionada con el culto de Ártemis. Tiene puntos de contacto con la diosa micénica que aparece en las representaciones pictóricas como asociada a animales salvajes.

[22] Es la laguna Sarónica, situada al norte de Trecén, según leemos en Pausanias (II, 30, 7). Estaba separada del mar por una larga y estrecha barra arenosa.

[23] Alusión a Creta, donde naciera Fedra, hija de Minos y Pasífae.

resplandeciente; aquí, el resplandeciente éter; fuera de palacio se extiende ya [180] tu lecho de enferma. No dejabas de insistir en venir aquí, pero enseguida me urgirás a llevarte de nuevo a tu alcoba, pues al punto te hartas y con nada disfrutas. Lo que tienes al lado no te agrada y consideras más grato lo lejano. Mejor es padecer una afección que cuidar de ella. Lo uno es sencillo; a lo otro se une la tristeza de la mente y la fatiga de los brazos. Toda la vida de los hombres es dolorosa [190] y no hay pausa en sus sufrimientos. Lo que sea más grato que el vivir la tiniebla, cubriéndolo, lo vela con sus nubes. De lo que refulge por la tierra resultamos terriblemente apasionados por inexperiencia de otra vida y falta de pruebas de lo que acaece bajo tierra. Por mitos nos guiamos en vano.

FEDRA.—Alzad mi cuerpo, enderezad mi cabeza. Rota está la atadura de mis miembros [200]. Coged mis bellas manos, servidoras. Pesado me parece el velo de mi cabeza. Quitadlo. Extiéndeme los bucles por mis hombros.

NODRIZA.—Ánimo, hija. No muevas tu cuerpo con violencia. Con calma y noble voluntad tolerarás mejor tu afección. Sufrir les resulta forzoso a los mortales.

FEDRA.—¡Ay, ay! ¿Cómo lograría yo la bebida de transparentes aguas que manan de fuente fresca [210], y bajo los álamos descansaría echada en tupida pradera?

NODRIZA.—¡Oh hija! ¿Qué dices? No profieras en público esas frases, pronunciando palabras provocadas por la locura.

FEDRA.—¡Llevadme a la montaña! Iré hasta el bosque y a lo largo de los pinos, donde los perros asesinos de fieras corren atacando pintadas corzas. ¡Por los dioses!, quiero incitar a los perros [220] y disparar desde cerca de mi rubia cabellera la jabalina tesalia, manteniendo en la mano el afilado dardo.

NODRIZA.—¿Por qué, hija, padeces esta inquietud? ¿A qué viene tu preocupación por la caza? ¿Por qué deseas aguas de manantial? Pues hay junto a la muralla una colina siempre húmeda donde podrías beber.

FEDRA.—¡Ártemis, señora de la salada laguna[24] y de las pistas deportivas que retruenan bajo los caballos! [230] ¡Así estuviera en tu suelo, domando potros vénetos!

---

[24] La laguna costera y sus arenales, en cuyas cercanías se encontraba el recinto consagrado a Ártemis. Por tales parajes se entrenaba Hipólito en sus ca-

NODRIZA.—*¿Por qué de nuevo profieres delirante esas palabras? Ha un instante expresabas el deseo de irte de caza a la montaña y ahora añoras los potros cabe las arenas resguardadas de las olas. Complicada adivinación se requiere para comprender qué dios te lleva de las riendas y perturba tu razón, hija.*

FEDRA.—*¡Desgraciada de mí! ¿Qué he hecho? ¿Por dónde me desvié de mi sano juicio? Enloquecí, me postré ante mi extravío causado por una divinidad. ¡Ay, ay, desdichada! Madre*[25]*, recúbreme de nuevo la cabeza, pues me ruborizo de lo que he dicho. Recúbreme. De mis ojos me llegan lágrimas, y mi rostro se ha vuelto de vergüenza. Pues gobernar mi razón me hace daño. Lo que me lleva a enloquecer es una desgracia, pero mejor es fenecer inconsciente.*

NODRIZA.—*Te recubro. Pero ¿cuándo la muerte ocultará mi cuerpo? Mi larga vida mucho me enseña. Menester sería que los mortales contrajeran entre sí amistades mesuradas que no llegaran hasta el mismo tuétano del alma y que las pasiones del corazón fueran fáciles de soltar para aflojarlas o apretarlas. Pero que una sola alma padezca por dos es peso terrrible, como yo sufro en extremo por ella. Dicen que una vida rigurosa acarrea más fracasos que alegrías y es más opuesta a la salud. Por eso elogio menos el exceso que el no propasarse en nada*[26]*, y los sabios me darán la razón.*

CORIFEO.—Anciana mujer, fiel nodriza de la reina Fedra, observamos la desdichada situación, pero nos resulta incierto cuál es su afección. Quisiéramos enteramos y oírlo de ti.

NODRIZA.—No conozco los motivos, pues no quiere contestar.

CORIFEO.—¿Ni siquiera cuál fue el comienzo de estos sufrimientos?

NODRIZA.—Vas a parar al mismo sitio, pues sobre todo eso guarda silencio.

CORIFEO.—¡Qué débil y agotado tiene el cuerpo!

---

rreras hípicas. Realmente, nuestro personaje montaba en un carro tirado por fogosos corceles. Ya desde el siglo VII a.C. se hicieron famosos los potros criados por los vénetos, pueblo asentado en la costa norte del Adriático, es decir, en torno a lo que luego sería Venecia.

[25] Literalmente *maîa* (o «mamá»), término hipocorístico con que los niños saludan o llaman a sus nodrizas.

[26] Norma básica del pensamiento griego es no pasarse del límite; no cometer ningún exceso. El texto dice *medèn ágan*, o sea, «nada en exceso».

NODRIZA.—¿Cómo no, si desde hace tres días está sin comer?

CORIFEO.—¿Por una locura o porque intenta morir?

NODRIZA.—Por morir. No come para terminar con su vida.

CORIFEO.—Cosa extraña has contado, si su marido lo tolera.

NODRIZA.—En verdad, oculta ella su desgracia y afirma que no está enferma.

CORIFEO.—[280] ¿Y no lo comprueba él al mirarle el rostro?

NODRIZA.—No, porque está de viaje, lejos de este país.

CORIFEO.—¿Y tú no la obligas, tratando de enterarte de su afección y del extravío de su mente?

NODRIZA.—A todo he recurrido y no he logrado nada. Sin embargo, ni siquiera ahora cederé en mi afán, a fin de que, estando tú aquí, me seas también testigo de cómo me comporto en el infortunio de mis amos.

¡Vamos, querida hija, olvidémonos ambas de nuestras anteriores palabras y sé tú más agradable [290], eliminando tu ceño hostil y la resolución de tu mente; y yo, dejando la ruta por donde te he seguido hasta ahora sin acierto, acudiré a un lenguaje mejor! Si padeces alguna enfermedad indecible, aquí hay mujeres para ayudarte a solucionar tu mal. Pero si tienes alguna afección que puede contarse a los varones, dilo, para mostrar este caso a los médicos. ¡Ea! ¿Por qué callas? No debes callar, hija, sino, o refutarme si digo algo sin razón, o convenir con mis palabras si las pronuncio con motivo [300]. Emite alguna palabra, mira hacia acá, ¡oh desgraciada de mí! Mujeres, en vano me tomo estas fatigas. Estamos tan lejos como antes, pues ni entonces se ablandaba ésta con mis argumentos, ni tampoco ahora hace caso.

¡Ea! Sábete, sin embargo —y compórtate ante esto con más arrogancia que el mar—, que, si mueres, traicionas a tus hijos que no participarán del palacio paterno. ¡Lo juro por la soberana Amazona que monta a caballo![27], la que para señor

[27] Observa el escoliasta que cuando, apoyando un aserto, se jura por algún enemigo, como en este caso, el juramento comporta una especial carga de ironía. La nodriza, al jurar por la Amazona, pretende irritar a Fedra en sumo grado.

de tus hijos engendró un bastardo que se muestra engreído como si fuera legítimo; lo conoces bien; [310] a Hipólito.

FEDRA.—¡Ay de mí!

NODRIZA.—¿Te molesta eso?

FEDRA.—Me has aniquilado, madre, y, ¡por los dioses!, te suplico que guardes silencio, en lo sucesivo, respecto a ese hombre.

NODRIZA.—¿Ves? Estás cuerda, y, aún estándolo, no quieres beneficiar a tus hijos y conservar tu vida.

FEDRA.—Quiero a mis hijos, pero padezco la tormenta de otro infortunio.

NODRIZA.—Hija, ¿tienes tus manos limpias de sangre?

FEDRA.—Limpias están mis manos, pero mi corazón padece una mancha.

NODRIZA.—¿Acaso es por algún sufrimiento que te viene impuesto por un enemigo?[28].

FEDRA.—Un amigo me aniquila, sin desearlo ni él ni yo.

NODRIZA.—[320] ¿Ha cometido Teseo alguna ofensa contra ti?

FEDRA.—¡Que jamás se me vea infiriéndole un daño a él!

NODRIZA.—Pues, ¿qué terrible motivo es eso que te incita a morir?

FEDRA.—Déjame cometer yertos, pues no los cometo contra ti.

NODRIZA.—No, por cierto, al menos por mi voluntad. Culpa tuya será si fracaso.

FEDRA.—¿Qué haces? ¿Tratas de forzarme cogiéndote de mi mano?

NODRIZA.—Sí, y también de tus rodillas; y jamás las soltaré.

FEDRA.—De desgracia, oh desdichada, te servirá eso, si te enteras; de desgracia, sí.

NODRIZA.—Mas, ¿qué mayor desgracia puede ocurrirme que no tenerte?

FEDRA.—Perecerás. Pero, con todo, el hecho me da gloria.

---

[28] Entre los creyentes en la magia y hechicería era usual acudir a sortilegios y encantamientos de varios tipos con vistas a dañar al enemigo desde lejos. Cfr. Platón, *República*, 364 c; *Leyes*, 933 d.

NODRIZA.—[330] ¿Y me lo ocultas entonces cuando te suplico por tu bien?

FEDRA.—Sí, porque tramo una solución honrosa desde mi vergüenza.

NODRIZA.—Pues si hablas, resultarás más honrada.

FEDRA.—Apártate, por los dioses, y suelta mi mano derecha.

NODRIZA.—No, por supuesto, pues no me otorgas el don que debes.

FEDRA.—Te lo otorgaré, pues siento vergüenza por respeto a tu mano.

NODRIZA.—Ya me callo, ya que tienes la palabra a partir de ahora.

FEDRA.—¡Oh madre desdichada! ¡Qué deseo tuviste!

NODRIZA.—El que sintió por el toro[29], hija. O ¿a qué te refieres con eso?

FEDRA.—¡Y tú, desdichada hermana, esposa de Dioniso![30].

NODRIZA.—[340] Hija, ¿qué te sucede? ¿Ofendes a tus familiares?

FEDRA.—Y la tercera soy yo, desgraciada de mí. ¡Cómo perezco!

NODRIZA.—Realmente estoy confusa. ¿Dónde llevarán tus palabras?

FEDRA.—Desde entonces, que no desde ha poco, somos desgraciados.

NODRIZA.—No comprendo nada más sobre lo que deseo escuchar.

FEDRA.—¡Ay! ¿Cómo podrías decirme tú lo que he de decir?

---

[29] Pasífae, esposa de Minos y madre de Fedra y Ariadna, concibió un bestial amor por un toro. Consumada la unión con el animal, resultado de la infanda pasión fue el Minotauro.

[30] Ariadna se enamoró de Teseo cuando el héroe llegó a Creta para acabar con el terrible impuesto que Minos hacía pagar a Atenas: siete muchachos y otras tantas doncellas, que cada nueve años eran enviadas hacia la isla, donde las devoraba el Minotauro. Ariadna ayudó a Teseo a salir del terrible laberinto dándole un ovillo de hilo, que, fijado en la puerta de acceso y convenientemente devanado, indicó al amado el camino de salida. Teseo se llevó consigo a Ariadna al marcharse de Creta, pero la abandonó dormida en la isla de Naxos. Allí la encontró Dioniso, que, tras enamorarse de ella, la hizo su esposa.

NODRIZA.—No soy adivina para comprender claramente lo desconocido.

FEDRA.—¿Qué es eso a lo que los hombres llaman amar?

NODRIZA.—Lo más dulce, hija, y, al mismo tiempo, también doloroso.

FEDRA.—Nosotros habríamos experimentado lo segundo.

NODRIZA.—[350] ¿Qué afirmas? ¿Amas, hija? ¿A qué hombre?

FEDRA.—A quienquiera que él sea, al hijo de la Amazona.

NODRIZA.—¿A Hipólito dices?

FEDRA.—De ti lo oyes, que no de mí.

NODRIZA.—¡Ay de mí! ¿Qué vas a contarme? ¡Cómo me has aniquilado! Mujeres, es insoportable. No lo soportaré con vida. Odioso es el día; odiosa luz contemplo. Arrojaré mi cuerpo, lo tiraré, me apartaré de la vida mediante la muerte. ¡Adiós! Ya no vivo. Pues los castos, aun sin desearlo, se enamoran, no obstante, de desgracias. Cipris no era un dios [360], sino cualquier cosa que sea más poderosa que un dios, ya que ha aniquilado a ésta, a mí, y la mansión.

CORIFEO

Estrofa

¡Oh! ¿Has oído? ¡Oh! ¿Has escuchado a la reina que a gritos refiere su pasión horrible y lamentable? ¡Ojalá muriera yo antes de realizar el deseo de tu corazón! ¡Ay de mí! ¡Ay, ay! ¡Oh desgraciada por estos dolores! ¡Oh sufrimientos que nutrís a los mortales! Perdida estás; mostraste a la luz tus males. ¿Qué te reserva este día de hoy? [370] Algo nuevo acontecerá en palacio. Ya no es incierto como se cumple el destino de Cipris, oh infeliz hija cretense.

FEDRA.—Mujeres de Trecén que habitáis esta última entrada del país de Pélope[31], ya otras veces, en el largo tiempo de la noche, he reflexionado sobre cómo resulta destrozada la vida de los mortales. Y me parece que no actúan peor por la naturaleza de su entendimiento, pues en muchos de ellos

[31] Efectivamente, Trecén sobresale en el mar, en especial con la península de Metana, para quien llega por mar desde Atenas. Pélope, hijo de Tántalo, se casó con Hipodamía tras haber derrotado al padre de ésta, Enómao, en célebre carrera de carros. Llegó a ser rey de casi todo el Peloponeso, que significa «isla de Pélope» *(Pélopos-nêsos) (nêsos* = «isla»).

se da la cordura. Mas hay que examinarlo de la siguiente manera: [380] sabemos y conocemos lo bueno, pero no lo realizamos; unos, por pereza; otros, porque prefieren cualquier otro placer en vez del bien[32]. Muchos son los placeres de la vida: las largas charlas y el ocio, grato mal, y la vergüenza[33]. Pero de ésta hay dos: una que no es mala, y la otra, aflicción de los hogares. Si la diferencia fuera clara, no serían dos ideas bajo las mismas letras.

Pues bien, ya que por ventura tengo ese criterio, no existe ningún remedio con que yo fuera a eliminarlo [390], hasta el punto de caer en un pensamiento contrario. Mas te explicaré la ruta de mi decisión: en cuanto me hirió el amor, miraba yo cómo soportarlo del mejor modo. Conque comencé por esto: por callarlo y ocultar esta enfermedad mía, pues la lengua no es nada de fiar; ésta sabe censurar las decisiones de personas ajenas, pero, por sí misma, obtiene muchísimas desgracias. En segundo lugar, decidí soportar con entereza mi insensatez, venciéndola a fuerza de prudencia [400]. En tercer lugar, ya que no conseguía dominar a Cipris con esas actitudes, me resolví a morir, mi mejor resolución —nadie lo negará. Pues, ¡ojalá me sea otorgado no pasar inadvertida cuando hago el bien, ni tener muchos testigos cuando obro mal! Sabía que mi actuación y enfermedad eran infames, y, además de eso, reconocía perfectamente que era mujer, objeto de odio para todos. ¡Ojalá hubiera perecido de forma horrible la primera que empezó a deshonrar su lecho[34] con varones ajenos! A partir de nobles mansiones [410] comenzó a darse este mal entre las mujeres, porque cuando lo infame les parece bien a personas nobles, a las gentes bajas, sin duda, les parecerá

32 Actitud radicalmente contraria a la socrática, que sostenía que nadie que conociera el bien haría el mal, y que todos los males resultan precisamente del desconocimiento del bien.

33 Respecto a la vergüenza o pudor *(aidos)*, encontramos ya desde Hesíodo dos tipos diferentes: la que hunde a los hombres y la que les sirve de gran provecho *(Trabajos y Días*, 317-319). Eurípides, naturalmente, apunta aquí, no al rubor o pudor, sino a la desvergüenza o impudor.

34 Es el primer ejemplo de una fórmula («Ojalá muriera [o hubiera muerto] el primero [la primera] que...») de especial fortuna en la literatura griega y latina. Cfr. Aristófanes, *Lisístrata*, 946; Tibulo, I 4, 59, etc.

hermoso. Odio a las que son castas en sus palabras, pero ocultamente tienen atrevimientos deshonestos. ¿Cómo pueden ellas mirar al rostro de sus maridos, soberana Cipris nacida en el mar[35], y no sienten escalofríos ante la cómplice oscuridad y los techos de su hogar por si cobraran voz?

Pues lo que me mata, amigas, es esto [420]: ¡que jamás se me sorprenda deshonrando a mi marido ni a los hijos que tuve, sino que habiten libres y con plena libertad de palabra la famosa ciudad de Atenas, con buena fama a causa de su madre! En verdad, esclaviza a un hombre, aunque tenga corazón valeroso, el enterarse de las infamias de su madre o de su padre. Dicen que para luchar en la vida sólo esto cuenta: una conciencia justa y buena en el hombre que la disfruta. A los mortales malvados el tiempo los manifiesta, cuando llega el momento, colocándoles delante un espejo como a una joven doncella [430]. ¡Que jamás se me vea a mí entre ellos!

CORIFEO.—¡Qué hermosa es la virtud en todas partes y cómo obtiene, entre los mortales, la cosecha de la buena fama!

NODRIZA.—Señora, hace un instante tu infortunio me causó terrible espanto momentáneo. Pero ahora comprendo que he sido torpe. Además, entre los mortales los segundos pensamientos son más sensatos. No te está ocurriendo nada singular ni fuera de razón: la ira de una diosa cayó sobre ti. Estás enamorada. ¿Qué tiene eso de extraño? Igual que muchos mortales [440]. ¿Y entonces, por un amor aniquilarás tu vida? No les interesa a los enamorados actuales ni a los que hayan de estarlo, si es que es menester que mueras. Cipris, en verdad, es incontenible, cuando se lanza con violencia. Al que cede lo visita con dulzura, pero al que encuentra altivo y desdeñoso, de él se apodera —¿cómo crees tú?— y lo atormenta. Va y viene por el éter y en las olas del mar reside Cipris; de ella surgió todo[36]. Ella es la que siembra y otorga el

---

[35] Castrado Urano por Crono, los órganos genitales caídos en el mar produjeron una singular espuma, de donde surgió Afrodita (cfr. Hesíodo, *Teogonía*, 178 y ss.).

[36] Es teoría de venerable antigüedad y amplia aceptación la que pone al Amor en el comienzo de todos los seres (Hesíodo lo tiene por hijo de Afrodita, pero de una antigüedad tan venerable como la de la misma Tierra, *Teogonía*, 116 y ss.).

amor [450], del que procedemos todos los que vivimos en la tierra. Pues bien, cuantos poseen escritos de gentes antiguas y personalmente están en continuo contacto con las Musas[37] saben que Zeus ansió un día casarse con Sémele[38], y saben que la Aurora de hermosa claridad les arrebató, en otro tiempo, Céfalo a los dioses a causa del amor[39]. Aun así viven en el cielo y no huyen lejos de los dioses, sino que se conforman, creo yo, vencidos por su destino. ¿Y tú no lo soportarás? Entonces, debiera haberte procreado tu padre bajo normas especiales [460], o para tener como dueños unos dioses distintos, si es que no vas a aceptar estas leyes. ¿Cuántos maridos crees tú que estando en sus perfectos cabales, cuando vieron su lecho deshonrado, aparentaron no haberlo visto? ¿Cuántos padres han ayudado a Cipris cuando sus hijos cometían una falta? Pues entre los actos sensatos de los mortales está el pasar por alto lo que no es honroso. En verdad, los mortales no deben perfeccionar demasiado su vida, pues ni siquiera podrían ajustar perfectamente el techo que recubre su morada [470]. Y tú, tras haber caído en tamaña desgracia, ¿cómo crees que podrías salir a nado? Mas si, siendo humana, tienes más de bueno que de malo, puedes ser realmente feliz.

¡Ea!, hija querida, cesa en tus desgraciadas ideas y deja tu orgullo, pues no es otra cosa sino orgullo desear ser más fuerte que los dioses. Atrévete a amar: un dios lo quiso. Si estás enferma, domina bien tu enfermedad. Existen conjuros y palabras hechiceras. Aparecerá algún remedio de tu enfermedad [480]. Realmente, muy tarde descubrirían los hombres la solución, si no la halláramos las mujeres.

CORIFEO.—Fedra, esta mujer expone ideas bastante útiles para la presente situación, pero, con todo, te elogio. Mas este

[37] O sea, leyendo o interesándose por los temas poéticos, en los que la mitología desempeña un papel primordial ya desde Homero.

[38] Hijo de Cadmo y Harmonía, Sémele tuvo a Dioniso de sus relaciones amorosas con Zeus.

[39] La Aurora, hija del Titán Hiperión y de Tea, y hermana del Sol y la Luna, raptó a Céfalo (Hesíodo, *Teogonía*, 986 y ss.). De resultas de este amor nació Faetonte, que para otros mitógrafos es hijo del Sol. La Aurora, muy enamoradiza, raptó a otros mortales: Clito, Orión, etc., según sabemos por varias fuentes.

cumplido es más enojoso que las palabras de ésta y, para ti, más doloroso de escuchar.

FEDRA.—Esto es lo que aniquila las ciudades bien administradas de los hombres y también sus hogares: las palabras hermosas por demás. Pues no hay que decir lo que agrade a los oídos, sino aquello por lo que uno se hace famoso.

NODRIZA.—[490] ¿Para qué tu lenguaje solemne? No necesitas elegantes palabras, sino al varón. Hay que contárselo enseguida dándole una clara explicación sobre ti. Pues si tu vida no estuviera en este trance y resultaras ser una mujer sensata, jamás te llevaría allí por causa de tu pasión y tu placer, pero ahora la gran lucha es salvar tu vida, y ese propósito no es censurable.

FEDRA.—¡Oh tú que has dicho palabras terribles! ¡Cierra tu boca y no pronuncies más frases desvergonzadísimas!

NODRIZA.—[500] Desvergonzadas, pero mejores para ti que las hermosas. Más ventajosa es la acción, si logra salvarte, que tu renombre, ufanándote del cual morirás.

FEDRA.—¡No, por los dioses! Tus palabras son hábiles, pero infames. ¡No continúes con ellas! Que tengo bien roturada el alma por obra del amor[40], y si mencionas con elocuencia lo deshonesto pereceré con lo que ahora rehúyo.

NODRIZA.—Si opinas así, no debías haber pecado, pero si cometes yerros, hazme caso, pues es el segundo favor que te pido. Tengo en palacio pócimas que hechizan [510] el amor; hace un momento me vinieron a la mente. Ellas, sin actos deshonrosos y sin perjudicar tu razón, te librarán de esta enfermedad, si no eres cobarde. Mas es necesario apoderarse de algún distintivo de la persona deseada, de un mechón de sus cabellos o de un jirón de su peplo, y lograr a partir de los dos un único amor[41].

FEDRA.—¿Tu filtro es ungüento o brebaje?

---

[40] Con bella metáfora alusiva al mundo agrícola menciona Eurípides los ataques incesantes del amor, que para un griego era la personificación del deseo, más que su culminación.

[41] El texto es discutido en este párrafo. Para los filtros amorosos y encantamientos, véase Teócrito, II.

NODRIZA.—No lo sé, Desea, hija, servirte de él, que no conocerlo.

FEDRA.—Temo que me resultes sabia en exceso.

NODRIZA.—Sábete que de cualquier cosa tendrías miedo. Pero, ¿qué temes?

FEDRA.—[520] Que indiques algo de esto al hijo de Teseo.

NODRIZA.—Déjate de eso, hija. Yo lo dispondré perfectamente. ¡Ojalá sólo tú, soberana Cipris nacida en el mar, fueras mi colaboradora! En cuanto a los restantes planes que tramo, bastará que se los cuente a mis amigos que están dentro.

CORO

Estrofa 1.ª

Amor, amor, que por los ojos instilas el deseo, llevando dulce gozo al alma de los que asedias. ¡Nunca te me aparezcas al lado de la desgracia, ni me vengas sin medida! [530]. Pues ni el rayo de fuego ni el de las estrellas es tan intenso como el de Afrodita; aquel que dispara con sus manos Eros, el hijo de Zeus[42].

Antístrofa 1.ª

En balde, en balde, sí, junto al Alfeo[43] *y en la mansión pítica de Febo*[44] *la Hélade incrementa: el sacrificio de toros; en cambio, a Eros, el tirano de los humanos [540], el que posee las llaves del gratísimo tálamo de Afrodita, no lo veneramos*[45], *aunque es devastador y acarrea todo tipo de desgracias a los mortales, cuando llega.*

---

[42] Éste es el lugar donde por primera vez se considera a Zeus padre de Eros, divinidad que carecía, casi por completo, de culto y de un mito bien establecido. Safo, por ejemplo, lo hace hijo de la Tierra y el Cielo, o de Afrodita y el Cielo. Simónides, en cambio, lo tiene por nacido de Afrodita y Ares. Para Hesíodo es el primero de los dioses, inmortales (*Teogonía*, 120 y ss.). Entre los órficos ocupaba el primer lugar entre los dioses, origen último del que proceden todos los demás (*Himnos órficos*, V). Por otra parte, aunque la representación de Eros provisto de arco y flechas no aparece hasta el siglo IV a.C., en la literatura del V, e incluso antes, encontramos numerosos pasajes que nos hablan de los dardos del amor.

[43] Río que pasa por Olimpia, donde estaba situado el famoso templo de Zeus, en cuyo honor fundara Pélope los célebres juegos.

[44] En Delfos, al pie del monte Parnaso, tenían lugar los juegos Píticos, para gloria de Apolo, que había matado en las cercanías a la serpiente Pitón.

[45] Sabemos, en verdad, de algunos cultos en honor de Eros, relacionados con diversos ritos de fertilidad, pero poco importantes si los comparamos con los ofrecidos a las divinidades olímpicas.

Estrofa 2.ª

A la potra de Ecalia[46] *no uncida al lecho, desconocedora hasta entonces de varón y matrimonio, desligándola de la mansión de Éurito, cual a Náyade corredora*[47] *o bacante envuelta en sangre, humo y sanguinarios himeneos*[48], *la entregó Cipris al hijo de Alcmena*[49]; *¡oh desgraciada por su himeneo!*

Antístrofa 2.ª

¡Oh sagrada muralla de Tebas! ¡Oh manantial de Dirce![50]. *¡Podríais confirmar cómo llega Cipris! Pues desposando a la madre de Baco, dos veces nacido*[51]*, con el trueno envuelto en fuego, adormecióla con funesto destino. Terrible, en verdad, echa su aliento por doquier, y como una abeja anda revoloteando*[52].

FEDRA.—¡Callad, mujeres! ¡Aniquiladas estamos!

CORIFEO.—¿Qué asunto espantoso acontece en palacio, Fedra?

FEDRA.—¡Silencio! Quiero comprender la voz de los de dentro.

---

[46] Es decir, Yole, hija de Éurito, rey de Ecalia. Conocemos, por lo demás, varias localidades con el nombre de Ecalia, situadas, respectivamente, en Mesenia, Tesalia y Eubea. En la isla de Eubea la localiza Sófocles en sus *Traquinias;* Hércules emprendió una expedición de castigo contra Ecalia, para vengarse del rey Éurito, que se había negado a entregarle a su hija Yole, tras haberla perdido frente al ilustre héroe en un concurso de arco.

[47] Las Náyades, ninfas de las fuentes y arroyos montañosos, son deseadas por dioses y mortales a causa de la belleza sin par de sus cuerpos. A veces, tenían que huir a la carrera para evitar la persecución del ardoroso Pan (Cfr. *Helena,* 187 y ss.).

[48] El texto es muy dudoso en los manuscritos. El himeneo es la canción que acompaña a la boda, y también la boda misma. Los sanguinarios himeneos aluden a que Hércules mató a Éurito y a sus hijos y se llevó a Yole por la fuerza. Ésta, al ver muertos a su padre y hermanos, habría querido suicidarse arrojándose desde lo alto de las murallas, pero el viento hinchó sus vestidos y cayó sana y salva a tierra.

[49] Hércules.

[50] En Tebas murió Sémele, madre de Dioniso o Baco.

[51] Como Sémele quisiera ver a Zeus en todo su esplendor y atributos, resultó abrasada al presentársele el padre de los dioses pertrechado del rayo y el trueno. Zeus recogió a Dioniso, nacido prematuramente de Sémele, y lo introdujo en su propio muslo, donde terminó de desarrollarse hasta el día de su nacimiento definitivo.

[52] Es decir, cual abeja que de flor en flora, así se marcha Afrodita desde una víctima del amor hacia otra.

CORIFEO.—Me callo. Sin embargo, este preludio es adverso.

FEDRA.—*¡Ay de mí! ¡Ay, ay! [570] ¡Desgraciada de mí por mis desdichas!*

CORO.—*¿A qué voz aludes? ¿Qué palabras gritas? Dime: ¿qué voz te espanta, mujer, atacando tu mente?*

FEDRA.—¡Perdidas estamos! Poneos junto a esta puerta y escuchad qué clamor se difunde por palacio.

CORO.—*Tú estás junto a la puerta; a ti te llega el rumor que sale de palacio [580]. Dime, dime: ¿qué desgracia ha ocurrido?*

FEDRA.—El hijo de la Amazona apasionada por los caballos, Hipólito, grita, profiriendo espantosos insultos contra mi criada.

CORO.—*Oigo gritos, pero no los comprendo bien. Mas está claro por dónde te han venido sus voces. Por las puertas te han venido.*

FEDRA.—Además, la llama, a las claras, celestina de males [590], traidora del lecho de su señor.

CORO.—*¡Ay de mí! ¡Qué adversidades! ¡Te han traicionado, amiga! ¿En qué puedo ayudarte? Pues se ha descubierto lo oculto y estás del todo aniquilada.*

FEDRA.—*¡Ay, ay! ¡Ah, ah!*

CORO.—*... entregada por tus amigos.*

FEDRA.—Me ha aniquilado al contar mis penas, intentando, con amor, pero sin acierto, curar mi afección.

CORIFEO.—¿Cómo actuar, pues? ¿Qué vas a hacer, tú que sufres desgracias sin solución?

FEDRA.—No sé más que una cosa: morir lo antes posible [600] es el único remedio de mis presentes desgracias.

HIPÓLITO.—¡Oh madre Tierra y resplandor del Sol! ¡Qué indecibles palabras acabo de oír!

NODRIZA.—Calla, hijo, antes que alguien escuche tus voces.

HIPÓLITO.—No es posible que me calle tras haber escuchado palabras espantosas.

NODRIZA.—Sí, te lo pido por tu hermosa mano derecha.

HIPÓLITO.—No acerques tu mano ni toques mi peplo.

NODRIZA.—¡Oh, por tus rodillas! ¡No me aniquiles de ningún modo!

HIPÓLITO.—¿Por qué pides eso, si, como afirmas, no has pronunciado infamia alguna?

NODRIZA.—Estas palabras, hijo mío, no son para divulgarlas.

HIPÓLITO.—En verdad, más hermoso resulta pronunciar ante todos lo que es hermoso.

NODRIZA.—¡Hijo, no ultrajes tus juramentos!

HIPÓLITO.—Mi lengua emitió el juramento, pero no mi corazón.

NODRIZA.—¡Hijo! ¿Qué vas a hacer? ¿Aniquilarás a tus familiares?

HIPÓLITO.— ¡He escupido![53]. Ningún injusto es mi amigo.

NODRIZA.—Perdona. Cabe esperar que los humanos cometan errores, hijo.

HIPÓLITO.—¡Oh Zeus! ¿Por qué, a la luz del sol, pusiste a las mujeres cual desgracia de mala ley?[54]. Pues, si querías sembrar la estirpe mortal, no era necesario que ésta surgiera de las mujeres, sino que, ofrendando los mortales en tus templos oro, hierro o alguna cantidad de bronce, compraran simiente de hijos, cada uno de acuerdo con su regalo, y habitaran en casas libres, sin mujeres. [En la situación actual, cuando vamos a llevar a nuestras casas una desgracia, agotamos la riqueza de nuestras moradas][55]. Que la mujer es gran desgracia se advierte por lo siguiente: el padre que las engendró y crió, dándoles una dote las aleja de casa para desembarazarse de una desgracia. En cambio, el que recibe en su casa al pernicioso ser se alegra de vestir con hermoso ornato una estatua malvadísima, y el desgraciado gasta mucho en vestidos, agotando la riqueza de su hogar. [Es forzoso, de tal suerte que, si uno logra contento unos buenos suegros, se casa con amarga mujer, y, si consigue una buena esposa pero suegros

---

[53] Con valor apotropaico, es decir, con intención de alejar de sí cualquier mancha o mal presagio. En griego encontramos una forma verbal en aoristo, donde nosotros usamos el presente.

[54] *Kíbdēlos* se aplica a la moneda falsa, de baja ley o aleación.

[55] El párrafo entre corchetes es eliminado por la mayor parte de los editores. Lo mismo ocurre unas líneas más abajo. Quizá se trata de simples añadidos. En el primer caso, el interpolador se refiere a la costumbre homérica según la cual el novio hacía un regalo al padre de la novia. Eurípides, en cambio, menciona el uso de su propia época, en la que era el padre quien otorgaba una dote a la hija, cuando ésta se casaba.

inútiles, al tomar esposa sofoca una desgracia mediante un bien.] Lo más sencillo es casarse con una nulidad, aunque, al establecerse en casa, esa mujer resulta perjudicial a causa de su estupidez [640]. Odio a la mujer sabia. ¡Ojalá no haya en mi hogar una mujer más inteligente de lo debido! Cipris, en verdad, infunde la malicia especialmente en las sabias. En cambio, una mujer sin ardid se ve alejada de la insensatez gracias a su corta inteligencia. Fieras que muerden, pero mudas, debieran vivir junto a las mujeres, para que éstas no pudieran hablar con ninguna ni recibir contestación de aquéllas. Pero, a decir verdad, las malvadas maquinan tramas perversas dentro de su hogar [650], y las sirvientes las transmiten fuera.

Así, también tú, oh ser malvado, has venido a que entre en el intocable lecho de mi padre. De ello me purificaré con agua clara lavando mis oídos. ¿Cómo podría ser infame yo que, sólo con oír tales palabras, creo estar impuro? Sábelo bien, mujer: mi piedad te salva. Si no estuviera yo atrapado, indefenso por mis juramentos a los dioses, no me abstendría de contárselo a mi padre. Mas, ante la situación presente, me marcharé de palacio, mientras Teseo esté fuera del país [660]. En silencio mantendré mi boca, mas, cuando vuelva acompañando a mi padre, contemplaré cómo le miráis tú y tu señora: comprobaré tu osadía ya que acabo de degustarla.

¡Ojalá os muráis! Jamás me saciaré de odiar a las mujeres; ni siquiera aunque alguien afirme que repito lo mismo sin cesar, pues, en verdad, también ellas son malvadas incesantemente. O que alguien las enseñe a ser prudentes o consiéntaseme injuriarlas sin parar.

FEDRA

Antístrofa[56]

¡Oh infeliz y desdichado destino de las mujeres! [670]. ¿Qué artificios o palabras tenemos para romper el nudo una vez fracasadas? Hemos obtenido nuestro castigo, ¡oh tierra y luz! ¿Por dónde escapar de mi sino? ¿Cómo ocultar mi sufrimiento, amigas? ¿Qué dios me auxiliará, o qué mortal se presentará cual compañero o colaborador en mis inicuas obras? La pasión que tengo marcha hacia el lí-

[56] Este lamento de Fedra se corresponde con los versos 362-372.

mite, difícil de franquear, de la vida[57]*. ¡Ay de mí, la más desdichada mujer!*

CORIFEO.—[680] ¡Ay, ay! Hecho está. No han salido bien, señora, las tretas de tu sirviente, y mal anda la situación.

FEDRA.—¡Oh tú, ser malvadísimo y ruina de tus amigos! ¡Qué infamia me has causado! ¡Ojalá Zeus, mi antepasado[58], te aniquile de raíz fulminándote con su rayo! ¿No te dije... —¿no presentí tu intención?—... que silenciaras aquello por lo que ahora me veo deshonrada? Pero tú no te contuviste, y, en consecuencia, ya no moriré con buena fama. Ahora bien, necesito ya unos planes nuevos, pues él, espoleado en su espíritu por la ira [690], en contra mía contará a su padre tu vileza, referirá mi situación al anciano Piteo[59], y llenará toda la tierra de las palabras más deshonrosas. ¡Ojalá perecieras tú y todo aquel que desea prestar deshonrosa ayuda a unos amigos que no la desean!

NODRIZA.—Señora, puedes censurar mis faltas, pues el resquemor que te corroe domina tu razón. Pero también yo, si me lo admites, puedo replicar a eso. Te crié y te aprecio. Buscando remedio a tu enfermedad no encontré lo que quería [700]. Si hubiera tenido suerte, estaría entre las muy sabias, pues conseguimos una consideración acorde con nuestro éxito.

FEDRA.—¿Acaso es justo y me basta con que, tras herirme, te congracies de palabra conmigo?

NODRIZA.—Hablamos de más. Yo no fui prudente, pero es posible salvarse de este error, hija.

FEDRA.—¡Deja de hablar! En verdad tampoco antes me aconsejaste bien y tramaste un plan perverso. Así que aléjate y ocúpate de ti misma, pues yo organizaré mis cosas a la perfección [710]. Y vosotras, oh nobles hijas de Trecén, otorgadme sólo la gracia que os suplico: ocultad con vuestro silencio lo que aquí acabáis de oír.

CORIFEO.—¡Juro por la sagrada Ártemis, hija de Zeus, no sacar jamás a la luz ninguna de tus desgracias!

---

57 O sea, me está ocasionando la muerte.

58 Zeus era padre de Minos y abuelo, por tanto, de Fedra.

59 Abuelo de Hipólito, como padre de Teseo.

FEDRA.—Bien te has expresado. Sólo a una salida puedo encaminarme en mi desdicha, a fin de otorgar una vida honrosa a mis hijos y beneficiarme yo misma en la presente situación. Pues jamás afrentaré, desde luego, mi mansión cretense, ni me acercaré a la vista de Teseo con mis ignominiosas acciones sólo por causa de mi vida.

CORIFEO.—Entonces, ¿qué irreparable mal vas a realizar?

FEDRA.—Morir. Cómo será, yo lo planearé.

CORIFEO.—¡Habla con sensatez!

FEDRA.—Y tú, al menos, aconséjame bien. Yo contentaré a Cipris que me aniquila apartándome de la vida en el día de hoy. Por un amargo amor resultaré vencida. Mas, después de morir, seré la perdición de otro, para que aprenda a no ufanarse de mis desdichas. Compartiendo conmigo esta afección aprenderá a ser prudente.

CORO

Estrofa 1.ª

¡Así estuviera yo en inaccesibles oquedades, para que cual a pájaro alado un dios me colocara entre bandadas voladoras! ¡Así pudiera alzarme sobre el oleaje marino de la costa Adriática[60] *y sobre las aguas del Erídano*[61], *donde dentro del mar purpúreo las desdichadas doncellas vierten los ambarinos rayos de sus lágrimas en su lamento por Faetonte!*[62].

Antístrofa 1.ª

¡Quisiera llegar a la costa, rica en manzanas, de las Hespérides cantoras[63], *donde el señor del purpúreo mar*[64] *ya no permite el paso*

---

[60] En el siglo V a.C. se designa de tal modo al golfo de Venecia. El actual mar Adriático era llamado «golfo jonio».

[61] El río Po, que en la tradición mítica conducía hacia el lejano Oeste, o sea, hacia el fin del mundo conocido.

[62] Según cuenta el mito, como Faetonte condujera alocadamente el carro de su padre Helio (el Sol) y estuviera a punto de abrasar a toda la humanidad, Zeus lo aniquiló con el rayo. Las Helíadas, hijas de Helio, lloraron a su hermano muerto con lágrimas que despedían ambarinos reflejos, cuales los destellos del sol al ponerse.

[63] Entre las varias genealogías de las Hespérides hay una que las tiene por hijas de Atlas, el que sostenía en sus hombros la bóveda celeste. Las Hespérides cuidaban el magnífico jardín donde se producían las famosas manzanas de oro.

[64] Hay varios nombres para referirse al anciano señor del mar que indicó a Heracles el camino por dónde llegar hasta el jardín de las Hespérides. Reciben tal apelativo, entre otros, Proteo, Nereo, Glauco.

a los marineros, fijando el sagrado límite del cielo que Atlas soporta! Fuentes de ambrosía se difunden junto al lecho en la alcoba de Zeus, donde una tierra divina otorgadora de vida [750] acrecienta la dicha de los dioses.

Estrofa 2.ª

¡Oh nao cretense de albas alas que por las agitadas olas del mar trajiste a mi señora desde su rica mansión para otorgarle matrimonio muy desgraciado! En verdad, con mal agüero partió desde la tierra cretense hacia la famosa Atenas [760]; con mal signo también ligaron en las costas de Muniquia[65] *los cabos trenzados de las amarras y bajaron a tierra firme.*

Antístrofa 2.ª

A causa de ello, mi señora vio roto su corazón con la espantosa enfermedad de una pasión impía obra de Afrodita. Hundida en terrible desgracia [770], cogerá un lazo suspendido desde el techo nupcial y lo ajustará a su blanco cuello, avergonzada de su odioso sino, pues prefiere una ilustre fama y librarse del doloroso amor de su corazón.

NODRIZA.—¡Ay, ay! ¡Venid a ayudarme todos los que estáis cerca de la mansión! ¡Se ha ahorcado la señora, esposa de Teseo!

CORIFEO.—¡Ay, ay! Se ha acabado. Ya no vive la reina, pendida de un lazo colgado.

NODRIZA.—[780] ¿No corréis? ¿Nadie me traerá una espada de doble filo para cortar este nudo de su cuello?

CORIFEO.—Amigas, ¿qué hacer? ¿Os parece bien entrar en palacio y soltar a la señora del asfixiante lazo?

COREUTA[66].—¿Por qué? ¿No hay allí jóvenes servidores? El excesivo celo no es prudente en la vida.

NODRIZA.—Estirad y enderezad el triste cadáver. Amarga ha sido la vigilancia realizada por ésta en lugar de mi señor.

CORIFEO.—Ha perecido la desgraciada mujer, según he oído. En verdad, ya la extienden cual a un cadáver.

---

[65] Muniquia era uno de los tres puertos de Atenas: Pireo, Muniquia y Zea.

[66] Un coreuta es un miembro del Coro. El Corifeo, en cambio, es el portavoz de todo el Coro. En los dos versos siguientes vemos que la mujer era la encargada de vigilar el hogar cuando su esposo estaba ausente.

TESEO.—Mujeres, ¿sabéis por qué son los gritos de palacio? Me ha llegado un profundo clamor de sirvientes. Mi palacio no cree oportuno en absoluto saludarme con cariño abriéndome las puertas como a quien viene del oráculo[67]. ¿Acaso le ha ocurrido algo al anciano Piteo? Larga es ya su vida, mas, con todo, nos apenaría si dejara este palacio.

CORIFEO.—No es por un anciano en lo que te incumbe esta desgracia, Teseo. Joven es el muerto que te causará dolor.

TESEO.—¡Ay de mí! ¿Son mis hijos acaso quienes han perdido la vida?

CORIFEO.—Vivos están; en cambio, ha muerto su madre del modo más doloroso para ti.

TESEO.—¿Qué afirmas? ¿Ha perecido mi esposa? ¿Por qué adversidad?

CORIFEO.—Se ató al lazo pendiente de una horca.

TESEO.—¿Crispada de dolor o a causa de algún infortunio?

CORIFEO.—Es cuanto sabemos, pues acabo de presentarme en palacio, Teseo, deplorando tu desgracia.

TESEO.—¡Ay, ay! Entonces, ¿por qué tengo mi cabeza coronada con estas hojas entrelazadas, cuando soy desdichado peregrino? ¡Abrid los cerrojos de las puertas, servidores; soltad los pestillos, para que contemple el amargo espectáculo de mi mujer que, al morir, me ha aniquilado!

CORO.—*¡Ay, ay! ¡Desgraciada por tus infortunados males! Padeciste, hiciste algo capaz de aniquilar esta mansión. ¡Ay, ay, por tu audacia! ¡Oh tú que feneciste violentamente con muerte impía, víctima de tu desdichada mano! ¿Quién, infeliz de ti, borra tu vida?*

TESEO

Estrofa

¡Ay de mí! ¡Qué padecimientos! ¡He sufrido, oh ciudad, el mayor de mis males! ¡Oh fortuna! ¡Qué terrible te has abatido sobre mí y mi mansión, mancha inexplicable causada por un espíritu vengador! ¡Perdición de mi vida que ya no es tal! ¡Contemplo, triste de mí, un piélago de infortunios, tamaño que jamás lo cruzaré a nado ni atravesaré el oleaje de esta calamidad! ¿Qué nombre, triste de mí,

[67] En estos casos, los miembros de la casa salían y besaban al familiar que, cubierto de guirnaldas, venía de consultar el oráculo.

puedo dar a tu infausto sino, mujer? Pues cual pájaro has desaparecido de mis manos, precipitándote con rápido salto hacia Hades [830]. ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Desdichadas, desdichadas, sí, son estas amarguras! De lejos viene el divino castigo que recibo a causa de los yerros de algún antepasado.

CORIFEO.—No te vino a ti solo, señor, esta calamidad, sino que como ocurrió a otros muchos, perdiste tu ilustre esposa.

TESEO

Antístrofa

Bajo tierra, a las tinieblas subterráneas, a la oscuridad deseo irme, muerto yo, triste de mí, una vez privado de tu amadísima compañía, Pues más me has aniquilado a mí, que has fenecido tú [840]. ¿A quién he de escuchar? ¿De dónde, mujer, llegó a tu corazón, desgraciada de ti, el fatal desenlace? ¿Me contará alguien lo ocurrido, o es que la mansión real alberga en balde a la turbamulta de mis servidores? ¡Ay de mí, infeliz por ti! ¡Qué dolor he contemplado en mi morada: intolerable e inefable! Aniquilado he sido. Sola está mi mansión y huérfanos mis hijos. ¡Has abandonado a los que engendraste; los has abandonado, sí, oh tú la más amada y excelente de cuantas mujeres son contempladas [850] por la luz del sol y el resplandor estrellado de la noche!

CORO.—*¡Ay, infeliz! ¡Oh, infeliz! ¡Cuánta desgracia tiene la casa! Mis párpados, llenos de lágrimas, se humedecen ante tu desdicha. Desde ha tiempo temo la desventura que seguirá a ésta.*

TESEO.— ¡Eh, eh! ¿Qué es esta tablilla[68] suspendida de su querida mano? ¿Desea indicar algo nuevo? ¿Acaso la desgraciada, suplicándome, me escribió una carta respecto de su matrimonio y sus hijos? [860] Ánimo, desdichada, pues no hay ninguna mujer que vaya a entrar en el lecho ni en la mansión de Teseo. Además, las marcas del sello trabajado en oro de ésta que ya no vive me saludan. ¡Ea! Soltaré los lazos del precinto para ver qué quiere contarme esta tablilla.

---

[68] La tablilla consistía en dos láminas de madera, engarzadas entre sí y recubiertas de cera por su cara interior, donde se escribía con un punzón. Las tablillas, una vez escritas, se plegaban y, si era necesario, se ataban con una cuerda que, a su vez, se podía fijar mediante un sello de cera o similar. En este caso, el sello del anillo de Fedra sirvió para marcar la cera que sujetaba las cuerdas.

CORO.—*¡Ay, ay! Un dios manda esta calamidad después de la otra. No puedo vivir la vida que me toca. ¡Ojalá pudiera alcanzar una suerte acorde con lo acaecido!*[69]*. Pues perdida está, ya no existe digo [870], ¡ay, ay!, la mansión de mis señores. ¡Oh divinidad! ¡Si es posible, no aniquiles la mansión y escucha mis plegarias, pues cual adivino vislumbro el presagio de un infortunio!*

TESEO.—¡Ay de mí! ¡Qué desgracia viene ahora tras la otra adversidad! ¡Intolerable, inefable! ¡Ay, triste de mí!

CORIFEO.—¿Qué sucede? Dilo, si puedo saberlo.

TESEO.—*¡La tablilla proclama, proclama, sí, hechos infames! ¿Por dónde huiré del oprobio de mis males? ¡Fenezco aniquilado! ¡Qué canción, qué canción he visto pronunciada en el escrito [880], desdichado de mí!*

CORIFEO.—¡Ay, ay! Dices frases que auguran desgracias.

TESEO.—*¡Ya no retendré en las puertas de mi boca esta infamia difícil de expresar y funesta! ¡Ay, ciudad!*

Hipólito osó atentar con violencia contra mi lecho, despreciando la venerable mirada de Zeus. ¡Ea! ¡Oh padre Posidón![70]. ¡De las tres promesas que un día me hicieras, aniquila con una de ellas a mi hijo y que no escape del día de hoy [890], si las promesas que me otorgaste eran verdaderas!

CORIFEO.—¡Señor, anula esa maldición, por los dioses! Comprenderás después que te has equivocado. Hazme caso.

TESEO.—No es posible. Además, lo expulsaré de este país y recibirá la herida de uno de estos dos destinos: o Posidón lo mandará, una vez muerto, a la mansión de Hades respetando las promesas que me hizo, o desterrado de esta región, errante por tierra extraña, llevará una vida deplorable.

CORIFEO.—Aquí se presenta tu hijo Hipólito en el instante oportuno [900]. ¡Deja tu terrible ira, Teseo, y resuelve lo más conveniente para tu mansión!

---

[69] El texto griego está dañado en este lugar.

[70] Según la tradición ateniense, Teseo era hijo de Egeo. Para los habitantes de Trecén, en cambio, el padre verdadero de Teseo había sido Posidón. Eurípides juega en esta tragedia con esa doble paternidad. Por otro lado, el trágico modifica en nuestro drama la tradición mítica según la cual Posidón había otorgado ya dos promesas a Teseo; sólo faltaba una por cumplirse, y ésta resultaba irrevocable. Cfr. nota 13.

HIPÓLITO.—Tras escuchar tus gritos he acudido de prisa, padre. Mas la razón por que gimes no la conozco, y quisiera saberla de ti mismo. ¡Ea! ¿Qué sucede? Observo el cadáver de tu esposa, padre, y esto me produce la mayor sorpresa. La dejaba yo hace un instante, y contemplaba ella esta luz no hace mucho rato. ¿Qué le ha sucedido? ¿De qué forma ha perecido? [910]. Padre, quiero enterarme por ti mismo. ¿Callas? Ninguna necesidad de silencio hay en las desgracias, pues el corazón, ansioso de escucharlo todo, incluso en las desgracias se muestra curioso. No es justo, padre, ocultar tus desventuras a tus amigos, y aun mas que amigos.

TESEO.—¡Oh hombres que erráis mucho en vano! ¿Por qué enseñáis infinitas ciencias y todo lo planeáis y descubrís, pero hay una cosa que no sabéis ni la habéis cazado de modo alguno [920]: enseñar a ser sensatos a quienes no tienen cordura?

HIPÓLITO.—A hábil sabio te has referido; al que es capaz de forzar a ser prudentes a quienes no lo son. Mas no es ocasión de sutilezas, padre. Temo que tu lengua se exceda por efecto de tus desdichas.

TESEO.—¡Ay! Menester sería que los mortales tuvieran un indicio claro respecto a los amigos y un conocimiento completo de sus intenciones: quién es verdadero amigo y quién no; y, además, que todos los hombres poseyeran dos voces distintas: una justa, y la otra de cualquier forma [930], para que por la justa fuera refutada la que alberga injustas intenciones. Pues así no resultaríamos engañados.

HIPÓLITO.—¿Es que algún amigo me ha difamado a tus oídos y, sin tener yo culpa alguna, sufro su infamia? En verdad, estoy perturbado, pues me asustan las palabras que salen errantes de tu mente.

TESEO.—¡Ay, corazón mortal! ¿Adónde llegará? ¿Cuál será el fin de su audacia y osadía? Pues, si éstas se incrementan en el curso de la vida humana, y el que nace después gana en maldad a quien le precede [940], los dioses deberán añadir otro territorio a la tierra, para que albergue a los injustos y de natural perverso. Observad a éste, que, aun nacido de mí, deshonraba mi lecho y es acusado claramente por la muerta de ser malvadísimo. Y bien, ya que has llegado a mancharme,

muestra aquí tu rostro ante tu padre. ¿Tienes tú, en verdad, trato con los dioses cual varón excelente? ¿Tú, casto y sin mezcla de maldad? [950]. No haría yo caso a tus jactancias hasta el punto de cometer la torpeza de acusar de ignorancia a los dioses. Jáctate, pues, y presume en público de tus alimentos a base de comida vegetariana[71] y, teniendo a Orfeo por señor, entra en éxtasis mientras veneras los vanos humos de tus muchas lecturas. Has sido atrapado. Que eviten a hombres tales, se lo exhorto a todos, pues salen de caza con palabras solemnes, pero traman desvergüenzas. Muerta está ella. ¿Piensas que eso te salvará? Eso es lo que más te acusa, ¡oh tú el más malvado! [960]. Pues, ¿qué juramentos, qué palabras podrían prevalecer sobre ella, de modo que escapes a su acusación? Afirmarás que odiabas a ésta y el bastardo es enemigo nato de los hijos legítimos[72]. Dices entonces que ella ha vendido mal su vida, si, por odio hacia ti, perdió lo más amado. ¿O es que la locura amorosa no se da en los hombres, sino que es propia de mujeres? He conocido yo a jóvenes que no son en nada más fuertes que mujeres cuando Cipris perturba su joven corazón [970]. Mas les favorece la excusa de ser hombres. Por otra parte, ¿para qué discutir contra tus razones, cuando hay aquí un cadáver como clarísimo testigo? Márchate, cuanto antes, desterrado de este país y no vayas a Atenas, la fundada por dioses, ni tampoco a los confines del país en que mi lanza gobierna. Pues, si, tras ocurrirme esto, voy a quedar bajo ti, Sinis el Ístmico[73] jamás dará testimonio de que lo

---

[71] Los órficos se abstenían de comer alimentos procedentes de animales, especialmente carne, pues creían en la reencarnación del alma inmortal en otros cuerpos mortales, de hombres o animales. Hipólito no era, desde luego, un órfico, pero recibe aquí la acusación de serlo de resultas de su vida ascética y un tanto extraña a ojos del hombre normal del momento.

[72] Hipólito es hijo bastardo, pues había nacido de Teseo y la Amazona. Es decir, para Eurípides, Hipólito procede de una unión ilícita, habida al margen del matrimonio legítimamente constituido. Por lo demás, Teseo tenía hijos legítimos con Fedra.

[73] En su juventud, Teseo había limpiado de bandidos el camino que iba de Atenas a Trecén. Sinis, de terrible fama en el Istmo de Corinto, ataba sus víctimas a un pino doblado, o a dos; luego soltaba de pronto el árbol y de ese modo acababa con sus prisioneros. Teseo, con el correr del tiempo, terminó con él.

extermine, sino que me ufano sin motivo; ni las rocas Escironias[74], vecinas del mar [980], afirmarán que he sido terrible con los malhechores.

CORIFEO.—No sé cómo podré llamar feliz a mortal alguno, ya que los más encumbrados han sido abatidos.

HIPÓLITO.—Padre, la cólera y excitación de tu mente son espantosas. El caso, aunque disfruta de bellas razones, si se expone, no resulta hermoso. Yo soy incapaz de dar mis explicaciones ante la turba[75], mas entre unos pocos de mi edad resultó más hábil. También esto tiene un motivo natural: en verdad, los que son torpes entre sabios se muestran bastante dotados para hablar ante la multitud [990]. Con todo, es fuerza, tras sobrevenir esta desgracia, que suelte mi lengua.

Empezaré a hablar por donde primero me atacaste en la idea de aniquilarme sin que yo te contestara. Contemplas esta luz y tierra: en ellas no ha nacido varón más prudente que yo, aunque tú afirmes que no. Efectivamente, sé, en primer lugar, venerar a los dioses, y, además, tener amigos que no tratan de violar la justicia, sino que sienten vergüenza de propalar infundios y de dar pago vil a quienes tratan [1.000]. No me mofo de mis compañeros, padre, sino que soy el mismo, estando mis amigos ausentes o encontrándome yo a su lado. Pero limpio estoy en ese asunto con que supones haberme atrapado ahora, pues hasta este instante mi cuerpo está puro de trato sexual. No conozco ese comercio, salvo haberlo oído de palabra y visto en pintura; realmente, ni siquiera estoy ansioso de contemplarlo, pues mantengo un alma virginal. En verdad, mi castidad no te convence. ¡Bien! Entonces, debes mostrar tú de qué manera me corrompí. ¿Acaso el cuerpo de ésta sobresalía en belleza [1.010] entre todas las mujeres? ¿O es que tuve la esperanza de habitar tu palacio tras casarme con la esposa heredera? Necio habría sido yo, desde luego, y no estaba en

---

[74] Escirón obligaba a los viandantes a lavarle los pies, y, acabado el lavatorio, los lanzaba de un puntapié por el acantilado marino, donde eran devorados por una enorme y feroz tortuga. Finalmente, fue muerto por Teseo.

[75] Estamos ante un tópico de los discursos judiciales atenienses. Encontramos varios más en esta réplica de Hipólito.

absoluto en mis cabales[76]. ¿Pero es que resulta grato ser rey? De ninguna manera, al menos para los sensatos, de no ser que[77] el poder absoluto haya corrompido las mentes de los hombres a quienes agrada. En los juegos helenos desearía yo triunfar con el primer puesto, pero ocupar un segundo lugar en la ciudad, gozando siempre de los mejores por amigos. Pues es posible obrar, y, al estar lejos el peligro, da más placer que la tiranía.

Por mi parte, falta una cosa por decir. Lo demás lo conoces. Si yo tuviera un testigo de cómo soy y pleiteara con ésta mientras contemplaba la luz, deteniéndote en los hechos, conocerías a los infames. Pero, en la actual situación, te juro por Zeus, patrón del juramento, y por el suelo de este país, que jamás toqué a tu esposa, ni pude desearla ni concebí tal propósito. ¡Ojalá muera sin gloria, sin ciudad, sin hogar, vagabundo desterrado de mi país, y que ni el mar ni la tierra acepten mi cadáver cuando muera, si soy hombre infame! Pero si ésta aniquilé su vida por miedo, no lo sé, pues no me es lícito contar más. Tuvo sensatez ella que no podía tenerla, y yo que la tengo no la uso bien[78].

Corifeo.—Has expuesto una refutación suficiente de la acusación, al prestar juramento por los dioses, garantía no pequeña.

Teseo.—¿No es éste un hechicero y embaucador que tiene confianza en vencer mi alma con su sosiego, aunque ha deshonrado a quien lo engendró?

Hipólito.—Eso mismo es lo que más me maravilla de ti, padre. Pues, si tú fueras mi hijo y yo tu padre, te habría matado y no te hubiera condenado con el destierro si presumiese que habías tocado a mi mujer.

Teseo.—¡Qué consecuente es lo que has dicho! No morirás según la norma que te has impuesto, pues una muerte rá-

---

[76] Según la ley ateniense, la viuda, a la muerte del marido, era depositaria del patrimonio, pero no heredera del mismo. La herencia pasaba directamente a los hijos legítimos del matrimonio, si los había; de lo contrario, a los hermanos o parientes del marido.

[77] Los manuscritos ofrecen lecturas dudosas en este punto.

[78] Hipólito no rompe el juramento dado a la nodriza, pero el auditorio, en verdad, comprende el porqué de su silencio.

pida es la más suave para un impío, sino que, vagando desterrado de tu tierra patria, llevarás una vida desgraciada en suelo extranjero, porque ése es el salario de un impío.

HIPÓLITO.—¡Ay de mí! ¿Qué vas a hacer? ¿No aguardarás a que el tiempo me denuncie, sino que me expulsarás del país?

TESEO.—Sí, más allá del mar y de la región de Atlas, si pudiera. ¡Tanto odio tu persona!

HIPÓLITO.—¿Sin comprobar mi juramento, mi palabra, ni tampoco el parecer de los adivinos, me desterrarás sin juicio del país?

TESEO.—Esta tablilla, que no admite sorteo, te acusa con claridad. Y a las aves que circulan sobre nuestras cabezas, las mando al cuerno yo[79].

HIPÓLITO.—¡Oh dioses! ¿Por qué entonces no suelto mi boca, yo que perezco por vosotros, a quienes respeto? No, por supuesto. De todas formas, no convencería a quienes debo y violaría inútilmente los juramentos que presté.

TESEO.—¡Ay de mí! ¡Cómo me aniquilará tu altivez! ¿No te marcharás cuanto antes de esta tierra patria?

HIPÓLITO.—¿Adónde me encaminaré, triste de mí? ¿A la mansión de qué huésped entraré, desterrado yo por esta causa?

TESEO.—A la de quien guste de albergar huéspedes seductores de mujeres y partícipes con él en sus felonías.

HIPÓLITO.—¡Ay, ay! Esto hiere mi corazón y me acerca a las lágrimas: que aparento ser malvado y te lo parezco a ti.

TESEO.—Entonces debiste gemir y preverlo: cuando osaste violentar a la esposa de tu padre.

HIPÓLITO.—¡Oh mansión! ¡Ojalá cobraras voz y testimoniaras sobre si soy malvado!

TESEO.—Hábilmente recurres a testigos mudos, pero tu acción, aunque no hable, te delata como malvado.

HIPÓLITO.—¡Ay! ¡Ojalá pudiera contemplarme de frente y deplorar la angustia que me aflige!

---

[79] Teseo muestra sin ambages sus reparos ante la cleromancia o adivinación basada en el sorteo *(klêros)* y la ornitomancia o vaticinio mediante el vuelo de las aves *(órnis)*.

TESEO.—[1.080] Mucho más te ejercitaste en honrarte a ti mismo que en rendir el trato debido a tus padres, obrando con justicia.

HIPÓLITO.—¡Oh desgraciada madre! ¡Oh amargo nacimiento! ¡Que no sea bastardo ninguno de mis amigos!

TESEO.—¿No os lo llevaréis a rastras, criados? ¿No me oísteis proclamar ha mucho que lo desterraba?

HIPÓLITO.—Llorará cualquiera que me toque. Tú mismo, si es tu deseo, expúlsame del país.

TESEO.—Lo haré si no obedeces mis palabras, pues ninguna compasión me causa tu destierro.

HIPÓLITO.—[1.090] Resuelto está, según parece. ¡Oh triste de mí! Porque lo sé, mas no sé cómo explicarlo. ¡Oh la más amada por mí de entre las divinidades, hija de Leto, compañera de asiento, compañera de caza! Desterrado me veré de la famosa Atenas. ¡Adiós, ciudad y tierra de Erecteo! ¡Oh llanura de Trecén! ¡Cuántas dichas posees para pasar la juventud allí! ¡Adiós! Contemplándote por última vez, te saludo. ¡Ea! ¡Oh jóvenes compañeros naturales de este país: despedidme y escoltadme fuera del territorio! [1.100] ¡Que jamás veréis otro varón más prudente, aunque a mi padre no se lo parezca!

CORO

Estrofa 1.ª

En verdad, mucho aligera mis penas la solicitud de los dioses, cuando llega a mi mente. Mas, aun albergando cierta comprensión con esperanza, fracaso al reparar en los trances y obras de los mortales, pues hay cambios de todo signo, y entre los hombres aparece una vida [1.110] siempre inconstante.

Antístrofa 1.ª

¡Ojalá el destino enviado por los dioses me conceda, al pedirlo, dicha con riqueza y un corazón libre de dolores! ¡Que mi parecer no sea intransigente ni acuñado en falso! ¡Así fuera yo siempre dichoso durante mi vida, ajustando fácilmente mis costumbres al mañana!

Estrofa 2.ª

Ya no guardo un pensamiento puro [1.120] al ver lo inesperado, pues hemos visto, sí, el astro[80] *más rutilante de la helena Atenas ex-*

[80] Referido a Hipólito.

pulsado a tierra extraña por la ira de su padre. ¡Oh arenas costeras de mi ciudad! ¡Oh montañoso encinar donde con perros de veloces patas mataba a las fieras [1.130] junto a la venerable Dictina![81].

Antístrofa 2.ª

No subirás ya al carro de potros vénetos, recorriendo la pista a lo largo de la laguna[82] *con los cascos de tus caballos de carreras. Tu musa insomne en el puente de las cuerdas*[83] *cesará en la mansión paterna. Sin coronas quedarán los parajes donde descansa la hija de Leto en el profundo verdor [1.140]. Con tu destierro, la disputa de las muchachas por casarse contigo ha acabado.*

Epodo

Yo, a causa de tu desdicha, sufriré un sino insoportable entre lágrimas. ¡Oh infeliz madre! ¡En vano diste a luz! ¡Ay! Me enfurezco con los dioses. ¡Ay, ay! ¡Gracias unidas![84]*, ¿por qué mandáis fuera de su tierra patria, lejos de este palacio, al desdichado que en nada [1.150] es culpable de la desgracia?*

CORIFEO.—Mas aquí veo a un servidor de Hipólito que con aspecto sombrío se dirige deprisa hacia palacio.

MENSAJERO.—¿Adónde he de ir, mujeres, para encontrar al señor de esta tierra? Indicádmelo si lo sabéis. ¿Está dentro de su palacio?

CORIFEO.—Aquí sale en persona de su mansión.

MENSAJERO.—Teseo, te traigo un mensaje motivo de pena para ti y para los ciudadanos que habitan la ciudad de Atenas y los límites del país de Trecén.

TESEO.—[1.160] ¿Qué sucede? ¿Acaso algún nuevo infortunio está afligiendo a las dos ciudades vecinas?

MENSAJERO.—Hipólito ya no existe, por expresarlo así. Sin embargo, contempla la luz por breves instantes ya.

---

81 Sinónimo de Ártemis, relacionado con las redes usadas por pescadores y cazadores. Cfr., además, nota 21.

82 Véase nota 24.

83 Se alude a que Hipólito no dejaba de tocar la lira.

84 Era normal, en las esculturas del siglo V a.C., representar a las Gracias juntas, cogidas de la mano. Tales divinidades *(Chárites* entre los griegos) personificaban el encanto y la belleza. Son protectoras de la conversación y relaciones amistosas entre los humanos. Viven en el Olimpo, en estrecha relación con las Musas.

TESEO.—¿Quién lo hizo? ¿Acaso, por odio, le atacó alguno a cuya esposa había deshonrado con violencia, como a la de su padre?

MENSAJERO.—Su propio carro lo ha aniquilado y, además, las maldiciones de tu boca que dirigieras a tu padre, dueño del mar, contra tu hijo.

TESEO.—¡Oh dioses! ¡Oh Posidón! ¡Con qué certeza eres mi padre [1.170], puesto que atendiste mis imprecaciones! ¿Cómo pereció? Dilo. ¿De qué forma lo abatió la maza de la justicia por haberme deshonrado?

MENSAJERO.—Nosotros, cabe la costa bañada por las olas, alisábamos con almohazas las crines de los caballos, mientras llorábamos, pues había llegado uno con la nueva de que Hipólito ya no mantendría sus pies en este país, soportando triste destierro por obra tuya. También él llegó a la costa, entonando una canción de lágrimas igual que la nuestra. Infinita reunión de amigos [1.180] de su edad le acompañaba. Entonces, al cabo de un rato, cesando en sus gemidos, dijo: «¿Por qué sufrir este tormento? Hay que obedecer las palabras de mi padre. Servidores, atad al carro los caballos portadores de yugo, pues esta ciudad ya no me pertenece.»

Entonces todos nos apresurábamos y antes que pudiera decirse tuvimos dispuestas las yeguas junto a nuestro amo. Coge las riendas con sus manos desde el reborde del carro, mientras ajusta sus pies a los estribos[85] [1.190]. Y, lo primero, alzando sus brazos[86], dijo a los dioses: «Zeus, que no viva ya si soy hombre malvado. Que sepa mi padre cómo me ha injuriado, tanto si muero como si sigo contemplando la luz.» Mientras tanto, cogiendo un aguijón en las manos, picó a los corceles de una vez; y los sirvientes, junto al carro y cerca de las riendas, acompañábamos a nuestro señor por el camino que va derecho hacia Argos y Epidauro.

---

[85] Lugares especiales del piso del carro en donde el auriga ajustaba sus pies para poder tirar con fuerza de las riendas sin resbalar.

[86] Para rogar a los dioses se levantaban los brazos abiertos de par en par, con las palmas vueltas hacia el cielo.

Luego llegábamos a un lugar desierto; hay una costa, más allá de este país [1.200], orientada ya hacia el mar Sarónico[87]. Entonces, un eco terráqueo, a manera de rayo de Zeus, lanzó un profundo estruendo, espantoso de oír. Los caballos alzaron sus cabezas y orejas hacia el cielo; teníamos un miedo terrible de saber de dónde vendría el ruido. Observando la costa batida por el mar divisamos una ola sobrenatural que llegaba hasta el cielo, de tal suerte que mi vista se vio privada de ver la costa de Escirón; además, ocultaba el istmo y la roca de Asclepio[88] [1.210]. Después se hinchó y lanzaba alrededor mucha espuma a causa del soplo marino, mientras avanzaba hacia la costa, donde estaba la cuadriga. Entre el estruendo y la enorme onda, el oleaje lanzó un toro, fiero prodigio. Toda la tierra, llenándose de su bramido, replicaba con fragor espantoso; para los espectadores, la visión resultaba superior a la resistencia de la mirada. Al momento entróles a los caballos un miedo terrible. Nuestro amo, muy habituado a las costumbres de los corceles [1.220], sujetó las riendas con las manos, y tira de ellas como un marinero atrae hacia sí el remo, mientras echa atrás el cuerpo estirando de las correas[89]. Mas las yeguas, mordiendo con sus quijadas el freno forjado a fuego, arrástranlo con violencia, sin atender a la mano del piloto[90], ni a las riendas, ni al sólido carro. Si guiando el timón hacia terreno llano enderezaba la carrera, el toro aparecía delante, de modo que le hacía volverse, enloquecido de espanto a la cuadriga [1.230]. Y si las yeguas se dirigían aterrorizadas a las rocas, acercándose en silencio, seguía al carro, hasta que lo derribó y volcó, estrellando la rueda del carruaje contra la roca. Todo quedó revuelto: los cubos de las ruedas y los pasadores de los ejes saltaban hacia arriba, y el desgraciado, en-

[87] El mar o golfo Sarónico se extiende desde el Ática hasta la Argólide. La isla de Egina ocupa, poco más o menos, el centro de tal mar. Hipólito se encontraba ante el mar Sarónico en cuanto dejaba a su derecha la península de Metana.

[88] La costa de Escirón estaba al oeste de Mégara. El istmo debe de ser el de Corinto, aunque los estudiosos encuentran no pocas dificultades para poder entenderlo así; la roca de Asclepio puede referirse a la costa de Epidauro.

[89] Las que sujetan el remo al escálamo.

[90] Abundan en este pasaje las metáforas marineras.

vuelto en las riendas, es arrastrado, atado a un lazo difícil de soltar, destrozando su cabeza contra las rocas, desgarrando sus carnes y lanzando palabras espantosas de oír [1.240]: «¡Deteneos, oh vosotras que fuisteis criadas en mis establos; no me aniquiléis! ¡Oh desgraciada maldición de mi padre! ¿Quién quiere acercarse a salvar a este hombre buenísimo?»

Aunque muchos lo intentamos, llegábamos tarde. Y él, tras soltarse, no sé de qué forma, de sus ligaduras, riendas hechas de tiras de cuero, cae en tierra, respirando todavía por breve tiempo. Las yeguas y el desgraciado prodigio del toro se perdieron, no sé por qué parte de las rocas.

Yo, en verdad, soy un esclavo de tu mansión, señor [1.250], pero jamás podré creer que tu hijo es malvado, ni siquiera aunque se ahorcara toda la raza de las mujeres, ni aunque alguien llenara de notas la pineda del Ida[91], pues sé que es honrado.

CORIFEO.—¡Ay, ay! ¡Se ha cumplido la calamidad de nuevas desgracias y no hay escapatoria del destino ni de lo que ha de suceder!

TESEO.—Por odio hacia el hombre que ha padecido esa desgracia, me alegré con tus palabras, mas ahora, por respeto a los dioses y a él, porque es hijo mío [1.260], ni me alegro ni me apeno de sus males.

MENSAJERO.—¿Entonces, qué? ¿Lo traemos, o qué hemos de hacer con el desgraciado para complacer a tu corazón? Medítalo; mas, si te sirves de mis consejos, no serás cruel con tu desdichado hijo.

TESEO.—Traedlo, para que vea con mis ojos al que negaba haber manchado mi lecho y le refute con mis palabras y con la desdicha enviada por las deidades.

CORO.—*Tú, Cipris, dominas el inflexible corazón de dioses y mortales, y a tu lado [1.270] el alado variopinto*[92] *los ataca con velocísimas alas. Vuela sobre la tierra y por el resonante mar salado.*

---

[91] Las tablillas se hacían de madera de pino. Es decir, el mensajero no cree en la maldad de Hipólito, ni siquiera en el caso de que alguien escribiera todas las tablillas que pudieran hacerse con los pinos del Ida. Éste era un monte famoso de Troya. Otra montaña homónima había en la isla de Creta.

[92] Eros.

Encanta Eros a cualquiera que él asedia en el delirante corazón cual alado de áureo reflejo: bestias de los montes, monstruos marinos y a los seres todos que nutre la tierra y divisa la llama del sol; y también a los hombres [1.280]. Sólo tú, Cipris, posees poder soberano sobre todos ellos.

ÁRTEMIS[93].—*A ti, noble hijo de Egeo, te ordeno que me escuches. La hija de Leto, Ártemis, te habla, Teseo, ¿por qué te complaces, desgraciado, de haber matado impíamente a tu hijo, tras creer una infamia oscura por falsas frases de tu esposa? Sacaste a la luz tu extravío [1.290]. ¿Cómo no ocultas tu cuerpo en los abismos de la tierra lleno de sonrojo, o cual ser alado cambias de vida volando hacia arriba y mantienes tus pies fuera de este desastre? Entre los hombres virtuosos ya no logras sitio para tu vida.*

Escucha, Teseo, el origen de tus desgracias, aunque nada arreglaré, y, en cambio, te causaré dolor. He venido para mostrarte la justa intención de tu hijo, a fin de que muera con buena fama [1.300]; y, asimismo, la pasión y, en cierto sentido, la dignidad de tu esposa. Herida por los aguijones de la diosa más repudiada por nosotras, todas las que amamos la virginidad, se apasionó por tu hijo. Aunque trató de vencer a Cipris con su voluntad, fracasó sin querer a causa de las intrigas de su nodriza, que cuenta su pasión a tu hijo bajo juramento. Él, como es honrado, no obedeció a sus palabras, ni, aun siendo ultrajado por ti, rompió la garantía de su juramento, porque es de natural piadoso [1.310]. Ella, temiendo que se comprobara su extravío, escribió unas notas falsas y aniquiló a tu hijo con sus engaños. Con todo, logró convencerte.

TESEO.—¡Ay de mí!

ÁRTEMIS.—¿Te molestan mis frases, Teseo? Mantente en calma, para que, cuando escuches lo que sigue, solloces más aún. ¿Recuerdas que disponías de tres promesas infalibles concedidas por tu padre? Una de ellas la gastaste, oh malvadísimo, contra tu hijo, cuando era posible emitirla contra algún enemigo. Pues bien, tu padre, el dios del mar, con buen propósito te dio lo que debía, ya que lo había prometido [1.320]. Pero tú, para él y para mí, resultas malvado, porque no aguar-

---

[93] En este momento aparece Ártemis suspendida en lo alto, sobre la escena, gracias a una especie de grúa.

daste la prueba, ni la voz de los adivinos, ni comprobaste los datos, ni mantuviste por largo tiempo la búsqueda, sino que, más deprisa de lo que debías, lanzaste la maldición contra tu hijo y lo eliminaste.

TESEO.—¡Señora! ¡Así me muera!

ÁRTEMIS.—Hiciste algo espantoso, pero, con todo, te es posible lograr el perdón. Pues Cipris quiso que eso ocurriera, para satisfacer su rencor. Tal es la norma entre los dioses: ninguno quiere oponerse al propósito deseado por otro [1.330], sino que siempre nos mantenemos al margen. Pues sábete bien que, de no temer a Zeus, no habría llegado yo a esta vergüenza de consentir que muera el mortal que me era más querido. A tu error lo libra de maldad tu ignorancia; además, tu mujer, al morir, impidió la refutación de sus palabras, de tal modo que convenció a tu espíritu.

Para ti, especialmente, ha brotado esta calamidad, pero la tristeza también me afecta a mí. Los dioses no disfrutan con que mueran los piadosos [1.340], pero a los malvados los eliminamos en unión de sus hijos y moradas.

CORIFEO.—*Aquí llega ya el desgraciado con horribles heridas en sus jóvenes carnes y rubia cabeza. ¡Oh sufrimiento de palacio! ¡Qué doble duelo se ha cumplido en la mansión por designio de los dioses!*

HIPÓLITO.—*¡Ay, ay, ay, ay! ¡Desgraciado de mí! ¡Fui maltratado por obra de la injusta maldición de un padre injusto! [1.350] ¡Perdido estoy, infeliz de mí! ¡Ay de mí! Los dolores atraviesan mi cabeza y un espasmo me ataca el cerebro! ¡Detente; daré reposo a mi cuerpo aniquilado! ¡Oh cruel carro de caballos, nutrido por mi propia mano, me destruiste, me mataste! ¡Ay, ay! ¡Por los dioses! ¡Coged, suavemente, con vuestras manos, criados, mi cuerpo herido! [1.360] ¿Quién se ha plantado a mi derecha, cabe mi costado? ¡Alzadme con cuidado! ¡Tirad al compás de mí, desgraciado y maldito por los errores de mi padre! ¡Zeus, Zeus! ¿Contemplas esto? ¡Heme aquí, al piadoso y devoto; heme aquí, al que a todos ganaba en virtud; desciendo hacia Hades, visible ya, tras perder del todo mi vida! En balde soporté ante los hombres las fatigas de la piedad.*

[1.370] ¡Ay, ay! ¡Ahora me llega de nuevo el dolor, el dolor, sí! ¡Dejadme, triste de mí! ¡Así me viniera la muerte curadora! ¡Eliminadme, matadme, desgraciado de mí! ¡Deseo una lanza de doble filo para traspasarme y acabar mi vida en un sueño! ¡Oh infortunada

maldición de mi padre! De parientes criminales [1.380], de antiguos progenitores viene mi infortunio[94] *y no se retrasa. ¿Por qué ha venido contra mí, que en nada soy merecedor de mi desventura? ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué decir? ¿Cómo librar mi vida de este intolerable dolor? ¡Ojalá me adormeciera, infeliz de mí, la negra y nocturna voluntad de Hades!*

ÁRTEMIS.—¡Oh desgraciado! ¡A qué desventuras te has visto ligado! [1.390] La nobleza de tu espíritu te ha matado.

HIPÓLITO.—¡Ah! ¡Oh divina fragancia! Incluso en medio de mis desgracias te he percibido, y se me ha aliviado el cuerpo. En estos parajes está la diosa Ártemis.

ÁRTEMIS.—¡Oh desgraciado! Sí está, la diosa que más quieres.

HIPÓLITO.—¿Contemplas, señora, en qué estado me hallo, triste de mí?

ÁRTEMIS.—Te contemplo, pero no me es lícito derramar llanto desde mis ojos.

HIPÓLITO.—No dispones ya de tu cazador y servidor...

ÁRTEMIS.—No, es cierto, pero pereces amado por mí.

HIPÓLITO.—... ni de quien atendía tus caballos y custodiaba tus estatuas.

ÁRTEMIS.—[1.400] Porque la malvada Cipris así lo urdió.

HIPÓLITO.—¡Ay de mí! Entiendo ya qué divinidad me ha aniquilado.

ÁRTEMIS.—Se quejó de tu falta de aprecio y te odió por casto.

HIPÓLITO.—Tres somos a quienes Cipris aniquiló; acabo de saberlo.

ÁRTEMIS.—A tu padre, a ti, y, en tercer lugar, a su esposa.

HIPÓLITO.—Deploro también las desventuras de mi padre.

ÁRTEMIS.—Fue engañado por las decisiones de una divinidad.

HIPÓLITO.—¡Oh, infeliz tú, padre, por esta calamidad!

TESEO.—Perdido estoy, hijo, y no tengo ilusión por la vida.

---

94 Corresponde al pensamiento arcaico griego la idea de que los hijos pagan las faltas cometidas por los padres y demás antepasados.

HIPÓLITO.—Gimo por ti más que por mí, a consecuencia de tu error.

TESEO.—[1.410] ¡Ojalá estuviera muerto, hijo, en vez de ti!

HIPÓLITO.—¡Oh amargos dones de tu padre Posidón!

TESEO.—¡Jamás debieron venir a mi boca!

HIPÓLITO.—¿Y qué? Me hubieras matado, de tan irritado como entonces estabas.

TESEO.—Porque estaba confundido en mi opinión, por orden de los dioses.

HIPÓLITO.—¡Ay! ¡Ojalá el linaje humano pudiera lanzar maldiciones contra los dioses!

ÁRTEMIS.—¡Déjamelo a mí, pues, ni aun bajo la oscuridad de la tierra, quedarán sin castigo los furiosos ataques contra tu cuerpo perpetrados por designio de la diosa Afrodita, a causa de tu piedad y buen corazón [1.420]. Porque yo, con mi mano, contra el mortal que le sea más querido, me vengaré gracias a mis flechas inevitables. A ti, oh desgraciado, a cambio de estos sufrimientos te daré las mayores honras en la ciudad de Trecén, pues las doncellas no uncidas en matrimonio cortarán en tu honor sus cabellos antes de su boda, recogiendo tú, como fruto, por largo tiempo, el grandísimo dolor de sus lágrimas. Las muchachas, al componer sus canciones, se ocuparán siempre de ti [1.4301], y el amor de Fedra hacia ti no quedará en silencio ni caerá en el olvido.

Y tú, oh vástago del anciano Egeo, coge a tu hijo en tus brazos y atráelo hacia ti, pues lo destruiste sin querer. Es de esperar que los hombres yerren cuando lo permiten los dioses. Y a ti, Hipólito, te exhorto a no odiar a tu padre, pues conoces el sino con que te has visto arruinado.

¡Adiós!, pues no me es lícito contemplar a los muertos, ni manchar mis ojos con los estertores de la muerte, y observo que tú estás cerca de ese fatal instante.

HIPÓLITO.—[1.440] Vete tú también con mi adiós, virgen dichosa. Abandonas fácilmente nuestra vieja amistad. Elimino el rencor contra mi padre, ya que me lo pides, pues ya antes cumplía tus palabras. ¡Ay, ay! La tiniebla llega ya mis ojos. ¡Cógeme, padre, y levanta mi cuerpo!

TESEO.—¡Ay de mí, hijo! ¿Qué vas a hacer conmigo, infeliz de mí?

Hipólito.—Muerto estoy y contemplo ya las puertas de los infiernos.

Teseo.—¿Acaso dejarás impura mi mano?

Hipólito.—No, desde luego, pues te absuelvo de esta muerte.

Teseo.—¿Qué afirmas? ¿Me dejas libre de mi sangrienta culpa?

Hipólito.—Sí; tengo de testigo a Ártemis, que vence con su arco.

Teseo.—¡Oh queridísimo hijo! ¡Qué generoso eres con tu padre!

Hipólito.—¡Suplica lograr hijos legítimos parecidos a mí!

Teseo.—¡Ay de mí! ¡Piadoso y bueno es tu corazón!

Hipólito.—¡Sé feliz! ¡Sé muy feliz, padre!

Teseo.—¡No me dejes, hijo; resiste!

Hipólito.—Ha acabado mi resistencia, pues estoy muerto, padre. ¡Cubre, deprisa, mi rostro con un velo!

Teseo.—¡Famoso territorio de Atenas y de Palas! ¡De qué varón te ves privado! ¡Oh triste de mí! ¡Cuántas veces recordaré, Cipris, las desgracias que me causaste!

Coro.—*Este sufrimiento común les llegó, sin esperarlo, a todos los ciudadanos. Fuente será de muchas lágrimas, pues las desoladoras nuevas referentes a los próceres afectan más.*

ANDRÓMACA

INTRODUCCIÓN

En esta tragedia, si exceptuamos a Hermíone, nos encontramos con personajes de conocida relevancia dentro de la tradición épica. Neoptólemo, hijo de Aquiles, es mencionado varias veces en la *Odisea* (III, 189; IV, 5; XI, 506-536, etc.). Según sabemos por ciertos fragmentos del Ciclo épico, él fue quien mató al anciano rey Príamo refugiado junto al altar de Troya, y quien arrojara desde las torres de tal ciudad al hijo de Héctor y Andrómaca, a Astianacte, niño aún pequeño. También nos habla de Neoptólemo Píndaro (*Peán,* VI, y *Nemeas,* VII), entre otros autores.

Andrómaca, personaje central de nuestra pieza, nos la presenta Homero como fiel y tierna esposa de Héctor, no exenta de ánimo y entereza. El canto VI de la *Ilíada* nos informa cumplidamente de las relaciones de la ilustre pareja, tan moderna en tantos aspectos. En el canto XXII la heroína pierde el sentido al ver cómo Aquiles arrastra el cadáver de Héctor tras haberlo atado a su carro. Que Andrómaca hubiera sido entregada a Neoptólemo como botín de guerra tras la toma de Troya es un tema recogido ya en la *Pequeña Ilíada.*

Por su parte, Menelao, Peleo y Orestes son también famosas figuras de la leyenda heroica. El primero se nos muestra aquí ciertamente distinto del personaje épico, pues, lejos de desempeñar un papel heroico de primer rango, aparece como cruel, mezquino y ruin. Mas este notable cambio en el tratamiento del mito venía dándose también respecto a otras figuras épicas desde comienzos del siglo v a.C.

Otra innovación, debida en este caso al propio Eurípides, es la de presentar un Neoptólemo víctima del ultraje y traición de Orestes, y no muerto a causa de su insolencia.

En nuestra obra cabe distinguir tres partes íntimamente unidas: en la primera es Andrómaca la figura central (versos 1-463 y 501-765). La envidia de Hermíone y los peligros que acechan a Andrómaca son temas relevantes.

En la segunda parte hallamos a Hermíone dominada por la histeria y el miedo ante las posibles represalias, por lo que intentara llevar a cabo. La aparición de Orestes es importante para el curso de la acción.

Por último, a partir del verso 1.047, Hermíone desaparece de la escena; sobreviene el asesinato de Neoptólemo, y Tetis se presenta como *dea ex machina* resolviendo la situación.

En lo tocante a la finalidad de la obra, dado su carácter polémico y agresivo en ocasiones, se ha pensado que todo este drama estaría dedicado a atacar la mentalidad espartana, arrogante, traidora e impía, a lo que se desprende de las palabras del poeta puestas en boca de Hermíone, Menelao y Orestes, respectivamente. El incisivo ataque verbal contra Esparta (versos 445 y ss.) se ha tomado como una defensa a ultranza de Atenas, a la sazón envuelta en la cruel y larga guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), donde tuvo por rival principal a Esparta. Asimismo el poeta desearía ganarse, en favor de su patria, a Táripe, rey de los molosos, con loque la balanza bélica se inclinaría favorablemente para los atenienses.

También se ha querido ver en Andrómaca la encarnación de una mujer que ha vivido vicisitudes adversas sin cuento, manteniendo en cada caso la virtud y moderación de espíritu, la prudencia del vencido, en suma, frente al exceso e insolencia del vencedor. Es interesante, además, destacar las relaciones y contrastes existentes entre Hermíone y Andrómaca, es decir, entre la esposa estéril, humillada ante la concubina fértil, motivo que permite a Eurípides extenderse sobre la psicología femenina dentro de unas singulares relaciones matrimoniales: celos, injurias, calumnias, odios y miedos se ciernen continuamente sobre los personajes de nuestro drama.

Como fecha aproximada de representación puede pensarse en los años que van desde el 430 al 421 a.C. Razones métricas

permiten situar *Andrómaca* entre Hipólito (428 a.C.) y *Troyanas* (415). Posiblemente el 425 a.C. fuera el año en que viera la luz nuestro drama. No es seguro tampoco el lugar de representación: Molosia o quizás Argos, pero no es nada cierto. La obra que estudiamos tuvo cierto reflejo en el teatro romano, especialmente en Ennio, aunque no fuera de las obras euripideas más estimadas. En las literaturas modernas podemos mencionar la obra homónima de Racine (1667), que destacó en el drama, de modo singular, la figura de Neoptólemo.

Nota bibliográfica

Euripide, Hippolyte, Andromaque, Hécube, edición y traducción de L. Méridier, París, 1927.

Eurípides, Tragedias. Alcestis, Andrómaca, texto revisado y traducido por A. Tovar, Barcelona, 1955.

Euripide, Andromaca, edición, introd. y comentario de A. Garzya, Nápoles, 1963².

ALDRICH, K. M., *The Andromache of Euripides*, Univ. of Nebraska Studies, 1961 (comentario).

Eurípides, Andrómaca, introducción y notas de J. Ribeiro Ferreira, Coimbra, 1971.

Euripide, Andrómaca, edición, introd. y comentario de A. Garzya, Nápoles, 1963².

Euripides, Die Kinder des Herakles. Hekabe. Andromache, texto, trad. y notas de E. Buschor, Munich, 1973.

Andromacha, ed. de A. Garzya, Leipzig, 1978.

KOVACS, P. D., *The Andromache of Euripides. An interpretation*, American Philolog. Association, 1980.

Sobre el texto seguido

Seguimos el establecido por G. Murray, *Euripidis Fabulae, I*, Oxford, 1951 (=1902). Preferimos, no obstante, otras lecciones de acuerdo con los manuscritos, en donde el editor inglés acude a conjeturas, especialmente en los versos 25, 52, 289, 311, 346, 557, 672, 880, 962, 1.014-15, 1.063, 1.097, 1.180, 1.222 y 1.248.

ARGUMENTO[a]

I

Neoptólemo, tras recibir en Troya, como premio a Andrómaca, esposa de Héctor, tuvo un hijo de ella. Después se casó con Hermíone, la hija de Menelao. Como en ocasión anterior hubiera pedido justicia a Apolo de Delfos por la muerte de Aquiles, volvió arrepentido ante el oráculo para aplacar al dios. La reina, llena de celos contra Andrómaca, tramaba la muerte de ésta, tras haber hecho venir a Menelao. Andrómaca había puesto a salvo a su hijito, y ella misma se refugió en el santuario de Tetis. Los seguidores de Menelao descubrieron al niño, y a ella, engañándola, consiguieron sacarla de allí. Como se dispusieran a degollarlos a los dos, no pudieron llevarlo a cabo ante la aparición de Peleo. Conque Menelao regresó a Esparta y Hermíone cambió de idea, por temor a que llegara Neoptólemo. Presentándose Orestes, convenció a Hermíone, se la llevó y maquinó asechanzas contra Neoptólemo. Se presentaron los que traían a Neoptólemo muerto. Tetis se le apareció a Peleo cuando estaba a punto de llorar por el cadáver y le ordenó enterrarlo en Delfos, enviar a Andrómaca, junto a su hijito, al país de los molosos, y aceptar para sí mismo la inmortalidad. Peleo, cuando la hubo obtenido, se marchó a vivir a las islas de los bienaventurados.

---

[a] El argumento I nos es ofrecido por los manuscritos M N A; II nos ha sido transmitido por N y A.

II

La escena del drama se sitúa en Ptía, y el coro está compuesto de mujeres de Ptía. Andrómaca pronuncia el prólogo. El drama es de segundo grupo. El prólogo está dicho con claridad y elocuencia. También los versos elegiacos del lamento de Andrómaca. En la segunda parte, el discurso de Hermíone permite entrever su papel de reina y no quedan mal sus palabras contra Andrómaca. También lo hace bien Peleo, que libera a Andrómaca.



Despedida de Héctor y Andrómaca. Ánfora calcídica (siglo VI a.C.).
Museo de Würtzburgo.

PERSONAJES DEL DRAMA

ANDRÓMACA
ESCLAVA
CORO
HERMÍONE
MENELAO
HIJO DE ANDRÓMACA
PELEO
NODRIZA
ORESTES
MENSAJERO
TETIS

ANDRÓMACA.—¡Orgullo de la tierra asiática, ciudad de Tebas[1], desde donde antaño llegué, con lujosa dote rica en oro, al palacio real de Príamo, entregada a Héctor como esposa que le diera hijos; yo, la antes envidiada Andrómaca, ahora, empero, mujer desgraciadísima donde las haya! Vi a mi esposo Héctor muerto a manos de Aquiles, y al hijo que tuve para mi esposo, a Astianacte, arrojado desde elevadas torres, cuando los helenos capturaron la llanura de Troya. Yo misma, aun siendo considerada de familia muy libre, llegué a la Hélade como esclava, entregada al isleño Neoptólemo a manera de premio otorgado a su lanza, seleccionado de entre el botín de Troya. Habito cerca de esta Ptía[2] y de la ciudad de Farsalo, en las llanuras, donde la marina Tetis vivía junto a Peleo lejos de los hombres, evitando el tumulto. El pueblo tesalio lo llama Tetidio en atención a las bodas de la diosa.

Aquí fijó su morada el hijo de Aquiles y permite a Peleo gobernar Farsalia, pues no quiere tomar el cetro mientras el anciano viva. Yo he tenido, en este palacio, un hijo varón, tras haberme unido con el hijo de Aquiles, mi señor.

Antes, aun enmedio de desgracias, sin embargo me impulsaba sin cesar la esperanza de encontrar alguna ayuda y protección contra mis desdichas, si mi hijo se salvaba. Mas una

---

1 Localidad de Misia, cerca de Troya. Según la *Ilíada* (VI, 395-396), Eetión, rey de Tebas Hipoplacia, es decir, situada en las faldas del monte Placo, era padre de Andrómaca. Eetión fue muerto a manos del propio Aquiles durante el saqueo de su ciudad (cfr. *Ilíada*, V, 366 y ss.).

2 Ciudad o comarca del sur de Tesalia. Farsalo era la ciudad más importante de la comarca de Farsalia, sobre la que reinaba Peleo, mientras Neoptólemo gobernaba sólo en Ptía, ciudad y territorio circundante.

vez que mi amo se ha casado con la laconia Hermíone [30], tras rechazar él mi lecho de esclava, me veo perseguida por ella en medio de terribles desdichas. Pues dice que, con fármacos ocultos, la convierto en estéril y odiosa a su marido, mientras deseo morar en este palacio en vez de ella, después que haya arrojado fuera su lecho, de forma violenta. Lecho que, al principio, no acepté de buen grado y que ahora tengo abandonado. ¡Que el gran Zeus lo sepa: que yo no tomé parte en este lecho por mi voluntad! Mas no consigo convencerla; quiere matarme [40] y Menelao, su padre, le ayuda a conseguirlo. Ahora está en palacio, pues ha llegado de Esparta con esa misma intención. Yo, espantada, he venido a sentarme en este santuario de Tetis, cercano al palacio, por si consigue impedir que yo muera. Pues Peleo y los descendientes de Peleo lo veneran, como pregonero de las bodas de la Nereida[3]. Y a quien es mi único hijo lo he mandado en secreto a otra casa, temiendo que muriera, porque el que lo engendró no está a mi lado para ayudarme, y no le sirve de nada a su hijo [50], ya que está de viaje por la tierra de Delfos, donde le rinde justicia a Loxias[4] por la locura cometida cuando, yendo a Pito[5], exigió a Febo reparación por la muerte de su padre, a quien diera muerte el dios[6]; por ver si, exculpado de sus anteriores yerros, lograra propiciarse al dios para el futuro.

ESCLAVA.—Señora —yo, en verdad, no rehúyo darte este título, ya que te consideraba digna de aprecio en tu casa, cuando vivíamos en la llanura de Troya, y, además, te era fiel a ti y a tu marido, cuando estaba vivo— [60], también ahora vengo a traerte nuevas noticias, con miedo, por si alguno de

---

[3] Tetis, hija de Nereo y Dóride, era una de las cincuenta Nereidas. Un día, sorprendida y sujetada por Peleo junto al mar, aunque tomó las más variadas formas —fuego, aire, agua, etc.— se vio forzada a casarse con él. A las famosas bodas asistieron todos los dioses como invitados, a excepción de Eris, la diosa de la discordia, que, presentándose inesperadamente, arrojó en medio de la concurrencia la famosa manzana de la discordia.

[4] Referido a Apolo. Quiere decir, exactamente, el «oblicuo», «oscuro», a causa de lo enigmático de sus oráculos.

[5] O sea, Delfos.

[6] De entre las varias versiones que tratan la muerte de Aquiles, destaca la que sostiene que fue Apolo, solo o junto a Paris, quien disparara la fatídica flecha que acabó con la vida del héroe.

los amos se percata, y con compasión hacia ti. Pues terribles planes preparan contra ti Menelao y su hija, ante los que has de estar prevenida.

ANDRÓMACA.—¡Oh queridísima compañera de esclavitud! —pues eres compañera de esclavitud de quien antes fue señora y ahora una desgraciada. ¿Qué intentan hacer? ¿Qué tretas urden deseando matarme a mí, la muy desdichada?

ESCLAVA.—Se disponen a matar a tu hijo, oh infortunada de ti, al que pusiste a salvo fuera del palacio.

ANDRÓMACA.—[70] ¡Ay de mí! ¿Tiene información sobre el hijo que oculté? ¡Oh desdichada! ¡Qué perdida estoy!

ESCLAVA.—No lo sé, pero me he enterado por ellos de que Menelao ha salido en pos de él, lejos de palacio.

ANDRÓMACA.—¡Entonces, estoy perdida! ¡Hijo mío! Dos buitres te matarán cuando te cojan. Y el que se llama tu padre todavía se queda en Delfos.

ESCLAVA.—Creo, en verdad, que no lo pasarías tan mal, de estar él presente. Mas, en este caso, estás privada de personas queridas.

ANDRÓMACA.—Y respecto a Peleo, ¿no ha llegado el rumor de que vendría?

ESCLAVA.—[80] Viejo es él como para ayudarte, aun estando aquí.

ANDRÓMACA.—En verdad le mandé recados, y no una sola vez.

ESCLAVA.—¿Crees, acaso, que algún mensajero se preocupa por ti?

ANDRÓMACA.—Y ¿por qué? ¿Quieres tú entonces ir como mensajera mía?

ESCLAVA.—¿Y qué diré luego, al haber estado mucho tiempo fuera del palacio?

ANDRÓMACA.—Puedes encontrar muchas tretas, pues eres mujer.

ESCLAVA.—Hay peligro, pues Hermíone, como guardiana, no es nada fácil.

ANDRÓMACA.—¿Ves? Reniegas de tus amigos en las desgracias.

ESCLAVA.—No, desde luego. Eso no me lo vas a reprochar en absoluto, pues voy a ir, ya que, realmente, no es importan-

te la vida de una esclava [90], en caso de que me ocurra alguna desgracia.

ANDRÓMACA.—Vete entonces. Y nosotros soltaremos hacia el éter los lamentos, gemidos y lágrimas en que siempre me veo envuelta. Pues, por su propia naturaleza, para las mujeres supone un alivio de sus desgracias presentes el tenerlas siempre en la boca y la lengua. Tengo, no un solo motivo, sino muchos, para deplorar: la ciudad de mi padre; a Héctor que murió y mi duro destino, al que me vi uncida el día de mi esclavitud, cuando caí en ella sin merecerlo [100]. Es menester no llamar feliz a ningún mortal, hasta que veas cómo pasó el último día antes de llegar abajo.

No[7] *a manera de esposa, sino de calamidad conyugal para la elevada Ilión, llevó Paris a Helena hasta su tálamo. Por su causa, oh Troya, el rápido Ares de la Hélade, el de las mil naves, te tomó cautiva, valiéndose de lanza y fuego, y también a mi esposo Héctor, desdichada de mí, al que el hijo de la marina Tetis arrastró en torno a las murallas mientras guiaba su carro. Yo misma fui conducida desde mi tálamo hasta la orilla del mar [110], cubriéndome la cabeza con la odiosa esclavitud. Muchas lágrimas me bajaron por el rostro, cuando dejaba ciudad, tálamo y un esposo caído en el polvo. ¡Ay, desdichada de mí! ¿Qué necesidad tenía yo de continuar viendo la luz como esclava de Hermíone? Torturada por ella, suplicante junto a esta estatua de la diosa, rodeándola con mis dos manos, me consumo en llanto, como manantial que desde una roca gotea.*

CORO

Estrofa 1.ª

¡Oh mujer que largo rato estás sentada en el terreno y santuario de Tetis y no los abandonas! Aun siendo de Ptía, he venido hasta tu estirpe asiática [120] por si pudiera conseguirte algún remedio de tus padecimientos, difíciles de solucionar, los que a ti y a Hermíone os han recluido en odiosa discordia, en la desgracia compartida respecto a este matrimonio doble con el hijo de Aquiles!

---

[7] Andrómaca entona un lamento en metro elegiaco, compuesto de un hexámetro y un pentámetro dactílicos. Es el único ejemplo de la tragedia griega. Se ha pensado que composiciones de este tipo abundaron en el norte del Peloponeso entre los siglos VII y VI a.C. Pero es una hipótesis no confirmada por los datos literarios.

Antístrofa 1.ª

¡Conoce tu ventura, piensa en la desgracia actual en que estás envuelta! Aun siendo troyana, ¿rivalizas con tus amos naturales de Lacedemonia? Abandona la mansión [130], donde se aceptan ovejas, de la diosa marina. ¿En qué te resulta oportuno, estando asustada, agotar poco a poco tu cuerpo desdichado por oponerte a tus amos? La fuerza te abatirá. ¿Por qué soportas calamidades tú que no eres nada?

Estrofa 2.ª

Y bien. Abandona la espléndida mansión de la diosa Nereida y sábete que estás en país extranjero, esclava en ciudad ajena, donde no ves a ninguno de los tuyos, ¡oh desdichadísima! [140] ¡joven en todo infeliz!

Antístrofa 2.ª

Deplorable en extremo, para mí al menos, llegaste al palacio de mis dueños, mujer troyana. Por miedo estamos callados, mas lamento, por cierto, tu situación, no vaya a ser que la hija de la nacida de Zeus[8] *me note partidaria de ti.*

HERMÍONE.—El ornato de la joya dorada que me rodea la cabeza y este atavío de mi cuerpo con un peplo multicolor, no he venido aquí [150] trayéndolos cual presentes nupciales de la casa de Aquiles ni de Peleo, sino que estos regalos me los hace mi padre Menelao desde la laconia tierra de Esparta, en unión de una dote abundante, suficiente para tener libre mi boca. Así, os replico con las siguientes palabras. Tú, a pesar de ser una esclava y una mujer cautivada con la lanza, deseas adueñarte de este palacio, una vez me hayas echado a mí. Resulto odiosa a mi marido por culpa de tus drogas, y mi vientre, estéril por tu culpa, se echa a perder. Pues en estos menesteres hábil es el talento de las mujeres del continente[9] [160]; mas te los voy a impedir, y de nada te valdrá esta mansión de

[8] Hermíone, que era hija de Helena, y ésta hija de Zeus y de Leda. Según la versión más común, enamorado Zeus de Leda se unió a ella tras haberse metamorfoseado en cisne. De tal unión resultó un huevo del que, a su debido tiempo, nacieron Helena, Clitemnestra, Cástor y Pólux. Cuáles de entre ellos eran hijos del propio Zeus y cuáles de Tindáreo, esposo de Leda, es asunto debatido entre los comentaristas. Acéptase generalmente, sin embargo, que Helena es hija de Zeus.

[9] Referido a Asia, igual que sucede en el verso 652.

la Nereida, ni el altar, ni el templo, sino que vas a morir. Y, si algún mortal o dios quiere salvarte, tú, a cambio de tu orgullo feliz de antaño, debes acurrucarte y postrarte humilde ante mis rodillas, barrer mi casa, echando con tu mano rocío del Aqueloo[10] a partir de recipientes labrados en oro, y saber en qué país estás. Pues esto no es Héctor, ni Príamo, ni oro, sino una ciudad griega [170]. Has llegado a tal extremo de insensatez, desdichada de ti, que osas acostarte con el hijo de quien dio muerte a tu esposo y tener hijos de un asesino. Tal es toda la raza bárbara: el padre se junta con la hija, el hijo con la madre, la hermana con el hermano, las personas más íntimas mueren por asesinato, y la ley no prohíbe ninguno de esos hechos. No los introduzcas entre nosotros, pues no es buena cosa que un solo hombre mantenga las riendas de dos mujeres, sino que, con los ojos puestos en una sola Cipris[11] defensora del lecho [180], ama quien quiere vivir honradamente.

CORIFEO.—El corazón femenino es muy envidioso y hostil, en grado sumo y sin cesar, contra las que comparten su matrimonio.

ANDRÓMACA.—¡Ay, ay! Mala cosa es para los mortales la juventud y que en la juventud una persona mantenga lo que no es justo. Temo que el ser esclava tuya me vaya a impedir hablar, aun teniendo mucha razón, y que, si triunfo, me vea acusada por ello de haber inferido un daño. Porque los orgullosos toleran con amargura [190] las explicaciones mejores pronunciadas por inferiores. Sin embargo, no me veré acusada de haberme traicionado a mí misma.

Dime, muchacha. ¿Con qué razonamiento responsable te he persuadido para intentar apartarte de los derechos legítimos de tu matrimonio? ¿Con que la ciudad de Esparta es in-

---

[10] Río de la región de Ptía, o Ptiótide, que desemboca en el mar Jónico. Es hoy llamado Aspropótamo. Pero en verdad no se hace referencia a tal río, que en modo alguno pasa por Tesalia, y menos por la Ptiótide, sino que nos encontramos ante una metonimia referida al agua de río en general.

[11] *Kýpris*. Es una de las más famosas advocaciones de Afrodita, diosa del amor y la belleza, en virtud de haber establecido en Chipre *(Kýpros)* su principal mansión.

ferior a la de los frigios, ésta la vence en riqueza, y a mí me ves libre? ¿O acaso, jactándome de mi cuerpo joven y radiante, de la importancia que tiene mi ciudad, y de mis amigos, trato de apoderarme de tu mansión apartándote a ti? ¿Con la intención de parir yo, en vez de tú [200], hijos esclavos, lastre desdichado para mí? ¿O es que se tolerará que mis hijos sean los reyes de Ptía, en caso de que tú no los tengas? ¿Porque me aman los helenos a consecuencia de Héctor? ¿Que era yo una desconocida y no la reina de los frigios? Tu marido no te odia por efecto de mis drogas, sino porque no estás preparada para la vida conyugal. También es un filtro amoroso lo siguiente: no es la belleza sino las cualidades las que encantan a los esposos. En cuanto te irritas por algo, la ciudad de Esparta es cosa importante [210] y a Esciros[12] no le das ningún valor. Eres rica entre quienes no lo son. A tu juicio, Menelao es superior a Aquiles. Por eso te tiene odio tu marido, porque es necesario que una mujer, aun siendo entregada a un marido humilde, lo ame, y que no mantenga una disputa en materia de orgullo. Pues, si te hubieras casado con un rey de Tracia, la recubierta de nieve, país en donde un varón, al tener muchas mujeres, las admite al lecho por turno, ¿las habrías matado? Además, habría quedado claro que les achacas a todas las mujeres una insaciable gana de lecho. Asunto vergonzoso, por lo menos [220]. Pues, en verdad, estamos afectadas de ese mal en grado más grave que los varones, mas nos libramos de maravilla.

¡Oh queridísimo Héctor! Por complacerte, amaba yo al mismo tiempo que tú, cuando Cipris te hacía incurrir en falta, y he dado, muchas veces ya, el pecho a tus hijos bastardos, por no causarte ningún resquemor. Al actuar así, me ganaba

[12] Sabedora Tetis, a fuer de diosa, de que su hijo Aquiles moriría si iba a la guerra de Troya, tras ponerle atuendos femeninos lo mandó a la isla de Esciros, situada al este de Eubea, precisamente a la corte del rey Licomedes. Durante su estancia en Esciros, Aquiles tuvo amores con Deidamía, hija de Licomedes, y la hizo madre de Neoptólemo, llamado también Pirro. Pasado el tiempo, Ulises, mediante hábil treta, hizo ver que Aquiles era realmente un varón, que no una doncella. Entonces el ilustre héroe se incorporó a la expedición griega que partía hacia la guerra de Troya.

a mi marido con mi virtud. Pero tú, recelosa, no consientes, ni siquiera, que una gota de rocío celeste se aproxime a tu esposo. No pretendas, mujer, ganar, en afición por los hombres[13], a la que te dio el ser [230], pues es preciso que los hijos sensatos eviten los modales de sus malvadas madres.

CORIFEO.—Señora, en la medida en que te sea fácil, déjate persuadir a ponerte de acuerdo con ésta en tus razonamientos.

HERMÍONE.—¿Por qué pronuncias frases majestuosas e intentas entrar en un certamen de palabras, como si tú fueras prudente y mi actuación insensata?

ANDRÓMACA.—Así lo es, al menos por las razones en que ahora te detienes.

HERMÍONE.—Tu talento, que no viva en mí, mujer.

ANDRÓMACA.—Eres joven por tus años, y, en cambio, te refieres a asuntos vergonzosos.

HERMÍONE.—Tú no los mencionas, es verdad, pero me los haces todo lo que puedes.

ANDRÓMACA.—[240] ¿No sufrirás en silencio en lo relativo a Cipris?

HERMÍONE.—¿Y qué? ¿No es eso, en todas partes, lo más importante para las mujeres?

ANDRÓMACA.—Sí, al menos, para las que lo utilizan con corrección; si no, no es decoroso.

HERMÍONE.—No gobernamos la ciudad valiéndonos de leyes de bárbaros.

ANDRÓMACA.—Lo vergonzoso, tanto allí como aquí, produce rubor.

HERMÍONE.—Prudente, prudente tú. Mas, así y todo, es preciso que mueras.

ANDRÓMACA.—¿Contemplas la estatua de Tetis que mira hacia ti?

HERMÍONE.—Que odia, de verdad, a tu patria, a causa de la muerte de Aquiles.

---

[13] Helena, ya desde tierna edad, fue de belleza tal que se vio raptada en varias ocasiones. Así lo hicieron Teseo y Piritoo. De mayorcita, al igual que sus hermanas Clitemnestra y Timandra, mostró excesiva afición por el otro sexo, resultando después adúltera e infiel.

ANDRÓMACA.—Helena, tu madre, lo mató, no yo.

HERMÍONE.—¿También, en adelante, vas a poner el dedo en mis desgracias?

ANDRÓMACA.—[250] ¡Mira! Me callo y cierro la boca.

HERMÍONE.—Háblame de la cuestión, por la que he venido.

ANDRÓMACA.—Digo que no tienes toda la cordura que debieras.

HERMÍONE.—¿Dejarás este sagrado recinto de la diosa marina?

ANDRÓMACA.—Desde luego, si no voy a morir. De lo contrario nunca lo dejaré.

HERMÍONE.—Eso está decidido, y no voy a esperar que llegue mi esposo.

ANDRÓMACA.—Pues tampoco yo me voy a entregar a ti antes.

HERMÍONE.—Te prenderé fuego y no te tendré consideración...

ANDRÓMACA.—Tú prende fuego, pues los dioses se enterarán de ello.

HERMÍONE.—... y para tu cuerpo, padecimientos de horribles heridas.

ANDRÓMACA.—[260] Degüéllame; llena de sangre el altar de la diosa que irá en pos de ti.

HERMÍONE.—¡Oh tú, bárbara criatura y terca osadía! ¿Vas a soportar firme la muerte? Mas yo conseguiré que te levantes, al punto y por ti misma, desde este sitio. ¡Tal es el cebo que te preparo! Pero, bueno, omitiré las palabras, y los hechos lo manifestarán al punto. Permanece sentada en tu sitio, porque, aunque plomo fundido en torno a ti te retuviera, yo lograré que te levantes antes que llegue el hijo de Aquiles en quien tienes puesta tu confianza.

ANDRÓMACA.—Tengo confianza. Extraño asunto es que un dios [270] haya establecido, en bien de los mortales, remedios contra las serpientes salvajes, y que, en cambio, contra lo que es peor que la víbora y el fuego, contra una mujer malvada, jamás nadie haya inventado un remedio. ¡Tamaña desgracia somos para los hombres!

CORO

Estrofa 1.ª

En verdad grandes lamentos originó la hora en que, al valle del Ida, llegara el hijo de Maya y Zeus[14], *guiando el carro de tres caballos de las divinidades, el de yugo hermoso, dispuesto para la odiosa competición de belleza [280], en dirección a la morada del boyero*[15], *en torno al joven pastor solitario y al corral abandonado dotado de hogar.*

Antístrofa 1.ª

Ellas, una vez hubieron llegado al valle coronado de bosque, bañaron sus lucientes cuerpos en las corrientes de montañosos manantiales, y caminaron hacia el Priámida, comparándose entre excesos de agrias palabras, y Cipris triunfó gracias a arteras palabras [290], gratas de oír, pero amarga destrucción de la vida para la desdichada ciudad de los frigios y la ciudadela de Troya.

Estrofa 2.ª

¡Ojalá hubiera arrojado al malvado, por encima de su cabeza, la que lo tuvo, antes que él viviera en las rocas del Ida, en el instante en que, junto al laurel divino, Casandra gritó que lo matasen, ruina total de la ciudad de Príamo! ¿A quién no recurrió ella? ¿A qué anciano del lugar no le pidió [300] matara a la criatura?

Antístrofa 2.ª

El yugo de la esclavitud no habría llegado sobre las troyanas, y tú, mujer, habrías tenido como morada un palacio real. Hubiera librado[16] *a la Hélade de las penosas fatigas por las que, durante diez años,*

---

[14] Hermes, aparte de actuar como cochero, entregará luego a Paris la célebre manzana, amén de las instrucciones de Zeus, según las cuales había de celebrarse el sin par certamen de belleza. Las diosas rivales que se disputaban el premio eran Afrodita, Hera y Atenea.

[15] Paris o Alejandro era el segundo hijo de Príamo y Hécuba. Habiendo tenido Hécuba un espantoso sueño cuando estaba encinta de ese hijo, un adivino interpretó el ensueño diciendo que el niño que naciera de tal embarazo sería la destrucción y ruina de Troya. En otras versiones, como la recogida por Eurípides en esta tragedia (versos 296-300), es la propia Casandra, hermana de Paris, quien suplica maten al niño que había de arruinar a Troya. Nacido Paris, Príamo lo entregó a Agelao, servidor suyo, para que lo expusiera en el monte Ida. (Esta montaña, próxima a Troya, fue el lugar favorito desde donde los dioses asistían complacidos a la guerra troyana.) En tal lugar, después de varias peripecias, Agelao empleó como boyero a Paris. Éste, tras hacerse famoso, entre otros motivos, por sus excelentes virtudes musicales, es visitado por las tres diosas, según las órdenes dadas por Zeus.

[16] La muerte de Paris sería el sujeto de la oración.

los jóvenes en armas permanecieron errantes en derredor de Troya. Jamás los lechos hubieran resultado abandonados, ni los ancianos privados de sus hijos.

Menelao.—Aquí llego con tu hijo, al que pusiste a salvo en otra casa [310] a escondidas de mi hija. Pues te jactabas de que a ti te salvaría esta imagen de la diosa, y a éste quienes lo habían escondido. Pero se ha visto que eres menos inteligente que Menelao, que aquí está, mujer, y, si no te vas y abandonas este suelo, éste resultará degollado a cambio de tu cuerpo. Piensa, pues, en lo siguiente: si aceptas morir, o que éste perezca a consecuencia de la falta que cometes contra mí y contra mi hija.

Andrómaca.—¡Oh fama, fama! En favor de muchísimos mortales [320] que nada son, has henchido tú una vida importante. A los que disfrutan de buena fama, producto de la verdad, los tengo por felices, pero quienes la tienen, como resultado de mentiras, no creo justo que la posean, porque, por azar, aparenten ser inteligentes. ¿Tú, comandando tropas elegidas de entre los griegos quitaste, un día, Troya a Príamo, aunque eres tan cobarde? ¿Tú, que tan jactancioso te has puesto por las palabras de tu hija, que cual una niña se porta, y has entrado en liza con una desdichada esclava? No te considero merecedor de Troya, ni a Troya digna de ti [330]. Los que aparentan ser inteligentes, resultan brillantes por fuera, pero por dentro, son idénticos a todos los hombres, a no ser en algo de dinero, pues gran poder tiene ése.

Menelao, ea, pues, demos cima a nuestra conversación. Muerta estoy en poder de tu hija y ha acabado conmigo. Mas ya no puede escapar de la mancha del asesinato. También tú, en presencia del pueblo te verás envuelto en un proceso por este crimen, pues te obligará a ello el haberlo realizado tú también. Por otra parte, si me escapo de la muerte ¿vais a matar a mi hijo? Y entonces, ¿cómo [340] va a tolerar fácilmente el padre la muerte de su hijo? Troya no lo tiene por tan cobarde. Llegará hasta donde sea menester —pues aparecerá llevando a cabo proezas dignas de Peleo y de Aquiles, su padre— y echará a tu hija de palacio. Y tú ¿qué vas a decir cuando la des a otro hombre en matrimonio? ¿Acaso que su prudencia evita a un esposo perverso? Pero dirá mentiras.

¿Y quién se casará con ella? ¿O la vas a mantener en casa sin marido, a modo de viuda canosa? ¡Oh hombre desgraciado! ¿Es que no ves tú la afluencia de tamaños males? [350] ¿Por cuántas concubinas desearías comprobar tú que tu hija es humillada, antes que te pasara lo que acabo de decir? No hay que ganarse enormes desgracias por motivos fútiles, ni tampoco, aun siendo las mujeres una desgracia fatal, deben semejarse los hombres a las mujeres en su conducta.

Pues si suministro filtros a tu hija y hago abortar su vientre, tal como ella sostiene, yo, personalmente, voluntaria y no forzada, ni arrodillada ante el altar, me someteré al juicio de tu yerno, contra quien he incurrido [360] en un perjuicio no inferior al tenerlo sin hijos. Pues bien, tal es mi intención. Mas en lo tocante a tus propósitos... una cosa me temo de ti. Por una disputa respecto a una mujer[17] destruiste también la desgraciada ciudad de los frigios.

CORIFEO.—En demasía has hablado ante hombres a título de mujer, y la prudencia se te ha disparado desde el corazón.

MENELAO.—Mujer, estos asuntos son nimios e impropios de mi monarquía y de la Hélade. Pero sábete bien que lo que uno necesita, eso es para cada persona más interesante que conquistar Troya [370]. Y yo —desde luego, pienso que es grave verse privada de su marido— me erijo en aliado de mi hija. Pues todo lo demás lo soportaría una mujer como algo secundario, pero si falla en su marido, falla en su vida. Preciso es que aquél mande en mis esclavos y que en los suyos mande mi hija, y también yo. Pues ninguna propiedad privada tienen los amigos que lo son de verdad, sino que sus bienes son comunes. Si, por esperar al ausente, no dispusiera mis asuntos de la mejor forma posible, soy un simple, no inteligente [380]. Conque levántate de este santuario de la diosa, para que, de morir tú, este niño escape de la muerte; pero, en caso de no estar dispuesta a morir tú, a éste le daré muerte. A uno de los dos le es forzoso abandonar la vida.

ANDRÓMACA.—¡Ay de mí! ¡Amargos son el sorteo y la elección de vida que me propones! Si tengo éxito, resulto desgraciada, y, de no tenerlo, desdichada. ¡Oh tú, que grandes

---

[17] Es decir, Helena, que, tras marcharse con Paris a Troya, suscitó la magna guerra.

desgracias cometes por insignificante motivo! Hazme caso. ¿Por qué intentas aniquilarme? ¿Por qué motivo? ¿A qué ciudad he traicionado? ¿A qué hijo tuyo he dado muerte? ¿Qué palacio he incendiado? A la fuerza me acosté con mi señor. Y, aun así, ¿me vas a matar a mí, y no a aquél, responsable de esta situación, y prescindiendo del motivo, te encaminas hacia el resultado que viene después? ¡Ay de mí, por estos sufrimientos! ¡Oh desgraciada patria mía! ¡Qué terrible situación soporto!, ¿por qué razón había de dar a luz y añadir un doble peso a mi angustia? Pero ¿a qué lamentarme de eso y no atender y contar los males que tengo ante mí? Yo que contemplé la muerte de Héctor arrastrado por el carro[18], y a Ilión incendiada deplorablemente. Yo, en persona, llegué como esclava hasta las naves de los argivos, arrastrada por los cabellos. Y, una vez que llegué a Ptía, hube de unirme con el asesino de Héctor. ¿Por qué, pues, me ha de ser agradable vivir? ¿En qué punto hay que poner los ojos? ¿En mi situación actual, o en la pasada? Este único hijo era para mí cual ojo de la vida que me quedaba. Se disponen a darle muerte quienes lo creen oportuno. No, no, por cierto, a causa de mi desgraciada vida. Pues en éste radica mi esperanza, si logra salvarse, y oprobio es para mí no perecer por mi hijo.

Bien. Abandono el altar, aquí estoy en tus manos, para que me degüelles, me mates, me encadenes, me estrangules. ¡Oh hijo! La que te dio el ser, a fin de que no mueras, camina hacia Hades. Si escapas de la muerte, acuérdate de tu madre, de qué cosas soportó para morir, y a tu padre, besándolo, vertiendo lágrimas y abrazándolo, cuéntale qué actos realicé.

En verdad, para todos los hombres los hijos son su vida. Y quien por no haberlos tenido lo reprocha, sufre menos, pero es feliz con su desventura.

CORIFEO.—Me he compadecido de ti al escucharte, pues todos los mortales sienten piedad ante las desdichas, aunque

---

[18] Según Homero (*Ilíada*, XXII, 395), Aquiles, después de dar muerte a Héctor lo ató al carro y lo arrastró en torno a Troya. Pero hay otra versión, recogida por Sófocles (*Ayante*, 1.029-1.031), y en este pasaje de modo sucinto, según la cual Héctor estaba solamente herido en el momento en que fue atado al carro de Aquiles, muriendo después mientras era arrastrado.

sea uno un extraño. Sería menester, Menelao, que indujeras a un acuerdo tanto a tu hija como a ésta, porque se vea libre de sus penas.

MENELAO.—Prendedme a ésta, ligadle las manos, esclavos, pues va a escuchar palabras no gratas. Yo, a fin de que dejaras puro el altar de la diosa, he argüido la muerte de tu hijo, con la que te he conducido a ponerte en mis manos para degollarte [430]. Sábete que así están las cosas en lo que te toca. Respecto a tu hijo, que aquí está, mi hija resolverá, si se decide a matarlo o no. ¡Vamos! Entra en este palacio, para que aprendas, siendo una esclava, a no insolentarte jamás contra personas libres.

ANDRÓMACA.—¡Ay de mí! Con dolo me has cogido. Víctima he sido de engaño.

MENELAO.—Proclámaselo a todos. No voy a negarlo.

ANDRÓMACA.—¿Es que es eso inteligente para los que vivís junto al Eurotas?[19].

MENELAO.—Y también para los de Troya: que las víctimas se venguen.

ANDRÓMACA.—¿Crees que la divinidad no es tal, ni mantiene la justicia?

MENELAO.—[440] Cuando acontezca eso, pecharé con ello. Pero a ti te voy a matar.

ANDRÓMACA.—¿Y también a este retoño, tras quitármelo de bajo las alas?

MENELAO.—Yo no, por cierto. Pero a mi hija, si lo desea, le permitiré matarlo.

ANDRÓMACA.—¡Ay de mí! ¿Por qué entonces gimo por ti, hijo mío?

MENELAO.—No es seguro, en verdad, el futuro que le aguarda.

ANDRÓMACA.—¡Oh los más odiosos mortales para todos los hombres, habitantes de Esparta, consejeros engañosos, señores de falsedades, maquinadores de desgracias, que pensáis de manera retorcida, nada sana, y dándole la vuelta a todo! Sin razón, sois afortunados en la Hélade [450]. ¿Qué es lo que no aconte-

[19] Es el río que atraviesa Esparta.

ce entre vosotros? ¿No, muchísimos crímenes? ¿No, ganancias vergonzosas?, ¿no se os ve, sin cesar, diciendo una cosa con la lengua, y proyectando otra distinta? ¡Ojalá perezcáis! La muerte no es para mí tan grave como te parece. En verdad, me aniquilaron aquellos conocidos hechos: cuando sucumbió la desdichada ciudad de los frigios y asimismo mi famoso esposo, que con su lanza te convirtió muchas veces en cobarde marinero en lugar de luchador de tierra firme. ¡Y, ahora, apareciendo ante una mujer cual hoplita espantoso intentas matarme! Mátame, que sin lisonjas [460] de mi lengua os dejaré a ti y a tu hija, porque tú, por tu nacimiento, eres importante en Esparta, y yo, en Troya, desde luego. Y, si yo me encuentro en situación adversa, no te ufanes en nada por ello, pues también tú podrías encontrarte.

CORO

Estrofa 1.ª

Nunca elogiaré la unión de los mortales con dos esposas, ni los hijos de dos madres, disputas en los hogares y tristezas odiosas. Confórmese mi esposo, en mi matrimonio [470], con un lecho nupcial no compartido.

Antístrofa 1.ª

Tampoco en las ciudades las tiranías dobles[20] *son más fáciles de sobrellevar que una sola, pesar sobre pesar y sedición de los ciudadanos. Entre dos poetas que componen un himno las Musas suelen sembrar la discordia.*

Estrofa 2.ª

Cuando los rápidos vientos llevan a los marineros [480], la doble decisión de las voluntades en el timón y, además, una multitud apiñada de sabios tiene menos fuerza que una inteligencia más sencilla pero con absoluta autoridad. De uno solo es el mando en los palacios y ciudades, siempre que quieren hallar una situación propicia.

Antístrofa 2.ª

Lo ha comprobado la espartana hija del guía del ejército, de Menelao, pues vino, acalorada, contra la otra esposa, e intenta matar a

[20] Referido quizá a los dos reyes que, al mismo tiempo, ejercían el cargo en Esparta. Su poder, no obstante, era mínimo en comparación con el de los éforos. Pero puede pensarse asimismo en una alusión a las luchas de partidos dentro de Atenas, concretamente a la rivalidad existente entre Nicias, Cleón y Alcibíades.

la desgraciada joven troyana y a su hijo a causa de una disputa funesta. Impío, injusto, odioso es el crimen. Un día, señora, te vendrá la réplica por estas acciones.

CORIFEO.—*Aquí diviso, delante de palacio, a esta pareja, completamente unida, condenada con la pena de muerte. Desgraciada mujer, y desdichado hijo, tú también, que mueres a consecuencia del matrimonio de tu madre, sin tomar parte en nada, sin ser responsable ante los reyes.*

Estrofa

ANDRÓMACA.—*Heme aquí llevada bajo tierra, con mis manos ensangrentadas ligadas con ataduras.*

HIJO.—*Madre, madre, yo, bajo tus alas, desciendo contigo.*

ANDRÓMACA.—*Sacrificio funesto, oh dueños de la tierra de Ptía.*

HIJO.—*¡Oh padre, ven en socorro de los tuyos!*

ANDRÓMACA.—*Yacerás, querido hijo, sobre mis pechos, en torno a tu madre, cadáver bajo tierra, junto a otro cadáver.*

HIJO.—*¡Ay de mí! ¿Qué me ha de ocurrir? Desgraciado, en verdad, yo, y también tú, madre.*

MENELAO.—*Marchad bajo tierra, pues habéis venido desde una ciudadela enemiga. Dos morís, por causa de dos decisiones forzosas. A ti te aniquila mi voto, y a tu hijo, aquí presente, mi hija Hermíone. Porque también es enorme insensatez dejar enemigos hijos de enemigos, si es posible aniquilarlos y eliminar el miedo de la casa.*

Antístrofa

ANDRÓMACA.—*¡Oh esposo, esposo! ¡Ojalá poseyera tu mano y tu lanza aliada, hijo de Príamo!*

HIJO.—*¿Qué canción pudiera encontrar yo que me apartara de la muerte?*

ANDRÓMACA.—*Suplica, hijo mío, apoyándote en las rodillas del amo.*

HIJO.—*¡Oh amigo, amigo! Líbrame de la muerte.*

ANDRÓMACA.—*Tengo los ojos llenos de lágrimas; goteo como manantial sin sol desde una roca lisa! Desgraciada de mí...*

HIJO.—*¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué refugio contra mis desgracias pudiera encontrar?*

MENELAO.—*¿Por qué te prosternas ante mí, como si rogaras con tus súplicas a una roca marina o a una ola? Por nacimiento sirvo de socorro a los míos, pero por ti no siento afecto alguno, ya que,*

gastando gran parte de mi vida, logré conquistar Troya y a tu madre. Disfrutando de ella descenderás ahora hacia Hades subterráneo.

CORIFEO.—Aquí cerca he distinguido a Peleo, que acá encamina, a toda prisa, sus viejos pies.

PELEO.—A vosotros os interrogo y a quien dirige el sacrificio. ¿Qué es eso? ¿Cómo ocurre eso? ¿Por qué motivo está afectada la casa? ¿Qué intentarás hacer, planeándolo sin sentido? [550] Menelao, detente. No te apresures, prescindiendo de juicio público... Y tú[21], llévame más rápido, pues esta cuestión, a lo que me parece, no admite tardanza. Me incinto a recuperar las fuerzas de mi juventud, si es que las tuve... Y bien, en primer lugar, soplaré con viento a su favor, sobre ésta, como si se tratara de unas velas. Dime: ¿Con qué derecho te llevan éstos a ti y a tu hijo tras haberte ligado las manos con ataduras? Pues mueres a modo de oveja que amamanta su cordero, cuando ausentes estamos tanto tu señor como yo.

ANDRÓMACA.—Éstos, oh anciano, me conducen a morir [560] en compañía de mi hijo, tal como estás viendo. ¿Qué quieres que te diga? No te hice venir con el ardor que comporta una sola llamada, sino por medio de innumerables recados. La disputa existente en esta casa por causa de la hija de éste, la conoces, sin duda, de oídas, y también sabes por qué razón muero. Me llevan ahora tras haberme arrancado del altar de Tetis, la que parió para ti a tu noble hijo, y a la que rindes reverencia como digna de admiración, sin haberme condenado en juicio alguno y sin aguardar a los que estaban ausentes lejos de palacio [570], sino sabedores de la soledad en que me encuentro yo y este hijo mío, a quien, no siendo responsable de nada, van a matarlo conmigo, desgraciada de mí. Pero te pido, oh anciano, postrándome ante tus rodillas —pues no me es dado coger con la mano tu queridísima barba—, que me protejas, por los dioses. En caso contrario, vamos a morir, de forma vergonzosa para vosotros y desgraciada para mí, anciano.

---

[21] Dirigiéndose a un esclavo.

Más abajo comprobamos cómo abundan las metáforas náuticas en la obra de Eurípides. El viento a favor alude al que lleva a puerto, y, por tanto, a la salvación.

PELEO.—Ordeno que soltéis sus ataduras, antes que alguno tenga que llorar, y dejéis libres las dos manos de ésta.

MENELAO.—Y yo lo prohíbo, a título de quien no es inferior a ti [580] y mucho más dueño de ésta.

PELEO.—¿Cómo? ¿Es que has venido aquí para dirigir mi casa? ¿No tienes bastante con gobernar a los de Esparta?

MENELAO.—Yo la cogí de Troya como prisionera.

PELEO.—El hijo de mi hijo la recibió como premio.

MENELAO.—¿Y no es de aquél lo mío, y mío lo de aquél?

PELEO.—Sí, para actuar bien, pero no mal; ni tampoco para darle muerte por la fuerza.

MENELAO.—¡A ésta jamás te la llevarás de mi mano!

PELEO.—¿Te tengo que ensangrentar la cabeza con este cetro?

MENELAO.—Rózame, para que aprendas, y acércate a mí.

PELEO.—[590] ¿Y tú estás entre los varones? ¡Oh! ¡El más cobarde e hijo de cobardes! ¿En qué te cuadra a ti contarte entre los varones? A ti que te viste privado de tu mujer por obra de un frigio, tras haber dejado las habitaciones de tu hogar sin cerrojos y sin esclavos, como si hubieras tenido en tu palacio una mujer honrada y no la más desvergonzada de todas[22]. Ni aun queriéndolo podrían ser honestas las muchachas espartanas, pues, abandonando sus viviendas a la par que los jóvenes, participan junto con ellos en carreras y ejercicios de palestra, intolerables para mí, con los muslos desnudos y los pelos sueltos [600]. ¿Hay que extrañarse, pues, de que no logréis educarlas como a mujeres honestas? Habría que hacerle esa pregunta a Helena, pues, tras abandonar tu casa, se fue de juerga desde tu palacio, en compañía de un joven varón, hacia otro país. Y luego, ¿convocaste a causa de ella tamaño ejército de helenos y lo llevaste contra Ilión? Por una mujer a la que debiste escupir, y no tomar las armas por ella, al ver que era una impúdica, sino permitir que se quedara allí mis-

---

[22] En *Troyanas*, 943-944, Eurípides, basado en los *Cantos chipriotas*, menciona la leyenda de que Menelao, marchando a Creta, dejó en Esparta a Helena acompañada de Paris. La versión corriente, en cambio, es que Menelao estaba ausente cuando Paris se presentó en Esparta. Así aparece en *Ifigenia en Áulide*, 76.

mo, ofreciendo un salario incluso para no tenerla jamás en tu palacio [610]. Mas, como no dirigiste tu decisión en tal sentido, aniquilaste muchas vidas honradas, dejaste dentro de sus casas ancianas sin hijos, y a padres canosos les robaste sus nobles retoños. Un desdichado más entre ésos soy yo. Te tengo por espíritu maléfico asesino de Aquiles. Tú, el único que volviste de Troya sin haber sido ni siquiera herido; tus magníficas armas, en magníficas fundas, intactas las llevaste y las trajiste. Yo le aconsejaba cuando trataba[23] de casarse, que no te tomara por suegro [620], ni admitiera en su palacio a la potrilla procedente de una mala mujer, pues las hijas heredan los oprobios merecidos por su madre. Atended a esto, por favor, pretendientes: casaos con la hija de una madre honrada.

A más de eso, ¿qué clase de insolencia cometiste contra tu hermano, cuando le pediste que degollara a su hija de la forma más estúpida? Tanto miedo tuviste de no recuperar a tu infiel esposa. Tras conquistar Troya —pues iré hasta allí a tu lado—, no diste muerte a tu mujer cuando la tuviste en tus manos, sino que, nada más ver su pecho, tiraste la espada [630] y recibiste sus besos, acariciando a la perra traidora, porque eres, de nacimiento, un vencido por Cipris, ¡tú, cobardísimo!

Y después, tras venir al palacio de mi hijo, intentas destruirlo cuando está ausente y tratas de matar indignamente a una desventurada mujer y a su hijo, que te va a hacer llorar a ti y a tu hija que dentro de palacio está, aun en el caso de que fuera él tres veces bastardo. Muchas veces, en efecto, un terreno seco gana en cosecha a otro feraz, y muchos hijos bastardos son mejores que los legítimos. ¡Vamos! ¡Llévate a tu hija! Más honroso es para los mortales [640] tener por suegro y amigo un pobre honrado que un rico malvado. Y tú no vales nada.

CORIFEO.—Partiendo de nimio motivo, la lengua causa entre los hombres gran rivalidad. Los hombres sabios se guardan de provocar discordia con sus amigos.

MENELAO.—¿Con qué motivos podría uno llamar sabios a los ancianos, incluso a los que en alguna ocasión aparenta-

[23] A Neoptólemo.

ron ser prudentes entre los helenos? Ya que, aun siendo tú Peleo e hijo de padre famoso[24], y a pesar de haber emparentado conmigo, pronuncias palabras, vergonzosas para ti y que a mí me ultrajan, por mor de una mujer bárbara [650], a la que deberías mandar más allá de las aguas del Nilo y al otro lado del Fasis[25], y, además, exhortarme sin cesar a que también yo lo hiciera, porque es del continente donde cayó mayor número de cadáveres de la Hélade muertos por lanza, y, además, porque ha tomado parte en la muerte de tu hijo. Pues Paris, que a tu hijo Aquiles dio muerte, era hermano de Héctor; y ésta, la mujer de Héctor. En cambio, con ésta entras bajo el mismo techo, crees adecuado que viva compartiendo tu mesa y toleras que en palacio tenga hijos en sumo grado enemigos tuyos [660]. Pero, cuando en interés tuyo y mío, anciano, intentaba matarla, se me quita de las manos.

Y bien —pues no es vergonzoso tocar el tema—: si mi hija no consigue tener hijos, y de ella, en cambio, sí nacen, ¿los colocarás como reyes de esta tierra de Ptía, y, aun siendo de estirpe extranjera, gobernarán entre los helenos? Y entonces, ¿no soy sensato yo cuando odio lo que no es justo, y tú, sin embargo, tienes cordura? Atiende también lo siguiente: si habiendo entregado tu hija en matrimonio a cualquier ciudadano, le hubiera acontecido después algo parecido [670], ¿te hubieras quedado sentado en silencio? Creo que no. ¿Y por culpa de una extranjera profieres tales cosas contra quienes son necesariamente tus amigos? Realmente iguales derechos tienen el hombre y la mujer, cuando ella sufre injusticia de parte de su marido, y, del mismo modo, cuando el varón tiene en su casa una mujer insensata. Él tiene gran vigor en sus manos; a ella le resuelven los problemas sus padres y amigos. Así pues, ¿no es justo que trate de ayudar a los míos? Anciano, anciano eres. Cuando hablas de que dirigí el ejército me causas un beneficio mayor que si te callaras [680]. Helena sopor-

[24] Éaco, hijo de Zeus y de la ninfa Egina, se casó con Endeide y fue padre de Peleo y Telamón. Éste, a su vez, lo sería de Ayante.

[25] Río de Cólquide, en el extremo oriental del mar Negro, donde desemboca. Era considerado una de las líneas divisorias de Europa y Asia. Junto con el Nilo, equivalía, como sinónimo, a lugar remoto.

tó penalidades no por su voluntad, sino por causa de los dioses, y ése es el mayor bien que aportó a la Hélade. Porque, aun siendo ignorantes en armas y combates, los helenos marcharon al campo del valor. La práctica resulta para los hombres maestra de todo. Si en cuanto estuve en presencia de mi mujer, me contuve para no matarla, me portaba con sensatez. Tampoco hubiera deseado yo que tú dieras muerte a Foco[26]. Te he atacado en eso, con buena intención, no por ira. Si te excitas, la gana de hablar es bastante importante para ti, pero, a mi entender, la previsión es un beneficio.

CORIFEO.—Dejad ya vuestras vanas palabras —que eso es con gran diferencia lo que más os conviene—: no os equivoquéis los dos a la vez.

PELEO.—¡Ay de mí! ¡Qué mala costumbre hay en la Hélade! Cuando un ejército levanta trofeos sobre los enemigos, esa victoria no se considera realizada por los que han luchado, sino que quien obtiene el prestigio resulta ser el general, que es uno más entre muchísimos otros en blandir la lanza, pero, aun no realizando nada por encima de ningún otro, consigue un renombre mayor. Majestuosos, aposentados en los cargos públicos por la ciudad, se creen más importantes que el pueblo, cuando nada son. Las gentes del pueblo resultan mil veces más prudentes que ellos, si logran reunir la audacia y la resolución. De esta forma, también tú y tu hermano estabais en vuestro trono pletóricos de orgullo por Troya y por haber comandado el ejército allí, ensoberbecidos a expensas de las calamidades y penas de otros. Te enseñaré a no tomar nunca a Paris, el de Ida, por enemigo inferior a Peleo, si no te marchas a toda prisa fuera de esta mansión con tu estéril hija, a la que el que nació de mi hijo arrastrará por palacio, sí, a ésta, tirándole del cabello. Pues, como es una ternera estéril, no tolerará que otras paran, ya que ella no tiene hijos. Mas, si por su parte en punto a hijos anda mal, ¿ha de dejarnos a nosotros privados de los que tenemos?

[26] Hijo de Éaco y de la Nereida Psámate; medio hermano, por tanto, de Peleo y Telamón. Éstos dos mataron a Foco con engaño, y tras ello se vieron obligados por su padre a marchar al exilio.

¡Esclavos, apartaos de ésta[27], malditos, para que yo me entere de si alguien va a impedirme desatarle las manos!

Levántate por ti misma. Que yo, aun tembloroso, soltaré los anudados lazos de tus correas. ¿De esta forma, monstruo de maldad, has ultrajado las manos de ésta? [720] ¿Pensabas atar con tus nudos un buey o un león? ¿O es que tuviste miedo de que cogiera una espada y se defendiera de ti? Ven acá bajo mis brazos, criatura, y ayúdame a soltar las ataduras de tu madre. En Ptía te criaré como gran enemigo de éstos. Si a los espartanos les faltara el prestigio de su lanza y el ardor en el combate, sabed que en lo demás no son a nadie superiores.

CORIFEO.—Desenfrenado es el comportamiento de los ancianos, y, además, malo de evitar cuando la cólera les domina.

MENELAO.—Por ser demasiado proclive a la injuria, hacia ella te dejas arrastrar [730]. Yo a la fuerza vine a Ptía, y ni voy a cometer tontería alguna ni tampoco a soportarla. Y ahora, pues no dispongo de mucho tiempo libre, voy a volver a mi palacio, porque no lejos de Esparta hay una... una ciudad que antes era amiga, pero que ahora se comporta de modo hostil. A ésa, al mando de un ejército, deseo atacarla y tenerla bajo mi dominio. Cuando disponga lo de allí según mi voluntad, volveré. En presencia de mi yerno, a las claras, expondré mis argumentos y recibiré los suyos [740]. Si castiga a esta mujer y, en adelante, se comporta sensatamente con nosotros, también a mí me encontrará sensato, pero, si se encoleriza, encolerizados nos hallará. Recibirá, en respuesta, la actitud que a la suya cuadre. Pero tus palabras fácilmente las tolero. A modo de sombra colocada ante mí, así tienes la voz: incapaz de cualquier cosa menos de hablar.

PELEO.—Guíame, hijo mío, tras ponerte aquí, bajo mi brazo. Y tú también, ¡oh desgraciada!, pues después de sufrir violento temporal has entrado en puerto bien protegido del viento.

ANDRÓMACA.—[750] ¡Oh anciano! Que los dioses se porten bien contigo y con los tuyos, por habernos salvado a mi

[27] Es decir, de Andrómaca.

hijo y a la desgraciada de mí. Pero mira no ocurra que, agazapados en un lugar solitario del camino, me lleven éstos a la fuerza, al verte viejo a ti, débil a mí y pequeño a este hijo mío. Piénsalo, no sea que, aun huyendo ahora, seamos apresados de nuevo después.

PELEO.—No uses palabras miedosas de mujeres. Marcha. ¿Quién os va a tocar? Sin duda os rozará envuelto en llanto, pues, en virtud de los dioses, al mando estoy [760] en Ptía de gran número de caballeros y muchos hoplitas. Y aún estoy yo firme, que no viejo, como crees, sino que con sólo echar una mirada a un hombre de tal laya un trofeo sobre él levantaré, aunque anciano soy. Incluso un viejo, si es valiente, más fuerte que muchos jóvenes resulta, pues ¿de qué le vale poseer buen cuerpo a quien es cobarde?

CORO

Estrofa

¡Ojalá no hubiera nacido yo o procediera de ilustres padres, como miembro de muy rica morada! [770] Porque si algo ineludible sobreviene no carecen de protección los de buena cuna; honor y gloria tienen aquellos a quienes se proclama hijos de famoso palacio. El tiempo no elimina la huella de los hombres excelentes, sino que su virtud incluso tras su muerte resplandece.

Antístrofa

Preferible es no obtener victoria deshonrosa [780] a derribar la justicia con envidia y poderío; pues para los hombres dulce resulta eso, mas, con el paso del tiempo, marchito termina y en injurias contra los hogares se apoya. Ésta, ésta es la forma de vivir que he elogiado y llevo: que ninguna autoridad sin justicia se imponga en el matrimonio ni en la ciudad.

Epodo

¡Oh anciano hijo de Éaco! [790] Me creo que lucharas al lado de los Lapitas[28] *contra el muy ilustre batallón de los Centauros; que so-*

[28] Los Lapitas, pueblo de Tesalia, invitaron a los Centauros, seres mitológicos mitad hombres mitad caballos, a las bodas de Pirítoo e Hipodamía. Mas, en mitad del banquete, los Centauros, llevados de su embriaguez, intentaron violar a las mujeres e hijas de los Lapitas. Se originó a continuación un terrible combate: la Centauromaquia, recogida en varias versiones literarias y artísticas. La más famosa de ellas quizá fue la de las metopas meridionales del

bre la nave Argo[29] *cruzaras las Rocas Simplégades*[30] *surcando hostil ruta marina durante el conocido viaje por mar, y que, cuando en otro tiempo el famoso retoño*[31] *de Zeus con la muerte cercara la ciudad de Ilión [800], volvieras a Europa en posesión de prestigio general.*

NODRIZA.—¡Oh queridísimas mujeres! ¡Cómo en el día de hoy acontece desgracia tras desgracia! Pues la señora, a Hermíone me refiero, en palacio, viéndose abandonada de su padre y, al mismo tiempo, con conciencia de qué acción realizara cuando a Andrómaca y su hijo matarlos quería, pretende morir por temor a su esposo, no vaya a ser expulsada ignominiosamente de este palacio en pago a lo que hiciera [810], o muera por intentar dar muerte a quienes no debía. A duras penas, cuando se disponía a colgar su cuello, unos criados vigilantes se lo prohíben y, cogiéndole de la mano la espada, quítansela. Hasta ese extremo siente pesar y ha comprendido que no actuó correctamente en lo que anteriormente cometiera. Por mi parte, amigas, cansada estoy de apartar a mi señora del lazo corredizo. Pero vosotras marchad dentro de este palacio y salvadla de la muerte, pues cuando amigos nuevos llegan más convincentes que los de siempre resultan.

CORIFEO.—[820] En verdad, por dentro de la mansión, gritos de servidores escuchamos respecto a lo que anunciaste

---

Partenón. Efectivamente, Teseo, héroe nacional ateniense, había combatido al lado de los Lapitas contra los descomunales Centauros. También Peleo tomó partido por los Lapitas y se enfrentó a los Centauros.

[29] Peleo tomó parte en la expedición de los Argonautas, que, comandada por Jasón a bordo de la nave Argo, tras innumerables peripecias, logró apoderarse del vellocino de oro en la Cólquide. El tema fue ampliamente tratado por Apolonio de Rodas en sus *Argonáuticas.*

[30] Pequeños islotes situados a la entrada del mar Negro, uno a cada lado. Chocaban entre sí con espantoso estruendo. Una vez que la nave Argo lograra pasar entre ellos, quedaron fijos para siempre.

[31] Hércules saqueó Troya, porque el rey de tal ciudad, Laomedonte, se había negado a entregarle los caballos divinos que le prometiera si lograba salvar a su hija Hesíone, que, a la sazón, estaba a punto de ser devorada por un espantoso monstruo marino. En esta aventura, cuyo último propósito era obtener el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas, Peleo fue uno de los compañeros de Hércules. Sobre la destrucción de Troya a manos de Hércules, véase *Ilíada,* V, 638, y *Troyanas,* 799-819.

al llegar. Parece que la desdichada va a demostrar cuánto lamenta haber realizado horribles acciones. Realmente, logra salir de palacio, evitando las manos de los servidores, en su deseo de morir.

Estrofa a[32]

HERMÍONE.—*¡Ay de mí, ay de mí! Me mesaré los cabellos y con mis uñas terribles heridas me infligiré.*

NODRIZA.—¡Oh hija! ¿Qué vas a hacer? ¿Ultrajarás tu cuerpo?

Antístrofa a

HERMÍONE.—*¡Ay, ay, ay, ay! [830] Piérdete por el aire, lejos de mis trenzas, velo vaporoso.*

NODRIZA.—Hija, tápate el pecho; sujétate el peplo.

Estrofa b

HERMÍONE.—*¿Para qué cubrirme el pecho con el peplo? Hechos evidentes, manifiestos y no ocultos contra mi esposo cometí.*

NODRIZA.—¿Te duele haber tramado la muerte contra la rival de tu matrimonio?

Antístrofa b

HERMÍONE.—*Gimo por la funesta osadía que cometí. ¡Oh maldita de mí, maldita entre los hombres!*

NODRIZA.—[840] Tu marido te perdonará este error.

HERMÍONE.—*¿Por qué me quitaste la espada de la mano? Devuélvemela, querida, devuélvemela para hundírmela por delante. ¿Por qué me apartas del nudo corredizo?*

NODRIZA.—¿Pero si yo te abandonara cuando no estás en tus cabales, para que murieras...?

HERMÍONE.—*¡Ay de mí por mi destino! ¿Dónde hallar ígnea flama agradable para mí? ¿Dónde subir hasta unas rocas, o junto al ponto, o por la selva montañosa [850] a fin de morir y entregarme a los dioses infernales?*

NODRIZA.—¿Por qué sufres por eso? Las adversidades mandadas por los dioses a todos los mortales alcanzan, en un instante o en otro.

---

32 Nos encontramos ante un amebeo *(amoibaîon)* o canto alternativo, en que a la intervención de un personaje, aquí Andrómaca, en metros líricos, le responde otro (aquí la nodriza) en trímetros yámbicos.

HERMÍONE.—*Me abandonaste, me abandonaste, oh padre, sola en la costa, privada del remo marino. Me matará, me matará. Ya no viviré bajo este techo conyugal. ¿Ante qué estatua postrarme suplicante? [860] ¿Acaso cual esclava he de caer ante las rodillas de una esclava? ¡Así fuera yo pájaro de negras alas lejos de la tierra de Ptía, o nave de pino que, cual primera nao de remos, las Rocas Cianeas*[33] *cruzara!*

NODRIZA.—¡Hija! Ni aprobé aquellos excesos cuando errores cometías respecto a la mujer troyana, ni tampoco el espanto actual que de más te embarga. Tu esposo no rechazará así sus lazos contigo [870], persuadido por simples consejos de una bárbara. Pues no te posee a ti a manera de esclava cogida en Troya, sino tras haberte recibido en unión de rica dote, cual hija de ilustre padre y nacida en ciudad desmesuradamente rica. Tu padre no tolerará, como tú temes, que te echen de palacio por haberte traicionado él. Vamos, pasa adentro y no te dejes ver ante esta mansión, no vayas a recibir algún ultraje, de ser vista ante palacio, hija.

CORIFEO.—He aquí un viajero extranjero de extraño aspecto [880] que hacia nosotras se dirige interesado por palacio.

ORESTES.—Mujeres extranjeras, ¿es éste el palacio del hijo de Aquiles y la residencia real?

CORIFEO.—Lo has reconocido. Mas, ¿quién eres tú que eso preguntas?

ORESTES.—El hijo de Agamenón y Clitemnestra: mi nombre es Orestes. Me dirijo al oráculo de Zeus en Dodona, pero, cuando he llegado a Ptía, he resuelto saber acerca de una mujer de mi familia, si vive y es dichosa, por ventura, la espartana Hermíone [890], pues, aun viviendo en llanuras distantes de nosotros, así y todo, nos es querida.

HERMÍONE.—¡Oh tú que cual puerto te muestras a los marineros en la tempestad, hijo de Agamenón! A ti, por tus rodillas, te suplico: ten piedad de mí, por las desgracias que ves,

[33] Apelativo de las Rocas Simplégades que alude a su color «azul oscuro», «grisáceo» o «negruzco».

pues mal lo estoy pasando. A tus rodillas acerco mis brazos no inferiores a ínfulas[34].

ORESTES.—¡Eh! ¿Qué sucede? ¿Me he equivocado o distingo claramente aquí a la dueña de la mansión, a la hija de Menelao?

HERMÍONE.—Exactamente a la única que una mujer descendiente de Tindáreo, Helena, tuvo en palacio con mi padre. No albergues duda alguna.

ORESTES.—[900] ¿Te sobrevienen desgracias por parte de los dioses o de los mortales?

HERMÍONE.—Unos por parte mía; otros por obra del marido que me tiene, y otros, finalmente, a causa de algún dios. Por todos los lados perdida estoy.

ORESTES.—¿Qué contratiempo podría afectar a una mujer, si todavía no le han nacido hijos, de no ser en lo tocante a su marido?

HERMÍONE.—Ese mismo mal padezco. Bien me has llevado a reconocerlo.

ORESTES.—¿Quiere tu esposo a alguna otra mujer en vez de a ti?

HERMÍONE.—A la prisionera que con Héctor el lecho compartía.

ORESTES.—Situación mala has mencionado: que un varón tenga dos mujeres.

HERMÍONE.—[910] Tal sucede. Y luego yo intenté defenderme.

ORESTES.—¿Acaso tramaste asechanzas cual mujer contra mujer?

HERMÍONE.—La muerte contra ella y su hijo bastardo.

ORESTES.—¿Les diste muerte, o te lo impidió algún contratiempo?

HERMÍONE.—El anciano Peleo, que venera a quienes obran peor.

ORESTES.—¿Había alguien que tomara parte contigo en ese crimen?

---

[34] Los suplicantes se adornaban con ínfulas o cintas, al tiempo que portaban ramas de olivo ornadas con copos de lana o ramitas de laurel.

HERMÍONE.—Mi padre, pues vino de Esparta con ese mismo fin.

ORESTES.—¿Y ha sido inferior al anciano en el vigor de su brazo?

HERMÍONE.—Por respeto dejóse vencer y fuese dejándome sola.

ORESTES.—He entendido. Tienes miedo de tu esposo por lo realizado.

HERMÍONE.—[920] Lo has comprendido. Pues con motivo me mataría. ¿A qué decirlo? Te lo pido invocando a Zeus patrón de nuestra familia: llévame lo más lejos posible de esta tierra o a la mansión de mi padre. Pues este palacio, como si voz tuviera, parece expulsarme; y, además, la tierra de Ptía ódiame. Si mi marido, tras dejar el oráculo de Febo, llega a palacio antes que me vaya, muerte me daría de la forma más ultrajante. O bien esclava seré de una concubina ilegítima de quien antes yo era dueña. «¿Cómo cometiste esa torpeza?», alguien diría [930]. Las visitas de mujeres malvadas me aniquilaron, pues llenáronme de vanidad mientras frases así decían: «¿Tolerarás tú que la muy vil prisionera, una esclava, se distribuya contigo, en palacio, el lecho conyugal? No por la Señora[35]. Al menos en mi casa no disfrutaría ella de mi lecho mientras sigue viendo los rayos del sol.» Y yo, oyendo esas frases propias de Sirenas, de charlatanas inteligentes, malvadas, pérfidas, dejéme llevar por el viento en mi insensatez. ¿Por qué había yo de vigilar a mi esposo, cuando a mano tenía cuanto necesitaba? [940]. Mucha riqueza; era reina de un palacio; habría tenido yo hijos legítimos, y ella, al contrario, bastardos semiesclavos de los míos. Y bien: jamás, jamás —que no lo diré una vez sola—, por lo menos los hombres prudentes que tienen esposa, han de consentir que unas mujeres visiten a menudo a la propia mujer que en casa se queda, pues maestras de desgracias son aquéllas. Una, buscando un provecho, destruye un matrimonio; otra, que ya ha pecado, desea que sufra la misma afección que ella padece; y muchas, por libertinaje... Y de resultas de ello padecen enferme-

[35] Es decir, Hera, patrona y defensora del matrimonio legítimo.

dades las moradas de los varones [950]. Contra eso custodiad bien las puertas de vuestras casas valiéndoos de cerrojos y trancas. Porque nada sano producen las visitas de mujeres que de fuera vienen, sino muchas desgracias.

CORIFEO.—En demasía has disparado tu lengua contra tu propio sexo. Eso, desde luego, te es perdonable, pero, aun así, necesario es que las mujeres disimulen las afecciones femeninas.

ORESTES.—Inteligente actitud es la de quien enseñó a los mortales a escuchar los argumentos ofrecidos por los adversarios, pues, yo, sabedor de la turbación de este palacio [960] y de tu rivalidad con la mujer de Héctor, permanecía apostado por si ibas a quedarte aquí mismo o si, aterrorizada por miedo a la prisionera, deseabas alejarte de esta mansión. He venido, no por obediencia a tus cartas, sino por si me ofrecías un pretexto, como me lo estás dando, para llevarte lejos de palacio. Porque, aunque mía eras antes, convives con este varón por ruindad de tu padre, que, aun habiéndome entregado como esposa antes de invadir las fronteras de Troya, más tarde te prometió en matrimonio [970] a quien ahora te posee, si lograba destruir la ciudad de Troya. Cuando aquí volvió el descendiente de Aquiles, perdoné a tu padre y supliqué a Neoptólemo que renunciara a casarse contigo, refiriéndole mis desventuras y la fatalidad en que me hallaba: que podría casarme con la hija de unos amigos, pero con una de fuera no sería fácil, por verme desterrado lejos de mi hogar en el exilio que sufría. Fue insolente, reprochándome por la muerte de mi madre y por las diosas de pies sangrientos[36]. Y yo, como era humilde [980], padecía, padecía con las adversidades de mi hogar, me resignaba en mis desgracias, y, al verme privado de mi boda contigo, contra mi voluntad me fui. Y ahora, dado que te hallas en unas desgracias que en torno a ti se precipitan, y que, tras caer en esta desventura, no sabes qué actitud

[36] O sea, las Erinis, diosas, en número de tres, que persiguen y castigan a los que han cometido delitos de sangre, especialmente parricidios. Horribles de ver por su aspecto, se las suele representar con serpientes a modo de cabellos, y con otras serpientes más en las manos. Cfr. *Orestes*, 256, y *Coéforos*, 1.058, obras de Esquilo.

tomar, te llevaré lejos de tu mansión y te pondré en manos de tu padre. Pues el parentesco es algo maravilloso, y, en medio de las adversidades, no hay nada más importante que un familiar amigo.

HERMÍONE.—Mi padre se encargará de mi boda; no me corresponde a mí decidirlo; pero sácame de este palacio a toda prisa [990], no sea que mi marido tome la delantera en aproximarse y llegar a la mansión, o que el anciano Peleo, enterado de que dejo el hogar, vaya tras mis huellas persiguiéndome a caballo.

ORESTES.—No temas el brazo del anciano, y no tengas miedo alguno del hijo de Aquiles. ¡Cuántos excesos cometió contra mí! ¡Qué artificio preparado contra él acaba de tenderle esta mano mía, valiéndome de inalterables nudos! Trampa que no mencionaré antes de tiempo, mas cuando se ponga en práctica, la roca de Delfos la conocerá. El matricida[37] [1.000], de mantenerse los juramentos de mis huéspedes y aliados en la tierra pítica, le enseñará a no casarse con ninguna que a mí me pertenecía. Amarga será la reparación que le pedirá al soberano Febo por la muerte de su padre. Ni siquiera el mudar de criterio va a serle de utilidad, cuando ahora le presenta disculpas al dios, sino que, a causa de éste y gracias a mis calumnias, perecerá de forma miserable. Se enterará de mi odio. Pues una divinidad invierte el destino de sus enemigos y no les consiente ser pretenciosos.

CORO

Estrofa 1.ª

Oh Febo, que construiste las torres en la bien fortificada colina de Troya [1.010], y tú, marino[38]*, que con grisáceos caballos tu carro*

[37] El mismo Orestes que, incitado por el oráculo de Delfos e instigado por su hermana Electra, diera muerte a Clitemestra y a su amante Egisto. Clitemnestra había dado inicua muerte a Agamenón cuando éste regresara de la guerra de Troya.

[38] Alusión a Posidón, rey del mar. Posidón y Apolo habían construido las murallas de Troya para Laomedonte. Al negarse éste a entregarles el salario acordado, Posidón mandó como castigo contra la ciudad un devastador monstruo marino. La única forma de salvar Troya, según los oráculos, era entregar Hesíone, hija de Laomedonte, a las fauces del salvaje cetáceo.

guías por la salada llanura. ¿Por qué, sin honor, habéis entregado vuestra obra a Enialio[39]*, enloquecido por la guerra, abandonando la infeliz, sí, infeliz, Troya?*

Antístrofa 1.ª

En las riberas del Simunte[40] *preparasteis numerosísimos carros dotados de hermosos caballos [1.020], y entre los guerreros provocaste funestos combates sin corona*[41]*. Muertos han desaparecido los reyes herederos de Ilo*[42]*, y encima del altar no sigue brillando ya el fuego acompañado de oloroso humo en honor de los dioses.*

Estrofa 2.ª

Ha muerto el Atrida bajo los golpes de su esposa, y ella también, en pago a su crimen [1.030], la muerte por obra de sus hijos obtuvo. De un dios, de un dios era el mandato oracular que le sobrevino, cuando a ella, el hijo de Agamenón, llegando desde Argos y entrando en recintos sagrados, el matricida... ¡Oh divinidad! ¡Oh Febo! ¿Cómo admitirlo?

Antístrofa 2.ª

Muchas mujeres en las asambleas de los helenos cantaban entre lamentos por sus desgraciados hijos, y las esposas [1.040] abandonaban sus viviendas en pos de otro consorte. No a ti sola ni a los tuyos os llegaron infortunadas tristezas. La Hélade padeció una afección, una afección. Atravesó también hacia los pingües campos frigios a modo de tormenta que sangre de Hades instila.

PELEO.—Mujeres de Ptía, responded a mi pregunta, pues he oído confuso rumor de que la hija de Menelao [1.050] se ha marchado abandonando esta mansión. He venido a toda prisa a enterarme de si eso es verdad, porque menester es que quienes quedan en el hogar se interesen por los avatares de los familiares que de viaje están.

---

[39] Es sobrenombre de Ares, dios de la guerra.

[40] Río de la Tróade o región de Troya. El Escamandro fluía también en la misma comarca.

[41] A diferencia de los certámenes en donde se otorgaban coronas como premio a los vencedores, las competiciones y rivalidades en torno a Troya acarreaban la muerte a los contendientes de ambos bandos.

[42] Ilo, hijo de Tros y Calírroe, y hermano de Ganimedes. De Ilo proceden todos los reyes de Troya. Atendiendo a un oráculo, Ilo fundó Ilión (o Ilio), es decir, Troya, en el lugar donde se recostó una vaca a la que había estado siguiendo por voluntad divina.

CORIFEO.—Peleo, correctamente lo has escuchado. No me parece bien ocultar las desgracias en que me hallo. Efectivamente, la reina se ha marchado huyendo de esta mansión.

PELEO.—¿Qué miedo tuvo? Explícamelo.

CORIFEO.—Temerosa de su marido, no fuera a echarla de palacio.

PELEO.—¿Por sus deseos de muerte contra el niño?

CORIFEO.—Sí, y, además, por miedo a la prisionera.

PELEO.—[1.060] ¿Abandona la vivienda en compañía de su padre, o junto a quién?

CORIFEO.—El hijo de Agamenón se la ha llevado del país.

PELEO.—¿Qué tipo de esperanza pretende alcanzar? ¿Acaso desea casarse con ella?

CORIFEO.—Sí, y, además, la muerte contra el hijo de tu hijo trama.

PELEO.—¿Emboscado, o entrando en liza cara a cara?

CORIFEO.—En el templo sagrado de Loxias, ayudado por los delfios.

PELEO.—¡Ay de mí! Eso es entonces horrible. ¿No marchará alguien a toda prisa hacia la mansión pítica y le dirá a nuestro familiar, que allí está, lo que aquí sucede, antes que el hijo de Aquiles perezca a manos de sus enemigos?

MENSAJERO.—[1.070] ¡Ay de mí! ¡Qué desdichas, desgraciado de mí, he venido a referirte, anciano, y también a los amigos de mi señor!

PELEO.—¡Ay, ay! ¡Cómo presiente algo mi adivino corazón!

MENSAJERO.—No vive el hijo de tu hijo: sábelo, anciano Peleo. Tales heridas de espada ha recibido a manos de hombres delfios y del extranjero de Micenas.

CORIFEO.—¡Eh, eh! ¿Qué intentas hacer, anciano? ¡No te derrumbes! ¡Levántate!

PELEO.—Nada soy. Perdido estoy. Se me va la voz; desfallecen mis articulaciones por debajo.

MENSAJERO.—Escucha lo acaecido, si vengar a tus seres queridos quieres [1.080], y endereza tu cuerpo.

PELEO.—¡Oh destino! ¡Cómo me acosas, desgraciado de mí, en la última meta de mi vejez! ¿Cómo ha perecido el único hijo de mi único hijo? Explícamelo, pues deseo oír, con todo, lo que oír no debiera.

MENSAJERO.—Cuando hubimos llegado a la ilustre tierra de Febo, dedicamos nuestros ojos a la contemplación durante tres relucientes ciclos del sol. Eso era, en verdad, sospechoso. La gente encargada del dios iba a reuniones y asambleas [1.090]. El hijo de Agamenón, recorriendo la ciudad, a cada persona le transmitía al oído malévolas frases: «¿Veis a ese varón que visita las grutas del dios llenas de oro, tesoros ofrecidos por los mortales, y que ha llegado por segunda vez con el fin con que ya antes aquí viniera, intentando aniquilar el templo de Febo?» Después de eso, rumor siniestro se extendía por la ciudad. Las autoridades ocuparon en pleno los consejos, y todos cuantos, privadamente, estaban al frente de las riquezas del dios montaron guardia en la mansión de columnas rodeada.

[1.100] Nosotros, sin saber todavía nada de eso, cogiendo unos corderos criados en el bosque del Parnaso[43], fuimos y nos situamos cabe el altar con los próxenos[44] y los adivinos píticos. Y alguien dijo así: «Joven, ¿qué hemos de suplicarle al dios en bien tuyo? ¿Por qué razón has venido?» Y él replicó: «Deseamos ofrecerle a Febo reparación por nuestro anterior yerro. Pues antaño le exigí hiciera justicia por la muerte de mi padre.»

En ese instante notábase el gran influjo que la patraña de Orestes tenía: [1.110] que mi señor decía mentira, pues había llegado con infames intenciones. Entra él caminando en la planta del templo a fin de invocar a Febo ante el lugar de los oráculos. Asiste al sacrificio. Mientras, contra su persona se había apostado un pelotón de espadas armado, recubierto por la sombra de un laurel. El hijo de Clitemnestra era el único maquinador de todo aquello. Neoptólemo, cara a cara, invoca al dios; y ellos, equipados de aguzadas espadas, atraviesan a traición al desarmado hijo de Aquiles [1.120]. Retroce-

---

[43] Montaña próxima a Delfos y consagrada a Apolo. También, según la tradición, era la morada de las Musas y de Dioniso, y lugar donde los poetas trataban de encontrar su inspiración. Por las faldas del Parnaso corre la ruta de Delfos en que Edipo diera muerte a su padre Layo sin conocerlo. Al pie de esta montaña, en lugar agreste y hermoso, se encontraba el oráculo.

[44] Referido a Delfos. Eran concretamente los encargados oficiales de introducir a los suplicantes, venidos de fuera, junto al famoso oráculo.

de él, pues no estaba herido en punto vital. Una espada desenvaina tras arrancar de los clavos una armadura pendida en la entrada. En pie se colocó sobre el altar cual hoplita espantoso de ver, y, a gritos, a los hijos de los delfios pregúntales así: «¿Por qué intentáis matarme cuando en viaje piadoso he venido? ¿Por qué motivo muero?»

Ninguno de los incontables que con él estaban contestó una palabra, sino que le tiraban piedras con las manos. Molido por todas partes con la espesa granizada [1.130], ante sí tendía sus armas y se guardaba de los ataques dirigiendo acá y allá su escudo con el brazo. Pero nada adelantaba, sino que muchos dardos a la vez, flechas, jabalinas de correa central, picas sueltas de doble punta, dagas de degollar toros venían cabe sus pies. Hubieras contemplado las espantosas danzas pírricas[45] de tu hijo cuando de los proyectiles se protegía. Como lo rodearan en círculo sin permitirle respirar, abandonó el hogar del altar donde los corderos se reciben, y, tras dar con sus pies el salto de Troya[46] [1.140], marcha contra ellos. Éstos, cual palomas que hubieran divisado un halcón, dieron la espalda buscando la huida. Muchos iban cayendo revueltos, a causa de las heridas o por chocarse entre sí en las salidas de estrechos pasos. Impío clamor en el piadoso templo resonó contra las rocas. En la calma, de cierto modo, mi señor quedó en pie refulgiendo con sus esplendentes armas. Hasta que alguien, desde el centro del santuario, lanzó un grito espantoso y estremecedor e impulsó el escuadrón haciéndolo volver a la pelea. Entonces el hijo de Aquiles [1.150] cae herido en el costado por afilada espada por obra de un delfio que muerte le diera ayudado de muchos otros. Y en cuanto cae a tierra, ¿quién no le clava el hierro? ¿Quién no le tira una piedra, lanzándole objetos y golpeándolo? Todo su cuerpo de

[45] En el siglo v eran danzas procedentes de bailes guerreros. Consistían en diversos movimientos simulados de ataque y contraataque. Se ha querido ver cierta relación con Pirro, sobrenombre de Neoptólemo, que exactamente alude al color del pelo y la piel: «pelirrojo». Pero ese apelativo no aparece bien confirmado hasta Teócrito, XV, 140. En verdad, Neoptólemo es nieto, no hijo de Peleo.

[46] En Troya había un lugar llamado «salto de Aquiles», sitio donde el famoso héroe saltara a tierra desde su nave.

hermosas formas desgarrado está a consecuencia de salvajes heridas. A él, cuando cadáver yacía ya cabe el altar, lanzáronlo fuera del templo que víctimas recibe. Y nosotros recogímoslo de prisa con nuestras manos y te lo traemos para que por él te lamentes [1.160] y llores, anciano, y, además, lo honres con una tumba bajo el suelo.

Tal trato dio el soberano que profecías emite para los demás, el juez que justicia imparte en bien de los hombres todos[47], al hijo de Aquiles cuando reparación le ofrecía. Recordó, a modo de hombre ruin, viejas rencillas. ¿Cómo entonces puede ser sabio?

CORIFEO.—*He aquí que a palacio se aproxima mi soberano, traído desde la tierra de Delfos. Desgraciado quien padeció y desgraciado también tú, anciano. Porque en tu mansión recibes [1.170] al vástago de Aquiles, mas no como desearas. Situado tú entre funestas desgracias al mismo destino arribaste.*

Estrofa 1.ª

PELEO.—*¡Ay de mí! ¡Qué clase de desgracia contemplo aquí y entre mis manos recojo en palacio! ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Ay, ay! ¡Ah ciudad tesalia! Perdido estoy; fenezco. Ya no tengo descendencia; ya no me quedan hijos en palacio. ¡Oh desventurado de mí por causa de mis desgracias! [1.180]*

¿En qué amigo pondré los ojos con fruición? ¡Oh querida boca, y mentón y manos! ¡Así te hubiera exterminado una deidad junto a Ilión, a la ribera del Simunte!

CORIFEO.—Pues en tal caso éste habría recibido honores al morir, anciano, y, de tal modo, tu vida bastante feliz sería.

PELEO.—*¡Oh boda, boda que arruinaste esta mansión y mi ciudad! ¡Oh, oh! ¡Ay, ay! ¡Oh hijo! ¡Ojalá el funesto nombre de tu mujer, de Hermíone [1.190], un Hades[48] para ti, hijo, nunca hubiera envuelto a mi familia deseando hijos y hogar; antes hubiera sido aniquilado por el rayo! Tampoco por su asesina destreza con el arco*

[47] Aparte de sus virtudes adivinatorias, Apolo es el dios de la justicia encargado de dirimir los pleitos difíciles. Nótese la ironía con que se alude a las iniquidades del dios de la justicia.

[48] Hades, dios de las regiones subterráneas, es sinónimo de «muerte» y «destrucción». Aquiles es de divina progenie en cuanto hijo de la diosa Tetis.

debieras haber censurado jamás a Febo por la muerte de tu padre, de divina progenie. Tú, un mortal, frente a un dios.

Estrofa 2.ª

CORO.—*¡Ay, ay, ay, ay! Comenzaré a deplorar a mi señor muerto con la melodía de los infernales dioses.*

PELEO.—*[1.200] ¡Ay, ay, ay, ay! En réplica, ¡oh desgraciado de mí!, anciano y desdichado lloro.*

CORO.—*De un dios depende el destino; un dios decidió la desgracia.*

PELEO.—*¡Oh querido! Desierto dejaste tu hogar, ¡ay de mí, ay de mí!, al alejarte de mí, viejo y sin hijos.*

CORO.—Debieras haber fenecido, fenecido, anciano, antes que tus hijos.

PELEO.—*¿No me mesaré los cabellos? [1.210] ¿No me daré en la cabeza golpe fatal con mi mano? ¡Oh ciudad! De dos hijos*[49] *me privó Febo.*

Antístrofa 2.ª

CORO.—*¡Oh infeliz anciano que desgracias viste y sufriste! ¿Qué vida tendrás en adelante?*

PELEO.—*Sin hijos, abandonado, sin lograr el final de mis desdichas, soportaré mis desgracias hasta el Hades.*

CORO.—*En vano, en tus bodas regalos te dieron los dioses.*

PELEO.—*Volando se ha esfumado todo; abandonado está... [1.220] lejos de mi altivo orgullo.*

CORO.—*Solitario, por tu solitaria mansión vueltas das.*

PELEO.—*Para mí ya no hay ciudad, sí, ciudad. ¡Fuera este cetro! Y tú, oh hija de Nereo, la de sombrías grutas*[50], *caído me verás, del todo aniquilado.*

CORIFEO.—*¡Oh, oh! ¿Qué se está moviendo? ¿A qué divinidad vislumbro? Muchachas, observad, observad. He aquí una deidad que, atravesando el reluciente éter [1. 230], camina por sobre los llanos de Ptía que caballos alimentan.*

TETIS.—Peleo, por mor de mis bodas antiguas contigo, he venido yo, Tetis, tras dejar las moradas de Nereo. Y, en primer

---

[49] Propiamente, de un hijo (Aquiles) y un nieto (Neoptólemo).

[50] Tetis habita, junto a su padre Nereo y sus hermanas las Nereidas, en el fondo del mar.

lugar, te exhorto a no enojarte por demás en las actuales desgracias. Pues yo, la que debiera haber tenido hijos que llantos no suscitan[51], tras tenerlo de ti perdí a mi hijo Aquiles, rápido de pies, el primero en la Hélade. He de explicarte por qué he venido, y tú, admítelo.

A éste que ha perecido, al hijo de Aquiles [1.240], llévalo al altar pítico y entiérralo, para vergüenza de los delfios, a fin de que el sepulcro refiera el violento crimen de manos de Orestes. Y la mujer cautiva, a Andrómaca me refiero, menester es que viva en la tierra molosia, anciano, casada con Héleno[52] en legítimo matrimonio; y que habite allí este niño, el único que ha quedado ya de los descendientes de Éaco[53]. A partir de él necesario es que un rey tras otro gobierne feliz en Molosia. Porque no puede quedar tan aniquilada [1.250] tu estirpe, ni la mía, anciano, ni tampoco la de Troya, pues de ella también se preocupan los dioses, aunque sucumbiera por deseo de Palas[54]. Y a ti, para que sepas de mi gratitud por haberte casado conmigo, yo que soy diosa e hija de un padre dios, te convertiré en dios inmortal e incorruptible, tras librarte de los males propios de mortales. Y después en las moradas de Nereo habitarás ya en adelante a mi lado, dios con diosa. Desde allí, sacando del ponto tu pie enjuto [1.260], irás a ver a Aquiles, muy amado hijo tuyo y mío, que mora en su palacio isleño

---

[51] O sea, inmortales. En efecto, tanto Zeus como su hermano Posidón, requirieron a Tetis en amores, pero renunciaron a casarse con ella, enterados de que el hijo que les naciera sería superior a su padre y lo derrotaría, con lo que resultaría trastocado de nuevo el orden establecido en el mundo.

[52] Hijo de Príamo y Hécuba, poseía el don de la profecía. Tras morir Paris, se retiró al monte Ida, pero como Calcante dijera que los requisitos imprescindibles para la definitiva conquista de Troya eran conocidos perfectamente por Héleno, éste fue capturado por los griegos y obligado a confesar lo que sabía. Destruida Troya fue escogido, junto con Andrómaca, como botín de Neoptólemo.

[53] Padre de Peleo. Véase nota 24.

[54] Tanto Palas, es decir, Atenea como Hera sintieron gran encono contra Troya, en razón de haber resultado vencidas en el famoso juicio de Paris. Efectivamente, éste, en vista de que las tres diosas intentaban sobornarlo (Hera le ofrecía ser rey de Asia; Atenea, resultar invencible en la guerra, y Afrodita, poseer a la mujer más hermosa), tras meditarlo bien, se inclinó por los dones de Afrodita, ante la incontenida rabia de las otras dos diosas.

de la Costa Blanca[55], dentro del Ponto Euxino. ¡Ea! Vete a la ciudad de Delfos, fundada por los dioses, transportando este cadáver, y, tras cubrirlo con tierra, marcha hacia la cóncava gruta del viejo islote de Sepia[56] y siéntate. Espera hasta que llegue yo, tras llevarme del mar el coro de las cincuenta Nereidas para escolta tuya. Pues has de soportar lo que está decidido, porque a Zeus eso le place [1.270]. Deja tu aflicción por los que muertos están, toda vez que ese decreto ha sido votado por los dioses para todos los hombres, y forzoso es morir.

PELEO.—¡Oh señora! ¡Oh ilustre compañera de lecho! ¡Linaje de Nereo, salve! Realizas eso de modo digno de ti y de los hijos que de ti proceden. Ceso en mi aflicción, porque tú lo mandas, diosa, y, tras enterrar a éste, iré a los repliques del Pelión[57], donde con mis manos cogí tu bellísimo cuerpo. Y entonces, ¿no es menester que quienes sensatos sean [1.280] tomen esposa nacida de padres honrados y casen a su hija con hombre honesto, y que no ambicionen una boda desgraciada, aunque a su hogar dote muy rica reporte? Pues jamás lo pasarán mal por obra de los dioses.

CORO.—*Muchas son las manifestaciones de lo divino, y muchas cosas resuelven los dioses inesperadamente. Lo esperado no se realiza, y de lo inesperado un dios encuentra solución. Tal resultó esta obra.*

---

[55] Según una tradición, Aquiles, junto con otros prestigiosos héroes, vivió en lo sucesivo en las Islas de los Bienaventurados o Campos Elisios (cfr. Píndaro, *Olímpicas*, II, 78-80). En cambio, Eurípides sigue aquí una variante anterior, según la cual Tetis, cogiendo a su hijo de la pira funeraria, lo transportó a la isla de Leuce, es decir, «Blanca», junto a la desembocadura del Borístenes (hoy Dnieper) (cfr. Eurípides, *Ifigenia entre los Tauros*, 435-437, y Píndaro, *Nemeas*, IV, 49). Pausanias (III, 19, 11) cuenta se alzaban allí un templo y una estatua en honor de Aquiles. Por su parte, el mar Negro, llamado en un principio «hostil a los extranjeros» *(áxeinos)*, pasó a titularse luego «propicio a los extranjeros» *(eúxeinos)*. Las comarcas que lo rodeaban fueron el granero de Atenas durante los siglos V y IV a.C., especialmente.

[56] Sería el lugar donde, de acuerdo con la tradición, Tetis, entre otras muchas metamorfosis adoptadas en su intento de zafarse de Peleo, se convirtió en sepia. El islote mencionado estaría junto a Yolco (cerca de la actual Volo), en el golfo de Págasas o Pagasético.

[57] En este famoso monte de Tesalia, Quirón, el más ilustre de los Centauros, dio esmerada educación a Aquiles. Eurípides parece seguir aquí una antigua tradición, conforme a la cual Zeus había entregado Tetis a Peleo como esposa, precisamente en la casa del Centauro Quirón.

HÉCUBA



Hécuba acoge a Helena en Troya. Copa cítica (siglo V a.C.). Museo del Louvre. París.

INTRODUCCIÓN

Esta tragedia corresponde al ciclo tebano, aunque trata concretamente un tema posterior a la ruina de Troya, a saber: el de las consecuencias funestas de la larga guerra; las penalidades de las cautivas; la insolencia y crueldad de los vencedores; la violencia del fuerte sobre el débil; la necesidad de justicia, etc.

Cuando Troya resistía aún los ataques de los griegos, Príamo y Hécuba decidieron poner a salvo a su pequeño hijo Polidoro, mandándolo con abundante oro a casa del rey tracio Poliméstor. Pero éste, saltando por encima de todo respeto a las reglas de la hospitalidad, mata al niño, llevado de codicia por el tesoro. Cuando después de la caída de Troya los griegos deben detenerse en las costas del Quersoneso tracio, las troyanas esclavas de los vencedores encuentran el cadáver de Polidoro en la playa.

Hécuba, que ha pasado ya por el trance de ver cómo mataban a su hija Políxena a instancias de los vencedores, se ve sometida ahora a la desesperación más profunda al comprobar que el único hijo que le quedaba a salvo ha muerto víctima de inicuo trato. Es verdad que el motivo central de este drama es la pena de Hécuba, que se muestra resignada en el caso de Políxena, pero llena de ira, dolor y deseo de venganza ante la muerte de Polidoro.

Eurípides, seleccionando entre los materiales de la tradición mítica, innova al unir en una misma obra el degollamiento de Políxena junto a la tumba de Aquiles y la muerte de Polidoro a manos de Poliméstor. Nos llama la atención

que la pieza empiece con un prólogo (versos 1-58), en que el espectro de Polidoro anuncia lo que ha acontecido e informa sobre lo que acaecerá a continuación. Hemos de ver en esos versos una clara anticipación y lazo de unión respecto de toda la obra. Si en la primera mitad del drama (versos 98-628) predomina el tema de Políxena, en la segunda es Polidoro, mejor dicho, la reacción de Hécuba ante la muerte del mismo, quien requiere la atención del espectador. Pero, aun así, el poeta ha logrado una evidente unión formal entre ambos motivos míticos.

Hay ciertos elementos que sirven de engarce dentro de la obra. Por ejemplo, cada parte contiene una gran escena de súplica y persuasion, sin éxito en el primer caso, pero con buen fruto en el segundo.

Por lo demás, alternan en *Hécuba* escenas de profundo dolor y abatimiento con otras dominadas por razonamientos de corte racionalista, tan del gusto de la época.

Algunos comentaristas han pensado que, al igual que las viejas trilogías de Esquilo logran dar unidad a temas aparentemente inconexos, asimismo Eurípides intenta, dentro de una sola obra, abarcar asuntos hasta entonces independientes, aunque relativos al mismo ciclo troyano.

En este sentido, no cabe dudar que sea Hécuba, en sus diversas actitudes psíquicas y afectivas, el verdadero núcleo del drama que nos ocupa. El corazón de la heroína resiste el dolor por la muerte de su hija Políxena como algo que le viene impuesto por las crueles leyes de la guerra, pero brinca indómito ante la ignominiosa suerte sufrida por su hijo menor.

El Coro formado por las cautivas tiene una importancia menor de la usual en otras tragedias euripideas, pero este hecho viene compensado con creces por la notoria importancia de los elementos líricos que corren a cargo de un personaje singular: monodia de Hécuba (versos 59-97); monodia de Poliméstor (versos 1.056-1.106), y cantos alternados entre Hécuba y Políxena (154-215) y entre Hécuba, una esclava, y el Coro (684-722).

De gran finura es el estásimo tercero (905-952), donde el Coro, en dos estrofas, con sus antístrofas, y el epodo, hace referencia a la toma de Troya. El inesperado ataque de los grie-

gos, la muerte del amado, la inminente esclavitud componen unas de las líneas más patéticas del teatro griego.

No nos extrañemos, pues, de que *Hécuba* haya disfrutado de especial predilección en Roma, con notorios ecos en Catulo, Propercio, Virgilio y Ovidio; de que fuera obra dilecta, junto con *Fenicias* y *Orestes*, en los círculos bizantinos, y de que gozara de singular simpatía entre los hombres del Renacimiento. Erasmo la tradujo al latín; Lazare de Baïf, al francés, y Luigi Dolce, al italiano.

Entre nosotros, Fernán Pérez de Oliva, en su *Hécuba triste*, concluida hacia 1528, tiene el mérito indudable de haber escrito una de las primeras versiones de nuestro drama a las lenguas modernas. Publicada en Córdoba hacia 1586, tras la muerte de Pérez de Oliva, no es realmente una traducción, sino una curiosa adaptación plena de interés, donde se omiten personajes como Taltibio y la esclava, y, en cambio, se abusa bastante del uso del Coro. De tal trabajo hay reimpresión en *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*, dirigida por Juan Joseph López de Sedano, Madrid, 1777, vol. VI, páginas 251-311.

Como fecha de nuestra tragedia puede darse el 424 a.C., pues Aristófanes parodia alguno de sus versos en *Las nubes*, que fuera representada en el 423. Asimismo se ha visto en *Hécuba* una mención de la fiesta purificatoria de Delos, suceso que acontecio en el 425 a.C., y ha de tenerse por fecha *post quem* a la hora de datar nuestra obra.

Nota bibliográfica

Eurípide, Hécuba, texto y comentario de W. S. Hadley, Cambridge, 1894 (reimp. 1955).

Euripide, Hippolyte, Andromaque, Hécube, ed. y trad. de L. Méridier, París, 1927.

Euripide, Ecuba, texto y comentario de A. Taccone, Turín, 1937.

Euripide, Ecuba, introducción, texto y comentario de A. Garzya, Nápoles, 1955.

KING, F. W. (ed.), *Hecuba*, Londres, 1938.

Eurípides, Tragedias. Las Bacantes. Hécuba, texto revisado y traducido por A. Tovar, con la colaboración de R. P. Binda, Barcelona, 1960.

Euripides, Hecuba, ed. de S. G. Daitz, Leipzig, 1973.

MATTHIESSEN, K., *Studien zur Textüberlieferung der Hekabe des Euripides*, Heidelberg, 1974.

POOL, H. M., *The Unity of Euripides 'Hecuba by way of the image of Hecuba as an earth mother*, tesis, Florida University, 1979.

Sobre el texto seguido

El texto fundamental es el de Murray, tantas veces citado. Pero ahora es imprescindible acudir a la magnífica edición de Daitz arriba señalada. Sobre las dificultades textuales de esta tragedia, el lector interesado puede acudir a J. A. López Férez, «Consideraciones sobre el texto de la Hécuba de Eurípides», *Emerita*, 45, 1977, págs. 435-451. Nosotros discrepamos del texto de Murray, especialmente en los versos 88, 91, 224, 300, 369, 425, 482, 685, 687, 720, 729, 794, 820, 822, 831-832, 870, 897, 901, 916, 917, 1.036 y ss., 1.064, 1.069, 1.113, 1.153, 1.217, 1.256 y 1.276.

ARGUMENTO[a]

Tras el asedio de Troya, los griegos anclaron junto al Quersoneso situado frente a la Tróade. Aquiles, habiéndose aparecido por la noche, pedía como sacrificio una hija de Príamo. Conque los griegos, intentando honrar al héroe, arrebataron Políxena a Hécuba y la mataron. A su vez, Poliméstor, rey de los tracios, dio muerte a Polidoro, uno de los hijos de Príamo. Poliméstor habíalo recibido de manos de Príamo para salvaguardarlo junto con riquezas, pero, apresada la ciudad, deseando apoderarse del dinero, osó matarlo y despreció a sus amigos sumidos en la desgracia.

Habiendo sido arrojado el cadáver al mar, la marejada lo echó fuera, junto a las tiendas de las cautivas. Y Hécuba, en cuanto hubo contemplado el cadáver, lo reconoció. Tras comunicarle a Agamenón sus intenciones, llamó ante ella a Poliméstor y a los hijos de éste, velándole lo que había sucedido, como si fuera a informarle sobre unos tesoros de Troya. Una vez que ellos estuvieron presentes, mató a los hijos, y a él le quitó la vista. Tomando la palabra ante los griegos logró vencer a su acusador, pues se resolvió que no había sido ella quien comenzara la crueldad, sino que más bien se había vengado de quien la causara.

[a] Este argumento nos lo ofrecen algunos códices tardíos. Los manuscritos M V L guardan silencio sobre el particular.

PERSONAJES DEL DRAMA

Espectro de Polidoro
Hécuba
Coro de cautivas
Políxena
Ulises
Taltibio
Servidora
Agamenón
Poliméstor

ESPECTRO DE POLIDORO[1].—Acabo de llegar, luego que he dejado las ocultas mansiones de los muertos y las puertas de la sombra, donde Hades[2] mora lejos de los dioses. Yo, Polidoro, hijo que soy de Hécuba, la natural de Ciseo[3], y de mi padre Príamo, que, como a la ciudad de los frigios el riesgo de caer bajo la lanza helena amenazara, temeroso me mandó, a escondidas, desde la tierra troyana hacia el palacio de Poliméstor, su huésped tracio[4], que estos riquísimos llanos del

---

[1] Causaría gran efecto entre los espectadores este personaje fantasmal suspendido, lo más seguro, desde una especie de grúa usada también para presentar sobre la escena los dioses *ex machina*, es decir, sostenidos mediante un artilugio.

[2] Hades, hijo de Crono y Rea, se había repartido con sus hermanos, Zeus y Posidón, el gobierno del mundo. A Hades le correspondió el reino inferior o infiernos; a Posidón, el mar; a Zeus, el cielo y la tierra visible.

[3] No está bien fijada la filiación de Hécuba. Unos la tienen por hija de Dimante, rey de Frigia. Así, por ejemplo, *Ilíada*, XVI, 718. Otros, en cambio, la hacen hija de Ciseo, rey de Tracia. Así sucede, no sólo en Eurípides, sino también en Virgilio, *Eneida*, VII, 320.

[4] La hospitalidad era sagrada entre los griegos. El huésped extranjero *(xénos)* estaba bajo la protección de Zeus *Xenio* (o *Jenio)*, es decir, protector de la hospitalidad. Incluso los mendigos tenían derecho al hogar y mesa allí donde pidieran ayuda. Cuando alguien estaba de viaje fuera de su país se alojaba en casa de un amigo, también llamado «huésped», en este caso, pero con un sentido activo, «el que ofrece hospitalidad». Al marchar de regreso a su país el huésped solía intercambiar con el amigo que le había acogido los famosos «dones de la hospitalidad», que se transmitían como preciado tesoro de padres a hijos. Hacer mal al extranjero acogido en casa era crimen especialmente castigado por la divinidad. Poliméstor era rey del Quersoneso tracio (Quersoneso quiere decir «península»). Recibía tal nombre el actual extremo peninsular de la Turquía europea, situado frente a la antigua Troya. Para quien entra hacia el estrecho de los Dardanelos desde el mar Egeo queda a la izquierda.

Quersoneso cultiva, mientras con su lanza a un pueblo amante de los caballos dirige [10]. Mi padre envió en mi compañía mucho oro, de forma oculta, a fin de que si un día caían las murallas de Troya no faltaran a sus hijos medios de vida.

Era yo el menor de los Priámidas, y, por esa razón, púsome a buen recaudo, pues no estaba en condición de llevar armas ni lanzas en mi joven brazo. Y bien, mientras las fronteras del país estaban en pie, permanecían firmes las torres de la tierra troyana, y mi hermano Héctor gozaba de buena fortuna con la lanza [20], a manera de vástago, hermosamente crecía yo, desgraciado de mí, junto al huésped tracio de mi padre, gracias a sus cuidados. Mas cuando Troya y la vida de Héctor perecieron, fue arrasado el hogar de mi padre, y éste cayó junto al altar erigido por dioses[5] degollado por obra del sanguinario hijo de Aquiles, el huésped de mi padre muerte me dio, desgraciado de mí, a causa de mi oro, y tras asesinarme me arrojó al hinchado mar para mantener el oro en su mansión. Tendido yazgo en la costa, y otras veces en el reflujo del mar, llevado y traído por los múltiples vaivenes de las ondas [30], sin haber sido llorado y sin tumba. Pero ahora, tras abandonar mi cuerpo, vuelo hacia mi madre, flotando por el aire desde tres días ha, tiempo que mi desventurada madre, que de Troya viene, lleva en esta tierra quersonesia. Todos los aqueos, anclando sus naves, permanecen a la espera en la costa de esta tierra tracia, porque el hijo de Peleo, Aquiles, mostrándose sobre su tumba ha detenido todo el ejército heleno que hacia su hogar los remos marinos volvía [40]. Exige tomar a mi hermana Políxena, como regalo grato a su tumba y a modo de honor. Lo logrará, y no quedará sin dones de manos de sus amigos. La fatalidad lleva a mi hermana a morir en el día de hoy. Mi madre contemplará los cadáveres de dos hijos: el mío y el de mi desgraciada hermana. Pues, a fin de conseguir un sepulcro, desdichado de mí, me mostraré ante sus pies de esclava, en medio de las olas. Que pedí a los poderes infernales [50] conseguir una tumba y venir a manos de mi madre. Así,

---

[5] Apolo y Posidón construyeron las murallas de Troya. Tras ello, el rey Laomedonte, padre de Príamo, se negó a entregarles el salario convenido.

cuanto deseaba obtener, acaecerá. Mas me alejaré de la anciana Hécuba, pues aquí dirige su pie desde la tienda de Agamenón, temerosa de mi aparición. ¡Ay! ¡Oh madre que, descendiendo de mansión real, contemplaste el día de la esclavitud! Sufres tanto cuanto otrora gozaste. Compensándote por tu anterior felicidad un dios intenta aniquilarte[6].

HÉCUBA[7].—*Conducid, hijas mías, a esta anciana ante las tiendas [60]. Conducid y sostened, troyanas, a la que con vosotras es esclava, y antes reina. Cogedme, llevadme, acompañadme, alzadme teniéndome de mis viejas manos. Yo, valiéndome del retorcido cayado de mi mano, me afanaré en cumplir la marcha lenta de mis miembros. ¡Oh relámpago de Zeus! ¡Oh noche oscura! ¿Por qué, en la noche, sobresaltada me veo [70] por temores y apariciones? ¡Oh soberana Tierra, madre de los ensueños de negras alas! Aborrezco la nocturna visión —terrible, sí— que he percibido en sueños respecto a mi hijo, que a salvo vive en Tracia, y a mi amada hija Políxena.*

¡Oh dioses subterráneos! Salvad a mi hijo [80], el único que, cual ancla de mi hogar, vive en la nevada Tracia bajo la protección del huésped paterno. Algo nuevo acontecerá. Canción luctuosa tendrán las que gimen. Jamás se eriza ni tiembla mi corazón de modo tan obstinado. ¿Dónde pudiera ver el alma divina de Héleno y a Casandra[8]*, troyanas, para que mis sueños expliquen? [90] Pues he contemplado una cierva moteada muerta bajo las sangrientas garras de un lobo, después de separarla de mis rodillas a la fuerza. Éste es mi espanto: sobre lo alto de su tumba ha llegado el espectro de Aquiles. Pedía como regalo de honor una de las muy infortunadas troyanas. De mi hija, de mi hija, alejad eso, deidades, os lo pido.*

CORO.—*Hécuba, a toda prisa me he venido junto a ti, tras abandonar las tiendas de nuestro señor [100], donde fui sorteada y asignada como esclava, arrojada de la ciudad de Ilión, atrapada por*

[6] En el pensamiento griego arcaico está muy difundida la teoría de que los dioses, celosos del encumbramiento excesivo de algunos mortales, les mandan desgracias sin cuento.

[7] Monodia de Hécuba, en donde, en tono ciertamente patético, Eurípides deja ver la decrepitud física y la indefensión de esta pobre anciana, otrora reina de Troya.

[8] Ambos, hijos de Príamo y Hécuba, poseían la virtud de predecir el futuro. Sin embargo, por castigo de Apolo, Casandra no consiguió nunca que nadie creyera sus profecías.

los aqueos a punta de lanza. No vengo a aligerar tus pesares, sino que, cual heraldo de tristezas para ti, traigo el grave peso de un mensaje. Porque se cuenta que en la asamblea plenaria de los aqueos han resuelto ofrecer tu hija a Aquiles como sacrificio [110]. Sabes que, poniéndose sobre su tumba, se apareció con sus áureas armas y retuvo las naos que el ponto atraviesan, cuando tenían tensas ya las velas con cabos. A gritos dijo así: «¿Adónde navegáis dánaos, dejando atrás mi tumba desprovista de honor?»

Ola de enorme disputa estalló a un tiempo, y opinión dividida se extendía por el ejército heleno de lanzas dotado: inclinábanse unos por entregar una víctima a la tumba, pero otros, no [120]. Partidario ardiente en bien tuyo se mostraba Agamenón, que mantiene sus lazos con la divina bacante[9]*. Pero los hijos de Teseo*[10]*, rebrotes de Atenas, resultaban oradores de sendos discursos, mas el mismo criterio tenían: coronar la tumba de Aquiles con sangre nueva; afirmaron, además, que el matrimonio con Casandra no prevalecería jamás sobre la lanza de Aquiles [130]. El ardor de las tesis encontradas era parecido, en cierto sentido, hasta que el taimado, astuto, de dulce labia, adulador del pueblo, el hijo de Laertes*[11] *convence al ejército a no rechazar al mejor de los griegos en gracia a unas víctimas esclavas, y a no consentir que ningún muerto, alzándose junto a Persífone*[12]*, dijera que, ingratos los dánaos con los dánaos caídos en defensa de los helenos [140], se fueron de las llanuras de Troya. Ulises va a llegar, si no ha llegado ya, para llevarse, a rastras, la potrilla desde tus pechos y alejarla de tu vieja mano. Ve, pues, a los templos; ve a los altares,*

---

[9] Se llama «bacante» a Casandra a causa de su permanente estado de éxtasis. El don de la profecía le había sido otorgado por Apolo, que, enfadado ante la negativa de la joven a sus requerimientos amorosos, la castigó tal como refleja la nota anterior.

[10] Acamante y Demofonte eran hijos de Teseo, rey de Atenas, y de Fedra. Acabada la guerra de Troya, gobernaron en Atenas.

[11] Ulises, el fecundo en ardides. Más tarde sería quien se quedara con las armas de Aquiles, tras famoso debate.

[12] Perséfone o Prosérpina era la esposa de Hades, rey y dios de las regiones inferiores o infernales. Allí pasaba ella una parte del año, pero, durante el resto, vivía con su madre Deméter y los otros dioses. Más abajo se compara a Políxena con una potrilla. En otros casos se la califica de «novilla», «retoño», etc. Es normalmente un signo de afecto, una expresión cariñosa, el mencionar las crías de animales domésticos para referirse a las jóvenes doncellas.

póstrate suplicante ante las rodillas de Agamenón, invoca a los dioses celestes y a los que moran bajo tierra, pues, o tus plegarias evitarán quedes huérfana de tu desgraciada hija [150], o menester es que veas postrada en la tumba a la doncella teñida de rojo con su propia sangre, fuente de oscuro reflejo que brota desde su cuello portador de oro.

HÉCUBA.—*¡Ay, desgraciada de mí! ¿Qué debo decir? ¿Qué grito, qué lamento, desdichada de mí por mi desdichada vejez, por mi esclavitud insoportable, intolerable! ¡Ay de mí! ¿Quién me ayuda? ¿Qué descendencia? [160] ¿Qué ciudad? Marchóse*[13] *el anciano; marcháronse mis hijos. ¿Qué ruta he de tomar? ¿Ésta o aquélla? ¿Por dónde iré?' ¿Dónde acude en socorro algún dios o deidad? ¡Oh vosotras que infortunios referís! ¡Oh troyanas que me trajisteis sufrimientos terribles! ¡Muerte me disteis, muerte me disteis, sí! Mi vida a la luz ya no resulta envidiable. ¡Oh desdichado pie! [170]. Guía a la anciana hacia esta tienda. ¡Oh criatura! ¡Oh hija de la madre más infortunada! Sal, sal de tu morada: escucha la palabra de tu madre, hija, para que sepas qué espantoso rumor, espantoso, sí, he oído acerca de tu vida.*

POLÍXENA.—*¡Ay! Madre, madre, ¿por qué gritas? ¿Qué novedad proclamas? ¿Por qué con este pasmo me sacas de la tienda espantada cual pájaro?*

HÉCUBA.—*[180] ¡Ay de mí, criatura!*

POLÍXENA.—*¿A qué ese saludo de mal agüero? Siniestro preludio para mí.*

HÉCUBA.—*¡Ay, ay, por tu vida!*

POLÍXENA.—*Explícalo. No lo escondas más. Temo, temo, madre. ¿Por qué sollozas?*

HÉCUBA.—*¡Oh hija de madre desgraciada...!*

POLÍXENA.—*¿Qué vas a anunciarme?*

HÉCUBA.—*La decisión general de los argivos resuelve inmolarte en honor del hijo de Peleo [190], junto a su tumba.*

POLÍXENA.—*¡Ay de mí, madre! ¿Cómo anuncias la desgracia más abominable? Explícamelo, explícamelo.*

HÉCUBA.—*Pronuncio, hija, un rumor de mal agüero. Me comunican que, mediante votación, los argivos resolvieron sobre tu vida.*

POLÍXENA.—*¡Oh tú que desgracias terribles sufriste! ¡Oh tú que todo lo soportaste! ¡Oh madre de vida desdichada! ¿Qué, qué injuria*

---

[13] Eufemismo, por «ha muerto».

en extremo odiosa e indecible ha provocado, otra vez, contra ti una deidad? Ya no tienes esta hija; no compartiré la esclavitud, desdichada de mí, contigo, anciana desdichada. Pues a mí, retoño tuyo, cual a ternera alimentada en los montes, desgraciada yo y desgraciada tú, me contemplarás arrancada de tus manos, degollada y conducida a Hades, a las tinieblas subterráneas, donde, junto a los muertos, desdichada me hallaré. Lloro por ti, madre, infortunada, con fúnebres lamentos; mas no gimo por mi vida, ofensa y vergüenza, sino que, para mí, morir resulta un destino mejor.

CORIFEO.—Aquí viene Ulises con rápidos pasos, Hécuba, para darte algún nuevo mensaje.

ULISES.—Mujer, creo sabes la decisión del ejército y la votación efectuada, mas, aun así, te lo explicaré. Han resuelto los aqueos matar a tu hija Polixena junto al elevado túmulo del sepulcro de Aquiles. Me mandan acompañar y llevar a la doncella. En presidente y sacerdote de este sacrificio constituyóse el hijo de Aquiles. ¿Sabes, pues, lo que debes hacer? Que no te tenga que apartar a la fuerza, ni vengas a luchar contra mí. Examina tu vigor y la cercanía de tus desgracias. Inteligente es, en verdad, reflexionar como es debido incluso en la adversidad.

HÉCUBA.—¡Ay, ay! Ha llegado, según parece, una enorme contienda repleta de gemidos y no vacía de lágrimas. Yo, en verdad, no fenecí cuando debí fenecer, ni Zeus me aniquiló, sino que viva me mantiene para que contemple, desventurada de mí, desgracias que a las desgracias sobrepasan. Si a los esclavos les es dado preguntar a gentes libres sin molestarles ni herirles el corazón, preciso es que tú hables y que yo, que te pregunto, escuche.

ULISES.—Les es dado; pregunta. Que no te escatimo el tiempo.

HÉCUBA.—¿Te acuerdas de cuando viniste como espía de Troya[14], irreconocible por tus harapos, y que hilillos de sangre que de tus ojos salían caían goteando en tu barba?

ULISES.—Me acuerdo, pues hirióme en todo el corazón.

---

[14] Ulises, siempre rico en tretas, acompañado en este caso por Diomedes, penetró en Troya disfrazado de mendigo y consiguió apoderarse de la estatua de Palas Atenea. Después sería quien planeara con todo detalle la estratagema del caballo de madera.

HÉCUBA.—¿Y de que Helena te reconoció y me lo contó sólo a mí?

ULISES.—Recuerdo que corrí un gran peligro.

HÉCUBA.—¿Y de que tocaste con humildad mis rodillas?[15].

ULISES.—Sí, de suerte que mis manos quedaron como muertas en tu peplo.

HÉCUBA.—¿Te salvé entonces y te dejé salir del país?

ULISES.—Sí, de forma que contemplo esta luz del sol.

HÉCUBA.—¿Y qué dijiste entonces, cuando eras mi esclavo?

ULISES.—[250] Ficciones con muchas palabras, para no morir.

HÉCUBA.—¿Y no actúas mal con esta decisión, cuando fuiste tratado por mí tal como afirmas, y, en cambio, no nos haces beneficio alguno, sino todo el mal que puedes? Ingrata es vuestra estirpe, la de cuantos ambicionáis puestos para atraeros a la gente. ¡Ojalá no os conociera yo a vosotros, pues no os arrepentís de dañar a los amigos, con tal de halagar en algo a la mayoría! Y, en verdad, ¿qué artimaña tramaban al aplicar la sentencia de muerte contra esta niña? [260] ¿Acaso forzóles la necesidad a matar una persona junto a la tumba, donde más bien conviene sacrificar bueyes?[16]. ¿O es que Aquiles, deseando dar muerte a quienes a él lo mataron, en justicia exige la muerte de ésta? Mas ésta, desde luego, no le hizo daño alguno. A Helena debiera reclamar como sacrificio para su tumba, porque ella lo aniquiló al llevarlo a Troya. Además, si era menester que muriera una prisionera elegida y destacada por su belleza, ese asunto no nos afecta [270], porque la hija de Tindáreo[17] destaca muchísimo por su figura, y

---

[15] El suplicante, bajo la protección de Zeus, se prosterna al tiempo que toca las rodillas, barbilla y mano de la persona a quien pide algo.

[16] Es rara la presencia de sacrificios humanos en la literatura griega. Se nos habla de ellos en la *Ilíada*, XXIII, 175 y ss., donde en honor de Patroclo se da muerte a doce prisioneros troyanos. Por otra parte, como Aquiles no había podido participar en el reparto del botín de Troya, los griegos intentaron contentarlo asignándole una esclava distinguida, una princesa hija de Príamo.

[17] Helena, con sus hermanos Cástor y Pólux, era hija de Zeus y de Leda. Ésta tuvo con Tindáreo a Clitemenstra, y, según otros, también a Cástor. La tradición mitográfica anda un tanto confusa en este punto.

se ha visto que no es menos culpable que nosotros. Con razón sostengo ese pensamiento. La deuda que has de pagarme cuando te la pido, escúchamela. Cogiste mis manos, según afirmas, y esta vieja mejilla, arrodillándote. De esos mismos puntos cójote yo, y te imploro que no me quites de los brazos a mi hija ni la matéis. Basta ya con los que están muertos. Con ésta soy feliz y me olvido de mis desgracias. Ésta, en lugar de otros muchos, sírveme de consuelo, ciudad, nodriza, bastión y guía de mi camino. Menester es que los poderosos no manden lo que no deben, y que no crean, cuando gozan de buena fortuna, que siempre han de ser dichosos. Pues también yo fui feliz otrora, mas ahora ya no lo soy; un solo día me quitó toda la felicidad.

¡Ea, pues! ¡Oh querida barbilla![18], respétame, apiádate. Vuelve al ejército aqueo[19] y convéncelo de que resulta odioso dar muerte a unas mujeres que no matasteis cuando las arrancasteis de los altares, sino que os apiadasteis de ellas. Igual ley rige entre vosotros, tanto libres como esclavos, respecto a los delitos de sangre. Tu fama, aunque resulte criticada, les convencerá. Pues no posee el mismo vigor una palabra cuando viene de boca de gente sin gloria que cuando la pronuncia alguien famoso.

CORIFEO.—No existe ningún ser humano tan duro que, al escuchar tus lamentos y tus profundos y fúnebres gemidos, no derrame lágrimas.

ULISES.—Hécuba, presta atención, y, en tu cólera, no conviertas en enemigo de tu corazón a quien con sensatez te habla. Tu persona, gracias a la cual logré escapar entonces, dispuesto estoy a salvarla, y no hablo en vano. Pero no negaré lo que sostuve ante todos: una vez conquistada Troya, entregar tu hija al primer guerrero del ejército, como sacrificio a quien exigiéndolo está. Pues la mayoría de las ciudades padecen ese mal, cuando un varón, aunque sea esforzado y generoso, no consigue ventaja sobre los mediocres. A nuestro en-

---

[18] Dicho en son de súplica, seguramente al mismo tiempo que le acariciaba la barbilla, o hacía ademán de ello.

[19] Es el apelativo gentilicio más usual en Homero para designar a los griegos, por oposición a los troyanos.

tender, Aquiles es merecedor de honor, mujer [310], pues ese varón murió en defensa del país griego de la forma más gloriosa. ¿No es vergonzoso, que cuando estaba vivo lo tuviéramos por amigo, y que, en cambio, cuando ha muerto no lo tengamos por tal? Y bien, ¿qué se dirá entonces cuando acontezca de nuevo una asamblea del ejército o un combate contra el enemigo? ¿Lucharemos, o querremos vivir, si vemos que no se ha honrado al que ha perecido? En verdad, mientras yo viva, con tener un poco cada día, cualquier cosa me bastaría; pero desearía que mi tumba se viera honrada [320], pues el agradecimiento perdura por largo tiempo. Si dices que te acaecen hechos deplorables, escúchame tú esto: en nuestro pais tenemos ancianas y ancianos no menos desdichados que tú, y también recién casadas privadas de sus valientes esposos, cuyos cadáveres recubre este polvo del Ida[20]. Soporta esas penas. Nosotros, si tenemos la mala costumbre de honrar al valiente, pagaremos nuestra estupidez. En cambio, los bárbaros no tengáis por amigos a los amigos, ni respetéis a los que gloriosamente han sucumbido [330], a fin de que la Hélade sea próspera, y vosotros, en cambio, consigáis lo que a vuestros designios cuadra.

CORIFEO.—¡Ay, ay! ¡Qué mala por naturaleza resulta siempre la esclavitud; tolera lo que no debiera, dominada por la fuerza!

HÉCUBA.—¡Oh hija! Mis palabras se han perdido por el aire, lanzadas en vano para impedir tu muerte. Tú, si de algún modo tienes un poder mayor que el de tu madre, apresúrate a emitir todos los sonidos cual boca de ruiseñor, para que no te quiten la vida. Póstrate ante las rodillas de Ulises que aquí está, ganándote su compasión [340], e intenta convencerlo —dispones de un pretexto, pues también él tiene hijos— para que se apiade de tu sino.

POLÍXENA.—Veo, Ulises, que escondes tu mano derecha bajo tus ropas y vuelves tu rostro hacia atrás, para que no roce tu barbilla[21]. ¡Ánimo! Te has librado de Zeus, que, cual de-

[20] Monte situado junto a Troya.

[21] Ulises evita que Políxena actúe ante él como suplicante, pues rechazarla entonces habría sido mal visto por los dioses y los hombres.

fensor de los suplicantes[22], me asiste. Te seguiré a causa de mi situación forzosa, y, además, porque ansío fenecer. Pues si no quisiera, parecería cobarde y mujer apegada a la vida. Porque ¿qué necesidad tengo de vivir? Mi padre fue rey de todos los frigios. Ése fue el comienzo de mi vida. Después fui educada con buenas esperanzas cual novia de reyes, causando no poca envidia por mi boda: ¿de quién sería el palacio y el hogar adonde había de llegar?

Yo era señora, desdichada de mí, entre las mujeres del Ida, y, además, resultaba admirada entre las muchachas, parecida a los dioses menos en el morir. Mas ahora soy una esclava. En primer lugar, el nombre, al no serme familiar, provócame el deseo de morir. Además, daría yo tal vez con un amo cruel que me compraría por dinero, a mí, hermana de Héctor y de otros muchos, exponiéndome la obligación de hacer el pan en su casa, me forzaría a barrer la mansion y a ocuparme de las lanzaderas[23], mientras llevaba yo una vida desdichada. Un esclavo comprado donde fuere manchará mi lecho, tenido antaño por digno de reyes.

No, por cierto. De mis ojos aparto esta luz[24], al entregar mi cuerpo a Hades. Condúceme, pues, Ulises; condúceme y mátame, pues no vislumbro junto a nosotras motivo de esperanza ni de fe en que un día haya de ser feliz.

Madre, no nos pongas ningún obstáculo, ni de palabra ni de obra. Aconséjame morir antes de caer en destino vergonzoso impropio de mi dignidad. Pues quien no suele probar las desgracias, toléralas, pero le duele poner su cuello bajo el yugo. Más dichosa sería yo muriendo que viviendo, pues vivir sin dignidad gran oprobio es.

CORIFEO.—Impronta poderosa y notable entre los mortales es haber nacido de padres nobles, y el nombre del buen linaje brilla más en quienes lo merecen.

[22] Entre los atributos de Zeus estaba el de *hikésios* o patrón de los suplicantes.

[23] Instrumento empleado por los tejedores para distribuir y ajustar la trama. Otras veces es simplemente un sinónimo de «telar». Atender las labores domésticas, el telar y la rueca era la ocupación apropiada de las esposas según la mentalidad griega arcaica. Cfr. *Ilíada*, VI, 490 y ss.

[24] La luz del sol. Es decir, para ir donde no hay luz, o sea, a la muerte. «Dejar la luz», «no ver la luz», son sinónimos poéticos de «morir».

Hécuba.—Con dignidad, hija, te has expresado, pero junto a la dignidad está el dolor. Si es menester dar gracias al hijo de Peleo, y que vosotros, Ulises, evitéis la censura, no deis muerte a ésta, sino llevadme a mí hasta la pira de Aquiles y heridme sin compasión. Yo tuve a Paris, que dio muerte al hijo de Tetis, tras herirlo con sus flechas.

Ulises.—El espectro de Aquiles no conminó a los aqueos a matarte a ti, anciana, sino a ésta.

Hécuba.—Vosotros, en cambio, matadme a mí también junto a mi hija, y doble libación de sangre tendrá la tierra y el difunto que esto exige.

Ulises.—Basta con la muerte de tu joven hija. No hemos de añadir una muerte a otra. ¡Ojalá no precisáramos ni siquiera de ésta!

Hécuba.—Muy necesario es que muera junto a mi hija.

Ulises.—¿Cómo? Pues pienso que no tengo amos.

Hécuba.—Cual hiedra a una encina, así me abrazaré a ésta.

Ulises.—No, si obedeces a personas más sensatas que tú.

Hécuba.—¡Que no me soltaré de esta hija por mi voluntad!

Ulises.—Pues tampoco yo, desde luego, me iré dejando aquí a ésta.

Políxena.—Madre, hazme caso. Tú, hijo de Laertes, deja a mi madre, irritada con razón. Y tú, oh desgraciada, no pelees contra los poderosos. ¿Quieres caer al suelo, desgarrar tu anciano cuerpo cuando te rechacen por la fuerza, y perder tu dignidad al verte arrastrada por un brazo joven, desgracias que sufrirás? Tú no, desde luego, pues no lo mereces. ¡Ea! ¡Oh querida madre! Dame tu dulcísima mano y acerca tu mejilla a la mía. Que nunca contemplaré los rayos ni el círculo del sol, sino que ahora es la última vez. Ya recibes mis últimos saludos. ¡Oh madre! ¡Oh tú que me diste a luz! Ya marcho abajo[25].

Hécuba.—¡Oh hija! Esclavas seremos a la luz del sol.

[25] Hacia Hades, dios de las regiones infernales.

POLÍXENA.—Sin esposo, sin canto nupcial, promesas que yo debía alcanzar.

HÉCUBA.—Digna de piedad tú, hija, y desdichada mujer yo.

POLÍXENA.—Allí, en la mansión de Hades, lejos de ti estaré.

HÉCUBA.—¡Ay de mí! ¿Qué hacer? ¿Dónde acabaré con mi vida?

POLÍXENA.—[420] Esclava moriré, aun siendo hija de padre libre.

HÉCUBA.—Y yo, privada de mis cincuenta hijos[26].

POLÍXENA.—¿Qué debo contar a Héctor y a tu anciano esposo?

HÉCUBA.—Comunícales que soy la más desdichada de todas.

POLÍXENA.—¡Oh pecho y senos que me criaron con dulzura!

HÉCUBA.—¡Oh hija! ¡Qué prematuro e infortunado destino!

POLÍXENA.—¡Sé dichosa, oh tú que me tuviste, y tú también, Casandra, sé dichosa...!

HÉCUBA.—Otros son dichosos, mas a tu madre eso no le es dado.

POLÍXENA.—... ¡Y mi hermano Polidoro que habita entre los tracios amantes de caballos!

HÉCUBA.—Si es que vive. Pues desconfío; tan mala fortuna tengo en todo.

POLÍXENA.—[430] Vive, y cerrará tus ojos cuando mueras.

HÉCUBA.—Por causa de mis desgracias muerta estoy yo antes de morir.

POLÍXENA.—Condúceme, Ulises, tras cubrir mi cabeza con un velo. Que antes de ser degollada tengo el corazón derretido con los fúnebres lamentos de mi madre, y a ella se lo deshago con mis sollozos. ¡Oh luz! Aún puedo invocar tu

[26] Según los escoliastas es un número aproximado en el que se cuentan también los hijos habidos por Príamo fuera de su matrimonio con Hécuba. Con Príamo, Hécuba tuvo unos veinte hijos, según es fama.

nombre, pero ya no me perteneces salvo mientras me encamino hacia la espada y la pira de Aquiles.

HÉCUBA.—¡Ay de mí! ¡Me desvanezco! ¡Mis miembros desfallecen! ¡Oh hija! Toca a tu madre, alarga la mano [440], dámela. No me dejes sin hijos. He muerto, amigas... ¡Ojalá viera así a la espartana Helena, hermana de los Dioscuros![27], pues mediante sus hermosos ojos de forma muy vergonzosa capturó[28] a la feliz Troya.

CORO

Estrofa 1.ª

Brisa, brisa marina, que sobre las olas del mar llevas las rápidas naos surcadoras del ponto. ¿Adónde me llevarás, triste de mí? ¿De quién seré esclava? ¿A qué hogar llegaré comprada? ¿Quizás [450] a un puerto de la tierra doria, o de Ptía, donde cuentan que el Apídano[29]*, padre de hermosísimas aguas, fecunda las campiñas?*

Antístrofa 1.ª

¿O quizás a las islas conducida, desgraciada de mí, por los remos que el mar agitan, pasaré mi desdichada vida en un hogar, donde la primera palmera y el laurel [460], cual ofrenda al parto de los hijos de Zeus[30]*, tendieron sus sagradas ramas en honor de la amada Leto,*

---

[27] Etimológicamente quiere decir los «hijos de Zeus». Son Cástor y Pólux, nacidos de Zeus y Leda y hermanos de Helena. Surgieron los tres, según la versión más aceptada, de un enorme huevo, resultado de la unión de Zeus, transformado en cisne, con Leda.

[28] El texto ofrece un juego etimológico difícil de verter a nuestra lengua. Se trata del nombre de Helena: *Helénē* está relacionado etimológicamente con *heîle* = «capturó», «detuvo», y *naûs* = «nave», es decir, significa algo así como «la que detuvo las naves». La forma verbal *heîle* es la 3.ª persona singular del aoristo de *hairéō* «capturar», «cautivar». Cfr. Esquilo, *Agamenón*, 689, y Eurípides, *Troyanas*, 890, con más noticias sobre Helena.

[29] Río de Tesalia. Más importante en tal región era el Enipeo, que, tras recoger el Apídano, es a su vez afluente del Peneo.

[30] Según cuenta el mito, enterada Hera, esposa de Zeus, de que Leto había quedado encinta de resultas de su trato íntimo con Zeus, prohibió a la Tierra que la aceptara en el momento del parto. Ante esas circunstancias, Zeus pidió a su hermano Posidón sacara a flote una ciudad hasta entonces submarina, Delos («la evidente», «la visible»), que en lo sucesivo sería isla. Allí dio a luz Leto, cogiéndose de un olivo y de una palmera, según el escoliasta, o, según otros, al amparo de una palmera y un laurel, que, a fin de ocultar el divino parto en que vinieron al mundo Apolo y Ártemis, nacieron a la sazón.

y junto a las doncellas delias ensalzaré la sagrada diadema y el arco de la diosa Ártemis?

Estrofa 2.ª

¿Quizás en la ciudad de Palas Atenea, la de magnífico carro, unciré potros en peplo azafranado [470], bordándolos en espléndidas telas de brillantes tonos, o representaré la raza de los Titanes a la que Zeus Cronida eliminara con chispeante llama?[31].

Antístrofa 2.ª

¡Ay, hijos míos! ¡Ay, padres y patria destruida entre humareda, abrasada y capturada por los argivos! Yo [480], en país extranjero, ya soy llamada esclava, tras dejar Asia y recibir a cambio morada en Europa, mansión de Hades.

TALTIBIO.—Mujeres troyanas, ¿dónde puedo encontrar a Hécuba, la que otrora fue reina de Ilión?

CORIFEO.—Ahí está junto a ti, con la espalda en el suelo, envuelta en su peplo.

TALTIBIO.—¡Oh Zeus! ¿Qué debo decir? ¿Que contemplas a los hombres, o que en vano tienen esa [490] falsa idea, creyendo que existe la estirpe de las deidades, mas, en verdad, el azar gobierna todo asunto mortal? ¿No es ésta la reina de los opulentos frigios? ¿No es ésta la esposa de Príamo, el muy rico? Y ahora toda su ciudad queda devastada por la lanza, y ella, anciana esclava sin hijos, yace por tierra, manchando de polvo su desgraciada cabeza. ¡Ay, ay! Anciano soy, pero, con todo, séame posible morir antes de caer en infame destino. Levanta, oh desdichada [500]; alza tu costado y tu cabeza del todo cana.

HÉCUBA.—¡Eh! ¿Quién es éste que no consiente a mi cuerpo estar tendido? ¿Por qué, quienquiera que seas, me molestas cuando estoy apenada?

TALTIBIO.—He venido yo, Taltibio, servidor de los dánaos, pues Agamenón me ordenó buscarte, mujer.

---

[31] Durante la celebración de las Panateneas, fiesta mayor de Atenas en honor de su patrona y diosa Palas Atenea, selectas atenienses ofrecían a la diosa un peplo bordado con diversas escenas mitológicas, entre las que cabe destacar la Titanomaquia, o lucha de Zeus contra los Titanes. El friso del Partenón nos ilustra cumplidamente de la procesión que, desde el Cerámico hasta el propio Partenón, tenía en honor y gloria de Atenea.

HÉCUBA.—¡Oh ser muy querido! ¿Has venido quizá porque han decidido los aqueos inmolarme a mí también sobre la tumba? ¡Qué agradable noticia me darías! Démosnos prisa, corramos. Condúceme, anciano.

TALTIBIO.—He venido a buscarte, mujer, a fin de que entierres a tu hija que ha muerto. Me mandan [510] los dos Atridas y el ejército aqueo.

HÉCUBA.—¡Ay de mí! ¿Qué dirás? ¿Que no me has buscado para que yo muera, sino para comunicarme desgracias? Muerta estás, hija mía, tras serle arrebatada a tu madre. Yo huérfana quedo en cuanto a ti. ¡Oh desdichada de mí! ¿Cómo la inmolasteis? ¿Con respeto? ¿O es que, anciano, llegasteis al horror de aniquilarla como enemiga? Cuéntamelo, aunque no relates gratos sucesos.

TALTIBIO.—Me pides que obtenga doble llanto, mujer, por piedad hacia tu hija. Pues ahora, cuando te refiera su infortunio [520], humedeceré estos ojos míos; y tambien me acaeció cabe su tumba, cuando feneció. Estaba presente toda la muchedumbre, en pleno, del ejército aqueo[32] ante la tumba para la inmolación de tu hija. El hijo de Aquiles cogió de la mano a Polixena y situóla en lo más alto del túmulo. Y yo estaba a su lado. Conspicuos jóvenes aqueos, elegidos por sorteo, seguíannos para impedir con sus manos los saltos de tu novilla[33]. Habiendo cogido entre sus manos una copa de oro macizo llena, alza con su mano libaciones en pro de su padre muerto, y me indica [530] que pregone silencio a todo el ejército aqueo. Y yo, poniéndome en medio, anuncié lo siguiente: «Callad, aqueos. Que guarde silencio todo el ejército. ¡Callad! ¡Silencio!» La multitud quedó inmóvil. Y él dijo: «¡Oh hijo de Peleo, padre mío! Acéptame estas libaciones apaciguadoras que a los muertos invocan. Ven a beber la negra y pura sangre de la doncella, pues el ejército y yo te la ofrece-

[32] Un escoliasta anónimo considera este punto como mera exigencia de la escena, pues, de otro modo, no se concibe cómo Aquiles, muerto y enterrado en Troya, tiene ahora su túmulo funerario al otro lado del estrecho de los Dardanelos, en el Quersoneso Tracio.

[33] De nuevo encontramos la comparación de Políxena con jóvenes animales. Es metáfora bastante frecuente en el lenguaje poético.

mos. Sénos propicio y permítenos soltar las popas y amarras de nuestras naves, y regresar todos a la patria logrando un feliz retorno desde Troya.»

Eso pronunció, y todo el ejército lo pidió. Después, cogiendo por el puño la espada guarnecida de oro por ambos lados, extrájola de la vaina, y a los jóvenes selectos del ejército aqueo hízoles señales de que cogieran a la muchacha. Pero ella, nada más notarlo, pronunció la frase siguiente: «¡Oh argivos que aniquilasteis mi ciudad! Muero voluntaria. Que nadie roce mi cuerpo, pues ofreceré mi cuello con valentía. Dejadme libre, para que libre fenezca, por los dioses, y matadme entonces. Pues, como soy princesa, bochorno me da verme llamada esclava entre los muertos.» Los guerreros lo aprobaron entre murmullos, y el rey Agamenón ordenó a los jóvenes soltar a la muchacha. Éstos la soltaron nada más oír la última palabra de quien tenía el mando supremo. En cuanto hubo escuchado la palabra de mi señor, cogiendo su peplo, desgarrólo desde lo alto de la espalda hasta la mitad del costado, junto al ombligo; mostró sus senos y su pecho hermosísimo, como de estatua, y, poniendo una rodilla en tierra, pronunció la frase más heroica de todas: «Mira, aquí está; si quieres golpear mi pecho, oh joven, golpéalo; mas si deseas darme en el cuello, aquí está preparada mi garganta.» Y él, que quería y no quería por piedad hacia la muchacha, córtale con el hierro las salidas del aire[34]. Saltaban chorros. Y ella, aun muriéndose, tenía, con todo, gran cuidado de caer en buena postura, ocultando lo que es menester ocultar a la mirada de varones. Cuando hubo exhalado el aliento por la mortal herida, ningún argivo hacía la misma tarea, sino que unos echaban sobre la muerta hojas, dejándolas caer desde sus manos, otros preparaban una pira trayendo trozos de pino. Y quien nada traía tenía que oír de boca de quien sí traía reproches como éstos: «¿Te quedas parado, oh malvadísimo, sin traer en tus manos ni un peplo, ni un adorno en honor de la joven? ¿No irás a entregar algo a la muy valero-

[34] Referido, a juicio de los comentaristas, a las arterias, en cuanto tales conductos, según teorías médicas de la época, llevaban sangre y aire *(pneûma)*. Que se refiere a las arterias, y no a la tráquea, viene demostrado inmediatamente con el hecho de que la sangre saltara a borbotones.

sa [580] y excelente de alma?» Cuando tales hechos te refiero sobre tu hija muerta, contémplote como la de mejores hijos y la más desdichada entre todas las mujeres.

CORIFEO.—Cual terrible calamidad se desbordó sobre los Priámidas esta obligación impuesta por los dioses.

HÉCUBA.—¡Oh hija! No sé qué desgracia contemplar, pues muchas padezco. Si toco una, ésa no me suelta, y, desde allí, llámame otra pena que enlaza una desgracia con otra [590]. Ahora no podría borrar de mi espíritu tu muerte hasta el punto de no llorar por ella. Pero me has impedido todo exceso, con decírseme que has sido valiente. ¿No es raro que una tierra mala, si consigue un tiempo propicio enviado por la divinidad, produzca buena espiga, y una buena, si carece de lo que precisa, dé mala cosecha, y, en cambio, entre los hombres, de modo inmutable, el malvado no sea nada más que cobarde, y el bueno, bueno, y que no altera su naturaleza bajo los efectos de la adversidad, sino que siempre sea noble? ¿Difieren los padres, o la educación? [600]. El ser adecuadamente educado supone, en cierto modo, la enseñanza de la virtud. Si alguien aprende bien eso, conoce lo deshonroso por haberlo aprendido con la norma de lo bueno. En lo tocante a eso, mi espíritu ha disparado sus flechas en vano[35].

Tú vete, y comunícales a los argivos que nadie toque a mi hija, y que aparten al gentío. En verdad, en un ejército muy numeroso la muchedumbre sin freno o a la anarquía de los marineros son más impetuosas que el fuego, y cobarde es quien no realiza algo malo. Y tú, antigua servidora, coge un recipiente [610], y, tras meterlo en agua del mar, tráelo aquí, que lave yo con postrera lustración a mi hija, casada sin esposo y virgen sin doncellez, y la exponga[36]... ¿Tal como ella se merece? ¿Cómo

---

[35] En un momento tan dramático, Hécuba se enreda en discusiones y planteamientos de corte racionalista a propósito de la naturaleza humana y los efectos de la educación, puntos muy debatidos entonces en ciertos círculos sofísticos.

[36] Era costumbre en Atenas lavar y ungir cuidadosamente el cadáver para exponerlo a continuación durante uno o más días. A la mañana siguiente de la exposición *(próthesis)* se llevaba el cadáver hasta su última morada en procesión *(ekphorá)*. El cuerpo del difunto era inhumado o cremado, tras haber recibido libaciones de vino y aceite.

lo lograría yo? No podría realizarlo. Mas en la situación en que me encuentro, ¿qué podría ocurrirme?, cuando consiga algún adorno de manos de las prisioneras que a mi lado habitan dentro de estas tiendas, si es que alguna, pasando inadvertida a sus recientes amos, guarda alguna cosa robada en su propia morada. ¡Oh adorno de mi palacio! ¡Oh mansión antaño feliz! ¡Oh tú que poseías muchísimos bienes en extremo hermosos, Príamo, el de mejores hijos! ¡Y yo, la anciana aquí presente, madre de tus hijos! ¡Cómo hemos caído en la nada, privados de nuestro orgullo pasado! Y después nos jactamos; uno, de vivir en rica mansión otro, de que se le llame honorable entre sus conciudadanos. Pero todo eso nada es, sino sólo ambiciones de la mente y presunciones de la lengua. El más feliz es quien, día tras día, no topa con ningún infortunio.

CORO

Estrofa

Condenada estaba a la desgracia, condenada a la amargura, desde que Alejandro cortara en el Ida la madera de abeto para ir con su nave por las olas del mar, hasta el lecho de Helena, la más bella que Helio ilumina, el de áureo resplandor.

Antístrofa

Sufrimientos, en verdad, y obligaciones peores que sufrimientos, se abaten en torno, y calamidad común, fruto de locura privada, llegó funesta a la tierra del Simunte; una desdicha viene tras otra. La disputa que el joven boyero resolviera a las tres hijas de los dichosos dioses

Epodo

acabó en guerra, muerte y ruina de mis palacios. Llora también junto al Eurotas de bello curso una doncella laconia que mucho solloza en su hogar, y una madre, por sus hijos muertos, con las manos maltrata su cana cabeza y sus mejillas desgarra, ensangrentando en las heridas sus uñas[37].

---

[37] El Coro alude al Juicio de Paris, entonces boyero en el monte Ida, y a las tres diosas (Hera, Afrodita y Atenea) que acudieron a él pretendiendo, cada una por su lado, ser la más hermosa y tener derecho a quedarse con la famosa manzana que la Discordia lanzara en medio de las bodas de Tetis y Peleo con la inscripción «para la más hermosa». Dignos de mención en estos versos son: Helio, el Sol; el Simunte, río de Troya; y el Eurotas, río que fluye por Esparta.

SERVIDORA.—Mujeres, ¿dónde está Hécuba la muy desdichada, la que ha superado en desgracias a todo varón e incluso al sexo femenil? [660] Nadie le disputará la corona.

CORIFEO.—¿Qué ocurre? ¡Oh infortunada por tus gritos de mal agüero! Jamás descansan tus aciagos anuncios.

SERVIDORA.—A Hécuba le traigo esta amargura. En medio de penas no es fácil que la boca de mortales emita palabras de buen augurio.

CORIFEO.—He aquí a ésta que pasa por la vivienda y que a punto viene a oírte.

SERVIDORA.—¡Oh en todo infortunada y todavía más de lo que digo! Señora, acabada estás y ya no vives, aunque contemples la luz: huérfana de hijos, sin esposo, sin ciudad, aniquilada por completo.

HÉCUBA.—[670] Nada nuevo has referido, y, en cambio, has zaherido a quien eso sabía. Pero ¿a qué llegas acompañando este cadáver de Políxena, cuyo sepulcro, se dijo, preparaban con celo todas las manos de los aqueos?

SERVIDORA.—Ésta no sabe nada, sino que deplora a Políxena y no percibe su nueva amargura.

HÉCUBA.—¡Ay infortunada de mí! ¿Acaso traes el báquico cadáver de la profetisa Casandra?

SERVIDORA.—Has nombrado a una que vive, pero, en cambio, no lloras por este muerto. Fíjate en el cuerpo desnudo del cadáver [680] que te producirá asombro por lo inesperado.

HÉCUBA.—¡Ay de mí! Contemplo ahora a mi hijo muerto, a Polidoro, a quien un tracio me lo protegía en su mansión. He muerto, triste de mí, y no existo ya.

¡Oh hijo, hijo! ¡Ay, ay! Inicio un ritmo báquico[38], *sabedora reciente de mis desdichas mediante un espíritu funesto.*

SERVIDORA.—¿Has comprendido entonces la muerte de tu hijo, infeliz de ti?

---

[38] No es Dioniso (Baco), ni tampoco Apolo quienes inspiran ahora a Hécuba, sino que ésta ha sido informada por una divinidad o espíritu maligno *(alástōr)*. El «ritmo báquico» alude al carácter delirante de sus compases, a la agitación profunda del espíritu y de la palabra, reflejada en los versos docmíacos, aptos para expresar arrebatos pasionales de toda índole.

HÉCUBA.—Situación increíble, increíble, nueva, nueva, sí, percibo.

[690] *Amarguras surgen tras otras amarguras. Jamás me llegará un día sin gemidos, sin lágrimas.*

CORIFEO.—Espantosa, espantosa desgracia nos acontece, ¡oh desdichada!

HÉCUBA.—*¡Oh hijo, hijo de madre infeliz! ¿Con qué desgracia pereces? ¿Con qué sino yaces muerto? ¿Por obra de qué hombre?*

SERVIDORA.—No lo sé. Hallélo en el borde del mar.

HÉCUBA.—*¿Arrojado allí, o caído bajo lanza funesta [700] en la lisa arena?*

SERVIDORA.—Una ola profunda lo trajo desde el mar.

HÉCUBA.—*¡Ay de mí! ¡Ay, ay! He entendido la soñada visión de mis ojos. No se me ha olvidado el fantasma de negras alas. Vislumbré una visión respecto a ti, oh hijo, que no vivías ya a la luz de Zeus.*

CORIFEO.—¿Quién entonces le dio muerte? ¿Puedes decirlo iluminada por tu ensueño?

HÉCUBA.—[710] *Mi huésped, sí, el mío, el caballero tracio, junto al cual lo confiara su anciano padre para ocultarlo*[39].

CORIFEO.—¡Ay de mí! ¿Qué vas a pronunciar? ¿Lo mató para apoderarse del oro?

HÉCUBA.—Crimen nefando, sin nombre, que sobrepasa a la extrañeza, impío, intolerable. ¿Dónde está la justicia de los huéspedes? ¡Oh el más abominable de los hombres! ¡Cómo troceaste su cuerpo, sajando con férreo puñal [720] los miembros de este niño, sin compasión!

CORIFEO.—¡Oh desdichada! ¡Cómo te ha convertido en la más desgraciada de los mortales una deidad que te es adversa! ¡Ea! Que aquí contemplo la silueta de mi señor Agamenón. Callemos desde ahora, amigas.

AGAMENÓN.—Hécuba, ¿qué esperas para ir a enterrar a tu hija en un sepulcro, ya que Taltibio proclamó en mi nombre que ningún aqueo tocara a tu joven hija? Nosotros, desde luego, ni lo consentimos ni la rozamos [730]. Y tú, en cambio,

---

[39] El texto refleja cierta oposición entre el huésped *(xénos)*, símbolo de amistad y familiaridad, y el adjetivo gentilicio «tracio», tenido entonces por sinónimo de «cruel».

te retrasas, de manera que estoy admirado. He venido para enviarte allí, pues lo de allí bien preparado está —si es que algo de esto está bien. ¡Eh! ¿Qué troyano contemplo aquí, muerto, junto a las tiendas? Que no es argivo, en verdad, me lo indican los vestidos que cubren su cuerpo.

HÉCUBA.—¡Desdichada! —a mí misma me refiero cuando te menciono—. Hécuba, ¿qué puedo hacer? ¿Posternarme ante las rodillas de Agamenón aquí presente, o llevar mis desgracias en silencio?

AGAMENÓN.—¿Por qué, tras dar la espalda a mi rostro [740], sollozas y no me cuentas lo acaecido? ¿Quién es éste?

HÉCUBA.—Mas, si teniéndome por esclava y enemiga, me apartara de sus rodillas, otra pena añadiría yo.

AGAMENÓN.—No soy, en verdad, adivino de nacimiento para averiguar, sin escucharte, la ruta de tus designios.

HÉCUBA.—¿Acaso interpreto sus intenciones más bien por el lado hostil, cuando en verdad no me es hostil?

AGAMENÓN.—Si realmente deseas que no me entere de nada de eso, has llegado a mi misma conclusión. Pues tampoco yo deseo escucharlo.

HÉCUBA.—No podría yo, sin éste [750], vengar a mis hijos. ¿Por qué le doy vueltas a esto? Fuerza es atreverse, tanto si lo logro como si no lo consigo. Agamenón, ¡te suplico por estas rodillas tuyas, por tu barbilla y por tu afortunada mano derecha!

AGAMENÓN.—¿Qué asunto persigues? ¿Acaso convertir en libre tu vida? Pues fácil te resulta.

HÉCUBA.—No, en verdad. Cuando me vengue de los malvados, deseo ser esclava toda mi vida.

AGAMENÓN.—Pues entonces, ¿para qué me pides auxilio?

HÉCUBA.—Para nada de lo que piensas, señor [760]. ¿Contemplas este cadáver por el que derramo lágrimas?

AGAMENÓN.—Lo contemplo. Mas lo siguiente no puedo comprenderlo.

HÉCUBA.—A éste lo parí en otro tiempo, y lo llevaba bajo mi cintura.

AGAMENÓN.—¿Cuál de entre tus hijos es éste, oh infeliz?

HÉCUBA.—No es de los Priámidas que fenecieron al pie de Ilión.

AGAMENÓN.—¿Acaso tuviste algún otro distinto de aquéllos, mujer?

HÉCUBA.—En balde, a lo que parece, a éste que contemplas.

AGAMENÓN.—¿Y dónde se hallaba, cuando la ciudad sucumbía?

HÉCUBA.—Su padre lo había alejado, por temor a que muriera.

AGAMENÓN.—¿Adónde lo mandó sólo a él, lejos de los hijos que entonces tenía?

HÉCUBA.—[770] A esta tierra, en donde exactamente ha sido hallado muerto.

AGAMENÓN.—¿A casa de Poliméstor, el varón que gobierna este país?

HÉCUBA.—Hasta aquí vino escoltado, cual guardián de amarguísimo oro.

AGAMENÓN.—Y, ¿por obra de quién ha muerto? ¿Qué muerte ha tenido?

HÉCUBA.—¿Por qué otro iba a ser? El huésped tracio lo eliminó.

AGAMENÓN.—¡Oh desdichada! ¿Quiso quizás quitarle el oro?

HÉCUBA.—Tal hizo, en cuanto supo de la derrota de los frigios.

AGAMENÓN.—¿Lo encontraste en algún sitio? ¿O quien trajo el cadáver?

HÉCUBA.—Ésta, tras hallarlo al borde del mar.

AGAMENÓN.—¿Buscándolo a él, o realizando otra tarea?

HÉCUBA.—[780] Fue a traer del mar agua lustral para Polixena.

AGAMENÓN.—Según parece, tras darle muerte, el huésped lo arrojó.

HÉCUBA.—A merced de las olas, después de mutilarlo de esta manera.

AGAMENÓN.—¡Oh infeliz de ti por tus desgracias sin medida!

HÉCUBA.—Perdida quedo, y ninguna amargura me falta, Agamenón.

AGAMENÓN.—¡Ay, ay! ¿Qué mujer fue tan infortunada?

HÉCUBA.—No la hay, si no aludes a la propia Desgracia. Y bien, por qué razón me prosterno en torno a tus rodillas, escúchalo. Si te parece lícito lo que me acaece, me aguantaré, pero, si crees lo contrario [790], sé mi vengador contra un hombre, el huésped más impío, que, sin temer a los dioses de abajo ni a los de arriba, ha llevado a cabo el crimen más impío, aunque había disfrutado en muchas ocasiones de una misma mesa conmigo y de una hospitalidad frecuente en número respecto a la otorgada a nuestros amigos, y a pesar de haber recibido todo lo que era menester..., en cambio, aun habiendo aceptado la tutela, le dio muerte. Y, cuando se decidía a matarlo, no lo consideró merecedor de una tumba, sino que lo arrojó al mar. Ahora bien, nosotras somos esclavas y débiles quizá, mas los dioses son poderosos, y también lo es la ley que sobre ellos impera [800]. Pues, en virtud de la ley, respetamos a los dioses y vivimos, una vez que hemos definido, lo justo y lo injusto. Ley que, si cuando se pone en tus manos, va a resultar violada, y no pagan su castigo quienes dan muerte a sus huéspedes u osan apropiarse de lo consagrado a los dioses, no existe justicia alguna en los actos humanos. Conque juzga deshonrosos esos hechos y respétame a mí. Ten piedad de mí, y, colocándote a lo lejos cual un pintor, contémplame y observa qué desgracias padezco. Era reina en otro tiempo, y ahora, en cambio, tu esclava [810]; rica en hijos era entonces; ahora, al contrario, anciana y huérfana de hijos al tiempo, sin ciudad, abandonada, desgraciadísima entre los mortales.

¡Ay desdichada de mí! ¿Adónde diriges tus pies? Parece que no lograré nada. ¡Ah, desdichada de mí! ¿Por qué entonces los mortales nos afanamos, como es menester, por los demás saberes y albergamos deseo de todos ellos, y, en cambio, la persuasión, la única reina entre los hombres, de ningún modo especial nos esforzamos por aprenderla perfectamente pagando un salario[40], para que algún día nos fuera dado per-

[40] Alusión a los sofistas que enseñaban los saberes a cambio de un salario. En general, no transmitían verdadera ciencia, sino que mostraban a sus discípulos cómo vencer en certámenes públicos o discusiones privadas, haciéndoles ver que la retórica era capaz de convertir en mejor el argumento más flojo.

suadir de lo que uno deseara y conseguirlo al mismo tiempo? [820] ¿Mas qué esperanza de ser dichoso podría tener uno ya? Porque los hijos que tenía ya no los tengo, y me veo cautiva en persona de infame manera. Muerta estoy. Aquí distingo el humo que salta por sobre mi ciudad. Y bien, quizá sea inútil este punto de mi discurso, poner a Cipris[41] como excusa, mas, aun así, será abordado.

A tu lado duerme mi hija, la poseída por Febo, la llamada Casandra por los frigios. ¿Dónde, señor, harás ver tus noches agradables, o qué favor alcanzará mi hija por sus cariñosísimos abrazos en tu lecho [830], o lograré yo en nombre de ella? De la penumbra y los amores nocturnos nace entre los mortales la mayor gratitud. Escucha entonces. ¿Contemplas a este muerto? Si actúas bien, lo tratarás como a un familiar. Mi relato carece todavía de un punto. ¡Ojalá tuviera voz en los brazos, manos, cabellos y en la planta de los pies, gracias a las artes de Dédalo[42] o de algún dios, para que todas esas partes mías, de consuno, te cogieran las rodillas [840] llorando y presentándote toda clase de razones! ¡Oh señor! ¡Oh luz máxima entre los griegos! Haz caso; tu mano vengadora ofrécesela a la anciana, aunque ella nada sea, así y todo, pues a un varón noble compete ayudar a la justicia y tratar mal, siempre y en todas partes, a los malvados.

CORIFEO.—Extraño es, en verdad, cómo les acontece todo a los mortales, y también cómo las normas definen los momentos forzosos, convirtiendo en amigos a los más enemigos y transformando en hostiles a los otrora partidarios.

AGAMENÓN.—[850] Yo, a ti, a tu hija, a tus adversidades, Hécuba, y a tu mano suplicante, os tengo piedad, y deseo que, en gracia a los dioses y a la justicia, tu impío huésped te ofrezca reparación, si es que alguna forma pudiera verse que resulta bien para ti y al ejército no le pareciera que había favorecido yo este crimen por mor de Casandra. Efectivamente, hay una con-

---

[41] Afrodita, la diosa del amor.

[42] Se atribuían a Dédalo muchas de las antiguas estatuas divinas hechas en madera. Dédalo, perteneciente a la familia real ateniense, era, por otra parte, hombre de prodigiosa inventiva. Ingeniero, arquitecto y escultor, fue el encargado de construir en Creta el Laberinto para encerrar dentro al Minotauro. Finalmente, huyó de Creta junto a su hijo Ícaro, valiéndose de unas alas de cera, también de su propia invención.

tra por la que me ha entrado inquietud. A ese varón el ejército tiénelo por amigo, y al muerto, en cambio, por enemigo. Si éste te es querido [860], eso es algo distinto que al ejército no le importa. Piensa en esos puntos. Que cuentas conmigo como resuelto a intervenir en tu favor y presto a socorrerte, pero calmoso, si los aqueos han de criticarme.

HÉCUBA.—¡Ay! No existe mortal que sea libre. Pues ya es esclavo del dinero o de la suerte, ya la multitud de una ciudad o la letra de las leyes fuérzanle a adoptar actitudes en contra de sus propósitos. Ya que temes y tienes demasiado respeto a la muchedumbre, yo te libraré de ese temor [870]. Sé mi cómplice, en verdad, cuando prepare algún castigo contra quien mató a éste, mas no actúes a mi lado. Ahora bien, si se produjera alguna revuelta o defensa por obra de los aqueos cuando el tracio sufra algo como lo que ha de sufrir, reprímela, aparentando que no es por complacerme. En lo demás, no te preocupes, que perfectamente lo planearé todo.

AGAMENÓN.—¿Cómo entonces? ¿Qué intentas hacer? ¿Darás muerte al extranjero con un puñal en tu anciana mano, con veneno, o mediante alguna ayuda? ¿Qué brazo intervendrá a tu lado? ¿De dónde lograrás los amigos?

HÉCUBA.—[880] Estas tiendas guardan dentro una muchedumbre de troyanas.

AGAMENÓN.—¿Te has referido a las cautivas, presa de los helenos?

HÉCUBA.—Gracias a ellas me vengaré de mi asesino.

AGAMENÓN.—¿Y cómo unas mujeres lograrán vencer sobre varones?

HÉCUBA.—Espantosa es la multitud y difícil de combatir, si se vale del engaño.

AGAMENÓN.—Sí, espantosa. Sin embargo, desconfío del sexo femenino.

HÉCUBA.—¿Y qué? ¿No vencieron unas mujeres a los hijos de Egipto y despoblaron totalmente Lemnos de varones?[43].

---

[43] Las cincuenta Danaides, precisamente en la misma noche de bodas. Sólo una, Hipermestra, respetó a su marido, Linceo. Por otro lado, las mujeres de la isla de Lemnos eliminaron a sus respectivos esposos. Así las encontraron los Argonautas en su célebre expedición.

¡Ea! Que así acontezca. Deja esta discusión, y, por favor, a esta mujer mándala con seguridad a través del ejercito. [890] Y tú[44], llégate a mi huésped tracio y dile: «Te reclama la que antaño fue reina de Ilión, Hécuba —la ventaja que obtengas no será inferior a la suya—, y llama también a tus hijos. Pues tus hijos han de conocer sus palabras.»

Tú, Agamenón, detén el funeral de Políxena, la recién inmolada, a fin de que estos dos hermanos, unidos por una sola llama, doble angustia para una madre, sean ocultados en la tierra.

AGAMENÓN.—Así sucederá. Pues si el ejército pudiera hacerse a la mar, no estaría en mi mano otorgarte este favor [900], mas ahora, toda vez que un dios no envía brisas propicias, es fuerza que esperemos aguardando una apacible travesía. ¡Que salga bien de todos modos! Pues a todos nos interesa, a cada uno por sí mismo, y también a la ciudad: que el malvado sufra algo malo, y el bueno disfrute de felicidad.

CORO

Estrofa 1.ª

Tú, oh patria troyana, no contarás entre las ciudades incólumes. Tal nube de helenos sobre ti se abate tras haberte devastado con su lanza, con su lanza, sí [910]. Privada quedas de tu corona de torres y sucia del todo estás de muy triste mancha de fulígine. ¡Triste de mí! Ya no pasearé por ti.

Antístrofa 1.ª

A media noche me vino la perdición, cuando, tras el festín, dulce sueño se extiende por mis ojos, y cuando tras los cánticos, acabando la fiesta que danzas provoca, mi esposo yacía en el tálamo nupcial [920], colgada la lanza de un clavo, sin divisar aún la turba marinera que sus pies pone en Troya la de Ilión.

Estrofa 2.ª

Arreglaba yo mis trenzas con cintas anudadas, fijando mi mirada en los reflejos infinitos de áureos espejos, a fin de recostarme en mi lecho. Mas un clamor llegó a la ciudad. Esta orden extendíase por la ciudad de Troya: [930] «¡Oh hijos de los helenos! ¿Cuándo, cuándo regresaréis a los hogares tras devastar la ciudadela de Ilión?»

---

[44] Dirigiéndose a una esclava.

Antístrofa 2.ª

Dejando mi amado lecho con solo mi peplo cual doncella doria[45], *aunque orara, triste de mí, a la augusta Ártemis, nada logré. Conducida me veo, tras contemplar muerto a mi esposo, por el salado ponto, columbrando a lo lejos mi ciudad [940], cuando la nave agitó su pie de vuelta y me alejó de la tierra de Ilión. Desdichada de mí, sucumbí de aflicción,*

Epodo

denostando a Helena, hermana de los Dioscuros, y al boyero del Ida, execrable Paris, pues me había aniquilado echándome lejos de mi tierra paterna. Y de mi mansión me expulsó una esposa, que esposa no fuera, sino amargura propia de espíritu vengador [950]. ¡Ojalá el abismo marino no le permitiera volver, ni alcanzara ella el hogar paterno!

POLIMÉSTOR.—¡Oh Príamo, el más amado de los hombres, y tú, la más amada, Hécuba! Al contemplarte a ti, a tu ciudad y a tu hija recién muerta, lloro. ¡Ay! Nada de fiar existe, ni el prestigio, ni tampoco que, cuando uno es dichoso, se libre de sufrir un revés. Los propios dioses producen desorden en uno y otro sentido, sembrando confusión a fin de que los honremos en medio de nuestra ignorancia [960]. Mas, ¿para que entonar este planto que nada arregla respecto a futuras amarguras? Y tú, si es que tienes alguna queja por mi ausencia, contente, pues me hallaba ausente en el centro de la frontera de Tracia, cuando aquí llegaste. Mas una vez hube vuelto, cuando me disponía a salir de palacio, esta criada tuya viene a mi encuentro refiriéndome tus encargos, y, tras oírlos, he acudido.

HÉCUBA.—Sonrojo me da mirarte de frente, Poliméstor, abatida entre tales desgracias [970]. Pues ante quien me vio feliz, me causa rubor hallarme en este trance en que ahora me encuentro, y no sería capaz de contemplarte con la mirada fija. No lo consideres aversión hacia ti, Poliméstor. Por lo demás, culpable es también la costumbre de que las mujeres no miren de frente a los hombres.

---

[45] Las muchachas espartanas solían hacer ejercicios gimnásticos al aire libre con atuendos harto ligeros a juicio de un ateniense. Era frecuente entre las jóvenes espartanas usar una túnica corta, por encima de las rodillas, con abertura en uno de sus lados.

POLIMÉSTOR.—No me extraña nada. Pero ¿qué necesidad tienes de mí? ¿Por qué motivo me hiciste venir de mi mansión?

HÉCUBA.—A ti y a tus hijos deseo comunicaros un secreto personal. Pero ordena a tus servidores que se alejen de estas tiendas.

POLIMÉSTOR.—¡Marchaos! Pues esta soledad mía acontece en lugar seguro. Tú eres mi amiga, y este campamento aqueo me resulta amistoso. Pero menester es que me indiques en qué debe un hombre afortunado auxiliar a sus amigos cuando no son afortunados. Pues presto estoy.

HÉCUBA.—Dime primero, sobre mi hijo Polidoro, a quien, tras recibirlo de manos mías y de su padre, tienes en palacio; dime si está vivo. Lo demás te lo preguntaré luego.

POLIMÉSTOR.—Sí, desde luego. Buena fortuna tienes en lo tocante a él.

HÉCUBA.—¡Oh queridísimo! ¡Qué bien te expresas y en tono digno de ti!

POLIMÉSTOR.—¿Qué deseas saber de mí a continuación?

HÉCUBA.—Si de mí que lo tuve... ¿Se acuerda algo de mí?

POLIMÉSTOR.—Sí, e, incluso, intentaba, a escondidas, venir aquí ante ti.

HÉCUBA.—¿Y está seguro el oro que trajo al venir de Troya?

POLIMÉSTOR.—Sí, seguro; guardado, en verdad, en mi mansión.

HÉCUBA.—Guárdalo, pues, y no ambiciones lo de tu prójimo.

POLIMÉSTOR.—De ningún modo. ¡Ojalá disfrutara de cuanto poseo, mujer!

HÉCUBA.—¿Sabes entonces lo que deseo comunicarte a ti y a tus hijos?

POLIMÉSTOR.—No lo sé. Eso me lo comunicarás con tus palabras.

HÉCUBA.—Hay... ¡Oh estimado! ¡Qué estimado eres ahora por mí...!

POLIMÉSTOR.—¿Qué asunto es menester que sepamos mis hijos y yo?

HÉCUBA.—... unos viejos subterráneos con el oro de los Priámidas.

POLIMÉSTOR.—¿Es eso lo que deseas comunicarle a tu hijo?

HÉCUBA.—Exactamente, gracias a ti, desde luego, pues eres hombre religioso.

POLIMÉSTOR.—¿Por qué es precisa entonces la presencia de estos hijos míos?

HÉCUBA.—Preferible es, caso que mueras, que éstos lo sepan.

POLIMÉSTOR.—Con razón has hablado. De esa forma resulta, además, más prudente.

HÉCUBA.—¿Sabes entonces dónde está el refugio de Atenea troyana?

POLIMÉSTOR.—¿Está allí el oro? ¿Qué marca hay?

HÉCUBA.—[1.010] Una piedra negra que de la tierra sobresale.

POLIMÉSTOR.—¿Deseas informarme todavía de alguna cosa de allí?

HÉCUBA.—Deseo guardes los bienes con que he venido.

POLIMÉSTOR.— ¿Dónde se encuentran? ¿Dentro de tu peplo, o los has escondido?

HÉCUBA.—A salvo están en estas tiendas, entre un montón de botín.

POLIMÉSTOR.—¿Dónde? Éstos son los cercados en que fondean los aqueos.

HÉCUBA.—Las tiendas de las prisioneras están aparte.

POLIMÉSTOR.—¿Es de fiar su interior y está vacío de varones?

HÉCUBA.—Ningún aqueo hay dentro, sino nosotras solas. Y bien, pasa a la vivienda, pues los argivos [1.020] están deseosos de soltar las amarras de sus naves, partiendo desde Troya hacia su hogar. A fin de que, cuando hayas cumplido cuanto debes, te vayas con tus hijos a la morada en que has dejado a mi hijo.

CORO.—*Aún no lo has sufrido, mas quizá sufrirás tu castigo. Como quien cae de costado en un abismo carente de puerto, te verás privado de tu corazón por haber quitado una vida, pues la promesa otorgada a la justicia y a los dioses no caduca [1.030]. ¡Fatal, fatal desdicha! Te ofuscará la esperanza puesta en este camino, pues te ha llevado hacia un Hades funesto. ¡Ay desgraciado! Perderás tu vida bajo una mano ajena al combate.*

POLIMÉSTOR.—¡Ay de mí! ¡Ciego estoy de la luz de mis ojos, desdichado de mí!

SEMICORO.—¿Habéis escuchado el gemido del tracio, amigas?

POLIMÉSTOR.—¡Ay de mí de nuevo, hijos, por vuestra amarga inmolación!

SEMICORO.—Amigas, una desgracia nueva está aconteciendo dentro de las tiendas.

POLIMÉSTOR.—Mas no huiréis con vuestro veloz pie [1.040], pues arrojándoos objetos aniquilaré los rincones de estas tiendas. ¡Aquí está! Un dardo sale disparado desde mi pesada mano.

CORIFEO.—¿Queréis que entremos? Que la ocasión nos reclama para ayudar cual aliadas a Hécuba y las troyanas.

HÉCUBA.—¡Golpea, no respetes nada, arroja fuera las puertas! Pues jamás darás a tus pupilas la reluciente mirada, ni contemplarás vivos a tus hijos a quienes di muerte yo.

CORIFEO.—¿Acaso has vencido a tu huésped tracio, tienes la victoria, señora, y has actuado tal como afirmas?

HÉCUBA.—Inmediatamente lo contemplarás ante las tiendas [1.050], caminando ciego con titubeantes pasos ciegos; y, además, los cuerpos de sus dos hijos, a quienes di muerte yo con ayuda de las más valientes troyanas. Acaba de pagarme su castigo. Aquí sale de las tiendas, tal como observas. Pero me quitaré de enmedio y me alejaré del tracio que desborda de rabia muy hostil.

POLIMÉSTOR.—*¡Ay de mí! ¿Por dónde marchar? ¿Por dónde detenerme? ¿Por dónde acercarme, marchando sobre mis manos con pasos de fiera agreste, tras una huella? [1.060] ¿Por qué camino cambiar mi marcha? ¿Por ése o por éste? Pues deseo apresar a las homicidas troyanas que me han destruido. ¡Osadas, osadas hijas de los frigios! ¡Oh malditas! ¿En qué rincón se esconden huyendo de mí? Sol, ojalá sanaras, sanaras, sí, los ensangrentados párpados de mis ojos, librándome de la ciega oscuridad. ¡Eh, eh! [1.070] ¡Silencio! Percibo por aquí furtivo paso femenil. ¿Por dónde dirigir mi pie para hartarme de carnes y huesos, aparejándome un banquete propio de fieras salvajes, logrando su escarnio en castigo por mi ultraje? ¡Oh desdichado! ¿Hacia dónde? ¿Por dónde me he de ir abandonando solos a mis hijos en poder de unas bacantes de Hades para que los des-*

garren: inmolados, ensangrentado pasto de perros, despojo feroz arrojado a la montaña? [1.080] ¿Por dónde detenerme? ¿Por dónde girar? ¿Por dónde caminar como nao que recoge la vela, de lino tejida, mediante cabos marineros, lanzándome cual protector hacia este fúnebre lecho de mis hijos?

CORIFEO.—¡Oh desdichado! ¡Qué terribles desgracias acaban de causarte! Mas para quien realizó infamias espantoso es el pago. Te lo ha dado un espíritu que te es adverso.

POLIMÉSTOR.—*¡Ay, ay! ¡Oh pueblo de Tracia, provisto de lanza, poseedor de armas [1.090] y hermosos caballos, obediente a Ares! ¡Oh aqueos! ¡Oh Atridas! ¡Un grito, un grito lanzo, un grito, sí! ¡Oh! ¡Acudid, venid, por los dioses! ¿Me escucha alguien, o nadie me socorrerá? ¿Por qué os tardáis? Unas mujeres me perdieron, mujeres prisioneras, sí. Espantosos, espantosos sufrimientos he padecido. ¡Ay de mí! ¡Qué oprobio me infligieron! ¿Adónde dirigirme? ¿Adónde caminar? [1.100] ¿Alzo el vuelo hacia el celeste techo que en lo alto se cierne, donde Orión o Sirio*[46] *despiden desde sus ojos llameantes resplandores de fuego, o me precipitaré, desdichado de mí, por el oscuro sendero que a Hades conduce?*

CORIFEO.—Perdonable es que, cuando alguien padece amarguras demasiado intensas para ser toleradas, intente librarse de su infortunada existencia.

AGAMENÓN.—He venido tras escuchar tu alarido. Pues la intranquila [1.110] hija de las rocas montañosas, Eco, está gritando entre el ejército, produciendo alboroto. Si no supiéramos que las torres de los frigios han sucumbido ante la lanza helena, este retumbo nos habría producido pánico desmesurado.

POLIMÉSTOR.—¡Oh queridísimo! Pues te he reconocido al oír tu voz, Agamenón. ¿Contemplas lo que me acontece?

AGAMENÓN.—¡Ah, Poliméstor! ¡Oh infortunado! ¿Quién te ha aniquilado? ¿Quién te cegó los ojos ensangrentando tus pupilas y a estos hijos tuyos mató? En verdad, enorme odio contra ti y tus hijos tenía quienquiera que fuera.

POLIMÉSTOR.—[1.120] Hécuba me aniquiló ayudada por las mujeres prisioneras. No me aniquiló, sino que aún peor me trató.

---

[46] Orión, hijo de Posidón y Euríale, pasó a ser la constelación que lleva su nombre. Sirio es la estrella más importante de la constelación del Perro.

AGAMENÓN.—¿Qué afirmas? ¿Has realizado tu acción tal como cuenta? ¿Cometiste tú, Hécuba, esta irremediable osadía?

POLIMÉSTOR.—¡Ay de mí! ¿Qué vas a decir? ¿Está quizá cerca, en algún lugar? Muéstramelo, dime dónde está, para que, apresándola con mis manos, la despedace y ensangriente su cuerpo.

AGAMENÓN.—¡Eh tú! ¿Qué te ocurre?

POLIMÉSTOR.—Por los dioses te lo pido; permíteme ponerle encima mi enloquecida mano.

AGAMENÓN.—Contente. Cuando eches de tu corazón la barbarie, habla [1.130], a fin de que, tras oíros a ti y a ésta por turno, juzgue yo con equidad en pago a qué sufres esto.

POLIMÉSTOR.—Puedo hablar. Era el Priámida más joven, Polidoro, hijo de Hécuba; habíamelo entregado su padre, Príamo, enviándolo desde Troya, para formarlo en mi mansión, pues preveía ya la conquista de Troya. Lo maté. Mas oye por qué razón le di muerte: qué bien y con qué inteligente prudencia lo realicé. Miedo me dio que ese niño, si sobrevivía como enemigo tuyo, restaurara Troya y la habitara otra vez [1.140], y que, al conocer los aqueos que un Priámida estaba vivo, equiparan de nuevo una escuadra contra el país de los frigios y destrozaran estos llanos de Tracia al saquearlos, y que los vecinos de los troyanos padecieran la desgracia con que ahora, señor, nos vemos afligidos. Hécuba, al enterarse del funesto destino de su hijo, me sedujo con el cuento de que iba a hablarme de unos depósitos ocultos en Ilión con el oro de los Priámidas. A mí solo, en compañía de mis hijos, me hace entrar en las tiendas, para que ningún otro se enterara de ello [1.150]. Me siento en medio de un lecho, doblando las rodillas. Muchas manos, unas por mi derecha, otras por este lado. Como ante un amigo, las hijas de los troyanos tomaban asiento y, cogiendo los primores bordados por la mano de los edones[47], los elogiaban, observando este peplo a la luz. Y otras, examinando mi lanza tracia, me despojaron de mi do-

[47] Los edones eran una importante tribu tracia. Por ejemplo, Anfipolis y Eón estaban dentro de su territorio. Pero el gentilicio funciona, con frecuencia, como sinónimo de «tracio».

ble arma. Todas las madres, elogiando a mis hijos, les hacían saltar en sus brazos, a fin de que estuvieran lejos del padre, intercambiándoselos en sus brazos sin cesar.

[1.160] Y luego, tras la pacífica acogida —¿cómo supones?—, cogiendo de repente cuchillos desde algún lugar de sus peplos, atraviesan a mis hijos, y otras, tras capturarme a fuer de enemigas, me sujetaban brazos y piernas. Y, al intentar auxiliar a mis hijos, siempre que alzaba el rostro, me tiraban de los cabellos, y si movía los brazos, no lograba nada, desdichado de mí, ante la turba de mujeres. Y, por último, desgracia mayor que una desgracia, perpetraron algo espantoso [1.170]. Con pasadores atraviesan, ensangrientan las desdichadas pupilas de mis ojos. Después diéronse a la fuga por la tienda. Y yo, brincando, cual fiera persigo a las perras asesinas, rastreo toda la pared a manera de cazador, lanzando objetos y dando golpes. Tal trato acabo de padecer por afanarme en interés tuyo y dar muerte a tu enemigo. Por no pronunciar largos discursos, si alguna persona anterior denostó a las mujeres, o las denuesta ahora o se prepara a denostarlas [1.180], yo, abreviando todo eso, lo explicaré.

En verdad, ni el mar ni la tierra alimentan una especie de tal calaña. La conoce bien quien en cada momento se topa con ella.

CORIFEO.—No te irrites por nada ni apoyado en tus propias amarguras critiques a todo el sexo femenino, agrupándolo de ese modo. En verdad, de nosotras muchas resultan odiosas, y a otras, por nuestra condición, se nos cuenta entre el número de los malvados.

HÉCUBA.—Agamenón, sería menester que entre los hombres la lengua nunca tuviera más valor que las obras, sino que, cuando uno ha actuado bien, debiera expresarse bien [1.190], y, caso de obrar mal, tuviera palabras flojas y nunca pudiera ensalzar la injusticia. Astutos son los expertos en esto, mas no pueden ser astutos hasta el final, sino que mueren de forma ruin. Jamás se libró ninguno. En mi proemio, así resulta lo que tengo que decirte. Mas voy a ir contra éste y a contestar a sus palabras. Tú que afirmas diste muerte a mi hijo para librar a los aqueos de doble quehacer y en gracia a Agamenón. Mas, oh malvadísimo, en primer lugar, una estirpe bárbara

nunca podría resultar amiga de los helenos, ni sería posible. ¿Qué favor intentabas conseguir cuando te mostrabas servicial? ¿Porque ibas a casarte, eras un pariente, o qué razón tenías? ¿O es que iban a talar los cultivos de tu tierra cuando regresaran por mar? ¿A quién crees que vas a convencer de eso? Si quisieras reconocer la verdad, a mi hijo lo aniquiló el oro, y, además, tu codicia. Pues, aclárame lo siguiente: ¿Cómo es que cuando Troya gozaba de buena fortuna, la cadena de torres permanecía aún en derredor de la ciudad, vivía Príamo y la lanza de Héctor resplandecía, en tal momento, sí, por qué no diste muerte a mi hijo a quien criabas y tenías en tu mansión, ni lo llevaste vivo a los argivos, si deseabas complacer a Agamenón, aquí presente? Mas cuando nosotros no existíamos ya a la luz del día por causa de nuestros enemigos —nuestra ciudad habíalo comunicado por medio del humo— diste muerte al huésped que había acudido a tu hogar. Además de eso, escucha ahora, qué pérfido a todas luces resultarás. Habría sido menester, si es que eras amigo de los aqueos, que el oro que dices guardar, no en calidad de tuyo sino como propio de aquél, se lo hubieras entregado a unos hombres necesitados y por largo tiempo exiliados de su tierra patria. Mas tú, ni aun ahora, osas alejarlo de tu mano, sino que te empeñas todavía en mantenerlo en tu palacio. Además, de haber criado a mi hijo, tal como era menester que lo hicieras, y haberlo salvado, disfrutarías de hermosa fama, pues es en los infortunios cuando más se demuestran los buenos amigos. Por el contrario, los momentos dichosos, todos y cada uno, proporcionan amistades. Si tú escaseabas de dinero, mientras aquél gozaba de buena fortuna, inmenso tesoro hubiera sido mi hijo para ti. Mas ahora no dispones de aquel varón como amigo tuyo, pierdes el goce del oro y a tus hijos, y tú mismo te encuentras en este estado. A ti, Agamenón, te advierto que, si auxilias a éste, te tendrán por malvado. Pues tratarás bien a quien no fue respetuoso, ni fiel en lo que debió, ni piadoso, ni huésped justo. Diremos que te complaces con los perversos por ser tú de tal laya... Mas no trato de injuriar a mis dueños.

CORIFEO.—¡Ay, ay! Las acciones dignas ¡cómo les proporcionan a los mortales ocasión de dignas palabras!

AGAMENÓN.—[1.240] Fastidioso me resulta juzgar las desgracias ajenas, mas, con todo, es necesario, pues también produce rubor desechar este problema tras tenerlo en las manos. A mí, para que te enteres, me parece que no mataste a tu huésped por complacerme a mí ni a los aqueos. Sostienes lo que te interesa porque estás entre desdichas. Ahora bien, tal vez entre vosotros resulta trivial dar muerte a un huésped, mas entre nosotros los helenos, eso es deshonroso. Entonces, ¿cómo evitaría la censura al sentenciar que no violas la justicia? [1.250]. No podría. Toda vez que osaste hacer lo que no es honesto, soporta también lo que no te place.

POLIMÉSTOR.—¡Ay de mí! Al parecer, vencido por una mujer esclava ofreceré reparación a gentes de inferior ralea.

AGAMENÓN.—¿No se ajusta a derecho, ya que cometiste iniquidades?

POLIMÉSTOR.—¡Ay de mí, por mis hijos y mis ojos! ¡Desgraciado de mí!

HÉCUBA.—Te duele. ¿Y qué? ¿Crees que no me duele a mí mi hijo?

POLIMÉSTOR.—¿Disfrutas propasándote contra mí, oh criminal?

HÉCUBA.—¿No debo disfrutar al castigarte?

POLIMÉSTOR.—Mas no, enseguida, cuando las olas marinas...

HÉCUBA.—[1.260] ¿Cuando me lleven a los confines del país heleno?

POLIMÉSTOR.—... te recubran a ti, luego que hayas caído desde la cofa.

HÉCUBA.—¿A manos de quién sufriré la brutal caída?

POLIMÉSTOR.—Con tu propio pie subirás por ti misma hasta el mástil de la nao.

HÉCUBA.—¿Valiéndome de mi espalda alada, o de qué forma?

POLIMÉSTOR.—Llegarás a ser una perra de encendida mirada.

HÉCUBA.—¿Cómo conoces la mutación de mi aspecto?

POLIMÉSTOR.—El adivino de los tracios, Dioniso, me lo comunicó.

HÉCUBA.—¿Y no te anunció a ti ninguna calamidad de las que padeces?

POLIMÉSTOR.—No, pues nunca me habrías sorprendido así con tu trampa.

HÉCUBA.—[1.270] Terminaré mi vida allí, ¿muerta o viva?

POLIMÉSTOR.—Muerta. El nombre de tu tumba será conocido...

HÉCUBA.—¿Pronunciarás un conjuro sobre mi aspecto, o qué?

POLIMÉSTOR.—... como sepulcro de la perra desgraciada, signo para los marinos.

HÉCUBA.—No me preocupa, ya que has sufrido tu castigo.

POLIMÉSTOR.—Fuerza es que muera tu hija Casandra.

HÉCUBA.—Escupo[48]. Te deseo que te acontezca eso mismo.

POLIMÉSTOR.—La matará la esposa de éste[49], amarga defensora de su hogar.

HÉCUBA.—¡Ojalá nunca cometa tamaña locura la hija de Tindáreo!

POLIMÉSTOR.—Y también a este mismo, tras alzar a lo alto un hacha.

AGAMENÓN.—[1.280] ¡Eh, tú! ¿Te vuelves loco y quieres conseguir desgracias?

POLIMÉSTOR.—Mátame, pues en Argos te aguarda un baño criminal.

AGAMENÓN.—Criados, arrastradlo y quitadlo de enmedio a la fuerza.

POLIMÉSTOR.—¿Te aflige escucharme?

AGAMENÓN.—Cerradle la boca.

POLIMÉSTOR.—Amordazadme, pues ya está dicho.

AGAMENÓN.—Echadlo inmediatamente en cualquier lugar de una isla desierta, pues con tal insolencia y desmesura se expresa. Y tú, Hécuba, ¡oh infortunada!, vete y da sepultura a los dos cadáveres. Y menester es que vosotras os aproximéis a las tiendas de vuestros dueños, troyanas [1.290]. Pues noto

[48] Los antiguos solían escupir para conjurar las desgracias, en la idea de que tal acción poseía un valor apotropaico.

[49] Clitemnestra, hija de Tindáreo y Leda, dio muerte a su esposo Agamenón y también a Casandra. Su amante Egisto le ayudó en la infame acción.

ya aquí brisas favorables para llevarnos al hogar. ¡Ojalá tengamos buena travesía hacia la patria y veamos nuestras casas en buena disposición, libres nosotros de estas fatigas!

CORO.—*Id hacia los puertos y tiendas, amigas, para probar los trabajos propios de la esclavitud. Pues inflexible es la necesidad.*

ÍNDICE

36

TRAGEDIAS I

EURÍPIDES

Eurípides nació en la isla ateniense de Salamina, hacia el 484 a.C., y murió en Macedonia, en el 406. Su gran innovación consistió en retratar a sus conciudadanos con toda lucidez y crudeza. Los problemas de la sexualidad, de la esclavitud o de la condición de la mujer pudieron, así, encontrar un puesto en la escena griega.



Este volumen recoge siete obras, las primeras cronológicamente: un curioso drama satírico, *El Cíclope*, y las tragedias *Alcestis*, *Medea*, *Los Heraclidas*, *Hipólito*, *Andrómaca* y *Hécuba*.

LETRAS UNIVERSALES

